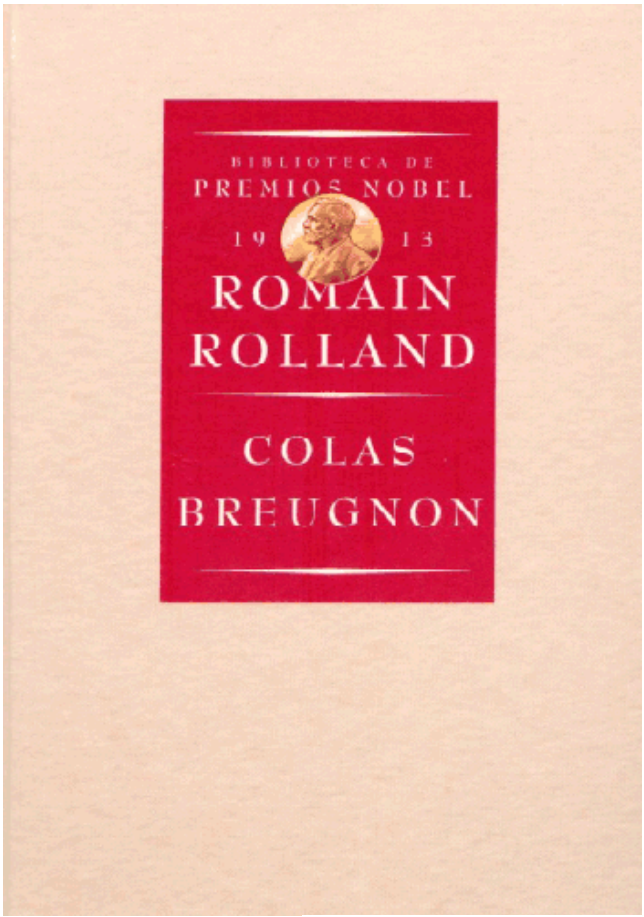
LIBRO dot.com

Colas Breugnon

Roman Rolland



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

ADVERTENCIA AL LECTOR

Los lectores de *Juan Cristóbal* no esperaban seguramente este nuevo libro. No les sorprenderá más que a mí.

Preparaba otras obras: un drama y una novela sobre temas contemporáneos y dentro de la atmósfera un poco trágica de *Juan Cristóbal.* Tuve que dejar abruptamente todas las notas que había tomado, las escenas preparadas para esta obra despreocupada en la que no pensaba el día antes...

Es una reacción contra la opresión de diez años dentro de la armadura de *Juan Cristóbal* que, hecha en principio a mi medida, terminó por resultarme demasiado estrecha. Sentí una necesidad invencible de libre alegría gala, sí, hasta la irreverencia. Y al mismo tiempo, un regreso al suelo natal, que no había vuelto a ver desde mi juventud, me hizo retomar el contacto con mi tierra de la Borgoña nivernesa y despertó en mí un pasado que creía dormido para siempre, a todos los Colas Breugnon que llevo en mí. Tuve la necesidad de hablar por ellos. ¡Como si esos benditos charlatanes no hubieran hablado lo suficiente en vida! Aprovecharon que uno de sus nietos tenía el feliz privilegio de escribir (¡tan a menudo lo han envidiado!) para hacerme secretario. Fue inútil que me defendiera.

-¡Bueno, abuelos, habéis tenido vuestro tiempo!, dejadme ahora hablar a mí. ¡A cada uno su turno!

Contestaban:

-Pequeño, hablarás cuando yo haya hablado. En primer lugar, no tienes nada interesante que contar. Siéntate, escucha y no pierdas palabra... ¡Vamos muchacho, haz esto por tus mayores! Ya lo verás más tarde, cuando estés donde estamos... Lo más penoso que tiene la muerte es el silencio...

¿Qué hacer? Debí ceder y escribí al dictado.

Ahora está terminado y vuelvo a ser libre (al menos, así lo supongo). Voy a retomar el hilo de mis propios pensamientos, si a ninguno de mis viejos charlatanes se le ocurre volver a salir de su tumba para dictarme sus cartas a la posteridad.

No me atrevo a pensar que la compañía de mi Colas Breugnon divertirá tanto a los lectores como al autor. Al menos, que acepten este libro como es, totalmente franco, rotundo, sin pretensión de transformar el mundo, ni de explicarlo, sin política, sin metafísica, un libro a la «buena francesa» que ríe de la vida porque la encuentra buena y se porta bien. En una palabra, como dice *La Pucelle* (era inevitable invocar su nombre encabezando un relato galo), amigos, «tomadlo de buen grado»...

Mayo de 1914.

I
LA ALONDRA DE LA CANDELARIA

2 de febrero.

¡Bendito sea San Martín! Los negocios ya no marchan. Inútil deslomarse. He trabajado demasiado en mi vida. Tomemos un poco de respiro. Estoy frente a la mesa, con un jarro de vino a la derecha y el tintero a mi izquierda; un hermoso cuaderno nuevo abre los brazos delante de mí. ¡A tu salud, hijo, y hablemos! Abajo, mi mujer vocifera. Afuera sopla el cierzo y amenaza la guerra. Dejémoslo correr. ¡Qué alegría volver a encontrarse, pequeña mía, tripa mía, a solas los dos...! (porque a ti te hablo, coloradota, coloradota curiosa, riente, de larga nariz borgoñona ladeada, como un sombrero sobre la oreja...). Pero dime, te lo ruego, ¿qué placer especial siento de volver a verte, al inclinarme a solas sobre mi viejo rostro, al pasearme alegremente a través de sus surcos, y como del fondo de un pozo (¡maldito pozo!) de mi bodega, beber en mi corazón un trago de viejos recuerdos? Bueno es soñar, ¡pero, escribir lo que se sueña...! ¿Digo soñar? Tengo los ojos bien abiertos, grandes, con arrugas en las sienes, plácidos y burlones; ¡para otros los sueños vanos! Cuento lo que he visto, lo que he dicho y hecho... ¿No es una gran locura? ¿Para quién escribo? No, por cierto, para la gloria; no soy tonto, ¡sé cuánto valgo, gracias a Dios!... ¿Para mis nietos? ¿Qué quedará dentro de diez años de todos mis papeluchos? Mi mujer está celosa de ellos y quema todos los que encuentra... ¿Para quién, pues? ¡Pues para mí! Para nuestro placer. Si no escribo, reviento. No en vano soy el nieto del abuelo que no podía dormirse antes de anotar en el borde de la almohada el número de jarras bebidas y devueltas. Necesito conversar; y en Clamecy, en las justas de la lengua, no logro saciarme. Necesito desahogarme, como el que cortaba el pelo al rey Midas. Tengo la lengua demasiado larga; si me escuchan, me huele a chamusquina.

¡Demonios, tanto peor! Si no arriesgáramos algo, moriríamos de aburrimiento. Me gusta, como a nuestros grandes bueyes blancos, rumiar por la noche las cosas del día. Está bien tantear, palpar y sobar todo lo pensado, observado, cosechado; paladear, degustar, saborear, dejar que se deshaga en la lengua, deglutir lentamente deleitándose con lo que no se tuvo tiempo de degustar en paz por el apresuramiento de atraparlo al vuelo. Está bien dar la vuelta a nuestro pequeño universo, decirse: «Es mío. Aquí soy dueño y señor. Ni la frialdad ni las heladas pesan sobre él. Ni rey, ni papa, ni guerras. Ni mi vieja gruñona...».

Hora es de que recuente un poco este universo.

En primer lugar, me tengo a mí -es lo mejor de este negocio-, me tengo a mí, Colas Breugnon, buen hombre, borgoñón, redondo de tipo y de tripa, pasada la primera juventud: cincuenta años bien cumplidos, pero fornido, con los dientes sanos, la mirada fresca como una lechuga, y el pelo bien agarrado al cuero, aunque canoso. No os diré que no me gustaría más rubio ni que si me ofrecierais retroceder, volver a los veinte años o a los treinta, haría ascos. Pero, después de todo, ¡diez lustros es una buena cosa! Burlaos, jovenzuelos. No llega el que quiere. Creedme que no es una tontería, en estos tiempos, haber paseado la piel por los caminos de Francia durante cincuenta años... ¡Por Dios! Cuánto sol y lluvia han caído sobre nuestros hombros, amiga mía. ¡Nos han cocido, recocido y vuelto a lavar! En este viejo saco curtido hemos hecho entrar placeres y penas, malicias, gracias, experiencias y locuras, la paja y el trigo, higos y uvas, frutos verdes, frutos dulces, rosas y escaramujos, cosas vistas y leídas, y sabidas, y habidas, vividas. Todo esto, amontonado desordenadamente en nuestro morral. ¡Qué divertido hurgar en

él...! ¡Alto, Colas! Hurgaremos mañana. Si empiezo hoy, no terminaría... Por el momento, hagamos un inventario breve de todas las mercancías de las que soy propietario.

Tengo una casa, una mujer, cuatro hijos, una hija casada (¡alabado sea Dios!), un yerno (¡bien se lo gana!), dieciocho nietos, un asno gris, un perro, seis pollos y un cerdo. ¡O sea que soy rico! Ajustémonos las antiparras con el fin de mirar más de cerca nuestros tesoros. De los últimos, a decir verdad, sólo hablo de memoria. Han pasado las guerras, los soldados, los enemigos y también los amigos. El cerdo está en salazón, el asno está extenuado, la bodega bebida, el gallinero desplumado.

¡Pero la mujer, por Cristo, la mujer sí la tengo! Escuchadla berrear. Imposible olvidar mi felicidad: ¡es mío, es mío el hermoso pájaro, soy su poseedor! ¡Gran pillo de Breugnon! Todo el mundo te envidia... Señores, no tenéis nada que decir. ¡Si alguno quiere llevársela...! Una mujer ahorradora, activa, sobria, honesta; en fin, llena de virtudes (esto apenas la alimenta y, yo, pecador, lo confieso, más que siete virtudes magras prefiero un pecado rollizo... Vamos, seamos virtuosos a falta de algo mejor; así lo quiere Dios)... ¡Ay!, cómo se afana nuestra María falta de gracia col,- mando la casa con su cuerpo enflaquecido, huroneando, trepando, rechinando, refunfuñando, gruñendo, regañando, del sótano al granero, quitando el polvo y la tranquilidad. Hace casi treinta años que nos casamos. ¡El diablo sabe por qué! Yo amaba a otra, que se burlaba de mí; y ella me amaba a mí, que no la amaba en absoluto. En esa época era una morena pequeña y pálida, cuyas duras pupilas me habrían comido vivo y ardían como dos gotas de agua que roen el acero. Ella me amaba, me amaba, hasta morir de amor. A fuerza de perseguirme (¡qué tontos son los hombres!), un poco por piedad, un poco por vanidad, bastante por cansancio, para (¡lindo medio!) liberarme de esa obsesión, me convertí (¡de perdidos, al río!), me convertí en su marido. Y ella, la dulce criatura, se venga. ¿De qué? De haberme amado. Me hace rabiar o, al menos, lo querría; pero no hay peligro: me gusta demasiado mi descanso y no soy tan tonto como para prepararme un lecho de melancolía por unas palabras. Cuando llueve, dejo llover. Cuando truena, canto. Cuando grita, río. ¿Por qué no iba a gritar? ¿Tendría yo la pretensión de impedírselo a esta mujer? No quiero su muerte. Donde hay mujer no hay silencio. Que ella cante su canción; yo canto la mía. Con tal de que se preocupe de no cerrarme el pico (y se cuida muy bien de hacerlo, ya sabe qué le costaría), el suyo puede gorjear: cada uno tiene su música.

Por lo demás, estén o no afinados nuestros instrumentos, no por eso hemos dejado de ejecutar algunos pasajes muy hermosos: una hija y cuatro muchachos. Todos fuertes, bien formados: no ahorré tela ni oficio. Sin embargo, de la nidada, a la única que le reconozco totalmente mi fibra es a mi bribonzuela de Martine, mi hija, la pícara. Trabajo me dio para llegar sin naufragio al puerto del matrimonio... ¡Uff! ¡Ahora está calmada!... No hay que confiar demasiado, pero ya no es asunto mío. Me hizo correr y velar demasiado. ¡Ahora le toca a mi yerno, es su turno! ¡Florimond, el pastelero, que cuide de su horno...! Cada vez que nos vemos nos peleamos, pero con ninguna otra persona me entiendo tan bien. Buena muchacha, despierta en sus locuras, y honesta, siempre que la honestidad ría: porque para ella el peor de los vicios es el que aburre. No teme nada la pena: la pena es la lucha; la lucha es el placer. Le gusta la vida; sabe qué es bueno, como yo: es de mi sangre. Sólo por hacerla fui demasiado generoso.

No logré tan bien a los muchachos. La madre puso lo suyo y la pasta no cuajó: de los cuatro, dos son santurrones como ella y, además, de dos santurronerías enemigas. Uno siempre está metido entre faldas negras, los curas, los hipócritas; el otro es hugonote. Me pregunto cómo incubé esos pollos. El tercero es soldado, hace la guerra, vagabundo, no sé bien por dónde. Y en cuanto al cuarto, no es nada, nada de nada: un pequeño tendero, borrado, ovejuno; bostezo nada más pensar en él. Sólo vuelvo a reconocer mi raza con el tenedor en la mano, cuando estamos

sentados los seis alrededor de la mesa. En la mesa, nadie duerme, todos están en perfecto acuerdo; es un hermoso espectáculo vernos a los seis mover las mandíbulas, partir el pan con las dos manos, y hacer bajar el vino sin cuerda ni carretilla.

Después del mobiliario, hablemos de la casa, que también es mi hija. Construí, pieza a pieza, y más bien tres veces que una, a orillas del Beuvron indolente, gris y verde, bien alimentado por la hierba, la tierra y la mierda, a la entrada del pueblo, al otro lado del puente, este perro pachón en cuclillas con el vientre mojado por el agua justo enfrente se levanta, orgullosa y ligera, la torre de San Martín con su faldón recamado y el portal florido por donde suben los escalones negros y espinados de la Vieja Roma, al igual que al paraíso. Mi cascarón, mi caserón, está situado extramuros: por lo cual, cada vez que desde la torre se ve un enemigo en la llanura, la ciudad cierra sus puertas y el enemigo viene a mi casa. Aunque me gusta conversar, ésas son visitas que quisiera ahorrarme. Suelo irme y dejo la llave debajo de la puerta.

Pero cuando vuelvo sucede que no encuentro la llave ni la puerta: quedan las cuatro paredes. Entonces reconstruyo. Me dicen: -¡Tonto! Trabajas para el enemigo. Deja tu madriguera y ven a la ciudad. Estarás protegido.

Respondo:

-¡Tonterías! Estoy bien donde estoy. Sé que detrás de un grueso muro estaría más seguro. Pero detrás de un grueso muro, ¿qué vería? El muro. Me secaría de aburrimiento. Quiero campo libre. Quiero poder echarme a la orilla del Beuvron y, cuando no trabajo, mirar desde mi huertecillo los reflejos que recorta el agua calma, los círculos que marcan los peces en la superficie, las hierbas tupidas que se agitan en el fondo, y pescar con la caña y lavar en él mis trapos y vaciar en él mi orinal. Y, además, bien o mal, siempre estuve aquí; es demasiado tarde para cambiar. ¿Puede pasarme algo peor que lo que me ha pasado? ¿Decís que la casa será destruida una vez más? Es posible. Buena gente, no pretendo construir para la eternidad. Pero, por Dios, no será fácil arrancarme de donde estoy incrustado. Volví a hacerla dos veces, volveré a hacerla diez. No es que me divierta, pero me aburriría diez veces más cambiar. Sería como un cuerpo sin piel. ¿Me ofrecéis otra más hermosa, más blanca, más nueva? Se derrumbaría sobre mí o yo la haría estallar. Nones, prefiero la mía...

Bueno, recapitulemos: mujer, hijos y casa; ¿he pasado bien revista a mis propiedades?... Me queda la mejor, que guardo para el final: me queda mi oficio. Soy de la cofradía de Santa Ana, carpintero. En los cortejos y en las procesiones llevo el bastón decorado con el compás sobre la lira, sobre el cual la abuela del buen Dios enseñó a leer a su hija pequeña, María llena de gracia, que no levantaba dos palmos del suelo. Armado con la azuela, el escoplo, la gubia y la garlopa, en mi taller reino sobre el roble nudoso y el nogal pulido. ¿Qué saco de ellos? Según lo que deseo... y el dinero de los clientes. ¡Cuántas formas duermen ocultas y amontonadas allí dentro! Para despertar a la Bella Durmiente, sólo hay que entrar, como su amado, en el fondo del bosque. Pero la belleza que encuentro debajo de mi cepillo no es remilgada. Más que una Diana enflaquecida, sin nada por delante ni por detrás, de uno de esos italianos, me gusta un mueble de Borgoña con pátina bronceada, fuerte, abundante, cargado de frutos como una viña, un hermoso arcón panzudo, un armario esculpido con la ruda fantasía del maestro Hugues Sambin. Adorno las casas con paneles, molduras. Desarrollo los anillos de las escaleras de caracol; y al igual que de una espaldera de manzanas, hago salir de las paredes los muebles amplios y robustos hechos para el lugar justo donde los ensamblo. Pero gozo cuando puedo anotar en la hoja lo que ríe en mi fantasía: un movimiento, un gesto, una espalda que se quiebra, una garganta que se hincha, volutas floridas, una guirnalda, grutescos, o cuando atrapo al vuelo y clavo en mi tabla la cara de un paseante. Para mi deleite y el del cura, esculpí (es mi obra maestra) en el coro de la iglesia de

Montréal esa sillería donde se ve a los burgueses divertirse y brindar a la mesa, alrededor de un jarro, y dos leones que pelean disputándose un hueso.

Trabajar después de beber, beber después de trabajar, ¡qué hermosa existencia...! Veo alrededor de mí a inhábiles que rezongan. Dicen que elegí un mal momento para cantar, que es una época triste... No hay época triste, hay gente triste. Yo no lo soy, gracias a Dios. ¿Nos robamos? ¿Nos zurramos? Siempre será así. Pongo mi mano en el fuego a que dentro de cuatrocientos años nuestros tataranietos estarán tan furiosos como para mesarse el cabello y morderse los codos. No digo que no tendrán cuarenta maneras nuevas para hacerlo mejor que nosotros. Pero contesto que no habrían encontrado una manera nueva de beber, y les desafío a saber hacerlo mejor que yo... ¿Cómo sé qué harán esos pillos dentro de cuatrocientos años? Tal vez, gracias a la hierba del cura de Meudon, el mirífico Pantagruelion, podrán visitar las regiones de la Luna, el despacho de los rayos y los desagües de las lluvias, vivir en los cielos, beber con los dioses... ¡Bueno!, iré con ellos. ¿No son mi semilla y no han salido de mi panza? ¡Dispersaos, pequeños! Pero donde yo estoy es más seguro. ¿Quién me asegura que dentro de cuatro siglos el vino será igual de bueno?

Mi mujer me reprocha que me gusta demasiado la jarana. Nada desdeño. Me gusta todo lo bueno, la buena mesa, el buen vino, las bellas mejillas carnosas, y las de piel más tierna, suaves y vellosas, que se gustan soñando, el dulce no hacer nada en el que se hacen tantas cosas (somos dueños de un mundo joven, hermoso, conquistador, transformamos la tierra, oímos crecer la hierba, conversamos con los árboles los animales y los dioses), ¡y tú, viejo compañero, mi Acates, mi trabajo...! ¡Qué agradable es estar con la herramienta en la mano, delante del banco, aserrando, cortando, cepillando, recortando, segueteando, enclavijando, limando, manoseando, triturando la materia bella y firme que se rebela y se doblega, la madera de nogal suave y grasa, que palpita en la mano como una rabadilla de hada, los cuerpos rosas y rubios, los cuerpos morenos y dorados de las ninfas de nuestros bosques, despojados de sus velos, cortados por el hacha! ¡Alegría de la mano exacta, de los dedos inteligentes, los gruesos dedos de los que se ve salir la obra de arte! ¡Alegría del espíritu que domina las fuerzas de la tierra, que inscribe en la madera, en el hierro o en la piedra el. capricho ordenado de su noble fantasía! Me siento el monarca de un reino de quimera. Mi campo me da su carne, y mi viña su sangre. Los espíritus de la savia hacen crecer, para mi arte, ensanchan, engordan, estiran y pulen los hermosos miembros de los árboles que voy a acariciar. Mis manos son obreros dóciles que dirige mi compañero maestro, mi viejo cerebro, que al estar sometido a mí, organiza el juego que place a mi ensoñación. ¿Quién estuvo Alguna vez mejor servido que yo? ¡Oh! ¡Qué hermoso pequeño rey! ¿Tengo derecho a beber a mi salud? Y no olvidemos (no soy ingrato) la de mis buenos súbditos. ¡Bendito sea el día que vine al mundo! ¡Cuántas cosas gloriosas sobre la máquina redonda, rientes para mirar, suaves para saborear! ¡Dios santo! ¡Qué buena es la vida! Es inútil que trate de atracarme; siempre tengo hambre, babeo; debo de estar enfermo. A cualquier hora del día se me hace la boca agua ante la mesa puesta por la tierra y el sol...

Pero me jacto, compadre: el sol está difunto; hiela en mi universo. Este fanfarrón invierno ha entrado en mi cuarto. La pluma tiembla entre mis dedos agarrotados. ¡Dios me perdone!, en mi vaso se forma el hielo y mi nariz palidece: ¡execrable color, marca del cementerio! Tengo horror a la palidez. ¡Vamos, movámonos! Las campanas de San Martín tintinean y repican. Hoy es la Candelaria... «El invierno pasa o toma fuerzas...» ¡El malvado!, toma fuerzas. ¡Y bien, hagamos como él! Vayamos a su encuentro y enfrentémosle cara a cara...

¡Hermoso frío! Cien agujas me picotean las mejillas. Emboscado a la vuelta de la calle, el cierzo me agarra de la barba. Me abraso. ¡Loado sea Dios! Mi piel recobra su brillo... Me gusta oír

bajo mis pasos la tierra endurecida que resuena. Me siento fuerte. ¿Por qué toda esa gente tiene un aire lastimoso y malhumorado?...

-¡Vamos, vecina, alegría, alegría! ¿con quién está enojada? ¿Con ese viento pillo que le levanta las sayas? Hace bien, es joven; ¡quién lo fuera! Muerde en buen lugar ese goloso, por la mañana, sabe dónde están los bocados apetecibles. Paciencia, comadre, todos tienen que vivir... ¿Y ahora hacia dónde corre como si la persiguiese el diablo? ¿A la misa? *Laus Deo!* Siempre vencerá al Maligno. El que ríe llorará y el hielo arderá... ¡Bueno, ya se ríe! Todo va bien... ¿Y adónde corro yo también? Como usted, a misa. Pero no a la del cura. A la misa de los campos.

Primero paso por la casa de mi hija, para recoger a mi pequeña Glodie. Todos los días damos un paseo juntos. Es mi mejor amiga, mi ovejuela, mi ranita que croa. Tiene algo más de cinco años y es más despierta que una rata y más lista que un granuja. En cuanto me ve, corre hacia mí. Sabe que siempre tengo mi cesto lleno de cuentos; a ella le gustan tanto como a mí. La tomo de la mano.

-Vamos, pequeña, vamos en busca de la alondra. -¿La alondra?

-Es la Candelaria. ¿No sabes que hoy vuelve con nosotros desde los cielos?

-¿Y qué ha ido a hacer allí?

-Ha ido a buscar el fuego para nosotros. -¿El fuego?

-El fuego que hace el sol, el fuego que hace hervir la marmita de la tierra.

-¿Se había ido?

-¡Claro!, por Todos los Santos. Cada año, en noviembre, va a calentar las estrellas del cielo.

-¿Y cómo es que vuelve?

-Porque tres pajarillos van a buscarla. -Cuéntame...

Corretea por el camino, cálidamente envuelta en un abrigo de punto de lana blanca, con una capucha azul, parece un pájaro. No teme el frío; pero sus redondos pómulos están rojos como una manzana, y la punta de su nariz chorrea como una fuente...

-¡Mocosa, mocosuela, sopla la candela! ¿Es para la Candelaria? La lámpara se enciende en el cielo.

-Cuéntame, abuelo, los tres pajarillos... (Me gusta hacerme rogar.)

-Los tres pajarillos han salido de viaje. Son tres compañeros astutos: Reyezuelo, Petirrojo y la amiga Alondra. El primero, Reyezuelo, siempre vivaz y movedizo como un pequeño Pulgarcito y soberbio como Artabán, ve en el aire el hermoso fuego, que rueda como un grano de mijo. Cae sobre él gritando: « ¡Es mío!, lo tengo. ¡Es mío!». Y los otros gritan: « ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!». Pero ya Reyezuelo lo ha atrapado al vuelo y baja como un rayo... « ¡Al fuego! ¡Al fuego! ¡Quema! » Y Reyezuelo se pasa de una parte del pico a la otra esa masa ardiente; no puede más, abre el pico, la lengua se le pela; la escupe y la oculta bajo sus pequeñas alas... « ¡Ay! ¡Ay! ¡Al fuego!» Las alitas arden... (¿Has observado sus manchas de chamusquina y sus plumas rizadas?...) Petirrojo enseguida acude a socorrerlo. Toma con el pico el grano de fuego y lo coloca devotamente en su mullido chaleco. Y el chaleco se vuelve rojo, .rojo y Petirrojo grita: « ¡No puedo más, no puedo más!, mi traje se quema». Entonces llega Alondra, la valerosa amiguita, y atrapa al vuelo la llama que se escapaba para subir al cielo y pronto, presta, precisa como una flecha, cae sobre la tierra y con el pico hunde en nuestros surcos helados el hermoso grano de sol que los hace desfallecer de placer...

Termino mi relato. Glodie cloquea a su vez. Al salir de la ciudad me la pongo a la espalda para subir la colina. El cielo está gris, la nieve cruje bajo los zuecos. Los matorrales y los árboles endebles de huesos menudos están acolchados de blanco. El humo de las chozas sube recto, lento

y azul. No se oye más ruido que el de mi renacuajo. Llegamos a la cima. A mis pies está mi ciudad, que el Yonne perezoso y el Beuvron paseandero ciñen con sus cintas. Coronada de nieve, transida como está, friolera y temblorosa, cada vez que la veo entibia mi corazón...

Ciudad de hermosos reflejos y de ligeras colinas... Alrededor de ti, trenzadas, como la paja de un nido, se enroscan las líneas suaves de las pendientes labradas. Las olas alargadas de las montañas boscosas, en cinco o seis hileras, ondulan suavemente; azulean a lo lejos: se creería que es un mar. Pero éste no tiene nada del elemento pérfido que sacudió a Ulises, y el de Ítaca, y a su flota. No hay tempestades. No hay emboscadas. Todo está en calma. Apenas cada tanto, un hálito para hinchar el seno de la colina. De una grupa de las olas a la otra, los caminos avanzan rectos, sin prisa, y dejan como la estela de una barca. En la cresta de las olas, a lo lejos, la Magdalena de Vézelay alza sus mástiles. Y muy cerca, en un recodo del Yonne sinuoso, las rocas de Basserville apuntan entre la espesura sus dientes de jabalí. En la hondonada del círculo de colinas, la ciudad, descuidada y acicalada, inclina al borde de las aguas sus jardines, sus casuchas, sus harapos, sus joyas, la mugre y la armonía de su cuerpo estirado y su cabeza coronada con la torre calada...

Y así admiro la concha de la que soy el caracol. Las campanadas de mi iglesia suben por el valle; su voz pura se extiende como una onda cristalina en el aire fino y helado. Mientras me regocijo husmeando su música, un rayo de sol rasga la envoltura gris que mantenía el cielo oculto. Y justo en ese momento, mi Glodie bate palmas y grita:

-¡Abuelo, la oigo! ¡La alondra, la alondra!...

Y entonces yo, a quien su vocecita fresca hace reír de felicidad, la abrazo y le digo:

-Yo también la oigo. Alondra de la primavera...

II
EL SITIO O EL PASTOR, EL LOBO Y EL CORDERO

Cordero de Chamoux,
sólo hacen falta tres para estrangular a un lobo.

Mediados de febrero.

Mi bodega muy pronto estará vacía. Los soldados que el señor de Nevers, nuestro duque, nos envía para defendernos, acaban de abrir mi último tonel. ¡No perdamos el tiempo y vayamos a beber con ellos! Me parece bien arruinarme, pero arruinarme con alegría. ¡No es la primera vez! Y si así place a la bondad divina, no será la última.

¡Buenos muchachos!, están más afligidos que yo cuando les señalo que el líquido baja... Sé que mis vecinos lo toman a la tremenda. Yo no puedo, estoy harto: he ido con demasiada frecuencia al teatro durante mi vida y ya no tomo en serio a los bufones. Desde que estoy en el mundo he visto muchas más caras de éstas, suizos, alemanes, gascones, loreneses, animales de guerra, con el arnés a la espalda y las armas en el puño, devoradores de guisantes grises, lebreles hambrientos que nunca se cansan de comer de la buena gente. ¿Quién puede llegar a saber por qué luchan? Ayer, era por el Rey; hoy, por la Liga. Unas veces son los santurrones, y otras los hugonotes. Todos los partidos hacen de las suyas; el mejor no vale la cuerda para colgarlo. ¿Qué nos importa que sea este ladrón o este otro el que nos roba en el corral? Y en cuanto a la pretensión de mezclar a Dios en sus asuntos... ¡por los clavos de Cristo!, ¡buena gente, dejad hacer

a Dios! ¡Es un hombre de edad! Si os pica, rascaos solos, Dios no os necesita. Por lo que sé, no es manco. Se rascará, si le place...

¡Lo peor es que pretenden forzarme también a mí a hacerle la barba!... Señor, os honro, y creo, sin jactarme, que nos encontramos más de una vez por día, si el refrán es cierto, el buen refrán galo: «Quien buen vino bebiere a Dios viere». Pero nunca se me ocurriría decir, como estos mojigatos, que os conozco bien, que sois mi primo, que me habéis confiado vuestras treinta y seis voluntades. Me reconocéis la justicia de dejaros en paz; y todo lo que os pido es que hagáis lo mismo conmigo. Los dos tenemos bastante que hacer con poner orden en nuestra casa, vos en vuestro universo, y yo en el mío pequeño. Señor, me has hecho libre. Yo hago lo mismo contigo. Pero que esos bellacos no pretendan que administre tus asuntos, que hable por ti, que diga cómo quieres que te coman y que al que te coma de otra manera lo declare tu enemigo y el mío... ¿El mío? ¡Nones! No los tengo. Todos los hombres son mis amigos. Si luchan es porque les gusta. En cuanto a mí, yo salgo a flote... Sí, si puedo. Pero esos zarrapastrosos son los que no quieren que así sea. Si no soy enemigo de uno, tendré a los dos como enemigos. Y bien, pues, ¡ya que debemos ser sacudidos entre dos campos, sacudamos también! Me da lo mismo. Mejor que yunque, yunque, yunque, seamos yunque y luego martillo.

Pero quién me dirá por qué han sido puestos sobre la tierra todos estos animales, estos saquea hombres, estos políticos, estos grandes señores que son los amos de nuestra Francia y que siempre cantando su gloria, vacían limpiamente sus bolsillos y no saciados con roer nuestro dinero pretenden devorar los graneros extranjeros, amenazan a Alemania, codician Italia, y en el gineceo del Gran Turco meten su nariz; ellos, que quisieran absorber la mitad de la tierra y que ni sabrían plantar una col en ella... ¡Vamos, amigo, paz, no acumules bilis! Todo está bien como está... a la espera de que un día lo hagamos mejor (será lo más pronto que nos sea posible). No hay animal tan triste que no pueda servir. Oí contar que una vez el buen Dios (¡pero, Señor, hoy sólo hablo de ti!), paseando con Pedro, vio en el arrabal de Beyant[1], sentada en el umbral de su puerta, a una mujer que se consumía. Se aburría tanto, que nuestro Padre, con su bondad de corazón, sacó de su bolsillo, dicen, un puñado de piojos, se los arrojó y le dijo: « ¡Tomad, hija, divertíos!». Entonces la mujer se despertó y se lanzó a su caza; y cada vez que atrapaba a un animalejo reía de contento. Y también es caridad, sin duda, si el cielo nos gratificó, para distraernos, con esos animales de dos patas que nos roen la lana. Estemos alegres, pues, ¡oh sí! Pareciera que el gusano es índice de salud (gusanos, eso son nuestros amos). Regocijémonos, hermanos míos: porque nadie, de ser así, está mejor que nosotros... Y luego os diré (al oído): « ¡Paciencia!, tenemos un buen fin. El frío, las heladas, la canalla de los campos y la de la corte duran un momento, se irán. La buena tierra permanece y nosotros para engordarla. De una sola ventregada mejorará... ¡Mientras esperamos, bebamos el fondo de mi tonel! ¡Hay que hacer lugar para las próximas vendimias! ».

Mi hija Martine me dice:

-Eres un fanfarrón. Al escucharte se creería que no has hecho más tarea que tragar, callejear, charlar como badajo de campana, bostezar de sed y pensar en las musarañas, que vives sólo para estar de juerga y que te beberías Roma y Toma; y no puedes estar un día sin trabajar. Quisieras que te creyeran atolondrado, aturdido, pródigo, desordenado, alguien que no sabe qué entra ni qué sale de su bolsa; y te enfermarías si no tuvieras el día, hora por hora, exactamente marcado como reloj de campana; sabes, centavo a centavo, todo lo que has gastado desde Pascuas del año pasado, y aún no se conoce a alguien que te haya timado... ¡Inocente, cabeza de pájaros!

[1] Bethléem, suburbio de Clamecy.

¡Miren el hermoso cordero!... Cordero de Chamoux, sólo hacen falta tres para estrangular un lobo...

. Río y no contesto a la señora pico de oro. ¡Mi niña tiene razón! Y me conoce. Yo la engendré. Se equivoca en decirlo. Pero una mujer sólo calla lo que no sabe. Vamos, Colas Breugnon, acéptalo viejo; es en vano que cometas locuras, nunca serás un chalado por completo. ¡Diablos!, como todos, escondes un loco en la manga y lo muestras cuando quieres; pero vuelves a guardarlo cuando necesitas las manos libres y la cabeza sana para trabajar. Como todos los franceses, tienes en tu cabeza tan anclados el instinto del orden y la razón que puedes divertirte haciéndote el extravagante: sólo corre riesgo (¡pobres ingenuos!) la gente que te mira boquiabierta y que quisiera imitarte. Hermosos discursos, versos sonoros, proyectos trunca-montañas son cosa deleitable: uno se exalta y se enciende. Pero sólo consumimos la leña menuda y guardamos la más gruesa, bien acomodada, en la leñera. Mi fantasía se alegra y ofrece un espectáculo a mi razón que la mira sentada confortablemente. Y todo esto para mi diversión. Tengo como teatro el universo y, sin moverme, desde mi butaca, soy la comedia; aplaudo a Matamoros o bien a Francatripa; gozo con los torneos y las pompas reales, grito bis a esa gente que se parte la cabeza... ¡Y todo para nuestro placer! Para aumentarlo finjo mezclarme con la farsa y creer en ella. Pero pongo atención ¡vaya!, creo lo justo que necesito para divertirme. Es así como escucho las historias de hadas... ¡Y no sólo de hadas! Hay un gran señor, allá arriba, en el Empíreo... Le respetamos mucho; cuando pasa por nuestras calles, con la cruz al frente y el pendón, con sus Oremus, cubrimos con colgaduras blancas las paredes de nuestras casas. Pero entre nosotros... ¡Charlatán, muérdete la lengua! Se huele a chamusquina... ¡Señor, nada he dicho! Me descubro ante ti...

Finales de febrero.

El asno, que ha pelado todo el prado, dice que ya no es necesario que lo cuide y se ha ido a comer (cuidar, quiero decir) algún otro prado vecino. La guarnición del señor de Nevers se fue esta mañana. Daba gusto verles, grasientos como tocino con guisantes. Me sentí orgulloso de nuestra cocina. Nos despedimos con el corazón en los labios, con los labios en el corazón. Hicieron mil votos graciosos y corteses para que nuestro trigo resulte hermoso y nuestras vides no se hielen.

-Trabaja bien, tío -me dijo Fiacre Bolacre, mi huésped el sargento. (Es el nombre que me da y que me he ganado: «Es mi tío el que me llena la panza».)-. No escatimes esfuerzos y ve a podar tu viña. Por San Martín volveremos para beberla...

Buenos muchachos, siempre dispuestos a acudir de prisa en ayuda de un hombre, ¡a la mesa, con el jarro en la mano!

Desde que se han ido estamos aliviados. Los vecinos prudentemente descubren sus escondrijos. Los que en los últimos días ponían caras de cuaresma y gimoteaban de hambre, como si tuvieran un lobo en la panza, desentierran ahora de abajo de la paja del granero o del suelo de la bodega con qué alimentar al animal. No hubo nadie tan miserable que no encontrara el medio, mientras lloriqueaba que nada le quedaba, de esconder en alguna parte su mejor vino. Yo mismo (no sé cómo lo hice), apenas partió el huésped Fiacre Bolacre (lo acompañé hasta el arrabal de Judea) recordé, dándome un golpe en la frente, un pequeño tonel de Chablis, olvidado por descuido debajo del estiércol de los caballos para que se conservara al calor. Me sentí muy contrariado, como puede suponerse; pero cuando el mal está hecho, bien hecho está y hay que resignarse. Y me resigno bien. Bolacre, mi sobrino, ¡ah!, ¡lo que te has perdido! ¡Qué néctar, qué aroma!... Pero no pierdes nada, amigo, amigo mío, no pierdes nada: lo bebo a tu salud.

Vamos a curiosear de una casa a otra. Nos mostramos los hallazgos que hemos hecho en la bodega; y, como los augures, nos guiñamos el ojo al congratularnos. Nos contamos también los duelos y los daños (las dueñas y sus daños). Los de los vecinos divierten y distraen de los nuestros. Nos informamos sobre la salud de la mujer de Vincent Pluviaut. Después de cada pasaje de las tropas por la ciudad, por un singular azar, esta valiente gala ensancha su cintura. Felicitamos al padre, admiramos la virtud de sus riñones prolíficos que ofrecen esa prueba pública; y gentilmente, para reír, sin malos pensamientos, palmoteo la tripa del afortunado pillo, cuya casa es la 'única, le digo, que muestra su vientre colmado cuando las otras lo finen vacío. Todos ríen, como corresponde, y muy discretamente, como gansos desbocados, unos al oído de otros. Pero Pluviaut toma a mal nuestras felicitaciones y dice que mejor sería que yo vigilara a mi mujer. A lo que le he contestado que en lo que a ella atañe, su feliz poseedor podía dormir a pierna suelta, sin temor a que le quitar4n su tesoro. Todos han estado de acuerdo.

Ya han llegado las carnestolendas. Por poco preparados que estemos, debemos rendirles honor. El renombre de la ciudad y el nuestro está comprometido. ¿Qué dirían de Clamecy, gloria de las salchichas, si el Carnaval nos pillara sin mostaza? Se oyen freír las sartenes; un suave olor a grasa impregna el aire de las calles. ¡Salta, hojuela!, ¡más alto!, ¡salta, para mi Glodie!...

Un rataplán de tambor, un tururú de flauta. Risas y gritos... Son los señores de Judea[2] que vienen de visita a Roma con sus carros. A la cabeza va la música y los alabarderos que hienden la multitud con sus narices. Narices como trompas, narices como lanzas, narices cuernos de caza, narices como cerbatanas, narices erizadas de espinas, al igual que castañas, o sobre la punta de las cuales hay plantados pájaros. Sacuden a los mirones, escudriñan las faldas de las muchachas que cloquean. Pero todos se apartan y huyen ante el rey de las narices, que avanza como un ariete y, al igual que una bombarda, lleva su nariz sobre una cureña con ruedas.

Le sigue el carro de Cuaresma, emperador de los comedores de bacalao. Rostros pálidos, verdes, descarnados, afrailados, ceñudos, ateridos bajo las capuchas, o tocados como cabezas de pescado. ¡Cuántos pescados!, éste tiene en cada mano una perca o una carpa; el otro blande, en una horquilla, una broqueta con gobios; un tercero nos muestra como cabeza la de un lucio de la boca del cual sale un cadoce que hace su parto con un pez espada abriéndose el vientre colmado de peces. Sufro una indigestión... Otros, con la boca abierta, metiéndose los dedos para ampliarla, se ahogan empujándose en el gaznate *(¡al basurero!)* huevos que no quieren pasar. A izquierda y a derecha, en lo alto del carro, caretas de lechuza, hábitos de monjes, pescadores que pescan con caña a los galopines que saltan como cabritillos, en la punta del hilo, con la boca abierta para atrapar y morder, muerde, muerde al vuelo los confeti o los bombones envueltos en azúcar. Y atrás, un diablo baila, vestido de cocinero; agita una cacerola y un cucharón; con una infame pitanza da de comer a seis condenados descalzos, atados uno tras otro, que pasan sus cabezas gesticulantes cubiertas con un bonete de algodón a través de los peldaños de una escalera.

¡Pero aquí llegan los triunfadores, los héroes del día! Sobre un trono de jamones, debajo de una cúpula de lenguas ahumadas, aparece la reina de las salchichas, coronada con salchichas, y el cuello adornado con un collar de chorizos enhebrados, con el que juega coquetamente con sus dedos amorcillados; escoltada por sus lacayos, salchichas blancas y salchichas negras, embutidos de Clamecy, a quienes Riflesalchicha, el coronel, conduce a la victoria. Armados con broquetas y

[2] Judea es el sobrenombre de un suburbio de Bethléem, donde vivían los almadieros de Clamecy. Roma es la ciudad alta, llamada así por la escalera llamada Vieja Roma, que baja desde la plaza de la iglesia de San Martín hasta Beuvron.

larderas, gordos y relucientes, muestran un aspecto impresionante. También me gustan estos dignatarios, cuyo vientre es una marmita, o el cuerpo un paté en gabardina y que como reyes magos llevan quién una cabeza de cerdo, quién una botella de vino peleón, quién mostaza de Dijon. Al sonido de los cobres, de los címbalos, de las espumaderas, de las graseras llega en medio de las risotadas, montado en asno, el rey de los cornudos, el amigo Pluviaut. Vincent, ¡es él, él ha sido elegido! Sentado a contrapelo, con un alto bonete y un cubilete en la mano, escucha a su guardia de almadieros, diablos cornudos, que con el bichero o la pértiga al hombro, sueltan con voz clara, en buena lengua franca y francesa, sin tapujos, su historia y su gloria. Prudente, no muestra un indiscreto orgullo; indiferente, bebe, se echa un gran trago; pero cuando pasa al pie de una casa señalada con la misma suerte, grita levantando su vaso: « ¡Eh, cofrade, a tu salud!

Y por último, para cerrar el cortejo, viene la hermosa estación nueva. Una fresca jovencita, rosada y riente, de frente lisa, cabellos rubios, con pequeños bucles, coronada de primaveras, amarillas y claras y, en bandolera, alrededor de los pequeños senos redondos, verdes candelillas, recogidas en los avellanos de los matorrales. En la cintura una bolsa sonante y llena, y en las manos una cesta; canta con las pálidas cejas alzadas, abriendo los ojos de un azul ligero con la boca abierta como una O sobre sus dientes agudos como cuchillos, canta, con voz delgada, a la golondrina que pronto volverá. A su lado, en el carro que arrastran cuatro grandes bueyes blancos, muchachas en sazón, bien en sazón, hermosas muchachas de cuerpos graciosos y redondeados y jovencitas en la edad ingrata que como jóvenes arbustos han crecido en desorden. A cada una le falta un pedazo; pero con el resto el lobo se daría un buen banquete... ¡Lindas feúchas! Llevan jaulas con aves de paso o, rebuscando en la cesta de la reina de la primavera, arrojan a los mirones pasteles, sorpresas, caramelos envueltos en los que se encuentra escrita la suerte, versos de amor o bien los cuernos.

Al llegar a la parte baja del mercado, cerca de la torre, las muchachas saltan del carro y en la plaza mayor bailan con los clérigos y los empleados. Pero Martes lardero, Cuaresma y el rey de los cornudos siguen su marcha triunfal, deteniéndose cada veinte pasos, para cantarles a la gente las verdades o buscarlas en el fondo del vaso...

¡A beber! ¡A beber! ¡A beber!
¿Nos separaremos sin beber?
¡No!
¡Los borgoñones no están tan locos
como para separarse sin beber un trago!

Pero, por mojarla demasiado, la lengua se empasta y el ingenio se ablanda. Dejo al amigo Vincent que haga otro alto con su escolta, a la sombra de una taberna. El día es demasiado hermoso para quedarse encerrado. ¡Vamos a tomar el aire de los campos!

Mi viejo amigo el cura Chamaille, que ha venido desde su pueblo, en su carro tirado por una borrica, a comer en casa del señor arcipreste de San Martín, me invita a acompañarle un trecho del camino... Llevo a mi Glodie. Montamos en la carrindanga. ¡Arre, borrica!... Ella es tan pequeña que le propongo subirla al carro entre Glodie y yo... Avanza el camino blanco. El sol vejete sestea; se calienta, en el rincón de su fuego, más de lo que nos calienta. La borrica también se duerme y se detiene a pensar. El cura la interpela, indignado, con su voz de gordo abejorro:

-¡Madelon!

La borrica se sobresalta, entrecruza sus patas flacas, zigzaguea entre dos huellas y vuelve a detenerse y a meditar, insensible a nuestros reproches:

-¡Ah, maldita, sin el signo de la cruz que llevas en el lomo -refunfuña Chamaille, que le pincha las ancas con la punta de su palo-, cómo te rompería mi garrote en las costillas!

Para descansar, hacemos un alto en la primera posada, en el recodo del camino que desde allí baja hacia el blanco pueblo de Armes, que en su agua clara se mira el fino perfil. En medio de un campo cercano, alrededor de un gran nogal que se pavonea extendiendo en el cielo enharinado sus brazos negros y su orgulloso esqueleto desmido, unas muchachas hacen una ronda. ¡Vamos a bailar!... Han ido a llevar la hojuela del Martes lardero a la comadre urraca.

-¡Hurra, Glodie, hurra Margot la urraca, con su chaleco blanco en el borde de su nido, allá arriba, allá arriba, que se inclina para vernos! ¡La curiosa! Para que nada escape a su pequeño ojo redondo y a su lengua charlatana, ha construido su casa sin puerta ni ventanas, con techo de ramas, abierta a todos los vientos. Está helada, empapada, ¿qué importa? Puede ver todo. Está de mal humor y parece decirnos: « ¿Para que quiero vuestros dones? Patanes, ¡lleváoslos! ¿Creéis que si tuviera ganas de vuestra hojuela no sería capaz de pillarla de vuestras casas? No hay placer en comer lo que se nos da. Sólo tengo ganas de lo que robo.

-Entonces, ¿por qué, abuelo, le dan la hojuela con esas hermosas cintas? ¿Por qué felicitar a esta ladronzuela?

-Porque en la vida, ya ves, es más prudente estar a bien que estar a mal con los malvados.

-¡Y bien, Colas Breugnon, buenas cosas le enseñas! -gruñe el cura Chamaille.

-No le digo que esté bien, le digo que todos lo hacen y tú el primero, cura. Puedes revolear los ojos. Cuando te encuentras con "una de tus devotas que lo ven todo, que saben todo, que meten la nariz en todas partes, que tienen la boca como un saco lleno de `'malicia ¿te animas a decir que para hacerla callar no le llenarías el pico de hojuelas?

-¡Ah, Dios, si bastase con eso! -exclama el cura.

-He calumniado a Margot, vale más que una mujer. Al menos, su lengua a veces sirve para algo.

-¿Para qué, abuelo?

-Cuando se acerca el lobo, chilla...

Y al acabar de decir estas palabras la urraca se puso a chillar jura, blasfema, bate las alas, vuela, cubre de insultos a no se quién, a no sé qué, que está en el valle de Armes. En el linde del bosque, sus compadres emplumados, el grajo Charlot y Colas el cuervo, le contestan con el mismo tono agrio e irritado. La gente ríe y grita: « ¡Al lobo!». Nadie lo cree. No por eso dejamos de ir a ver (creer está bien, ver mucho mejor)... ¿Y qué vemos?... ¡Voto al chápiro! Una banda de gente armada que sube la colina al trote. Les reconocemos. Son esos bocazas, las tropas de Vézelay, que al saber que nuestra ciudad no tiene su guardia, se imaginan que encontrarán a la urraca (no a ésta) en su nido...

Os ruego que penséis que no nos demoramos en tomarlos en consideración. Todos gritan: ¡Sálvese quien pueda! Nos empujamos, rodamos. Nos dispersamos a todo correr por el camino, por los campos. Una boca abajo, el otro cayendo con todo su peso. Nosotros tres saltamos al carro tirado por la borrica. Como si comprendiera, Madelon parte como una flecha, azotada con toda su fuerza por el cura Chamaille, que, en su emoción, ha perdido todo el respeto que le debía al lomo de una jumenta marcada con el signo de la cruz. Avanzamos en medio de una oleada de gente que lanza gritos de bruja y, cubiertos de polvo y de gloria, entramos en Clamecy, los primeros, con el resto de los fugitivos pegados a nuestros talones. Y siempre al galope, con la carrindanga saltando, Madelon sin tocar el suelo y el cura fustigando, atravesamos el arrabal de Béyant gritando:

-¡Llega el enemigo!

Al vernos pasar la gente primero reía. Pero no tardaron en comprender. Enseguida fue como un hormiguero en el que se acabara de hundir un palo. Todos se ajetreaban, salían, entraban, salían. Los hombres se armaban, las mujeres hacían los bultos, los objetos se apilaban en las cestas y en las carretillas; toda la gente del arrabal abandonaba sus lares y afluía a la ciudad, al amparo de las murallas; los almadieros, sin quitarse sus trajes, sus máscaras, cornudos, zarposos, panzudos, quién como Gargantúa, quién como Belcebú, corrían a los bastiones, armados de bicheros y arpones. Tan es así, que cuando la vanguardia de los señores de Vézelay llegó a las murallas, los puentes habían sido levantados y del otro lado del foso sólo quedaban algunos pobres diablos que, al no tener nada que perder, no se habían apresurado mucho en salvarse, y el rey de los cornudos, nuestro amigo Pluviaut, olvidado por la escolta, que atiborrado y redondo como Noé, roncaba sobre un rocín, agarrado a la cola.

Aquí es donde se ve la ventaja de tener como enemigos a franceses. Otros zopencos, alemanes, o suizos, o ingleses, que tienen el entendimiento en las manos y comprenden en Navidad lo que se les dijo en Todos los Santos, hubieran creído que nos burlábamos; y yo no hubiera dado un centavo por la piel del pobre Pluviaut. Pero entre nosotros nos entendemos con media palabra: vengan de donde vinieren, de Lorena, de Turena, gente de Champaña o de Bretaña, ocas de la Beaune, asnos de Beaune, o liebres de Vézelay se zurren o se vapuleen, una buena broma es buena para cualquier vivaracho francés... Y al ver a nuestro Sileno todo el campo enemigo rió, con la boca y la nariz, con la garganta y el mentón, con el corazón y el panzón. Y, por San Rigoberto, al verles reír nosotros reventábamos de risa a lo largo de los bastiones. Luego, por encima del foso intercambiamos injurias muy graciosas, a la manera de Ájax y de Héctor el troyano. Pero las nuestras eran de grasa más blanda. Quisiera anotarlas, pero no tengo tiempo; sin embargo, las anotaré (¡paciencia!) en una colección que hago desde hace doce años de los mejores chistes, agudezas y gentilezas que he oído, dicho o leído (en verdad sería una lástima que se perdieran), en el curso de mi peregrinaje por este valle de lágrimas. Sólo de pensar en eso se me estremece la panza; mientras escribo, acabo de hacer un enorme borrón.

Después de haber gritado fue necesario actuar (actuar después de hablar descansa). Ni ellos ni nosotros teníamos ganas. El golpe había fracasado para ellos ya que nosotros estábamos protegidos: no tenían ningún deseo de escalar nuestras murallas; se corre un gran riesgo de romperse los huesos. Sin embargo, había que hacer algo, costara lo que costase, alguna cosa, no importa qué. Quemamos pólvora, lanzamos petardos, ¿los quieres? ¡Ah! ¡Toma! Sólo sufrían los gorriones. Con la espalda contra la pared, al pie del parapeto, sentados en paz, esperábamos que pasasen las ciruelas para descargar también las nuestras, pero sin apuntar (no hay que exponerse demasiado). Nos arriesgábamos a mirar sólo cuando oíamos berrear a sus prisioneros: había una docena de hombres y mujeres de Béyant, alineados, no de frente sino con la cara hacia la pared, a los que azotaban. Gritaban más fuerte que una anguila, pero no les hacían mucho daño. Para vengarnos, bien protegidos, desfilamos a lo largo de nuestras cortinas, blandiendo por encima de las murallas, ensartados en la punta de las picas, jamones, salchichas y chorizos. Oímos los gritos de rabia y de deseo de los sitiadores. Lo pasamos muy bien y para no perder ni una gota (¡cuando tienes un buen relleno, roe hasta el hueso!), al llegar la tarde instalamos bajo el cielo claro, al pie del talud, con las murallas como paravientos, mesas cargadas de vituallas y botellas; nos banqueteamos con gran estruendo, cantando, brindando, a la salud del Martes lardero. Los otros estuvieron a punto de reventar de furor. De esta manera la jornada pasó alegremente, sin demasiados daños. Fuera de uno de los nuestros, el gordo Gueneau de Pousseaux, que en su borrachera quiso pasearse por la muralla con el vaso en la mano para burlarse de ellos y recibió un

mosquetazo que hizo trizas su cerebro y el vaso. Por nuestra parte, a cambio, lisiamos a uno o dos. Pero nuestro humor no se alteró por esto. Ya se sabe que no hay fiesta sin algunos cacharros rotos.

Chamaille esperaba la noche para salir de la ciudad y volver a su casa. Fue inútil que le dijéramos:

-Amigo, corres un gran riesgo. Espera que esto termine. Dios se encargará de tus feligreses.

Contestó:

-Mi lugar está entre mis corderos. Soy el brazo de Dios; y si yo falto, Dios quedará manco. Y nunca lo estará donde yo esté, lo juro.

-Lo creo, lo creo -dije- lo has probado cuando los hugonotes sitiaron tu iglesia y derrumbaste de un trompazo a su capitán Paphiphago.

-¡El impío quedó muy asombrado! Y yo también. Soy un buen hombre y para nada me gusta ver correr la sangre. Es repugnante. Pero el diablo sabe qué nos sacude el esqueleto cuando estamos entre locos. Nos convertimos en lobos.

Dije:

-Es verdad, no hay como estar entre la multitud para perder el sentido común. Cien cuerdos hacen un loco, y cien corderos, un lobo... Pero dime, cura, a propósito, ¿cómo logras unir las dos morales, la del hombre solo que vive en intimidad con su conciencia y pide paz para él y paro los otros, y la moral de los rebaños de hombres, de los Estados, que hacen de la guerra y del crimen una virtud? ¿Cuál viene de Dios?

-¡Buena pregunta, demonios!... Las dos. Todo viene de Dios. -Entonces, no sabe lo que quiere. Pero más bien creo que lo sabe y no puede. Vérselas con el hombre aislado es fácil le es muy fácil hacerse obedecer. Pero cuando el hombre está en rebaño, Dios no `: consigue mucho. ¿Qué puede uno solo contra todos? Entonces, el hombre queda librado a la tierra, su madre, que le insufla su espíritu carnicero... Recuerdas nuestro cuento en el que los hombres ciertos días son lobos, y luego vuelven a su piel. Nuestros viejos cuentos saben mucho más que tu breviario, cura. Cada hombre recupera en el Estado su piel de lobo. Y los Estados, los reyes, sus ministros, es inútil que se vistan de pastores y que los pillos se llamen primos del gran pastor, del tuyo, del Buen Pastor; son todos linces, caros, fauces y vientres que nada puede colmar. ¿Y para qué? Para alimentar el hambre inmensa de la tierra.

-Divagas, pagano -dijo Chamaille-. Los lobos vienen de Dios, como el resto. Todo está hecho para nuestro bien. ¿No sabes que Jesús fue el que, según dicen, creó al lobo, para defender las coles que crecían en el jardín de la Virgen, su santa madre, contra las cabras y cabritos? Tuvo razón. Inclinémonos. Siempre nos quejamos de los fuertes. Pero, amigo mío, si los débiles se convirtieran en reyes, sería todavía peor. Conclusión: todo está bien, los lobos y los corderos; los corderos necesitan a los lobos para que los cuiden; y los lobos a los corderos: porque hay que comer... Y allá me voy, Colas, a cuidar mis coles.

Se arremangó la sotana, empuñó el garrote, y partió en la noche sin luna después de confiarme, emocionado, a Madelon.

Los días siguientes fueron menos alegres. La primera noche, tontamente, nos habíamos atracado hasta más no poder, por glotonería, por fanfarronear y por estupidez. Y nuestras provisiones quedaron más que menguadas. Hubo que ajustarse el cinturón y nos lo ajustamos. Pero seguíamos presumiendo. Cuando nos comimos las longanizas, fabricamos otras con tripas rellenas de salvado y cuerdas empapadas en brea que clavadas en los arpones paseábamos ante las barbas del enemigo. Pero el bribón olió la trampa. Una bala partió una de las longanizas justo por la mitad. ¿Y quién rió mejor entonces? No fuimos nosotros. Y para hundirnos, esos bergantes, que

` nos veían pescar con caña en el río desde lo alto de las murallas, imaginaron, esclusa arriba, río abajo, colocar grandes redes para interceptar nuestra fritura. En vano nuestro arcipreste conjuró a esos malos cristianos que nos dejaran observar la cuaresma. A falta de magro debimos vivir de nuestro tocino.

Sin duda hubiéramos podido implorar el socorro del señor de Nevers. Pero, por no ocultar nada, no sentíamos prisas por albergar de nuevo a sus tropas. Nos costaba menos tener los enemigos ante nuestras murallas que a los amigos dentro. O sea, que mientras podíamos arreglárnoslas sin ellos, nos callábamos; era lo mejor. Y el enemigo por su parte era lo bastante discreto para no reclamarlos. Preferíamos entendernos de a dos sin un tercero. Y por lo tanto, sin prisas, empezamos las negociaciones. Y sin embargo, en los dos campos se hacía una vida muy sensata, nos acostábamos temprano, nos levantábamos tarde y todo el día jugábamos a los bolos, a la rayuela, bostezábamos de aburrimiento más que de hambre, y dormitábamos tanto y tan bien que ayunando engordábamos.

Nos movíamos lo menos posible. Pero era difícil contener a los niños. Esos picarones siempre corriendo, chillando, riendo, en movimiento, no dejaban de exponerse, trepando a las murallas, sacando la lengua al sitiador, bombardeándolo a pedradas; tenían una artillería de jeringas de saúco, hondas de cuerdas, palos aserrados y... pilla aquí, pilla allá, ¡paf, ahí va!... Y nuestros pícaros reventaban de risa. Y los lapidados, furiosos, juraban exterminarlos. Nos gritaron que el primer pillo que asomara la punta de la nariz por encima de las murallas sería arcabuceado. Prometimos vigilarles; pero era inútil que les tiráramos de las orejas y les pegáramos gritos; se nos escapaban de entre las manos. Y lo más fuerte (todavía tiemblo) fue que una tarde oí un grito: era Glodie (¡quién lo hubiera dicho!), esa agua dormida, la mosquita muerta, ¡ah!, ¡la pilla!, ¡mi tesoro!... que acababa de caerse de la escarpa al foso... ¡Dios santo!, ¡la hubiera azotado!... De un salto llegué a las murallas. Y todos, inclinados, miramos... Si hubiera querido, al enemigo le habría sido fácil tenernos como blanco; pero, al igual que nosotros, miraba en el fondo del foso a mi querida que (¡Bendita sea la santa Virgen!) había rodado blandamente como un gato y, sin hacerse daño, sentada en la hierba florecida, levantaba la cabeza hacia las cabezas que se inclinaban de ambos lados, les hacía risitas y recogía flores. También ellos reían. Monseñor de Ragny, el comandante del enemigo, prohibió que se le hiciera algún mal a la niña y él mismo le tiró, buen hombre, su cajita de caramelos.

Pero, mientras estábamos ocupados en Glodie, Martine (nunca hay respiro con las mujeres), para salvar a su oveja, también bajó por la escarpa, corriendo, deslizándose, rodando, con la falda subida hasta el cuello mostrando a todos los sitiadores, orgullosamente, su oriente, su occidente, los cuatro puntos del firmamento y el estro del cielo resplandeciente. Su éxito fue estruendoso. No se sintió para nada intimidada, asió a su Glodie, la abrazó y la pegó.

Entusiasmado por sus encantos y sin escuchar a su capitán, un soldado grande saltó al foso y fue corriendo hacia ella. Ella esperó. Desde las murallas le echamos una escoba. Ella la empuñó y con bravura marchó sobre el enemigo, y tris, tras, pim pam, el galán no avanza y cae y rueda y huye, ¡sonad, trompetas y clarines! Alzamos a la triunfadora, con la niña, entre las risas de los dos campos; y yo tiré, orgulloso como un pavo real, de la cuerda en el extremo de la cual subía mi valiente, que exponía al enemigo el astro de las noches.

Pasamos todavía otra semana discutiendo. (Todas las ocasiones san buenas para charlar.) El falso rumor de que el señor de Nevers se acercaba, finalmente nos puso de acuerdo; y llegamos al entendimiento, en fin, a buen precio: prometimos a los de Vézelay el diezmo de las vendimias próximas. Está bien prometer lo que no se tiene, lo que se tendrá... Tal vez no se lo tenga; en cualquier taso pasará el agua bajo los puentes y el vino a nuestro estómago. De ambos lados,

estábamos pues satisfechos los unos con los otros, y nosotros mucho más aún. Pero, salidos del fuego, caímos en. las brasas. Fue justamente en la noche que siguió al tratado cuando en el cielo apareció un signo. Alrededor de las diez salió detrás de Sembert, donde estaba oculto y se deslizó por el prado de estrellas hacia San Pedro del Monte algo como una serpiente que se estiraba. Parecía una espada cuya punta era una antorcha, con lenguas de humo. Y una mano sostenía el mango y sus cinco dedos terminaban en cabezas aullantes. En el anular se distinguía x una mujer con los cabellos flotantes al viento. En la empuñadura tenía un palmo de ancho; de siete a ocho líneas en la punta; tres "meas y dos pulgadas exactamente en el medio. Su color era san tiento, violáceo, tumefacto, como una herida en el costado. Todos levantamos la cabeza hacia el cielo con la boca abierta; se oían entrechocar los dientes. Y los dos campos se preguntaban a cuál de dos estaba dirigido el mensaje. Y estábamos convencidos de que sería al otro. Pero todos teníamos carne de gallina. Excepto yo. No tuve para nada miedo. Hay que decir que no vi nada porque estaba acostado desde las nueve. Pero estaba acostado por obedecer al almanaque: porque era la fecha indicada para tomar la medicina y en cualquier lugar que uno esté, cuando el almanaque manda, yo lo cumplo sin rechistar: porque es la palabra del Evangelio. Pero, como me contaron todo, es como si lo hubiera visto. Y lo anoté.

Después de firmar la paz, enemigos y amigos hicimos un banquete juntos. Y como ya había llegado la tercera semana de la Cuaresma y el ayuno estaba roto pudimos regocijarnos con él. De los pueblos de alrededor nos llegaron, abundantemente, para festejar nuestra liberación, la manduca y los manducadores. Fue un hermoso día. La mesa se había puesto a lo largo de las murallas. Se sirvieron tres jabatos asados enteros y rellenos de un picadillo especiado de despojos de jabalí e hígado de garza, jamones perfumados, ahumados en el hogar con ramas de enebro; paté de liebre y de cerdo aromatizados con ajo y laurel; salchichas y longanizas; lucios y caracoles; callos, encebollados negros que antes de haberlos gustado ya emborrachaban por el olor; y cabezas de ternero que se derretían en la lengua; y pirámides de cangrejos pimentados que abrasaban la garganta; y encima, para suavizar, ensaladas con escalonias en vinagre y duros tragos de vinos de la Chapotte, de Mandre, de Vaufilloux; y, como postre, la cuajada, fresca, granulosa, que se aplastaba entre la lengua y el paladar; y bizcochos que absorbían un vaso entero como una esponja, de un golpe.

Ninguno de nosotros abandonó mientras hubo algo que tragar. Alabado sea Dios que en tan poco espacio, en el saco de nuestro estómago, nos permite apilar platos y jarros. Sobre todo fue hermoso el torneo entre el ermitaño Oreja Corta de San Martín de Vézelay, que los vezelianos escoltaban (ese gran observador que fue el primero, dicen, en señalar que un asno no puede rebuznar si no tiene la cola al aire) y el nuestro (no digo nuestro asno) Dom Hennequin, que pretendía que antes debió de ser carpa o lucio, porque si tanto rechazo le tenía al agua sin duda debió de beber mucha en la otra vida. En una palabra, cuando nos levantamos de la mesa, los de Vézelay y los de Clamecy nos teníamos unos a los otros más aprecio que al potaje: comiendo se sabe qué vale un hombre. Al que quiere lo bueno, le quiero: es un buen borgoñón.

En fin, para terminar de ponernos de acuerdo, digeríamos la comida cuando aparecieron los refuerzos que el señor de Nevers enviaba para protegernos. Nos reímos mucho; y en ambos campos, muy amablemente, les rogaron que se volvieran. No osaron asistir, y se fueron corridos, como perros que hacen pastar ovejas. Y nosotros dijimos abrazándonos:

-¡Qué tontos hemos sido de combatir en provecho de nuestros guardianes! ¡Si no tuviéramos enemigos, los inventarían, demonios, para defendernos! ¡Que Dios nos salve de nuestros salvadores! ¡Nos defenderemos muy bien solos! ¡Pobres corderos! Si sólo `tuviéramos

que defendernos del lobo, muy bien sabríamos cuidarnos de él. Pero ¿quién nos defenderá del pastor?

III
EL CURA DE BRÉVES

Primero de abril.

Apenas los caminos quedaron libres de esos visitantes importunos, decidí irme, sin tardanza, a ver a Chamaille a su pueblo. No estaba inquieto por lo que podía haberle sucedido. ¡Ése sabe defenderse! No importa, está uno más tranquilo cuando ve con sus ojos al amigo lejano... Además, necesitaba estirar las piernas.

Me fui sin decir nada y seguí, silbando, la orilla del río que se extiende al pie de las colinas boscosas. En las hojas nuevas se desgranaban las gotas de una lluvia benigna, llanto de la primavera, que por momentos se callaba y que luego continuaba tranquilamente. En las oquedades chillaba una ardilla enamorada. En los prados piaban los pájaros. Los mirlos cantaban a su placer y el abejaruco lanzaba su: *titipit... »*.

Por el camino decidí detenerme para ir a buscar en Dornecy y mi otro amigo, el notario, maese Paillard: al igual que las Gracias sólo estamos completos cuando nos reunimos los tres. Lo encontré en su estudio, garabateando en sus minutas el tiempo que hacía, los sueños que había tenido y sus ideas sobre la política. Al lado de él estaba abierto junto al *De legibus* el libro de las *Profe*tías *del señor Nostradamus*. Cuando uno se ha pasado la vida encerrado en su casa, el espíritu toma su revancha y se lanza con placer por las llanuras del sueño y las matas del recuerdo; y a falta de poder regir la máquina redonda lee en el porvenir lo que le sucederá al mundo. Todo está escrito, se dice; lo creo, pero confieso que sólo he logrado leer el porvenir en las *Centurias* cuando ya se ha cumplido.

Al verme, el bueno de Paillard revivió; y la casa de arriba abajo resonó con nuestro estrépido. Me alegró contemplar al hombrecillo, con tripa, picado de viruelas, mofletudo, colorada la nariz, los ojos entrecerrados, vivos y astutos, refunfuñante, y rezongando contra el tiempo, contra la gente; pero, en el fondo, burlón, siempre bromeando, y mucho más comediante que yo. Su placer consiste en soltaros, con aire severo, una enorme ironía. Y muy grave, da gusto verlo, en la mesa, con la botella, invocando a Comus y Momus y entonando su cancioncilla. Muy contento de verme me sostenía las manos entre sus manos gruesas y entumecidas, pero como él malignas, endiabladamente hábiles para manejar las herramientas, limar, recortar, ensamblar y carpintear. Lo ha hecho todo en su casa; y ese todo no es hermoso, pero ese todo es de él; y hermoso o feo, es su retrato.

Para no perder la costumbre, se quejaba de esto y aquello; y yo, para contradecirle, encontraba bueno esto y aquello. Él es el doctor Tanto Peor y yo Tanto Mejor: ése es nuestro juego. Gruñía contra sus clientes; y sin duda hay que confesar que no ponían mucha prisa en pagar ya que algunas deudas se remontan a treinta y cinco años y aunque le interesa, tampoco se apresura en cobrarlas. Los otros, si lo hacen, es por casualidad, cuando se acuerdan, y en especias: un cesto de huevos, un par de pollos. Es la costumbre; y resultaría ofensivo que reclamara el dinero. Gruñía, pero les dejaba estar; y yo creo que en su lugar él hubiera hecho otro tanto.

Felizmente para él, le bastaban sus bienes. Una fortuna redonda que ponía sus huevos. Pocas necesidades. Solterón, no andaba detrás de las faldas; y para los placeres de la mesa, la naturaleza nos ha provisto, la mesa está puesta en nuestros campos. Nuestras viñas, vergeles, viveros, nuestras conejeras, son abundantes despensas. Su mayor gasto son los libros, que mostraba, pero de lejos (porque el animal no prestaba) y la manía que tiene de mirar la luna (tunante) con esos anteojos que acaban de ser traídos de Holanda. En su granero, encima del techo, entre las chimeneas, ha hecho una plataforma movediza, desde donde observa con gravedad el firmamento que gira; se esfuerza por descifrarlo, sin comprender demasiado en él el alfabeto de nuestros destinos. Además, no lo cree, pero le gusta creerlo. Y en esto le comprendo: uno siente placer en ver pasar desde la ventana las luces del cielo como en la calle a las muchachas; les imaginamos aventuras, intrigas, una novela; verdadero o no, es divertido.

Discutimos largamente sobre el prodigio, sobre la espada de fuego sangrante blandida en la noche del miércoles pasado. Y cada uno explicó el signo a su manera; por supuesto, cada uno sostenía mordicus que sólo su parecer era el bueno. Pero finalmente descubrimos que ni él ni yo habíamos visto nada. Porque esa noche mi astrólogo, justamente esa noche, se había dormido frente a su anteojo. Desde el momento en que no habíamos sido los únicos en haber hecho el tonto, tomamos partido. Lo tomamos gozosamente.

Y salimos muy decididos a no confesarle nada al cura. Fuimos a través de los campos, mirando los brotes nuevos, los tallos rojos de las zarzas, los pájaros que hacían sus nidos, y en la llanura, un gavilán que daba vueltas por los cielos como una rueda. Nos contamos riendo la chanza que en otra época le habíamos hecho a Chamaille. Durante meses, Paillard y yo habíamos sudado sangre para enseñar un canto hugonote a un mirlo grande enjaulado. Después de lo cual lo soltamos en el jardín del cura. Y allí se convirtió en el maestro de otros mirlos del pueblo. Y Chamaille, al que ese coro distraía cuando estaba leyendo viario, se persignaba, juraba, creía que habían soltado al diablo en su jardín, lo exorcisaba y de rabia, emboscado detrás del postigo, arcabuceaba al Espíritu maligno. Pero no era tonto del todo. Porque después de matar al diablo, se lo comió.

Charlando y charlando llegamos.

Breves parecía dormir. Las casas bostezaban sobre el camino, con las puertas abiertas, al sol de la primavera y en las narices de los transeúntes. Ningún rostro humano salvo, al borde de una hondonada, el trasero de un chico que se mostraba al aire y hacía aguas. Pero a medida que Paillard y yo, cogidos del brazo, avanzábamos hacia el centro del pueblo, por el camino sembrado de pajas y boñigas, subía un rumor de abejas irritadas. Y cuando desembocamos en la plaza de la iglesia, la encontramos llena de gente que gesticulaba, peroraba y chillaba. En el medio, en el umbral de la puerta entreabierta del jardín de la curia, Chamaille, rojo de cólera, gritaba, mostrando los puños a todos sus feligreses. Tratamos de comprender; pero sólo oímos un tumulto de voces:

«..., Orugas y alacranes... Abejorros y musgaños... Cum spiritu tuo... »

Y Chamaille gritaba: -¡No! ¡No! ¡No iré! Y la multitud:

-¡Santo Dios! ¿Eres nuestro cura? Respóndenos, ¿sí o no? Si lo eres (y lo eres), es para que nos sirvas.

Y Chamaille:

-¡Bellacos! Sirvo a Dios, no a vosotros...

Se armó un gran alboroto. Chamaille, para terminarlo, dio con la puerta en las narices de sus feligreses; a través de la reja todavía se veían agitarse sus dos manos, una de las cuales, por costumbre, repartía sobre el pueblo, untuosamente, la lluvia de la bendición, y la otra lanzaba

sobre la tierra el trueno de la maldición. Por última vez apareció en la ventana de la casa su vientre redondo y su cara cuadrada que al no poder hacerse oír en medio de los gritos replicó rabiosamente con una morisqueta. Y después, postigos cerrados y un palmo de narices. Los que gritaban se cansaron; la plaza quedó vacía y nosotros, deslizándonos detrás de los mirones sueltos, por fin pudimos golpear los postigos de Chamaille.

Golpeamos largo rato. El animal empecinado no quería abrir. -¡Eh! ¡Señor cura!...

Era inútil que llamáramos (disimulábamos nuestras voces para divertirnos):

-Padre Chamaille, ¿está usted ahí? -¡Al diablo! No estoy.

Y como insistimos:

-¿Queréis largaros? ¡Si no os alejáis de mi puerta, pedazo de perros, os bautizaré de buena manera!

Y lanzó sobre nuestras espaldas una jarra de agua. Gritamos: -¡Chamaille, al menos arroja vino!

A estas palabras, por milagro, la tempestad se calmó. Roja como un sol, la buena cara regocijada de Chamaille se asomó:

-¡Por Dios! Breugnon, Paillard, ¿sois vosotros? ¡Pues la iba a hacer buena! ¡Ah, los benditos farsantes! ¿Por qué no lo habéis dicho?

Nuestro hombre bajó de cuatro en cuatro los escalones. -¡Entrad! ¡Entrad! Benditos. Dejad que os abrace. Buena gente, qué alegre estoy de ver rostros humanos después de todos esos monos. ¿Visteis la danza que hacían? Que bailen cuanto quieran, yo no me moveré. Subid, vamos a beber. Debéis de tener calor. ¡Querer que saliera con el Santo Sacramento! Está por llover: el buen Dios y yo hubiéramos quedado hechos sopas. ¿Estamos a su servicio? ¿Soy un mozo de granja? ¡Tratar al hombre de Dios Como a un patán! ¡Bribones! Estoy hecho para cuidar sus almas y no sus campos.

-¡Ah! -preguntamos-: ¿qué nos cuentas? ¿Qué diablos te pasa? -Subid, subid -dijo-. Allá arriba estaremos mejor. Pero primero hay que beber. ¡No puedo más, me ahogo!... ¿Qué os parece este vino? No es de los peores, ¿verdad? Podéis creer, amigos, que esos animales tenían la pretensión de que hiciera rogativas todos las días, desde Pascua... ¿Por qué no desde los Reyes hasta la Circuncisión? Y todo por unos abejorros.

-¡Abejorros! -dijimos-. Seguramente te habrás dejado algo. Divagas, Chamaille.

-No divago -gritó indignado-. ¡Ah! ¡Esto es demasiado fuerte! ¡Soy el blanco de todas sus locuras y resulta que el loco soy yo! -Vamos, explícate como hombre sensato.

-Haréis que me condene -dijo encrespándose de furor-. ¿Podría mantenerme en calma cuando todo el día nos dan la lata a mí y a Dios, a Dios y a mí, todo el santo día, para que recemos por sus pamplinas?... Sabed (¡uf!, me ahogaré, estoy seguro) que esos paganos que se preocupan tanto de la vida eterna como de un rábano y que no lavan su alma más que sus pies, exigen de su cura que haga y deshaga. Tengo que ordenarles al sol y a la luna: «Un poco de calor, agua, suficiente, no demasiado, un sol suave, blando, un poco velado, una brisa ligera, sobre todo nada de heladas, otro poco de lluvia, Señor, para una viña; ¡basta, demasiado regado! Ahora necesito un poco de fuego...». Si se escucha a esos tunantes, parecería que Dios no tiene otra cosa que hacer, bajo los azotes de la oración, como el asno del jardinero, atado a la noria, que hace subir el agua. Además (y esto es lo mejor) no se entienden entre ellos: uno quiere lluvia cuando el otro pide sol. Y así acuden al rescate de los santos. Allá arriba hay treinta y siete que dan el agua. A la cabeza, con la lanza en ristre, San Medardo, gran Meador. Del otro lado sólo hay dos: San Raimundo y San Dié, que disipan las nubes. Pero viene a reforzarlos San Blas paraviento, Cristóbal paragranizo, Valerio tragatormentas, Aurelio cortarrayo, San Claro que hace el tiempo

claro. La discordia está en el cielo. Todos esos grandes personajes se lanzan bofetadas. Y entonces aparecen las santas Susana, Elena y Escolástica que se agarran de los pelos. El buen Dios ya no sabe a qué santo encomendarse. Y si Dios no lo sabe, cómo puede saberlo su cura. ¡Pobre cura!... Bueno, no es asunto mío. Yo no estoy aquí más que para transmitir las oraciones. Y la ejecución le corresponde al patrono... Y no diría nada (aunque esa idolatría, entre nosotros, me disgusta... Mi dulce Señor ¿habréis muerto en vano?) si al menos esos pillos no quisieran mezclarme con las querellas del cielo. Pero (¡están furiosos!) pretenden utilizarme a mí y a la cruz como un talismán contra todos los gusanos que devoran los campos. Un día son las ratas, que roen los granos almacenados. Procesión, exorcismo, plegaria a San Nicasio. Día helado en diciembre, nieve hasta la cintura: pesco un lumbago... Luego, las orugas. Rezos a Santa Gertrudis, procesión. Es en marzo., chaparrones, deshielo, lluvia helada: me da un resfriado que me hace toser desde., entonces... Y hoy, los abejorros. ¡Otra procesión! Tendría que (dar una vuelta por sus huertos (sol de plomo, nubes panzudas y azul oscuro como moscas, una tormenta que amaga, volvería can un buen enfriamiento) y cantando el versículo: *«Ibi cecíderunt'* hacedores de iniquidad, *atque expulsi sunt* y no han podido *starre...»*. ¡Pero soy yo quien en realidad será expulsado!... *«Ibi cecidiit* Chamaille Baptiste, llamado Dulcis, cura.»... ¡No, no, no, muchas gracias! No tengo prisa. Finalmente uno se cansa hasta de las mejores bromas. ¿Me toca a mí limpiar los campos de orugas? Si los abejorros les molestan, que los quiten ellos mismos, ¡haraganees! ¡Ayúdate y Dios te ayudará! Sería demasiado cómodo cruzarse de brazos y decirle al cura: «Haz esto, haz lo otro». Haré los que le agrada a Dios y a mí: bebo. Bebo. Haced lo mismo... En cuanto a ellos, que me sitien si quieren. No me preocupo, amigos, y juro que levantarán antes el sitio de mi casa que yo el mío de esta t butaca. ¡Bebamos!

Bebió, extenuado por el gran desgaste de aliento y elocuencia. Y nosotros, al igual que él, levantamos el vaso por encima de nuestros gaznates, mirando a través de él el cielo y nuestra suerte que nos pareció de color de rosa. Durante unos minutos reinó el silencio. Sólo Paillard que chasqueaba la lengua y Chamaille en cuyo gran cuello el vino hacía: gluglú. Bebía de un trago; Paillard, a pequeños sorbos. Chamaille, cuando el líquido llegaba al fondo del pozo hacía: «¡Ahh!», y levantaba los ojos al firmamento. Paillard miraba su vaso, por arriba, por abajo, lo olfateaba, husmeaba, bebía con la nariz, con el ojo, tanto como con el paladar. Yo sabo$_r$eaba a la vez la bebida y a los bebedores; mi alegría aumentaba con la de ellos y con observarles; beber y ver son parejos: es un bocado de cardenal. Y no dejaba de tragar pronto y presto mi vaso. Y los tres, al paso, ningún retrasado... ¿Y quién lo creería? Cuando hicimos la cuenta, el que llegó primero a la barrera, con un buen trago, fue el señor notario.

Después que el rocío de la bodega humedeció suavemente nuestros gargueros y devolvió la ligereza a los espíritus animales, nuestras almas y nuestros rostros se expandieron. Acodados a la ventana abierta, enternecidos, mirábamos con éxtasis la primavera nueva de los campos, el alegre sol sobre las ramas de los álamos que volvían a vestirse en la hondonada del valle del Yonne oculto, que da vueltas y vueltas por los prados, como un cachorro que juega, y desde donde subía hasta nosotros el eco de las palas de las lavanderas y de las patas graznadoras. Y Chamaille, calmado, decía, pellizcándonos los brazos:

-¡Qué bien se vive en este país! ¡Bendito sea el Dios del cielo que nos hizo nacer a los tres aquí. Nada hay más hermoso, riente, conmovedor, enternecedor, apetitoso, suculento, meloso y gracioso! Las lágrimas asoman a mis ojos. ¡Dan ganas de comérselo al pícaro!

Nosotros aprobábamos, con el mentón, cuando de pronto continuó:

-Pero ¿por qué diablos Él tuvo allá arriba la idea de hacer crecer en este país a esos animales? Se sabe que habrá tenido su razón. Él sabe lo que hace, hay que creer...; pero preferiría,

lo confieso, que Él se hubiera equivocado y que mis feligreses se fuesen al diablo, donde quisieran: entre los Incas o el Gran Turco, no me interesa, con tal que se fueran de aquí.

Le dijimos:

-Chamaille, en todas partes son los mismos. ¡Éstos u otros! ¿Para qué sirve cambiar?

-O sea -continuó Chamaille- han sido creados no para ser salvados por mí, sino para salvarme obligándome a hacer penitencia en esta tierra. Aceptad, amigos, que no hay oficio más miserable que el de un cura de pueblo, que suda para hacer entrar las santas verdades en el cráneo endurecido de esos pobres brutos. Es inútil alimentarles con la savia del Evangelio y hacer mamar a sus hijos el catecismo: apenas entra la leche les vuelve a salir por la nariz: esos gaznates necesitan un cebo más tosco. Cuando han mascullado durante algún tiempo un ave, paseado por las comisuras las letanías, o, para oírse rebuznar, cantado vísperas y completas, nada de las sagradas palabras pasa la entrada de sus fauces sedientas. El corazón y el estómago no reciben casi nada. Antes como después, siguen siendo puros paganos. En vano, desde hace siglos, extirpamos de los campos, de los arroyos, de los bosques, los genios y las hadas; en vano hemos soplado hasta hacer estallar nuestras mejillas y nuestros pulmones, soplamos y resoplamos sobre esas llamaradas infernales para que, en la noche más negra del universo, la luz del verdadero Dios sea la única que se deje ver; jamás hemos podido matar esos espíritus de la tierra, esas sucias supersticiones, ese alma de la materia. Los viejos troncos de las encinas, las negras piedras que ruedan, siguen abrigando esa ralea satánica. ¡Y sin embargo, cuánto hemos quebrado, cortado, sacado, quemado, arrancado! Habría que dar vuelta a cada mata, a cada piedra, a toda la tierra de la Galia, nuestra madre, para terminar de arrancar los diablos que tiene en el cuerpo. Y tampoco así lo conseguiríamos. Esta condenada naturaleza se nos desliza entre los dedos: se le cortan las patas y le crecen alas. Cada diez que matamos renace en otros diez. Todo es dios, todo es el diablo para estos brutos. Creen en el hombre lobo, en el caballo blanco sin cabeza y en la gallina negra, en la gran serpiente humana, en el duende Fouletot y en los patos brujos... Pero, decidme, os lo ruego, ¡qué cara debe de poner en medio de estos monstruos mutilados, escapados del Arca de Noé, el dulce hijo de María y del pío carpintero!

Maese Paillard contestó:

-Amigo, «se ve la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio». Tus feligreses están locos, es verdad. Pero ¿estás tú más cuerdo?

Cura, no puedes decir nada porque haces lo mismo que ellos. Tus santos, ¿valen más que sus duendes y sus hadas?... No era suficiente tener un Dios en tres, o tres que hacen uno, y la diosa-madre, tuvisteis que crear en vuestro Panteón un montón de pequeños dioses con calzas y jubones, para reemplazar a los que habíais roto y llenar los nichos que habíais vaciado. Pero estos dioses, no, ¡Dios verdadero!, no valen lo que los viejos. No' se sabe de dónde vienen: surgen en todas partes, como los caracoles, todos mal hechos, gente menor, marranos, estropeados, mal lavados, cubiertos de llagas y jorobas, comidos por los gusanos: uno exhibe un muñón que sangra, o una úlcera brillante en el muslo; el otro coque tamente lleva hundida una cuchilla en su cabeza; éste se pasea con la cabeza bajo el brazo; aquél, gloriosísimo, sacude su piel entre los dedos como una camisa. Y sin ir tan lejos, ¿qué podemos decir, cura, de tu santo, el que reina en tu iglesia, el estilita Simón, que durante cuarenta años se sostuvo con una sola pierna sobre una columna, como una garza?

Chamaille se sobresaltó y gritó:

-¡Alto!, vaya y pase para los otros santos. No tengo que cuidarles. Pero, pagano, éste es el mío, estoy en su casa. Amigo mío, se educado.

-Dejemos (soy tu huésped) a tu zancudo sobre su pata; pero dime qué piensas del abate de Corbigny, que pretende tener en una botella leche de la Muy Santa Virgen; y dime también qué te parece el señor de Sermizelles que un día que tenía diarrea se administró agua bendita y polvo de las reliquias como lavativa.

-Lo que pienso -dijo Chamaille- es que tú mismo, tú que te burlas, si sufrieras de diarrea tal vez harías lo mismo. En cuanto al abate de Corbigny, todos esos frailes, para arrebatarnos la clientela, si pudieran, tendrían una tienda de leche de arcángeles, crema de ángeles, mantequilla de serafines. ¡No me hables de esa gente! Fraile y cura son perro y gato.

-Entonces, cura, ¿no crees en esas reliquias?

-No, no creo en las de ellos, creo en las mías. Tengo el hueso acromion de Santa Dietrina, que aclara la orina y la tez de los herpéticos. Y tengo el bregmatis cuadrado de San Estopa, que barre los demonios de los vientres de los corderos... ¡Quieres no reírte! Calvinista, ¿te burlas? ¿No crees en nada? Tengo aquí los títulos (¡ciego sería quien lo dudara!, voy a buscarlos) en pergaminos firmados; ya verás, ya verás su autenticidad.

-Quédate sentado, quédate sentado, y deja los papeles. Tú tampoco crees en ellos, Chamaille, se te mueve la nariz... Cualquiera sea, y venga de donde viniere, un hueso será siempre un hueso, y el que lo adora es un idólatra. Cada cosa en su lugar: ¡los muertos en el cementerio! Yo creo en los vivos, creo que es de día, que bebo y razono -y razono muy bien-, que dos y dos son cuatro, que la tierra es un astro inmóvil y perdido en el espacio que gira; creo en Guy Coquille y puedo recitarte, si quieres, toda de seguido, la colección de Costumbres de nuestro nivernés; creo también en los libros en los que la ciencia del hombre y su experiencia se filtran gota a gota; y por encima de todo creo en mi entendimiento. Y creo (no es necesario decirlo), creo igualmente en la sagrada Palabra. No es de hombre prudente y sensato dudar de ella. ¿Estás contento, cura?

-No, no lo estoy -exclamó Chamaille, muy irritado-. ¿Acaso eres calvinista, herético, hugonote, que runrunea la Biblia, hace reproches a la madre Iglesia, y pretende (¡falso nido de víboras!) dejar de lado al cura?

Y entonces se enojó Paillard, protestando que no permitiría que le llamaran protestante, que era un buen francés, católico de peso, pero hombre de sentido común y nada manco de sus puños ni de su espíritu, que veía claro a mediodía sin gafas, que llamaba a un tonto tonto, y a Chamaille tres tontos en uno, o uno en tres (como más le gustara) y que para honrar a Dios, honraba su razón, que es el rayo más hermoso de la gran luminaria.

Se callaron y bebieron, gruñendo y de morros, los dos acodados en la mesa, y dándose la espalda. Yo me puse a reír. Entonces se dieron cuenta de que yo no había dicho nada y yo mismo lo noté en ese momento. Hasta entonces estaba ocupado en mirarles, en escucharles, divirtiéndome con sus argumentos, mimándoles con los ojos, con la frente, repitiendo muy bajo las palabras, moviendo sin cesar la boca, como un conejo que mastica una col. Pero los dos furiosos charlatanes me intimaron a declarar con cuál de los dos estaba. Contesté:

-Con los dos y con algunos otros además. ¿No hay nada más que discurrir? Cuanto más locos estamos, más reímos; y cuanto más reímos más sensatos somos... Amigos, cuando queréis saber qué poseéis, empezáis por alinear en una página todas las cifras; ` después las sumáis. ¿Por qué pues no ponéis una tras otra vuestras manías? Todas juntas tal vez formen la verdad. La verdad os hace muecas cuando queréis acapararla. El mundo, hijos, tiene más de una explicación: porque cada uno sólo explica una parte de la cuestión. Estoy con todos vuestros dioses, los paganos, los cristianos, y con el dios razón por añadidura.

Al oír estas palabras los dos se unieron contra mí, me llamaron pirrónico y ateo.

-¡Ateo! ¿Qué más necesitáis? ¿Qué queréis de mí? Vuestro Dios o vuestros dioses, vuestra ley o vuestras leyes ¿quieren venir a mí? ¡Que vengan! Las recibo. Recibo a todo el mundo, soy hospitalario. El buen Dios me gusta mucho, y sus santos aún más. Les amo, les honro y les sonrío; y como son buena gente no desdeñan venir a charlar un poco conmigo. Pero, para hablaros francamente, lo confieso, con un solo Dios no tengo bastante. ¿Qué hacer? Soy glotón... y me ponéis a dieta. Yo tengo mis santos, mis santas, mis hadas y mis espíritus, los del aire, de la tierra, de los árboles y de las aguas; creo en la razón; creo también en los locos, que ven la verdad; y creo en los brujos. Me gusta pensar que la tierra suspendida se balancea entre las nubes, y quisiera tocar, desmontar y volver a montar todos los hermosos mecanismos del reloj del mundo. Pero esto no quiere decir que no sienta placer en escuchar cantar, en oír cantar a esos celestes grillos, a las estrellas de ojos redondos, y en espiar al hombre del saco en la luna... ¿Os encogéis de hombros? Estáis con el orden. ¡Ah, pero el orden tiene su precio! No es gratis, se hace pagar. El orden no es hacer lo que uno quiere, es hacer lo que no se quiere hacer. Es reventarse un ojo para ver mejor con el otro. Es talar los bosques para que pasen las carreteras rectas. Es cómodo, cómodo... ¡Pero, por Dios! ¡Qué feo es! Soy un viejo galo: muchos jefes, muchas leyes, todos hermanos y cada cual para sí. Cree si quieres, y déjame a mí, si quiero, creer o no creer. Honra la razón. Y sobre todo, amigo, ¡no toques los dioses! Saltan, llueven, de arriba, de abajo, encima de nuestras narices, debajo de nuestros pies; el mundo está colmado de ellos, como jabalina preñada. Los estimo a todos. Y os autorizo a traerme otros. Pero os prohíbo que me quitéis uno solo ni que me decidáis a dejarle dé lado; a menos que el pillo haya abusado demasiado de mi credulidad.

Compadeciéndome, Paillard y el cura me preguntaron cómo podía encontrar mi camino en medio de esa batahola.

-Lo encuentro muy bien -dije-; todos los senderos me son familiares y me paseo por ellos a mis anchas. Cuando voy solo por el bosque de Chamoux a Vézelay ¿creéis que necesito la carretera? Voy y vengo con los ojos cerrados, por los caminos de los cazadores furtivos; y si tal vez llego el último, por lo menos llevo a mi casa el morral lleno. Todo está allí bien ordenado, en su lugar y con sus etiquetas: el buen Dios en la iglesia, los santos en sus capillas, las hadas en los campos, la razón sobre nuestra frente. Cada uno con su cada una, su trabajo y su casa. No están sometidos a un rey despótico; pero cual los señores de Berna y sus confederados forman entre ellos cantones aliados. Los hay más débiles y más fuertes. Pero, sin embargo, ¡no te fíes! A veces se necesita a los débiles contra los fuertes. Y, por cierto, el buen Dios es más fuerte que las hadas. Pero tiene que saber tratarlas. Y el buen Dios, él solo, no es más fuerte que todos. Uno fuerte encuentra siempre otro más fuerte que se lo come. Al que pega, le pegan. ¡Oh, sí! Ya veis, no me quitaréis la idea de que al más *grande buen* Dios, nadie le ha visto todavía. Está muy lejos, muy alto, muy en el fondo, muy en las alturas. Como nuestro señor rey. Conocemos (demasiado) a sus gentes, intendentes, lugartenientes. Pero él, él sigue en su Louvre. El buen Dios de hoy, al que todos rezan, es, como quien dice, el señor de Concini... ¡Bueno, no me atosigues Chamaille! Diré, para no disgustarte, que es nuestro buen duque, el señor del Nivernois. ¡Que el cielo le bendiga! Le honro y le amo. Pero delante del señor del Louvre, se está quieto, y se hace bien. ¡Así sea!

-¡Así sea! -dijo Paillard-. Pero no es así. ¡Ay! ¡Y qué falta hace! «En ausencia del señor se conoce al servidor.» Desde que nuestro Enrique murió, el reino ha caído en el devaneo y los príncipes juegan con las devanadoras y el devanado... «Los juegos de los príncipes agradan a quienes los hacen... » Esos ladrones quieren pescar en el gran vivero y vaciar el tesoro del oro y de las victorias futuras dormidas en los cofres del Arsenal que cuida el señor de Sully. ¡Ah!, ¡que llegue el vengador que les haga escupir el oro que han comido! Allá arriba dijimos más de lo que

es prudente anotar: porque sobre esta canción nos pusimos todos de acuerdo. E hicimos también algunas variaciones sobre los príncipes con enaguas, los soplones en chanclas, los prelados grasientos, y los frailes haraganes. Debo decir que sobre este tema Chamaille improvisaba los más hermosos cantos, los más brillantes. Y el trío continuó marchando a compás, las tres voces como una sola voz, cuando tomamos como tema, después de los melosos, a los temerosos, después a los falsos devotos, a los que lo son demasiado, los fanáticos de todo pelo, hugonotes, santurrones, mosquitas muertas, esos imbéciles que pretenden, para imponer el amor a Dios, hacerlo entrar a ` garrotazos, o bien a cuchilladas, en la piel. El buen Dios no es un cuidador de asnos para manejarnos con el garrote. El que quiera condenarse que se condene. ¿Además hay que atormentarle o quemarle vivo? ¡Por Dios, dejadnos tranquilos! Que cada uno, en nuestra Francia, viva y deje vivir al prójimo. El más impío es un cristiano, porque Dios murió por todos los hombres. Y además, lo peor y lo mejor, a fin de cuentas, son esos dos pobres animales, el orgullo y la severidad, que se parecen como dos gotas de agua.

Después de lo cual, fatigados de hablar, cantamos, entonando a tres voces un canto a Baco, el único dios sobre el cual yo, Paillard y el cura, no discutíamos. Chamaille proclamaba en alta voz que lo prefería a esos otros, a esos sucios monjes de Lutero y Calvino y a los machacones de los predicadores que venden sus sermones. Baco es un dios al que puede reconocerse, y digno de respeto, un dios de buena cepa, bien francesa... ¿qué digo?, cristiano, mis queridos hermanos: ¿acaso Jesús en ciertos viejos retratos no está representado a veces como Baco que pisa las uvas con sus pies? Bebamos, pues, amigos, por nuestro Redentor, nuestro Baco cristiano, nuestro Jesús riente, cuya hermosa sangre roja corre bajo nuestros cuchillos y perfuma nuestras viñas, nuestras lenguas y nuestras almas, y vierte su espíritu dulce, humano, generoso y burlón, gentilmente, en nuestra clara Francia de buen sentido y buena sangre.

A esta altura del discurso, y al chocar los vasos, en honor del alegre sentido común francés, que ríe de todos los excesos («Entre los dos se sienta el sensato... por lo que a menudo termina sentado en el suelo), un gran ruido de puertas cerradas, de pasos pesados por la escalera, de ¡Jesús! ¡José! Ave, y hondos suspiros contenidos, nos anunció la invasión de Eloísa Curé, como se llamaba a la gobernanta, o «la cura». Jadeaba, se enjugaba su ancha cara con una punta del delantal y exclamó:

-¡Ay! ¡Ay! ¡Señor cura, socorro!

-Pedazo de bruta, ¿qué pasa? -preguntó el otro impaciente. -¡Ya vienen, ya vienen! ¡Son ellos!

-¿Quiénes? ¿Las orugas que van en procesión por los campos? Ya te he dicho que no hables de esos paganos de mis feligreses. -Le amenazan.

-Me da risa. ¿Y con qué? ¿Con un proceso ante el oficial? Vamos. Estoy listo.

-¡Ah, no, señor, si no fuera más que un proceso! -¿Qué pasa, pues? ¡Habla!

-Están allá, en casa del gran Picq, hacen signos cabalísticos, exorcismos, como suelen llamarse, y cantan: « ¡Salid musgaños y abejorros, salid de los campos, id a comer en el huerto y en la bodega del cura!».

Al oír estas palabras Chamaille dio un salto:

-¡Ah! ¡Esos malditos! ¡En mi huerto, sus abejorros! Y en mi bodega... ¡Me asesinan! Ya no saben qué inventar. ¡Ah! ¡Señor, San Simón, acudid en socorro de vuestro cura!

Tratamos de tranquilizarlo y nos reímos mucho:

-Reíd, reíd -nos grito-. Si estuvierais en mi lugar, hermosas almas, no reiríais tanto. Ah, por Dios, yo me reiría también en vuestro lugar: es muy cómodo. Pero quisiera veros ante esta

noticia y preparando mesa, despensa y casa para recibir a esos bribones. ¡Sus abejorros! Es descorazonador. Y sus musgaños. ¡No quiero! ¡Es para romperse la cabeza!

-Cómo -le dije-, ¿no eres el cura? ¿Qué temes? ¡Exorcísate a ti mismo! ¿No sabes veinte veces más que tus feligreses? ¿No eres más fuerte que ellos?

-¡Eh, eh! Yo no sé nada de eso. El gran Picq es muy maligno. ¡Ay, amigos, amigos míos, qué noticia! ¡Ah, esos bandidos...! ¡Estaba tan bien, tan confiado! ¡Nada es seguro! Sólo Dios es grande. ¿Qué puedo hacer? Estoy atrapado. Me han cazado... Eloísa mía, ve, corre a decirles que se detengan. Voy, voy, es necesario. ¡Ah! ¡Miserables! Cuando a mi vez les tenga en sus lechos de muerte estarán atrapados... Mientras llega ese momento (Fíat voluntas...), yo tengo que pasar por sus treinta y seis voluntades... Vamos, hay que apurar el mal trago. Lo beberé. Ya he pasado otros.

Se levantó. Le preguntamos: -¿Adónde vas?

-A la cruzada -contestó-, a la cruzada de los abejorros.

IV
EL VAGABUNDO O UN DÍA DE PRIMAVERA

Abril.

Abril, grácil hija de la primavera, doncellita frágil, de ojos encantadores, veo florecer tus senos menudos entre las ramas del albaricoquero, la rama blanca a cuyos brotes puntiagudos, rosados, acaricia el sol de la mañana fresca, en mi ventana y en mi jardín. ¡Qué hermosa mañana! ¡Qué felicidad pensar que uno verá, que uno ve esta mañana! Me levanto, estiro mis viejos brazos donde siento las buenas agujetas del trabajo encarnizado. Los últimos quince días, mis aprendices y yo, para recuperar los paros forzosos, hicimos volar las virutas y cantar la madera bajo nuestros cepillos. Por desgracia, nuestra hambre de trabajo es más voraz que el apetito del cliente. Y si casi no compran, menos se apresuran en pagar lo que han encargado; las bolsas están saqueadas; no hay sangre en el fondo de las escarcelas; pero la hay siempre en nuestros brazos y nuestros campos; la tierra es buena, aquélla de la cual estoy hecho y ésta en la que vivo (es la misma). «Ara, ora *et* labora. Y serás rey» Y los de Clamecy son todos reyes, o lo serán, sí, a fe mía: porque esta mañana ya oigo zumbar las palas de los molinos, chirriar el fuelle de la forja, resonar en el yunque la danza de los martillos de los herreros, las hachas en el tajo que cortan los huesos, los caballos que relinchan en el agua del bebedero, el zapatero que canta y clava, las ruedas de los carros en el camino y el chapoteo de los cascos, y el restallar los látigos, la charla de los que pasan, las voces, las campanas, el aliento de la ciudad que trabaja, que jadea: *«Pater noster*, amasamos *panem nostrum* cotidiano, mientras espera que nos lo des: es más prudente... ». Y sobre mi cabeza, el cielo azul de la azul primavera, donde pasa el viento que aleja las nubes blancas, el sol caliente y el aire fresco. Y se diría... ¡es la juventud que renace! Vuelve, a aletazos, desde el fondo de los tiempos, la golondrina a rehacer su nido bajo el alero de mi viejo corazón que la espera. ¡Cómo se ama a la bella ausente a su regreso! Mucho más, mucho mejor que el primer día...

En este momento oigo zumbar la veleta de mi tejado, y mi vieja que con su voz agria grita no sé qué a no sé quién, tal vez a mí. (No escucho.) Pero la juventud espantada ha huido. ¡Al diablo la veleta!... Furiosa (digo, mi vieja) baja a destrozarme el tímpano con su canto.

-¿Qué haces ahí con los brazos caídos, contemplando las nubes, maldito haragán, con la boca abierta como el agujero de un pozo? Espantas a los pájaros del cielo. ¿Qué esperas? ¿Que una paloma asada caiga dentro, o bien el llanto de una golondrina? ¡Y entretanto, yo me ahogo, me quedo sin aliento, sudo, me esfuerzo y peno como un viejo caballo, para servir a este animal!... Y bueno, débil mujer, es tu destino... Pero no, y no, porque el Altísimo no ha dicho que tengamos que cargar con todo y que Adán iría de aquí para allá haraganeando, con las manos a la espalda. Quiero que también él sufra, quiero que se fastidie. Si fuera de otra manera, si el vagabundo se divirtiese habría que desesperar de Dios. Por suerte, yo estoy aquí, para cumplir sus santas voluntades. ¿Has terminado de reír? ¡Al trabajo, si quieres que hierva el puchero!... ¡Vaya si me escucha! ¿Te moverás?

Con una dulce sonrisa dije:

-Sí, hermosa. Sería un pecado quedarse en casa con una mañana tan bella.

Volví al taller y grité a mis aprendices:

-Muchachos, necesito una pieza de madera, lisa, suave y aserrada. Voy a ver a casa de Riou si tiene en el almacén algún tablón. ¡Vamos! ¡Cagnat! ¡Robines! ¿Vamos a buscarlo?

Salimos. Y mi vieja seguía gritando. Dije: -¡Sigue cantando!

Pero este último consejo no era necesario. ¡Qué música! Silbé, para reforzar el estribillo. El bueno de Cagnat dijo:

-¡Eh! ama, ni que nos fuéramos de-viaje. En un cuarto de hora estaremos de vuelta.

-¡Con ese bribón nunca se sabe! dijo.

Sonaron las nueve. Fuimos a Béyant. El trayecto no era largo. Pero en el puente de Beuvron nos detuvimos al pasar (hay que enterarse de la salud de la gente) para saludar a Fétu, Gadin y Trinquet, llamado el Bello Juan que empezaban la jornada sentados en el malecón mirando pasar el agua. Charlamos un momento de lo habido y por haber. Luego, sensatamente, continuamos el camino. Somos hombres conscientes, vamos recto, no conversamos con nadie (la verdad es que no encontramos a nadie en el camino) únicamente (somos sensibles a las bellezas de la naturaleza) admiramos el cielo, los brotes tiernos de la primavera, en las hondonadas algún manzano florecido, miramos las golondrinas, hicimos un alto, discutimos la dirección del viento...

A mitad de camino, caigo en la cuenta de que hoy no le he dado un beso a mi Glodie. Digo:

-Seguid vosotros. Yo vuelvo. Nos reuniremos en casa de Riou. Cuando llegué, Martine, mi hija, estaba lavando su tienda, a baldazos, sin dejar de charlar, de charlar, de charlar, con uno y otro, con su marido, sus hijos, el aprendiz y Glodie, más dos o tres comadres del vecindario, con los que reía, a mandíbula batiente, sin dejar de charlar, de charlar, de charlar. Y cuando terminó, no de charlar sino de lavar, salió y vació el balde en la calle al voleo. Yo me había detenido unos pasos antes de entrar, para admirarla (esa buena pieza me regocija el corazón y los ojos) y recibí la mitad del agua en las pantorrillas. Ella rió más aún y yo mucho más fuerte que ella. ¡Ah!, la hermosa gala, que se reía en mis narices, con sus negros cabellos que le comen la frente, sus cejas fuertes, los ojos ardientes, y sus labios aún más, rojos como tizones y henchidos como ciruelas. Estaba con el cuello y los brazos al aire, airosamente remangada. Me dijo:

-¡Enhorabuena! Aunque, ¿te ha caído toda? Contesté:

-Poco ha faltado; pero no me preocupa el agua, con tal que no me vea obligado a beberla.

-Entra -dijo-, Noé, salvado del diluvio, Noé el viñador. Entré, vi a Glodie en enaguas, sentada debajo del mostrador: -Buenos días, confitera.

-Apuesto -dijo Martine- que sé qué te ha hecho salir de casa tan temprano.

-Apuestas sobre seguro, conoces la razón, has mamado de sus pezones.

-¿Por mi madre? -¡Pardiez!

-¡Qué cómodos sois los hombres!

Florimond, que entró en ese momento, recibió el chubasco. Se picó. Yo le dije:

-Es para mí. ¡No te ofendas, muchacho!

-Alcanza para los dos -dijo ella-, no seas tan glotón.

El otro seguía mirando herido en su dignidad. Era un verdadero burgués. Nunca admitió que pudieran reírse de él; por eso cuando nos ve a los dos, a Martine y a mí, desconfía, espía con mirada recelosa las palabras que van a salir de nuestras bocas que ríen. ¡Eh!, ¡pobres inocentes! Cuánta malicia nos atribuye.

Dije ingenuamente:

-Bromeas, Martine; sé que Florimond es amo en su casa; no deja, como yo, que le lleven por delante. Además su Florimonda es tierna, dócil, discreta, no tiene voluntad propia, obedece sin chistar. Esta buena hija se parece a mí que siempre he sido un pobre hombre tímido, sometido y aplastado.

-¿Has terminado de reírte de todo el mundo? -dijo Martine, de rodillas, frotando otra vez (frota que frota) las baldosas, las ventanas, con una furia gozosa.

Y trabajando (yo la miraba hacerlo) nos prodigó a ambos buenas y abundantes burlas. En el fondo de la tienda, que Martine llenaba con su movimiento y con su verbo, con su robusta vida, estaba arrinconado Florimond, enfurruñado, ceñudo, envarado. Él nunca está cómodo en nuestra compañía; las palabras verdes le molestan, y también las bromas picantes chocan con su dignidad. Y además no comprende que pueda reírse por salud. Es menudo, pálido, delgaducho y melancólico; le gusta quejarse de todo; no encuentra nada bien, sin duda, porque sólo se mira a él mismo. Con una servilleta atada alrededor de su cuello de pollo, parecía inquieto, y giraba a derecha e izquierda sus ojos; finalmente dijo:

-Aquí estamos en el centro de todas las corrientes como en una torre. Todas las ventanas están abiertas.

Martine sin interrumpirse dijo: -Y qué, yo me ahogo.

Por unos instantes Florimond trató de resistir... (Es verdad que soplaba cierto airecillo fresco...) Y se fue furibundo. La muchacha arrodillada levantó la cabeza Y di1lo con su buen humor afectuoso y burlón:

-Va a meterse otra vez en el horno.

Con sorna le pregunté si seguía entendiéndose con su pastelero. Se cuidó muy bien de decirme que no. ¡Ah!, la bendita bribona; cuando se ha equivocado, se dejaría cortar en cuatro antes de confesarlo.

-¿Y por qué -dijo- no iba a entenderme? Me gusta mucho. -Sí, yo me lo comería y me bastaría. Pero una boca grande como la tuya se traga rápido un pastelillo.

-Hay que contentarse con lo que una tiene -me contestó. -Bien dicho. Pero, a pesar de todo, si estuviera en el lugar del pastelillo, no estaría muy tranquilo.

-¿Por qué? No tiene nada que temer porque soy leal en el trato. ¡Pero que él también lo sea! Porque si me engaña, ya está prevenido ese pillo: no pasará un día sin que sea cornudo. A cada cual lo suyo. A él lo de él y a mí lo mío. Así pues, que cumpla con su deber.

-Con todo su deber.

-Ya estaría bien que se quejase de que la doncella fuera demasiado hermosa.

-¡Ah! diablesa, no me engaño, eres tú la que contestaste al cernícalo que traía la orden del cielo.

-Conozco a más de un milano -me dijo-, pero sin plumas. ¿De cuál quieres hablar?

-¿No conoces la historia del cernícalo que enviaron las comadres a Nuestro Padre, para pedirle que los niños, apenas nacidos, pudieran sostenerse sobre sus piernas? El buen Dios dijo: «Sólo pido a cambio una pequeña condición a mis amables feligresas: que en adelante, bajo las mantas, mujeres, muchachas y niñas se acuesten solas. El cernícalo, fiel, trajo el mensaje bajo el ala; yo no estaba allí el día que llegó; pero sé que al mensajero lo pusieron bueno.

. Martine, sentada sobre los talones, dejó de fregar y lanzó grandes carcajadas; después, me sacudió mientras decía:

-¡Viejo charlatán! ¡Charlatán, charleta más pegajoso que un pote de mostaza! ¡Vete, vete! ¡Siempre contando bufonadas! Dime ¿para qué sirves? ¡Para hacer perder el tiempo! ¡Vamos, lárgate! Y toma, llévate a este perrillo sin cola que se arrastra entre mis piernas, a tu Glodie, sí, que acaba de hacerse echar del horno y que apuesto a que ha metido sus patas en la masa (hasta tiene en la nariz). Vamos, marchaos los dos, dejadnos, mamarrachos, dejadnos trabajar, o agarro la escoba y...

Y nos echó. Nos fuimos los dos muy contentos; fuimos juntos a casa de Riou. Nos detuvimos un poco a orillas del Yonne. Miramos cómo pescaban. Dimos consejos. Y sentimos gran alegría cuando se hundía el corcho o del verde espejo saltaba la carpa. Pero Glodie al ver en el anzuelo el gusano que se retorcía de risa, me dice con cierto asco:

-Abuelo, está mal, se lo van a comer.

-Ah, pequeña -digo-, ¡sin duda! Ser comido es un pequeño disgusto. No hay que pensar en eso. Piensa más bien en quien lo come, en el hermoso pez. Él dice: «Está bueno».

-Pero si fuera a ti a quien se comieran, abuelo...

-Pues también diría: «Que te resulte bueno, pequeño bribón. ¡Qué suerte tiene el pícaro que me come!». Ya ves, hija, ya ves, cómo el abuelo está siempre contento. Comer, ser comido, no es nada, con tal de arreglar la cosa en la sesera. A un borgoñón todo le resulta bien.

Charlando así llegamos (aún no eran las once) a casa de Riou, casi sin darnos cuenta. Cagnat y Robinet me esperaban, tranquilos, asomados al río, y Binet, que había tomado sus precauciones y su caña, pescaba.

Entré en el taller. A partir del momento en que estoy en medio de los hermosos árboles acostados, despojados y desnudos, y que el buen olor del aserrín me sube a la nariz, confieso que ya puede correr el tiempo como el agua. No me canso de palpar sus muslos. Me gusta un árbol más que una mujer. Cada uno tiene su locura no importa que ya sepa cuál quiero y cuál voy a llevar. Si estuviera con el Gran Turco y viera, en un mercado, a la que me gusta entre veinte muchachas desnudas, ¿creéis que mi amor por ella me impediría saborear con la mirada, al pasar, los encantos del resto del rebaño? No soy tan tonto. ¿Para qué me habría dado Dios ojos ávidos de belleza si, cuando ella aparece, debiera cerrarlos? No, los míos están abiertos como portales. Todo entra en ellos y nada se pierde. Y como viejo ladino, sé ver debajo de la piel de las hembras astutas sus deseos, su malicia y su pícaro pensamiento, así como debajo de la corteza ruda o lisa de mis árboles sé leer el alma encerrada, que surgirá del huevo si quiero empollarlo.

Mientras espera que yo elija, Cagnat, que se impacienta (es un tragaldabas, sólo los viejos sabemos saborear), conversa a gritos con algunos almadieros que, del otro lado del Yonne, se pasean o están de plantón en el puente de Béyant. Porque en ambas márgenes, aunque los pájaros difieran, su costumbre es la misma: colgarse durante el día con las nalgas incrustadas en el borde de los puentes, y mojarse el pico en la taberna vecina. La conversación, como de costumbre, entre hijos de Beuvron y de Bethléem, consiste en *quid pro quo.* Esos señores de Judea nos tratan de rústicos, caracoles de Borgoña y comemierdas. Y nosotros

contestamos a sus amenidades llamándoles «ranas» y caras de lucio... Digo nosotros porque, cuando oigo cantar las letanías, no puedo menos que decir Ora *pro nobis!* Cuestión de educación. Hay que contestar al que nos habla. Después de intercambiar honestamente unas cuantas lindezas (ya suena el *angelus* del mediodía. Me sobresalto, asombrado... ¡Ah, el tiempo! ¡Cómo huye la arena de tu reloj!...) primero les pido a nuestros buenos almadieros que ayuden a Cagnat y a Robinet a cargar mi carro y que lo lleven, *secundo, "* a Beuvron, con la madera que he elegido. Protestan mucho: -¡Bendito Breugnon! No te molestas mucho ¿eh? Protestan mucho, pero lo hacen. En el fondo me quieren. Volvimos al galope. Desde el umbral de las tiendas, admirando nuestro celo, nos veían pasar. Pero cuando mi tiro llegó al puente de Beuvron y encontramos a nuestros otros tres gorriones fieles, Fétu, Gadin, Trinquet, que miraban correr el agua, las piernas se detuvieron, y las lenguas, *presto,* volvieron a ponerse en marcha.

Unos despreciaban a los otros porque hacían algo. Otros despreciaban a los unos porque no hacían nada. Desfiló todo el repertorio de los cantores. Yo me senté en el bordillo y esperé el final para discernir el premio. Cuando una voz me gritó al oído:

-¡Bribón! ¡Has vuelto! ¿Podrías decirme cómo has pasado el tiempo, desde las nueve, de Beuvron a Béyant? ¡Haragán! ¡Qué desgracia! ¡Si no te atrapo, vaya a saber cuándo habrías vuelto! ¡A r casa, infame! Se me ha quemado la comida.

Digo:

-Te has ganado el premio. Amigos míos, es inútil: por lo que al canto se refiere, después de ella, sois unos niños.

Mi elogio la envaneció más aún. Nos regaló con otro hermoso fragmento. Nosotros exclamamos:

-¡Bravo!... Y ahora, volvamos. Ve delante. Te sigo.

Mi mujer regresaba llevando de la mano a mi Glodie, y seguida por los dos aprendices. Dócil, pero sin prisa, iba a hacer otro tanto, cuando de la ciudad alta un ruido alegre de voces, sonidos de trompas, y el alegre carillón de la torre de San Martín, como viejo husmeador, me hicieron oler el aire en busca de un nuevo espectáculo. Era el casamiento del señor de Amazy con la señorita Lucréce de Champeaux, hija del recaudador de las contribuciones.

Para ver la entrada del cortejo, todos, piernas para qué os quiero, trepan de cuatro en cuatro hacia la plaza del castillo. ¡Ya se imaginan si yo iba a ser el último en correr! Es una breva que no cae todos los días. Sólo Trinquet, Gavin y Fétu, los holgazanes, no se dignaron levantar sus traseros de las orillas del río, diciendo que no serían ellos, gente del pueblo llano, los que irían a visitar a los burgueses de la torre. Me gusta el orgullo, y el amor propio es hermoso. Pero sacrificarle mi diversión..., ¡servidor, mi amor! Tu manera de quererme se parece a la del cura que me azotaba de chico diciendo que era por mi bien...

Aunque me tragué de un solo impulso la escalera de treinta y seis escalones que sube a San Martín, llegué (¡qué desgracia!) a la plaza demasiado tarde para ver entrar el cortejo. Tuve pues (era totalmente necesario) que esperar a que saliera. Pero esos benditos curas nunca se cansan de oírse cantar. Para pasar el tiempo, logré entrar, con muchos sudores, en la iglesia, apretando gentilmente tripas complacientes y traseros carnosos; me encontré aprisionado, a la entrada del atrio, bajo un manto humano, como en una cama, al calor, bajo las plumas. Si no hubiera sido un lugar santo, habría tenido ideas traviesas. Pero era el momento y el lugar para estar serios; y cuando debo puedo serlo como un asno. Pero resulta que a veces asoma el pelo de la dehesa y el asno rebuzna. Y eso se produjo ese día: porque, mientras devoto y discreto seguía alzándome sobre la punta de los pies para ver mejor el gozoso sacrificio de la casta Lucréce y el

señor de Amazy, cuatro trompetas de caza sonaron por San Huberto, acompañando el oficio, en honor del cazador; sólo faltaba la jauría: y se la echaba de menos. Me tragué la risa pero, naturalmente, no pude dejar de silbar (aunque muy bajo) la fanfarria. Solamente que cuando llegó el momento fatídico en que a la pregunta del cura curioso la novia contesta: «sí» y los carrillos hinchados llamaron a la presa fue demasiado y grité: -¡Alalí!

Pensad cómo rieron. Pero vino el pertiguero con las cejas fruncidas. Me encogí y, deslizándome entre las caderas, salí.

Me recuperé en la plaza. No faltaba compañía. Todos como yo, hombres de bien, que saben usar los ojos para ver, los oídos para creer y beber lo que otros ojos atrapan, la lengua para contar lo que no es forzoso haber visto para hablar de ello. Y Dios sabe cómo me he dedicado a hacerlo... Para mentir bien no es necesario venir de lejos. Y así el tiempo pasó muy rápido, para mí al menos, hasta el momento en que volvió a abrirse la puerta de la iglesia al sonido de los órganos. Apareció la caza. Glorioso, marchaba a la cabeza Amazy, llevando del brazo al animal capturado, que daba vuelta a sus hermosos ojos de gacela, haciendo monerías... ¡Ah! Qué contento estoy de no ser yo el que tenga que cuidar a esa hermosa niña. A quien la desoville dará bastante hilo a retorcer. El que se lleva el animal se lleva los cuernos...

Pero no vi mucho más de la caza y de la encarna, del picador y de la picada, y ni sabría describir (no lo digo por jactarme) el color de los trajes del señor y del vestido de la novia. Porque justamente en ese momento, nuestro espíritu y nuestra atención se vieron atraídos por el grave problema del orden y de la marcha y la precedencia de los señores del cortejo. Me contaron que ya habían entrado (¡ah!, ¡no haber estado allí!) el juez y procurador de la castellanía y el señor regidor, alcalde de oficio, que habían chocado en el umbral como dos carneros. Pero el alcalde, más gordo, más fuerte, había pasado. Ahora se trataba de saber quién de los dos saldría primero y mostraría su nariz en el sagrado atrio. Hicimos apuestas. Pero no salía nada: como una serpiente cortada, la cabeza del cortejo continuaba su camino; el cuerpo no la seguía. Acercándonos a la iglesia vimos, adentro, cerca de la entrada, a cada uno de los lados, a nuestros animales furiosos que mutuamente se impedían pasar. Como en el lugar sagrado no se atrevían a gritar, se les veía mover la nariz y los morros, abrir enormes los ojos, arquear la espalda, fruncir la frente, hinchar los carrillos, y todo esto sin que saliera un sonido. Nos mantuvimos en los costados, y riendo y apostando también nosotros tomamos partido. Los hombres de edad, por el juez, representante del señor duque (quien espera respeto para él lo predica para los demás); los jóvenes gallos, por nuestro alcalde, campeón de nuestras libertades. Yo estaba con aquel de los dos que zurrara mejor al otro. Y gritábamos, para excitar cada uno al suyo:

-¡Vamos, señor Grasset! ¡Muérdale la cresta, señor Pétaud! ¡Ciérrele el pico! ¡Vamos, pues!, borriquillo valiente...

Pero estos haraganes se contentaban con escupirse la rabia a la cara, sin pegarse, por miedo sin duda a estropear sus hermosos trajes. A esa altura la discusión corría el riesgo de eternizarse (porque no había que temer que el pico se les helase) sin el señor cura, inquieto por llegar tarde al banquete. Éste dijo:

-Hijos míos, el buen Dios os oye, la comida os espera; en ningún caso hay que hacer esperar a la comida, ni hacer oír al Señor nuestro mal humor, en su templo. Lavemos en casa los trapos sucios...

Si no lo dijo, al menos (porque yo no oí nada), ése debió de ser el sentido: porque vi que con sus gruesas manos les tomaba por la nuca y acercaba sus hocicos para que se dieran el beso de la paz. Después de esto, salieron, en la misma línea, como dos pilares que enmarcaran en

medio el vientre del cura. En lugar de un señor, tres. En disputas de señores, el pueblo no pierde nunca.

Pasaron todos y entraron en el castillo para asistir a la comida que tan bien se habían ganado; nosotros, como brutos, nos quedamos bostezando en la plaza, alrededor de la marmita que no veíamos, como para tragar los olores de la comida. Para contentarme hice que dijeran los platos. Éramos tres comilones: Tripet, Bauldequin y Breugnon, que nos mirábamos riendo, ante cada plato que nombraban, y nos dábamos codazos en los costados. Aprobábamos este plato, discutíamos el otro; se hubiera podido hacer algo mejor de haber consultado a gente de experiencia como nosotros; pero, en fin, ni falta de ortografía ni pecado capital; la comida, en suma, era muy honorable. A propósito de un estofado de caza, cada uno dio su receta; y los que escuchaban agregaron indicaciones. Pero enseguida sobre este asunto estalló un debate (estos temas son candentes; hay que ser un mal hombre para poder hablar de ellos con el corazón y la sangre fríos). Sobre todo fue muy vivo entre la señora Perrine y la Jacquotte, que son rivales y Ofrecen grandes cenas en la ciudad. Cada una tiene sus partidarios y unos partidarios pretenden eclipsar a los otros en la mesa. Son bellos torneos. En nuestras ciudades, las buenas comidas son las justas de los burgueses. Pero a pesar de que me gustan los buenos debates, nada es tan 'fatigoso como oír contar las proezas de los otros cuando yo no intervengo en ellas; no soy un hombre que se alimente mucho tiempo de los jugos de su pensamiento y de la sombra de los platos que no come. Por eso me alegré cuando Tripet me dijo (el pobre tambi1n sufría):

-Si se habla de cocina mucho tiempo, uno llega a ser, Breugnon, tomo un amante que habla demasiado de amor. No puedo más, desfallezco, amigo, ardo, me consumo y mis entrañas echan humo. Vamos a regar y a alimentar al animal que me roe el vientre.

-Lo lograremos -le contesté-. Cuenta conmigo. Contra la enfermedad del hambre, la mejor medicina es comer, dicen los antiguos. Nos fuimos juntos a la esquina de la calle Mayor, al Hotel de los Escudos de Francia y del Delfín: porque nadie pensaba en volver á su casa siendo más de las dos; Tripe temió, como yo, encontrar la sopa fría y a la mujer ardiendo. Era día de mercado y el salón estaba repleto. Pero, si solo en una mesa, cómodo, se está mejor para comer, apretado entre buenos compañeros se come mejor: o sea, que siempre se está muy bien.

Durante largo rato, los dos dejamos de hablar, como no fuera in Petto**,** es decir, con el corazón y las mandíbulas, ante un saladillo con col que, rosado y suave, perfumaba y se deshacía. Y luego, un cuartillo de tinto para disipar la bruma que tenía en los ojos: por que comer y no beber, como dicen los viejos, no es ver sino cegarse. Después de lo cual, con la vista clara y el gaznate lavado, pude volver a tomar en cuenta los hombres y la vida, que parecen más bellos después que se ha comido.

En la mesa vecina, un cura de los alrededores tenía enfrente a una vieja granjera, que se daba tono; se inclinaba, hablaba hundiendo la cabeza en su caparazón, torciéndola hacia el costado y levantando dulcemente la cara hacia él como en la confesión. Y el cura la escuchaba de lado, afable, sin oírla, y a `cada reverencia respondía amablemente con una reverencia, sin perder bocado y como si dijera: «Vamos, hija mía, absolvo *te*. Todos sus pecados serán redimidos. Porque Dios es bueno. He comido bien. Y esta morcilla es muy buena».

Un poco más lejos, nuestro notario, don Pedro Delavau, que estaba con un colega, hablaba de escudos, de la virtud, de dinero, de política, de contratos de la república... romana (es republicano en los versos latinos; pero en la vida, prudente burgués, es buen servidor del rey).

Luego, en el fondo, mi ojo vagabundo descubrió a Perrin el cocinero, con una blusa azul, tieso, almidonado, Perrin de Corvol, *el* Orgulloso, que al encontrarse su mirada con la mía lanzó una exclamación, se levantó y me llamó. (Juraría que me había visto desde el comienzo; pero el

taimado no se movió porque me debe dos armarios de hermoso nogal desde hace dos años.) Se acercó y me ofreció un trago:

-Todo mi corazón, mi corazón os saluda...[3].

Me ofreció otro:

-«Para caminar derecho, con los dos pies debe ser hecho...» Me propuso que compartiera su comida. Esperaba que como ya había comido diría que no. Le fastidié porque acepté. Algo cobraba de mi deuda.

Volví a empezar, pues, pero esta vez con más calma, pausadamente, porque no temía el hambre. Poco a poco, los comensales groseros, la gente con prisas que no sabe comer, semejantes a los animales, más que para nutrirse, vaciaron el lugar; sólo quedó la buena gente, la gente de edad y de talento que aprecian lo hermoso, el bien y lo bueno y para los que un buen plato es una buena acción. Se abrió la puerta y entró el aire y el sol, y tres gallinas negras alargaron el cuello para picotear las migas de debajo de la mesa y las patas de un viejo perro que dormía, y el cotorreo de las mujeres en la calle y el grito del vidriero, y « ¡A mi buen pescado!» y el rugido de un asno como si fuera un león. En la plaza polvorienta había dos bueyes blancos uncidos a una carreta, acostados, inmóviles, con las patas dobladas debajo de los hermosos flancos relucientes, y la baba en el belfo, rumiando su espuma con mansedumbre. Las palomas se arrullaban al sol en el tejado. Me hubiera gustado hacer igual que ellas; y creo que a todos nosotros, tan a nuestras anchas nos sentíamos, si nos hubieran pasado la mano por el lomo, habríamos hecho runrún.

Se generalizó la conversación, de mesa en mesa, todos unidos, todos amigos, todos hermanos: el cura, el cocinero, el notario, su colega, el hotelero de nombre tan dulce (Baiselat[4], el nombre promete, tiene presencia y algo más). Para charlar mejor, yo iba de uno a otro y me sentaba aquí y allá. Se habló de política. Para que la felicidad sea completa, después de comer no es desagradable pensar en los males de la época. Todos nuestros señores se lamentaban de la miseria, de la carestía, de la escasez de negocios, de la ruina de nuestra Francia, de nuestra raza en decadencia, de los gobiernos, de los intrigantes. Pero con prudencia. No nombraban a nadie. Los grandes tienen orejas tan grandes como ellos; nunca se sabe si de un momento a otro no se verá pasar la punta por debajo de la puerta. Sin embargo, la verdad, como buena borgoñona, estaba en el fondo del barril y nuestros amigos poco a poco se arriesgaron a clamar contra aquellos de nuestros señores que más lejos se hallaban. Sobre todo se pusieron de acuerdo contra los italianos, Concini, el gusano que la gordinflona de Florencia, la reina, se trajo entre sus faldas. Si encontráis dos perros que se comen vuestro asado, uno extranjero y el segundo vuestro, espantáis a éste y apaleáis al otro. Por espíritu de justicia, para contradecirles, dije que no había que castigar a un solo perro, sino a los dos, que de hacer oídos a la gente pareciera que en Francia sólo había males italianos, que gracias a Dios no nos faltaban otros males y otros pillos. Ante lo cual todos, a una sola voz, respondieron que un pillo italiano vale por tres y que tres italianos honestos no valen un tercio de un honesto francés. Contesté que aquí o allá, donde hay hombres, están los mismos animales, y que uno es semejante al otro, que un buen hombre sea de donde fuere es bueno de ver y de tener; y que cuando lo encuentro, lo quiero aunque sea italiano. Me cayeron todos encima, burlándose, diciendo que ya conocían mi gusto, y llamándome viejo loco, Breugnon el inquieto, el peregrino, el errante, Breugnon trotacaminos... Es verdad que en su momento anduve mucho. Cuando nuestro buen duque, el padre del actual, me envió a Mantua y a Albissola para estudiar los esmaltes, las lozas y las industrias artísticas, que después introdujimos en nuestra tierra, no me

[3] Antigua manera de habla popular, común entre los bebedores que brindan.
[4] Besador.

ahorré caminos ni suelas de zapatos. Todo el trayecto de San Martín a San Andrés de Mantua lo hice, con el cayado en la mano, sobre mis dos piernas. Es agradable ver que la tierra se ensancha bajo nuestros talones y pisar la carne del mundo... Pero no lo recordemos demasiado: volvería a empezar... ¡Y se burlan de mí! Y, sí, soy un galo, soy un hijo de los que saquearon el universo. « ¿Qué has saqueado?», me preguntan riendo. « ¿Qué has traído?» «Tanto como ellos. Tengo los ojos colmados. Los bolsillos vacíos, es verdad. Pero la cabeza repleta...» Dios, qué bueno es ver, escuchar, gustar y rememorar. Ya sabéis que no se puede ver ni saber todo. ¡Pero al menos, lo que se pueda! Soy como esponja que se bebe el océano. O, más bien, soy un racimo ventrudo, maduro, colmado hasta reventar con el hermoso jugo de la tierra. Qué vendimia se lograría si se lo estrujara. No soy tan tonto, hijos míos, me lo beberé yo. Ya que lo desdeñáis. Y bueno, mejor para mí. No insistiré. En otra época quise compartir con vosotros las migajas de la felicidad que había recogido, todos mis buenos recuerdos de los países luminosos. Pero nuestra gente no tiene curiosidad salvo por lo que hace el vecino y sobre todo la vecina. El resto está demasiado lejos para preocuparse por ello. ¡Si quieres, ve a verlo! Aquí puedo ver lo mismo. «Agujero detrás, agujero delante, los que vienen de Roma valen menos que antes.» ¡Muy bien! Dejo que hablen y no fuerzo a nadie. Puesto que no os interesa, guardo lo que he visto debajo de mis párpados, en el fondo de los ojos. No hay que intentar que la gente sea dichosa a pesar suyo. Es mejor serlo con ellos, a su manera, y después a la de uno. Una dicha vale menos que dos.

Por eso, mientras dibujo sin que se den cuenta las narizotas de Delavau y al cura que bate las alas al hablar, escucho y canto su canción, que ya conozco: «¡Qué orgullo, qué gozo ser de Clarriecy!». Y vaya si es verdad que lo pienso. Es una buena ciudad. La ciudad que me ha hecho no puede ser mala. La planta humana crece en ella a sus anchas, pletórica, sin espinas, sin maldad, a lo sumo tenemos afilada la lengua. Pero aunque se hable un poco mal del prójimo (que responde), con eso no se le hace daño y no se deja de quererle, y no le tocaríamos ni un pelo. Delavau nos recuerda (y nos sentimos orgullosos, hasta el cura) la tranquila ironía de nuestro Nervernais en medio de las locuras del resto del país; nuestro regidor Ragon se negó a unirse a los partidarios de Guisa, a los de la Liga, a los heréticos, a los católicos, a Roma o a Ginebra, perros rabiosos o lobos cervales, y San Bartolomé vino a lavarse las manos ensangrentadas entre nosotros. En torno a nuestro duque, todos unidos, formamos un islote de sentido común contra el que rompen las olas... No se puede hablar sin enternecerse del difunto duque Luís y del finado rey Enrique. ¡Cómo nos amábamos! Estaban hechos para nosotros, estábamos hechos para ellos. Es verdad que tenían sus defectos al igual que nosotros. Pero esos defectos eran humanos y los sentíamos más cercanos, menos lejanos. Decíamos riendo: « ¡Nevers todavía está verde!» o: «El año será bueno. No nos faltarán niños. El mujerie$_g$o nos ha hecho otro... ». ¡Ah! Primero nos comimos el pan blanco. A todos nos gusta hablar de esos tiempos. Delavau igual que `'ya conoció al duque Luís. Pero soy el único que vi al rey Enrique y me aprovecho de ello: porque, ante los que me lo piden relato, Por centésima vez (para mí es siempre la primera y espero que para ellos también, si son buenos franceses), cómo vi al rey gris, con sombrero gris, con traje gris (sus codos salían por los agujeros), a caballo en un caballo gris, con el pelo gris y los ojos grises, todo gris por fuera, todo oro por dentro...

Por desgracia, el primer pasante del notario me interrumpió para avisarle que un cliente se estaba muriendo y que le llamaban. Debió irse, muy a su pesar, no antes de habernos gratificado con una historia que preparaba desde hacía una hora: (yo veía cómo le daba vueltas en la lengua; pero coloqué primero la mía). Seamos **justos,** era buena y reí a mis anchas. Para contar chocarrerías no hay como Delavau.

Después de habernos resarcido de esa manera de nuestras emociones, descansados y lavados desde el gaznate a los talones, salimos juntos... (debían de ser las cinco menos cuarto o apenas las cinco... En sólo tres horas había recogido además de dos buenas comidas y alegres recuerdos, un pedido del notario para que le hiciera dos arcones)... Nos separamos después de tomar un bizcocho mojado en dos dedos de casis en casa de Rathery, el boticario. Delavau terminó de contar su historia allí y nos acompañó, para oír alguna otra, hasta la Mirandole, donde nos separamos definitivamente, después de hacer un alto, con el vientre contra la pared, para desahogar nuestras últimas efusiones.

Como era demasiado tarde y demasiado temprano para volver, bajé hacia Bethléem con un carbonero que iba detrás de su carro, haciendo sonar una corneta. Cerca de la torre Lourdeaux me crucé con un carretero que corría persiguiendo una rueda; y cuando veía que se iba a parar daba un salto y la golpeaba. Así corremos detrás de la rueda de la Fortuna; cuando estamos por subirnos a ella, se nos escapa. Y anoté la imagen para servirme de ella.

Pero estaba dudando sobre si debía tomar, para volver a casa, el camino más corto o más largo, cuando vi venir desde el hospital una procesión con la cruz al frente que sostenía, apoyándola en su tripa como una lanza, un pillete no más alto que mi pierna y que le sacaba la lengua a otro monaguillo bizqueando hacia la punta de su sagrado bastón. Detrás de él, cuatro viejos llevaban de cualquier manera, debajo de una sábana, con sus manos rojas e hinchadas, alguien dormido que bajo el ala de su cura iba a terminar su sueño en la tierra. Por cortesía le acompañé hasta su morada. Es más alegre no estar solo. Debo confesar que además le seguía para oír a la viuda que, según la costumbre, iba bramando al lado del oficiante y contando la enfermedad y los remedios que había tomado el difunto en su agonía, sus virtudes, su afecto, su complexión, en fin, su vida y la de su esposa. Alternaba su elegía con las canciones del cura. Nosotros les seguíamos interesados: porque no es necesario decir que a lo largo del recorrido fuimos recolectando nobles corazones para compadecer y oídos para escuchar. Finalmente llegamos al albergue del buen sueño, donde le pusieron en su ataúd, al borde de la fosa abierta; y como un pobre no tiene derecho a llevarse su camisa de madera (se duerme tan bien totalmente desnudo), después de levantar la sábana y la tapa de la caja, la vaciaron en el fondo del agujero.

Cuando le arrojé una palada de tierra para bordarle su lecho, e hice el signo de la cruz para apartar los malos sueños, me fui muy satisfecho: había visto todo, escuchado todo, tomado parte en las alegrías, y tomado parte en las tristezas; mi zurrón estaba lleno.

Para terminar volví costeando el agua. En la confluencia de los dos ríos contaba con tomar el Beuvron para volver a casa; pero la tarde era tan hermosa que, sin pensarlo, me encontré fuera de la ciudad, y seguí el Yonne zalamero que me arrastró hasta la garganta de La Forét. El agua calma y lisa huía sin una arruga en su traje claro; uno quedaba atrapado por las pupilas, como un pez que se traga el anzuelo; todo el cielo estaba como yo preso en la red del río; se bañaba en él con sus nubes que se enredaban, flotando, en las hierbas, en las cañas; y el sol lavaba sus crines doradas en el agua. Me senté cerca de un viejo que cuidaba, arrastrando la pierna, dos vacas flacas; me interesé por su salud, le aconsejé que se pusiera en la pierna una media forrada de ortigas espinosas (hacía de médico para entretenerme). Me contó su historia, sus males, sus duelos, con alegría; pareció ofendido porque le eché cinco o seis años menos de edad (tenía setenta y cinco); y sentía vanidad por ello, estaba orgulloso de haber sido el que más había resistido, el que más había vivido. Encontraba natural resistir; que los mejores padecieran con los malvados, porque en revancha los favores del cielo se reparten sin distinguir entre los malvados y los mejores: a fin de cuentas, todo es igual, y está bien, ricos y pobres, hermosos y feos, todos dormirán un día en paz en los brazos del mismo Padre... Y sus pensamientos, su voz quebrada,

como los grillos en la hierba, el runruneo de la esclusa, el olor a madera y alquitrán que el viento traía del muelle, el agua inmóvil que huía, los hermosos reflejos, todo armonizaba y se fundía con la paz del atardecer.

El viejo se fue y volví solo, con paso lento, mirando los círculos que giraban en el agua, con los brazos a la espalda. Estaba tan absorbido con las imágenes que flotaban en el Beuvron que olvidé ver dónde estaba y hacia dónde iba: tanto que, bruscamente, me estremecí al oír que me llamaba, desde la otra orilla del río, una voz demasiado familiar... ¡Sin darme cuenta estaba delante de mi casa! En la ventana, mi dulce amiga, mi mujer, me mostraba el puño. Fingí no verla y mantuve los ojos fijos en la corriente. Pero, divirtiéndome, la veía agitarse, gesticular, con la cabeza inclinada, en el espejo del río. Yo callaba; pero por dentro me reía y mi vientre se sacudía. Cuanto yo más reía, ella, indignada, más se hundía en el Beuvron; y cuanto más inclinaba la cabeza más reía yo. Finalmente golpeó con rabia la puerta y la ventana, y salió como un huracán para buscarme... Sí, pero tenía que cruzar el río. ¿A la izquierda? ¿A la derecha? Nos encontramos entre dos puentes. Ella escogió la pasarela de la derecha. Y naturalmente, cuando vi que tomaba ese camino, yo tomé el otro y volví por el puente grande donde solamente Gadin, como una garza, estaba plantado estoicamente desde la mañana.

Me encontré en casa. Era de noche. ¿Cómo diablos pasan los días? Por suerte no soy como Tito, ese holgazán, aquel romano que se quejaba siempre de que había perdido el tiempo. Yo no pierdo nada, estoy contento de mi jornada, la he ganado. Sólo que necesitaría dos, dos por día; no las puedo comprar con mi dinero. Apenas empiezo a beber, mi vaso está vacío; ¡está agrietado! Conozco otra gente que chupan el suyo sin que se les acabe. ¿Acaso tienen un vaso más grande? Demonios, sería una irritante injusticia. ¡Eh!, allá arriba, posadero con la enseña del sol, tú que viertes el día, ¡dame una buena medida!... Pero no, bendito seas Dios mío, que me has concedido hacer que me levante de la mesa con hambre y que me guste tanto el día (la noche también es buena), que de una y otro nunca tengo bastante. ¡Cómo huyes, abril! ¡Qué rápido terminas, jornada!... ¡No importa! ¡He gozado de vosotros, os he tenido y os he mantenido! Y besé tus senos pequeños, doncellita, delgaducha, hija grácil de la primavera... ¡Y ahora tú!, ¡salud, noche! Te tomo. Cada uno en su momento. Vamos a acostarnos juntos... ¡Ah!, pardiez, pero entre nosotros también se acostará otra... Mi vieja vuelve...

V

COMADREJA

Mayo.

Hacía tres meses que había recibido el encargo de un arcón con gran bargueño, para el castillo de Asnois; y esperaba, para empezar, ir a ver con mis ojos la casa, la habitación y el lugar. Porque un hermoso mueble es como un fruto que se arranca de la espaldera; no podría crecer sin el árbol y de tal árbol tal fruto. Ni me habléis de una belleza que podría ser de cualquier parte, que encaja en cualquier ambiente, como una muchacha con quien mejor le pague. Será la Venus de las encrucijadas. El arte es para nosotros alguien de la familia, el genio del hogar, el amigo, el compañero, que dice mejor que nosotros lo que sentimos; el arte es nuestro dios lar. Si quieres

conocerlo, hay que conocer su casa. El dios está hecho para el hombre, y la obra para el lugar que ella completa y colma. Lo bello es aquello que es más bello en su lugar.

Fui pues a ver el lugar donde podría colocar mi mueble; y pasé allí una parte de la jornada e incluso comí y bebí: porque el espíritu no debe hacer olvidar el cuerpo. Después de haber satisfecho a los dos, volví por el camino por el que había ido y regresé airosamente a la casa.

Llegué al cruce de los caminos y aunque no tenía ninguna duda sobre el que debía tomar, espié el otro camino que corría entre las praderas, entre los setos florecidos.

« ¡Qué bueno sería, pensé, vagar por ese lado! Al diablo con los caminos mayores que llevan directamente al fin. El día es hermoso y largo. No vayamos, amigo, más rápido que Apolo. Siempre llegaremos. Nuestra vieja no habrá perdido su cacareo por esperar.:. Dios, qué agradable es mirar ese ciruelo con su palmito blanco. Vayamos a su encuentro. Sólo son cinco o seis pasos. El céfiro hace volar por el aire sus plumitas: diríase que es nieve.

¡Cuántos pájaros gorjeadores! ¡Oh, qué delicia! Y ese arroyo que se desliza, susurrando, bajo la hierba, como un gato que jugase a esconder una pelota debajo de la alfombra... Sigámosle. Hay una cortina de árboles que se opone a su carrera. Lo atrapará... ¡Ah!, el bribonzuelo, ¿por dónde ha pasado? Aquí, aquí, por debajo de las piernas, las viejas piernas nudosas, gotosas, hinchadas de este olmo desmochado. ¡Mirad al desvergonzado! ¿Pero adónde diablos puede llevarme este camino?...»

Así, pisándole los talones a mi sombra charlatana, divisé y fingí, hipócrita, ignorar a qué lugar quería arrastrarnos ese sendero engañoso. ¡Qué bien mientes, Colas! Más ingenioso que Ulises, te burlas de ti mismo. ¡Bien sabes adónde vas! Lo sabías, tramposo, desde el momento en que cruzaste la puerta de Asnois. A una hora, hacia abajo, está la granja de Céline, mi pasión de otra época. Vamos a sorprenderla... ¿Pero quién, ella o yo, será el más sorprendido? Hace tantos años que no la veo. ¿Qué habrá sido de su carita maliciosa y de la fina boquita de mi comadreja? Puedo enfrentarme con ella; ahora ya no corro riesgos de que me roa el corazón con sus dientes puntiagudos. Mi corazón se ha secado como un viejo sarmiento. ¿Todavía tendrá dientes? ¡Ah! ¡Comadreja, comadrejita, cómo sabían reír y morder tus dientecillos! Bastante jugaste con este pobre Breugnon. Cuánto le hiciste rodar, girar y dar vueltas y revueltas como un trompo. ¡Bah!, si te divertía, niña, tuviste razón. Yo era un gran tonto...

Volví a verme, boquiabierto, apoyado con los dos brazos, apartados los codos, en la medianera del maestro Médard Lagneau, mi patrón, que me enseñó el noble arte de esculpir. Y del otro lado, en un gran huerto contiguo al patio que servía de taller, entre las almácigas de lechugas y de fresas, de rábanos rojos, de verdes pepinos y de melones dorados, descalza, con los brazos al aire y el pecho medio desnudo, teniendo por todo bagaje sus pesados cabellos rojos, una camisa de tela cruda donde se marcaban sus senos duros, una corta falda que no llegaba más allá de las rodillas, una hermosa muchacha despierta, que balanceaba con las dos manos oscuras y vigorosas dos regaderas llenas de agua sobre las cabezas hojosas de las plantas que abrían su pequeño pico para beber... Y yo, yo abría el mío que no era nada pequeño, embobado, para ver mejor. Ella iba y venía vaciando sus regaderas, volviendo a llenar las luego a la cisterna, con los dos brazos a la vez, levantándose como un junco y volviendo a poner con precaución, en los delgados senderos, sobre la tierra mojada, sus pies inteligentes de dedos largos, que parecían tantear, al pasar, las fresas maduras y los fresones. Tenían rodillas redondas y fuertes de muchacho. Me la comía con los ojos. Ella no parecía darse cuenta de que la miraba. Pero se acercaba derramando su lluvia; y cuando estaba muy cerca, de pronto me lanzaba el dardo de su pupila... ¡Ay!, siento el anzuelo y la red apretada de los lazos que me envuelven. Cuánta razón tiene el dicho: «El ojo de la hembra

es una telaraña». Apenas me alcanzó, me debatí... ¡Demasiado tarde! Me quedé, tonta mosca, pegado a la pared con las alas enviscadas... A ella ya no le interesaba lo que yo hacía. En cuclillas transplantaba sus coles. Sólo cada tanto, con una ojeada de costado, la astuta bestezuela se aseguraba de que la presa seguía atrapada. La veía burlarse y en vano me decía: «Mi pobre amigo, vete, se mofa de ti», y al verla sonreír me sonreía yo también. ¡Qué cara de tonto debía de tener! Y de pronto da un salto de lado. Pasa por encima de una almáciga, de otra, y de otra más, corre, salta, atrapa al vuelo una semilla de diente de león que vagaba suavemente por los arroyuelos del aire y, agitando los brazos, grita, mirándome:

-¡Otro galán atrapado!

Al decir esto se metió la barca aterciopelada en la abertura del escote, entre los dos pechos. Yo que pese a ser un tonto no soy del tipo de galán pasmado, le digo:

-¡Méteme a mí también!

Entonces se pone a reír y con las manos en las caderas, con las piernas abiertas, me lanza a la cara:

-¡Mirad al tragón! No maduran mis manzanas para tu hocico...

Fue así como una tarde de finales de agosto la conocí a ella, a la Comadreja, Comadrejita, la bella hortelana. La llamaban Comadreja porque al igual que la dama del hocico puntiagudo, tenía el cuerpo largo, y la cabeza menuda, la nariz astuta de picarda, la boca un poco hacia delante y bien hendida en horquilla, para reír y roer los corazones y las avellanas. Pero de sus ojos de un azul duro, ahogados en la bruma de un hermoso tiempo tempestuoso, y de la comisura de sus labios como los de un fauno gracioso de sonrisa mordiente, se devanaba el hilo con que la roja araña tejía su tela alrededor de la gente.

Yo pasaba entonces la mitad de mi tiempo, en lugar de trabajar, haciendo el papanatas sobre la pared, hasta que el pie del maestro Mérard vigorosamente plantado entre mis nalgas venía a hacerme bajar a la realidad. A veces la Comadreja gritaba, impaciente:

-Me has mirado bastante por delante y por detrás. ¿Qué más quieres ver? Ya debes de conocerme.

Y yo guiñándole el ojo maliciosamente decía: -«Melón y mujer apenas se pueden conocer.»

¡Con qué gusto hubiera cortado una tajada! Y cualquier otro fruto hubiera servido para el caso. Era joven, tenía la sangre caliente, y estaba enamorado de las once mil vírgenes, ¿era ésta la que amaba? Hay momentos en la vida en los que uno se enamoraría de una cabra peinada. Pero no, Breugnon, blasfemas, no crees una palabra de lo que dices. La primera que se ama es la verdadera, es la buena, es la que se debe amar; los astros la han hecho nacer para serenarnos. Y probablemente porque no la bebí, tengo sed, siempre sed, y la tendré toda mi vida.

¡Cómo nos entendíamos! Pasábamos el tiempo pinchándonos. Los dos teníamos la lengua bien puesta. Ella me decía injurias; y yo, por una devolvía diez. Los dos con el ojo y el diente listos para morder. A veces reíamos hasta ahogarnos. Y ella, para reír, después de una maldad se dejaba caer por tierra, sentada en cuclillas, como si quisiera empollar sus rábanos y sus cebollas.

Por la tarde iba a charlar al pie de la pared. Una vez la vi, mientras hablaba y reía, buscar con sus ojos pícaros en mis ojos la debilidad de mi corazón para hacerlo estallar; la veo, con los brazos levantados, tirando de una rama de cerezo cargada de rojos pendientes que formaban una guirnalda alrededor de sus cabellos rojizos; y, sin coger los frutos, comerlos del árbol, con el cuello tenso, la boca al aire, dejando los huesos. Imagen de un instante, eterna y perfecta, juventud, juventud ávida que mama de los pechos del cielo. ¡Cuántas veces grabé la línea de esos hermosos brazos, de ese cuello, de esos senos, de esa boca golosa, de esa cabeza echada hacia

atrás, en las planchas de los muebles, en un follaje florido! Inclinado sobre mi pared, tendiendo los brazos, tomé y arranqué violentamente la rama que ella ramoneaba y me la llevé a la boca para chupar golosamente los húmedos huesos.

Nos encontrábamos también el domingo, en el paseo o en la Cava de Beaugy. Bailábamos; yo tenía tanta gracia como un bastón; el amor me daba alas: el amor, se dice, enseña a bailar hasta a los asnos. Creo que en ningún momento dejábamos de disputar. ¡Era tan irritante! Si habrá lanzado malicias mordaces sobre mi larga nariz, mi boca abierta en la que, decía ella, podía cocerse un pastel, mi barba de zapatero, y todo mi cuerpo que el señor cura pretende que Dios ha creado a su semejanza. Cómo me reiré cuando llegue a verle. Ella no me daba un minuto de descanso. Pero yo no era tartamudo ni manco.

Con este juego prolongado, los dos, Dios bendito, empezamos a calentarnos... ¿Recuerdas, Colas, las vendimias en el viñedo del maestro Médard Lagneau? Comadreja estaba invitada. Estábamos uno al lado de la otra inclinados sobre las viñas. Nuestras cabezas casi se tocaban, y mi mano a veces al dejar desnuda una cepa, encontraba por descuido su cadera o su pantorrilla. Entonces ella levantaba su cara encendida; como una potranca joven me daba una coz o me metía la nariz dentro de un racimo; y yo le aplastaba uno, jugoso y negro, en su cuello dorado que el sol quemaba... Se defendía como una diablesa. Era inútil que la apretujara, ni una vez logré abrazarla. Nos espiábamos el uno al otro. Ella atizaba el fuego y me miraba arder, con gesto de desdén:

-No me agarrarás, Colas...

Y yo, con aspecto inocente, agazapado en la pared, hecho una pelota, como un gato gordo que finge dormir y, por la estrecha raya de las pupilas entreabiertas, espía al ratoncillo que baila, me relamía por anticipado:

-Quien ríe último ríe mejor.

Una tarde, ese mismo mes, a finales de mayo (pero hacía mucho más calor que hoy), el aire era bochornoso, el cielo blanco lanzaba su aliento ardiente como la boca de un horno; agazapada en ese nido desde hacía casi una semana la tempestad empollaba sus huevos que todavía no querían romperse. Nos derretíamos de calor; el cepillo estaba cubierto de agua y el berbiquí se me pegaba a las manos. Ya no escuchaba a Comadreja que hasta hacía un momento cantaba. La busqué con los ojos. En el jardín no había nadie. De pronto la vi, a la sombra de la cabaña, sentada en un escalón. Dormía, con la boca abierta, la cabeza volcada, en el umbral de la puerta. Uno de sus brazos colgaba al lado de la regadera. El sueño la había derrumbado bruscamente. Se ofrecía sin defensas, con todo su cuerpo tendido, semidesnudo y desfallecido, bajo el cielo inflamado, cual Danae. Me sentí Júpiter. Salté la pared, aplasté al pasar las coles y las lechugas, la tomé entre mis brazos, la besé en la boca; estaba cálida y desnuda y empapada en sudor; medio dormida, dejaba que la tomara, llena de voluptuosidad; y, sin abrir los ojos, su boca buscaba mi boca y me devolvía los besos. ¿Qué me pasó? ¡Qué aberración! El torrente del deseo corría bajo mi piel; estaba ebrio y estrechaba esa carne amorosa, la presa que codiciaba, la alondra asada caía en mi boca... Y de pronto (¡pedazo de animal!) no me animé a tomarla. No sé qué escrúpulo estúpido me invadió. La amaba demasiado, me resultaba penoso pensar que el sueño la ataba, que tenía su cuerpo y no su espíritu, y que tendría a mi altiva jardinera sólo a traición. Me desprendí del deseo, solté mis brazos, nuestros brazos y los lazos que nos mantenían atados. Me resultó difícil: el hombre es fuego y la mujer estopa, ardíamos los dos, yo temblaba y jadeaba, como el tonto vencido por Antíope. Finalmente lo logré y escapé. Aun treinta y cinco años después la vergüenza me enrojece la frente. ¡Ah!, ¡juventud imbécil!... ¡Qué bien hace pensar que uno ha sido tan bruto y cómo rejuvenece el corazón!...

A partir de ese día fue para mí una diablesa reencarnada. Antojadiza como tres rebaños de cabras caprichosas, más cambiante que una nube, un día me asestaba un desprecio insultante o bien me ignoraba, y otro, me arcabuceaba con miradas lánguidas y risas zalameras; oculta detrás de un árbol, me lanzaba astutamente un puñado de tierra que se aplastaba en mi nuca cuando le daba la espalda o -¡plácate!- un hueso de ciruela, cuando asomaba la nariz. Y luego, en el paseo, charlaba, coqueteaba y cacareaba con uno y con otro.

Lo peor es que para despecharme aún más se dedicó a hacer caer a otro mirlo de mi clase, mi mejor compañero, Quiriace Pinon. É l y yo éramos como los dedos de una mano. Como Orestes y Pílades, no había riñas, bodas o festín que nos viera a uno sin el otro ejercitando las mandíbulas, las piernas o el puño. Era nudoso como una encina, achaparrado, cuadrado de hombros y cuadrado de cerebro, franco con la lengua y con el ánimo. Hubiera matado a cualquiera que me fastidiara. Y ella lo eligió justamente a él para fastidiarme. F No le costó mucho. Le bastaron cuatro miradas y media docena de los acostumbrados mohines. Aparentar inocencia, languidez, descaro, burlarse, hacerse la acaramelada, pestañear, parpadear, mostrar los dientes, morderse el labio, o bien lamérselo con la lengua puntiaguda, doblar el cuello, balancear las caderas y mover la rabadilla con una aguzanieve; ¿qué hijo de Adán no se dejaría atrapar por las artimañas de la hija de la serpiente? Finon perdió la poca razón que tenía. Desde entonces fuimos dos los que, asomados por encima de la pared, palpitantes y patidifusos espiábamos a la Comadreja. Con los dientes apretados nos intercambiábamos miradas furiosas. Ella atizaba el fuego y para enardecerlo más lo regaba por momentos con una ducha de agua helada. Por grande que fuera mi despecho me reía de la ducha. Pero Pinon, ese caballón, piafaba en el patio. Juraba de rabia, maldecía, amenazaba, echaba pestes. Era incapaz de comprender una broma, a menos que la hiciera él (y en ese caso nadie más la comprendía, pero él se reía por tres). La doncella, como una mosca en la leche, se deleitaba bebiendo esas injurias amorosas; esa manera ruda difería de la mía; y aunque esa gala astuta, bromista, lozana, estuviese mucho más cerca de mí que de ese animal que relinchaba, se encabritaba, coceaba y pedorreaba; para divertirse, por deseo de cambiar, y para condenarme, sólo para él tenía miradas prometedoras, sonrisas engatusadoras. Pero cuando se trataba de cumplir sus promesas y cuando ya el. tonto fanfarrón se aprestaba a hacer sonar su fanfarria, ella se le reía en las narices y le dejaba corrido. Y yo también reía, por supuesto; y Piñón, despechado, volvía contra mí su rabia y sospechaba que le robaba su enamorada. Hasta que llegó el día en que me pidió claramente que le cediera el lugar. Le dije suavemente:

-Hermano, iba a hacerte el mismo pedido.

-Entonces, hermano –dijo-, hay que romperse la crisma.

-En eso pensaba -contesté-; pero, Pinon, me cuesta mucho.

-Menos que a mí, Breugnon. Vete, pues, si quieres. Basta un gal l o para un gallinero.

-De acuerdo -contesté-, vete tú, porque la gallina es para mí. -¡Para ti!, has mentido -gritó- patán, culo en tierra y comedor de cuajada. Ella es mía, la tengo y nadie la probará.

81

-Mi pobre amigo -respondí-, no te has mirado. Auverñés, mascanabos, a cada uno su potaje. Ese fino pastelillo de Borgoña es para nosotros; me gusta, estoy engolosinado. Nada queda para ti. Vete a desenterrar tus nabos.

De amenaza en amenaza llegamos a las manos. Pero lo lamentamos porque nos queríamos.

-Escucha -me dijo-, déjamela, Breugnon: ella me prefiere a mí. -Nones, me prefiere a mí.

-Y bien, preguntémoselo. El rechazado se irá. -De acuerdo, que elija...

Sí, pero id a pedirle a una muchacha que elija. Siente demasiado placer en prolongar la espera, lo que le permite tomar con el pensamiento a uno y al otro y no tomar a ninguno, y dar vueltas y más vueltas a sus galanes sobre la parrilla... ¡Imposible asirla! Cuando le hablamos, Comadreja nos respondió con una carcajada.

Volvimos al taller con el rabo entre las piernas.

-No queda otro medio. Uno de los dos tiene que reventar. En el momento de emprenderla a puñetazos Pinon me dijo: -Dame un beso.

Nos besamos dos veces. -¡Ahora, vamos!

Empezó el baile. Nos metimos los dos: a buen juego, buen dinero. Pinon me asestaba golpes como para hundirme el cráneo en los ojos. Y yo le desfondaba el vientre a rodillazos. No hay como ser amigos para ser enemigos. Al cabo de unos minutos estábamos ensangrentados; rojos regueros como de Borgoña viejo nos chorreaban de las narices... Por mi fe que no sé cómo hubiera acabado esto, pero con seguridad uno habría dejado la piel en las manos del otro, si para nuestra gran suerte los vecinos alarmados y el maestro Médard Lagneau, que volvía a su casa, no nos hubieran separado. No fue fácil; parecíamos dogos. Hubo que zurrarnos para que nos separáramos. El maestro Médard debió usar un látigo de carretero: nos hizo sangre, nos abofeteó y luego razonó. Después de todo era un sensato borgoñón. Cuando se nos ha cardado bien nos convertimos en filósofos y es más fácil entrar en razones. No nos sentimos muy orgullosos cuando nos miramos. Y entonces apareció el tercero en discordia.

Gordo molinero, rasurado y rojo, cabeza redonda, Jean Gifard, con las mejillas infladas y los ojillos hundidos, siempre para estar tocando la trompeta.

Vaya, dos buenos gallitos -dijo riendo a carcajadas-. Habrán adelantado mucho cuando por esa pollita cebada se hayan comido las crestas y los riñones. ¡Ingenuotes! ¿No veis que se regodea de gusto cuando os cantáis las cuarenta? Demonios, para una mujer de éstas es divertido arrastrar tras sus faldas a una jauría de enamorados que arde por su piel... ¿Queréis un buen consejo? Os lo regalo. Haced la paz entre vosotros, burlaos de ella, hijos, ya que ella se burla de vosotros. Volved los talones e idos los dos. Se quedará bien apesadumbrada. Y al fin tendrá que elegir y entonces veremos a cuál de los dos quiere. ¡Vamos, marchad! Sin perder tiempo. Cortemos por lo sano. ¡Valor! Seguidme gente de bien. Mientras arrastráis vuestros zuecos polvorientos por los caminos de Francia yo me quedo para serviros: entre hermanos hay que ayudarse. Espiaré a la doncella, os tendré al corriente de sus lamentaciones. Apenas haya elegido, avisaré al ganador; el otro desaparecerá... ¡Y ahora, a beber! Beber y beber ahoga la sed, el amor y la memoria...

Los ahogamos tan bien (bebimos como esponjas) que, al anochecer de ese día, al salir del trabajo, hicimos nuestros atados, agarramos nuestros bastones y nos fuimos, en medio de una noche sin luna, yo y el otro ingenuo, ufanos como pedos y llenos de gratitud hacia ese bueno de Gifflard que hinchado de gusto, con sus pequeños ojos, que bajo los párpados grasientos, en la cara brillan como tocino, reían.

Al día siguiente por la mañana nos sentimos menos ufanos. No lo decíamos y nos hacíamos los maliciosos. Pero cada uno rumiaba, rumiaba, y ya no comprendía la asombrosa táctica de que para tomar una plaza fuerte haya que abandonar el campo. A medida que el sol rodaba por el cielo redondo, los dos nos sentíamos cada vez más tontarrones. Cuando llegó la noche, nos espiábamos con el rabillo del ojo y mientras hablábamos al descuido de cosas sin importancia, pensábamos:

« ¡Amigo mío, qué bien hablas! Sin embargo, quisieras dejar mi compañía. Pero no hay por qué preocuparse. Te quiero demasiado, hermano, para dejarte solo. Vayas donde vayas (disimula, lo sé, lo sé ...) seguiré tus pasos.

Al cabo de muchas, muchas astucias para despistarnos (no nos separábamos ni para ir a mear), en medio de la noche -fingíamos roncar, consumidos sobre la paja por el amor y las pulgas- Pinon saltó de la cama y gritó:

-¡Por todos los dioses buenos! ¡Me consumo, me consumo, me consumo! ¡No puedo más! Me vuelvo.

Yo le dije: -Volvamos.

Tardamos un día en volver a nuestras casas. El sol se ponía. Hasta que llegó la noche nos quedamos ocultos en los bosques del mercado. No queríamos que nos vieran volver: se hubieran cebado en nosotros. Y además queríamos sorprender a la Comadreja doliente, sola, llorando, acusándose:

«¡Ay!, ¡amigo mío, amigo mío! ¿Por qué te has ido?» Que se mordía los dedos y suspiraba no había ninguna duda; pero ¿quién era el amigo? Cada uno contestaba:

-Yo.

Llegamos sin ruido al borde del jardín (una sorda inquietud nos picoteaba el pecho); bajo su ventana abierta y bañada por la luna, en la rama de un manzano vimos colgado... ¿Qué creéis? ¿Una manzana?... ¡Un sombrero de molinero! ¿Tengo que contaros lo que siguió? Buena gente, os sentiríais muy cómodos. Ya veo, farsantes, que os regocijaríais. Os divierte la desgracia del vecino. Los cornudos siempre se sienten contentos de que aumente la cofradía...

Quiriace tomó impulso y saltó como un gamo (los cuernos ya los tenía). Corrió contra el manzano de fruto enharinado, escaló la pared, se hundió en el cuarto de donde enseguida salieron gritos, chillidos, mugidos de buey, juramentos...

-¡Rompevirtudes, rompevientres, fanfarrón, maldita sea, al asesino, que le maten, auxilio, cornudo, infame, gallo viejo, buscona, boñiga, sarnoso, sapo, cateto, carcamal, te desorejaré, te arrancaré las tripas, te las haré pasar duras, maduras y moradas, te reventaré el trasero, toma ésta, cara de lavativa!

Y chillidos y chichones... Y ¡plafl, y ¡plan!, y ¡tran! ¡Y patatrás! cristales rotos, vajilla hecha añicos, muebles que ruedan, cuerpos que ruedan, muchacha que grita, mastines que ladran... Con esta música diabólica (soplad, músicos del pueblo) pensad cómo se alborotaría el barrio.

No esperé para ver las consecuencias. Había visto lo suficiente. Retomé el camino por donde había venido, riendo con un ojo y llorando con el otro, con las orejas bajas y con aire de importancia. -Bien, Colas -dije- de buena te has librado.

Y muy en el fondo, Colas penaba por no haber podido dejar sus pelos en la trampa. Me burlaba, rememoraba toda la brarahúnda, mimaba a uno, a otro, al molinero, a la muchacha, al asno, lanzaba suspiros como para desollarme el alma...

-¡Ay! ¡Qué divertido es esto! Cuánta pena hay en mi corazón. Ay, me moriré -decía- de risa... no, de dolor. Qué poco ha faltado para que esa golfilla me pusiera bajo el yugo marital y lastimoso. ¿No lo ha hecho? Pues no soy cornudo. O al menos lo habría sido. Ya es algo haber sido albardado por lo que se ama. ¡Dalila! ¡Dalila! ¡Ah! ¡Tralalí tralalá!

Durante quince días estuve tironeado entre el deseo de reír y el deseo de lagrimear. Resumía en mí solo, desordenadamente, toda ` la sabiduría antigua, Heráclito el llorón y Demócrito el alegre. Pero la gente, sin piedad, se me reía en la cara. A ciertas horas, cuando pensaba en ella, me sentía morir. Pero esas horas duraban poco. ¡Por suerte! Es muy hermoso

amar; pero, por Dios, amigos, es amar demasiado cuando se muere por ello. Está bien para los Amadís y los Galaor. Nosotros, en Borgoña, no somos héroes de novela. Vivimos: vivimos. Cuando nos hicieron nacer no nos preguntaron si nos gustaba, nadie preguntó si queríamos la vida; pero ' ya que estamos aquí, por Dios, aquí me quedo. El mundo nos necesita... A menos que seamos nosotros los que lo necesitamos a él. Bueno o malo, para lograr que lo abandonemos hay que echarnos fuera. Vino servido hay que beberlo. Vino bebido, saquemos más de nuestras colinas onduladas. No se tiene tiempo para morir cuando se es borgoñón. En cuanto a sufrir, al igual que vosotros (no os sintáis tan orgullosos) ya hemos cumplido. Durante cuatro o cinco meses sufrí como un perro. Luego el tiempo pasa y deja nuestros pesares, demasiado pesados, en la otra orilla. Ahora me digo: «Es como si la hubiera tenido ...».

¡Ah, Comadreja, Comadreja!... Sin embargo, no la conseguí y ese tripamorcilla, Gifflard, saco de harina, cara de calabaza, es quien tiene y magrea a la pequeña Comadreja, hace más de treinta años... ¡Treinta años! ¡Su apetito debe de estar saciado! Por lo que me han dicho casi lo tenía desde el día siguiente del casamiento. Para ese glotón, tragón, bocado comido ya no tiene gusto. Sin el escándalo que se armó entre lecho y pecho al dar con el gran cornudo (¡Ah, Pinon vocinglero!), nunca el gorrón se hubiera dejado atrapar metiendo su gordo dedo en un anillo demasiado estrecho... ¡Oh, Himen, Himeneo! ¡Bien chasqueado, por cierto! Pero más chasqueada Comadreja, porque molinero descontento se descarga en su animal. Y el más chasqueado de los tres soy yo. Por lo tanto, Breugnon, riamos (hay de qué) de él, de ella, y de mí... Y mientras río veo a veinte pasos, a la vuelta del camino (¡Dios, podría haber hablado dos horas sin interrupción!), la casa de techo rojo, postigos verdes, donde una cepa de viña, sinuosa como una serpiente, cubre el vientre blanco con sus hojas púdicas. Y delante de la puerta abierta, a la sombra de un nogal, sobre un pilón de piedra por donde corre el agua clara, una mujer inclinada que reconozco (aunque hace años que no la veía). Me temblaron las piernas.

Estuve a punto de desaparecer. Pero ella me había visto y me miraba mientras seguía sacando agua de la fuente. Y vi que ella también, bruscamente, me había reconocido... No lo demostraba, era demasiado orgullosa; pero el balde que sostenía se le escapó de las manos y cayó al pilón. Dijo:

Juan de Lagny, que no tiene prisa... No te apresures, pues. Yo contesté:

-¿Acaso me esperabas?

-Yo -dijo ella- ¡no me preocupo por ti!

-Vaya -contesté- igual que yo. Sin embargo, estoy a gusto. -Y tú no me molestas.

Estábamos allí, plantados uno frente al otro, ella con los brazos mojados, yo en mangas de camisa, balanceándonos los dos, y nos mirábamos y no teníamos ni la fuerza de vernos. En el fondo de la fuente, el balde seguía bebiendo. Me dijo:

-Entra, ¿tienes un momento?

-Uno o dos minutos. Tengo un poco de prisa. -Oh, nadie lo creería. ¿Qué te trae por aquí?

-¿A mí? Nada -dije con aplomo- nada, doy un paseo.

Entonces eres rico -aseguró.

-Rico, no de pecunio, sino de fantasía.

-No has cambiado -dijo ella- sigues siendo el mismo loco. -El que nace loco muere loco.

Entramos en el corral. Ella cerró la puerta. Estábamos solos en medio de las gallinas que cacareaban. Toda la gente de la granja estaba en el campo. Para serenarse, también por costumbre, creyó conveniente ir a cerrar o a abrir (ya no lo sé con exactitud) la puerta del cobertizo mientras censuraba a Médor. Y yo, para parecer despreocupado, hablaba de su casa,

de los pollos, de las palomas, del gallo, del perro, del gato, de los patos, del cerdo. Si me hubiera dejado habría enumerado toda el arca de Noé. De pronto dijo: -¡Breugnon!

Se me cortó el aliento. Ella repitió: -¡Breugnon!

Y nos miramos. -Bésame -dijo.

No me hice rogar. Cuando se es tan viejo, si no hace mucho bien, tampoco causa daño a nadie. (Y hace mucho bien.) Al sentir en mis viejas mejillas ásperas, sus viejas mejillas ajadas, los ojos se me llenaron de ganas de llorar. ¡Pero no lloré, no soy tan tonto! Me dijo:

-Pinchas.

-Por Dios -contesté-, si esta mañana me hubieran dicho que te iba a besar me habría afeitado. Hace treinta y cinco años mi barba: era más suave, cuando yo quería y tú no, cuando yo quería, mi pequeña pastora, ron ron ron patapín patapón, restregarla contra tu mentón.

-¿Todavía piensas en eso? -dijo. -No, no he vuelto a pensarlo.

Nos miramos riendo a ver quién le haría bajar la vista al otro. -Orgulloso, empecinado, cabeza de mulo, cómo nos parecíamos. Pero tú, canoso, no quieres envejecer. Es verdad amigo Breugnon que no te has embellecido; tienes patas de gallo y la nariz se te ha alargado. Pero qué hermoso fuiste en otra época de tu vida. No tenías nada que perder y nada perdiste. Ni uno de tus cabellos, podría jurarlo, egoísta. Apenas si tienes el pelo un poco gris.

Le dije:

-Ya sabes que cabeza de loco no blanquea.

-Bribones de hombres, vosotros no almacenáis bilis, os dais la buena vida. Pero nosotras envejecemos, envejecemos por los dos. Mira esta ruina. Ay, este cuerpo tan firme y dulce a la vista, este cuello, estos senos, esta cintura, esta tez, esta carne sabrosa y dura como un fruto tierno... ¿dónde están?, ¿dónde estoy yo?, ¿dónde me perdí? ¿Me hubieras reconocido de habernos encontrado en el mercado?

-Te hubiera reconocido entre todas las mujeres -dije- con los ojos cerrados.

-Con los ojos cerrados, pero, ¿con los ojos abiertos? Mira estas mejillas hundidas, esta boca desdentada, esta nariz afinada como la hoja de un cuchillo, los ojos enrojecidos, el cuello ajado, este pellejo fláccido, este vientre deformado...

(Yo ya había visto todo lo que señalaba.) Le dije: -Oveja pequeña parece siempre joven.

-¿No te habías dado cuenta de nada? -Tengo buenos ojos, Comadreja.

-¡Ah!, ¿dónde estará tu Comadreja, Comadrejita? Le recité:

-«Ha pasado por aquí el hurón del bello bosque.» Se oculta, huye, se ha escondido. Pero yo lo sigo viendo, veo su fino hocico y sus ojos maliciosos, que me espían y me atraen al fondo de su madriguera.

-No corres el peligro de entrar en ella -me contestó-. Zorro, has criado tripa. Es verdad que las penas de amor no te han hecho adelgazar.

-¡Buena la hubiera hecho! La pena hay que alimentarla. -Ven, vamos a darle de beber al niño.

Entramos en la granja y nos sentamos a la mesa. Ya no sé bien qué comí y bebí, tenía la mente en otro lado; pero no perdí un golpe de diente ni de gaznate. Con los codos sobre la mesa ella me miraba; luego dijo bromeando:

-¿Estás menos afligido?

-Como dice la canción: cuerpo vacío, alma desolada; y bien saciado, alma consolada.

Su gran boca delgada y burlona callaba; y mientras yo decía, para fanfarronear, no sé qué tonterías, nuestros ojos se miraban y pensaban en el pasado. Y de pronto:

-Breugnon -dijo-. ¿Sabes? Nunca lo he dicho. Ahora puedo hacerlo porque ya no sirve para nada. Era a ti a quien amaba.

Y yo le contesté:

-Lo sabía.

-¡Lo sabías, pillo! ¿Por qué no me lo dijiste?

-Espíritu de contradicción, hubiera bastado que lo dijera para q u e contestases no.

-¿Y qué podía importarte que yo pensara lo contrario? ¿Se besa l a boca o lo que ella dice?

-Es que la tuya no se contentaba con decir. Supe algo de eso la noche que encontramos en tu horno al molinero.

-Fue tu culpa -dijo-, el horno no se calentaba para él. También *fue* la mía; pero así lo he pagado. Tú que sabes todo, Colas, no sa*bes* que lo acepté por despecho de que te hubieras ido. ¡Ah! ¡Cómo te odié! Te odié desde aquella tarde (¿lo recuerdas?) en que m e desdeñaste.

-¿Yo? -dijo.

-Tú, granuja, cuando viniste a sorprenderme en el jardín, una tarde que dormía, y luego me dejaste en el árbol con desprecio. Lancé gritos y se lo expliqué. Ella me dijo:

-Lo comprendo. ¡No te preocupes tanto, pedazo de animal! Estoy segura de que si se pudiera volver a empezar...

-Haría lo mismo -le contesté.

-¡Imbécil! Por eso te amaba. Y para castigarte me divertía haciéndote sufrir. Pero no pensaba que serías tan tonto como para soltarte del anzuelo (¡qué cobardes son los hombres!) en vez de tragarlo.

-Gracias -dije-. Al gobio le gusta el cebo, pero cuida sus tripas. , Riendo con los labios apretados y sin pestañear:

--Cuando supe -continuó- tu riña con el otro, ese animal del *que* ni recuerdo el nombre (yo estaba lavando la ropa en el río y —*Me* dijeron que te degollaba), solté la pala (y ruede la bola) que:'arrastró la corriente y pisando la ropa y derribando a las mujeres, corrí sin zuecos, corrí hasta quedarme sin aliento, quería decirte: Breugnon, ¿estás loco? ¿No ves que te amo? Habrás ganado muc h o cuando te hayas dejado arrancar uno de tus mejores pedazos por la boca de ese lobo. No quiero un marido tronchado y derrengado. Te quiero entero...» ¡Ah! Y lari lará, mientras yo pensaba todas esas majaderías, este chiflado bebía en la taberna y ya ni se acordaba por qué había reñido, y escapó de bracete con el lobo (¡Ah! ¡cobarde! ¡cobarde!) huir ante la oveja... ¡Cómo te odié, Breugnon!... Cuando te veo, cuando nos veo hoy, todo eso me parece cómico. Pero entonces, amigo mío, con qué placer te hubiera desollado y asado vivo; como no podía castigarte y como te amaba me castigué a mí misma. El hombre del molino se ofreció. Y en mi furia le acepté. De no haber sido este asno hubiera aceptado a otro. A falta de pan buenas son tortas. ¡Ah, cómo me vengaba! Yo sólo pensaba en ti mientras él...

-¡Te escucho!

-... mientras él me vengaba. Pensaba: « ¡Que vuelva ahora! Te arde la cabeza, ¿te das cuenta, Breugnon? ¡Que vuelva! ¡Que vuelva! ...». Pero volviste antes de lo que hubiera querido... Ya sabes lo que siguió. Y me encontré atada a este tonto para toda mi vida. Y el asno (¿él o yo?) se quedó en el molino.

Calló. Dije:

-Al menos, ¿estás bien?

Se encogió de hombros y dijo: -Tanto como el otro.

-Diablos -comenté-, esta casa debe ser un paraíso. Rió:

-Tú lo has dicho.

Hablamos de otra cosa, de nuestros campos y nuestra gente, de nuestros animales y de nuestros hijos, pero de cualquier cosa que habláramos volvíamos al galope a lo nuestro. Pensaba si le gustaría conocer los detalles de mi vida, de los míos, de mi casa; pero vi (oh, hembras curiosas) que ella sabía sobre esto casi tanto como yo. Luego, una cosa trae la otra, charlamos de esto, de aquello, de lo de más allá y de lo de más aquí, cuesta arriba, cuesta abajo, por la alegría de charlar, sin saber adónde se va. A ver quién de los dos decía mejores retruécanos: era un fuego graneado hasta perder el aliento. Y no había necesidad de insistir en las palabras, antes de salir del horno ya eran engullidas calentitas.

Después de habernos reído mucho, me enjugaba los ojos cuando oí sonar las seis en el campanario.

-Dios mío -exclamé-- me voy.

Tienes tiempo -dijo ella.

-Tu marido va a volver. Y no quiero verle.

-¡Ni yo! -respondió.

- Por la ventana de la cocina se veía la pradera que ya empezaba tocado nocturno. Los rayos del sol poniente frotaban con su polvo de oro los miles de tallos de hierba de naricillas temblorosas

Un arroyo saltaba por los guijarros pulidos. Una vaca lamía la rama de sauce; dos caballos inmóviles, uno negro con una estrella en la frente, el otro rucio, uno con la cabeza apoyada en la grupa del otro, soñaban en la paz del día después de haber pastado. Entraba en la casa fresca un olor de sol, de lilas, de hierba caliente y de estiércol dorado. Y en la sombra del cuarto, profunda, blanda, que olía un poco a moho, subía del cuenco de gres que tenía, en la mano, el aroma afectuoso del casis borgoñón. Dije:

-¡Qué bien se está aquí!

-¡Así hubiera sido todos los días de la vida!

Ella me toma de la mano:

Agrego, porque me molesta haber venido a verla para entristecerla

-¡Oh, sabes, mi Comadreja, a fin de cuentas, tal vez es mejor, es mejor que las cosas estén así! No has perdido nada. Para un día está bien. Para toda la vida, te conozco, me conozco, pronto te hubieras hartado. No sabes que mal diablo soy: granuja, haragán, borracho, inconstante, charlatán, aturdido, cabezota, glotón, malicioso, peleador, lunático, colérico, chiflado, amigo de contar historias. Habrías ¯sido desdichada como las piedras y te habrías vengado. Sólo de pensarlo se me ponen los pelos de punta a los lados de la frente. Loado sea Dios que todo lo sabe. Todo está bien como está.

Su mirada seria y astuta me escuchaba. Frunció la nariz y dijo: Dices la verdad, Jacquet. Lo sé, lo sé, eres un gran pillo. (No 6 pensaba en absoluto.) Sin duda, me habrías pegado y yo te hubiera puesto los cuernos. Pero ¿qué quieres? Ya que es necesario, así seamos uno y otro en este mundo (está escrito en los cielo), ¿no hubiera valido más de ser el uno para el otro?

--Sin duda, sin duda. -No pareces convencido.

-Lo estoy -afirmé-. Pero tenemos que saber pasarnos sin esa doble felicidad.

Y levantándome concluí:

-¡Nada de pesares, Comadreja! De una manera u otra ahora sería lo mismo. Se ame o no, cuando se está como nosotros al final de la cuerda, lo pasado está pasado, es como si nada hubiera existido.

Me replicó: -¡Mentiroso! (¡Y cuánta razón tenía!)

La besé y me fui. Me siguió con los ojos desde el umbral apoyada en el marco de la puerta. La sombra del gran nogal se alargaba delante de nosotros. No me volví hasta doblar el recodo del camino y hasta que no estuve seguro de que ya no la vería. Entonces me detuve para tomar aliento. El aire estaba perfumado por una glorieta de glicinas. Y los bueyes blancos mugían a lo lejos en los prados.

Me puse en marcha y cortando por lo más corto, dejé el camino, trepé por la colina, crucé a través de los viñedos y entré en el bosque. Pero no era para volver más de prisa. Porque media hora después seguía en la linde del bosque, bajo el ramaje de una encina, inmóvil, de pie, pensando en las musarañas. No sabía qué hacía. Pensaba y pensaba. El cielo rojo se apagaba. Miraba morir sus reflejos sobre los viñedos de hojas nuevas, brillantes, barnizadas, vinosas y doradas. Cantaba un ruiseñor... En el fondo de mi memoria, en mi corazón entristecido, otro ruiseñor cantaba. Una tarde parecida a ésta. Estaba con mi amiga. Subíamos por una colina tapizada de viñedos. Éramos jóvenes, alegres, grandes charlatanes y reidores. De pronto, no sé qué pasó por el aire, el aliento del ángelus, el soplo de la tierra, que en la tarde que se extiende, suspira y nos dice: «Ven hacia mí», la dulce melancolía que cae de la luna... Nos quedamos en silencio los dos y de pronto nos dimos la mano y sin decir una palabra, sin mirarnos, permanecimos inmóviles. Entonces subió desde las viñas, sobre las que se había posado la noche de primavera, la voz del ruiseñor. Para no dormirse en las cepas donde los sarmientos traidores se alargaban, se alargaban, se alargaban tratando de enredarse en sus patas, para no dormirse cantaba hasta perder el aliento su vieja cantinela el ruiseñor del amor:

La viña crece crece crece.
Yo no duermo ni de noche ni de día...

Sentí la mano de Comadreja que decía:

-Te tomo y soy tomada. Viña, crece, crece y enlázanos. Bajamos de la colina. Cerca de casa nos soltamos. Y desde entonces ya no volvimos a agarrarnos. Ah, ruiseñor, tú sigues cantando. ¿Para quién es tu canto? Viña, sigues creciendo. ¿Para quién son tus lazos, amor?

Y ya ha llegado la noche. Con la nariz hacia el cielo miré, apoyada las nalgas sobre mis manos y las manos sobre mi bastón, como un pájaro sobre su cola; seguí mirando hacia la cima del árbol, donde florecía la luna. Traté de escapar del encanto que me envolvía. No pude. Sin duda el árbol me ataba con su sombra mágica, me hace perder el camino y el deseo de encontrarlo. Una vez, dos veces, tres veces, lo rehice; y cada vez volvía a encontrarme encadenado en el mismo punto.

Entonces tomé partido y tendiéndome en la hierba pasé esa noche a la luz de la luna. No dormí mucho en esa posada. Melancólicamente, rumiaba mi vida. Pensé en lo que hubiera podido ser, en lo que había sido, en mis sueños derrumbados. ¡Dios! qué tristeza se encuentra en el fondo de nuestro pasado, en las horas de la noche en que el alma está debilitada. Cómo nos vemos, pobres y desnudos, cuando delante de la vejez decepcionada se alza la imagen de la juventud vestida de esperanza. Hacía mis cuentas y descuentos y las pocas riquezas que tenía en mi bolsa: mi mujer que no es bella y otro tanto de buena; mis hijos que están lejos de mí, que no piensan como yo y sólo tienen de mí la madera; las traiciones de los amigos y las locuras de los hombres; las religiones asesinas y las guerras civiles; mi Francia desgarrada; los sueños de mi espíritu, mis obras de arte saqueadas; mi vida, un puñado de cenizas, y el viento de la muerte que llega... Y llorando suavemente, con los labios apoyados en el tronco del árbol, le confié mis penas, acurrucado entre sus raíces, como en los brazos de un padre. Y sé que me escuchaba. Y que sin

duda, después, a su vez, habla y me consuela. Porque cuando, horas más tarde, me desperté, con la nariz en la tierra y roncando, de mí melancolía nada quedaba, sólo un poco de cansancio en el corazón dolorido y un calambre en la pantorrilla.

Se alzaba el sol. El árbol, lleno de pájaros, cantaba. Chorreaba cantos, como un racimo de uva que se prensa entre las manos. Guillermito el pinzón, María Alechugada, la petirroja, y la limadora de sierras, y la gris Silvia, curruca que parlotea, y Merlot mi compadre, el que yo prefiero, porque nada le afecta, ni el frío, ni el viento, ni la lluvia, y siempre ríe, siempre de buen humor, es el primero en cantar desde el alba, y el último, y porque tiene la nariz rojiza como yo. ¡Ah!, pilluelos, con qué corazón parlotean. Acaban de escapar a los terrores de la noche. La noche, plagada de trampas, que cada tarde baja sobre ellos como una red. Tinieblas ahogadoras..., quién de nosotros morirá... Pero, ¡tarirarirá...! apenas vuelve a descorrerse la cortina de la noche, apenas la risa pálida de la aurora lejana empieza a reanimar el rostro helado y los labios blanquecinos de la vida... of ti, of ti, la laí, la, laderí, la riflá..., con qué gritos, amigos, con qué transportes de amor celebran el día. Todo lo que han sufrido, lo que han temido, el espanto mudo y el sueño helado, la noche, todo of ti, todo... frrrtt... es olvidado. ¡Oh, día, oh día nuevo! Enséñame, mi Merlot, tu secreto para renacer, en cada nueva alba, con la misma fe inalterable en ella...

Seguía silbando. Su sólida ironía me reanimaba. En cuclillas sobre la tierra, silbaba como él. El cuclillo..., «cuclillo blanco, cuclillo negro, gris cuclillo nivernés», jugaba al escondite en el fondo del bosque.

«Cuclillo, cuclillo, el diablo te rompe el cuello.»

Antes de levantarme hice una cabriola. Una liebre que pasaba me imitó: reía con su labio hendido por haber reído tanto. Volví a ponerme en camino cantando a voz en cuello.

-Todo es bueno, todo es bueno. Compañeros, el mundo es redondo. El que no sabe nadar se va al fondo. ¡Por mis cinco sentidos abiertos en amplias ventanas de par en par entra, mundo, corre por mi sangre! ¿Voy a enfadarme con la vida como un gran necio porque no obtengo de ella todo lo que quisiera? Cuando se empieza a desear «Si tuviera... Cuando tenga...», ya no hay manera de parar, siempre se está decepcionado, siempre se desea más de lo que nos ha sido dado. Hasta el señor de Nevers. Hasta el rey. Hasta Dios Padre. Cada uno tiene sus límites, cada uno está en su esfera. ¿Voy a agitarme y a gemir porque no puedo salir de ella?

Además ¿sería mejor? Estoy en mi lugar, aquí me quedo, aquí me quedaré, ya lo creo, todo el tiempo que pueda. ¿Y de qué podría quejarme? No me deben nada, en suma. Hubiera podido no vivir... Dios santo, cuando lo pienso, siento frío en la espalda. ¡Este hermoso pequeño universo, esta vida, sin Breugnon! ¡Y Breugnon " sin la vida! ¡Qué triste mundo, amigos míos! Todo está bien tal cual está. Mala suerte lo que no tengo. Pero lo que-tengo, lo tengo...

Con un día de retraso volví a Clamecy. Os dejo imaginar cómo fui recibido. Ni me preocupé; subí al granero, como lo veis, y puse en el papel, moviendo la nariz, hablando a solas, sacando la lengua de costado, mis penas y mis placeres, los placeres de mis penas...

Lo que es duro de soportar
es, después, dulce de contar.

VI
LAS AVES DE PASO O LA SERENATA EN ASNOIS

Junio.

Ayer por la mañana supimos el paso por Clemecy de dos huéspedes de nota, la señorita de Termes y el conde Maillebois. No se detuvieron y siguieron su camino hasta el castillo de Asnois, donde - permanecerán tres o cuatro semanas. El consejo de regidores decidió, según la costumbre, enviar al día siguiente a los dos nobles J; pájaros una delegación para que les presentara, en nombre de la ciudad, nuestras congratulaciones por su feliz viaje. (¡Podría creerse en un milagro cuando uno de esos animales viene en su carroza mullida, bien calentito, desde París a Nevers, sin equivocarse de huella y sin romperse los huesos!) Siempre según la costumbre, el consejo decidió enviarles, para su paladar, algunos pasteles, orgullo de la ciudad, grandes bizcochos helados, especialidad nuestra. (Mi yerno, pastelero, Florimond Ravisé, hizo tres docenas. Los señores del consejo se contentaban con dos; pero nuestro Florimond, que también es regidor, hace todo con generosidad: a dieciséis sueldos la pieza y la ciudad es la que paga.) Y para encantar "modos sus sentidos a la vez y porque, al parecer, se come mejor con Música (yo no me preocupo por eso si como y bebo), encargaron a cuatro maestros rascanotas elegidos, dos violas, dos oboes más tamborino, que fueran con sus cacharros a tocar la serenata a los huéspedes del castillo, cuando estuvieran zampándose el pastel.

Yo me uní a la banda con mi flautín, sin que me lo hubieran pedido. No podía dejar pasar la ocasión de ver figuras nuevas, sobre todo cuando se trata de aves de corte (en absoluto de corral; os tomo por testigos de que no quise decir tal cosa). Me gusta su fino plumaje, sus parloteos y sus mohines cuando se alisan las plumas o se contonean, doblando el cuello, dándose aires, describiendo círculos con sus alas, sus patas y sus piernas. Además, ya sean de la corte o de otro lado que vengan, lo que me aporta una novedad, para mí siempre es bello. Soy hijo de Pandora, me gusta destapar todos los cofres, todas las almas, blancas, mugrientas, grasas, flacas, nobles o bajas, huronear en los corazones, saber qué pasa en ellos, enterarme de los asuntos que no me conciernen, meter mi nariz en todas partes, olfatear, husmear, gustar. Me dejaría azotar por la curiosidad. Pero no olvido (podéis estar tranquilos) mezclar siempre lo agradable con lo útil y como justamente tenía en mi taller dos grandes paneles esculpidos para el señor de Asnois, me resultó cómodo hacerlos llevar, sin abrir la bolsa, en una de las carretas, con los delegados, las violas, los oboes y los postres helados. También llevamos a mi Glodie, la hija de Florimond, para aprovechar el carro (era una ocasión), sin que nos costara nada. Y otro regidor llevó a su hijo. Y finalmente el boticario cargó en el carro jarabes, hipocrás, hidromiel, confituras, que pretendía ofrecer, ya que eran sus productos, a expensas de Clamecy. Señalo que a mi yerno le parecía muy mal; decía que no era la costumbre y que si cada artesano, carnicero, panadero, zapatero, barbero, etcétera, hacía lo mismo, arruinarían a la ciudad y a los particulares. Y no estaba muy equivocado; pero el otro era regidor como él, como Florimond: no podía decir nada. Los pequeños están sujetos a las leyes y los otros las hacen.

Nos fuimos en dos carros: el alcalde, los paneles, los regalos, los niños, los cuatro músicos y los cuatro regidores. Pero yo iba a pie. ¡Es bueno para los impotentes que les lleven en carro, como los terneros al matadero o las viejas al mercado! A decir verdad, el tiempo no era de los mejores. El cielo estaba pesado, tormentoso, blanquecino. Febo clavaba sus dardos sobre nuestras nucas con su ojo redondo y ardiente. Del camino se levantaba el polvo y las moscas. Pero aparte

de Florimond, que temía por su cutis blanco más que una damisela, todos estábamos contentos: un aburrimiento compartido es una diversión.

Mientras pudo verse la torre de San Martín, estos buenos señores mantuvieron un aire comedido. Pero, apenas estuvieron fuera de los ojos de la ciudad, todas las frentes se aclararon y los espíritus se pusieron en mangas de camisa como yo. Primero intercambiamos unas cuantas palabras picantes. Es la manera de abrir el apetito entre nosotros. Luego cantó uno y después otro;-creo, Dios me perdone, que fue el alcalde en persona el que cantó la canción. Yo toqué mi flautín. Y los demás me imitaron. Y abriéndose paso entre el concierto de las voces y de los oboes, la vocecita fina de mi Glodie subía, revoloteaba y piaba, piaba como un gorrión.

No íbamos muy rápido. En las subidas las jacas se detenían, jadeaban, pedorreaban. Para continuar el camino esperábamos que terminaran de exhalar su música. En la colina de Boychault, nuestro escribano, maese Pierre Delavau, nos hizo desviarnos (no podíamos negárselo: era el único regente que no había pedido nada) para ir, de paso, a hacer un proyecto de testamento a la casa de un cliente. A todos les pareció bien; pero fue un poco largo; y Florimond, poniéndose en esto de acuerdo con el boticario, encontró tema para una recriminación. «Prefiero un racimo de uvas, aunque esté demasiado verde, para mí, que dos higos para ti.» Pierre Delavau no por eso se apresuró en terminar su asunto y el señor boticario debió aceptar medio racimo y medio higo.

Y por fin llegamos (siempre se termina por llegar), como la ostaza después de la comida. Las aves abandonaban la mesa ando entró el postre llevado por nuestras manos. Pero estuvieron dispuestos a empezar de nuevo: los pájaros siempre comen. os señores del consejo, al acercarse al castillo, tuvieron cuidado e hacer una penúltima parada para vestir sus trajes de ceremonia, cuidadosamente plegados al abrigo del sol, sus bellas togas de ceremonia, cálidas a los ojos, rientes al corazón, de seda verde para alcalde y de lana amarilla claro para sus cuatro acompañantes: parecían un pepino y cuatro calabazas. Entramos haciendo sonar estros instrumentos. Ante ese ruido, vimos asomar por las ventanas las cabezas de los lacayos ociosos. Nuestros cuatro vestidos de lana y el vestido-de-seda subieron la escalinata, y en la puerta dignaron mostrarse (no veía muy bien) sobre dos gorgueras dos atezas («por el collar se conoce al animal») rizadas, con cintas, como dos carneros. Nosotros, rascatripas y rascas nos quedamos en medio del patio. De manera que no pude oír, desde tan lejos, el bello discurso en latín que hizo nuestro notario. Pero me consolé: por creo que el único que lo escuchó fue maese Pierre. Por el contrario me cuidé de no perderme el espectáculo de mi pequeña Glodie subiendo con paso menudo los peldaños de la escalera, como María en la Presentación, y apretando contra su regazo, entre sus manecitas, la cesta con los bizcochos apilados que le llegaban al mentón. No perdió ni uno los cobijaba con los ojos y los brazos, la golosa, la pilla, la monina... ¡Dios, me la hubiera comido!

El encanto de la infancia es como una música; entra en los corazones más que la que ejecutamos. Los más duros se humanizan; volvemos a ser niños, olvidamos por un momento orgullo y rango. La señorita de Termes sonrió a mi Glodie, gentilmente, la besó, la sentó en sus rodillas, la tomó de la barbilla y partiendo por la mitad un bizcocho le dijo: «Abre la boquita, compartámoslo...», y puso el pedazo más grande en el pequeño horno redondo. Entonces yo, en mi alegría, grité a viva voz:

-¡Viva la buena y bella flor del Nivernais!

Y con mi flautín di una alegre nota que hendió el aire al igual que la golondrina con su grito agudo.

Todos rieron y se volvieron hacia mí; y Glodie batió palmas exclamando:

-¡Abuelo!

El señor de Asnois me llamó: -Es ese loco de Breugnon... (Nos conocemos bien. Él lo está tanto como yo.)

Me hizo un gesto. Fui con mi flautín, subí ligero y saludé... *(«Cortés de boca, mano en el gorro*

Poco cuesta y bueno es.»)

... saludé a derecha, a izquierda, saludé hacia delante, hacia atrás, saludé a cada uno, a cada una. Y sin embargo, con mirada discreta, observé y traté de dar la vuelta a la señorita suspendida en su vasto verdugado (parecía un badajo de campana); y desnudándola (con el pensamiento, por supuesto), reí al verla perdida, menuda y desnuda debajo de sus baratijas. Es larga y delgada, con la piel un poco oscura y muy blanca por el polvo, con hermosos ojos oscuros que brillaban como carcunclos, nariz de cerdito huroneador y glotón, boca para besar, roja y voluptuosa, y en las mejillas rizos temblorosos. Al verme me dijo con aire condescendiente:

-¿Es suya esta hermosa niña?

Yo repliqué finamente:

-¿Qué podemos saber, señora? Éste es mi señor yerno. A él le ~` toca contestar. Yo no debo responder por él. En todo caso, es nuestro bien. Nadie nos la reclama. No es como el dinero. «Los hijos son la riqueza de los pobres.»

Se dignó sonreír y mi señor de Asnois rió con gran ruido. Florimond también rió, pero reía de boca para afuera. Yo me quedé serio haciéndome el desentendido. Entonces el hombre de la gorguera y la dama de la campana condescendieron en preguntarme, (los dos me habían tomado por un músico callejero) sobre lo que, podía reportarme mi oficio. Contesté como corresponde:

-Tanto como nada...

Pero sin decir que hago. ¿Por qué tendría que decirlo? No me lo han preguntado. Esperaba, quería ver, me divertía. Me agrada bastante la altivez familiar y ceremoniosa de todos esos hermosos, señores, esos ricos que creen un deber tratar a los que nada tienen y son míseros. Pareciera que siempre les están tomando la lección. Un pobre es un niño, no tiene razón... Y además (lo dicen, pero lo piensan) es su culpa: Dios le ha castigado, está bien; bendito sea D i o s .

Como si yo no estuviera allí Maillebois le dijo en voz alta a su comadre:

-Puesto que nada tenemos que hacer, señora, aprovechemos a este pobre diablo; parece un poco tonto, va de un lado a otro tocando el flautín: debe de conocer bien el mundo de las tabernas. Preguntémosle qué piensa la provincia, si es...

-¡Chist!

-... si es que ella piensa .

Me preguntaron pues:

-Y bien, buen hombre, dinos, ¿cuál es el ánimo de la región? Repetí:

-¿El ánimo? -con aire de atontado.

Y guiñé el ojo a mi gordo señor de Asnois, que se tiraba de la barba y me dejaba hablar riendo a pata ancha.

-El pensamiento no parece correr por la provincia -dijo con ironía-. Te pregunto, buen hombre, qué se piensa, qué se cree. ¿Son buenos católicos? ¿Son devotos del rey?

Contesté:

-Dios es grande y el rey es muy grande. Amamos a los dos. -¿Y qué se piensa de los príncipes?

-Son grandes señores. -¿Están con ellos? -Sí, monseñor, sí. -¿Y contra Concini? -También se está con él. -¡Cómo, diablos, cómo! ¡Son enemigos!

-No digo... Puede ser... Estamos con los dos. -¡Hay que elegir, por Dios!

-¿Es necesario, monseñor? ¿No podéis dispensarme de hacerlo? En ese caso, así lo quiero. ¿Con quién estoy? Os lo diré un día de éstos. Lo pensaré. Pero necesito tiempo.

-¿Qué esperas?

-Saber cuál es el más fuerte.

-¡Bribón! ¿No te da vergüenza? ¿No eres capaz de distinguir el día de la noche y al rey de sus enemigos?

-A fe mía, no, señor. Me pedís demasiado. Ya veo que es de día, no soy ciego; pero entre la gente del rey y la gente de los señores príncipes, si hay que elegir, de verdad no sabría quiénes beben mejor y hacen más estragos. No digo nada de malo, tienen buen apetito: resisten bien. La misma salud os deseo. Los buenos comedores me gustan; yo haría otro tanto. Y para no ocultar nada, me gustan más los amigos que comen en casa de los otros.

-¡Pícaro! ¿No amas a nadie? -Señor, amo mi bien.

-¿No puedes inmolarlo a tu señor, el rey?

-Así lo quiero señor, si no puede ser de otra manera. Pero quisiera saber, si no existiéramos en Francia algunos que amamos nuestras viñas y nuestros campos, ¿qué podría ponerse el rey entre los dientes? A cada uno su oficio. Unos comen. Los otros... los otros son comidos. La política es el arte de comer. Pobre gente ¿qué podríamos hacer? A vosotros, la política; a nosotros, nuestra tierra. Tener una opinión no es asunto nuestro. Somos ignorantes. Qué sabemos, sino, como Adán nuestro padre (y dicen que también el vuestro; en cuanto a mí no lo creo para nada, perdón..., tal vez vuestro primo), qué sabemos, sino engordar la tierra y volverla fecunda, cavar, trabajar sus flancos, sembrar, hacer crecer la avena y el trigo, cortar, injertar la viña, segar, formar las gavillas, hacer la trilla, pisar los racimos, hacer el vino, el pan, talar la leña, tallar la piedra, cortar el paño, coser el cuero, forjar el hierro, cincelar, carpintear, abrir los canales y los caminos, construir, levantar las ciudades con sus catedrales, ajustar con nuestras manos sobre la frente de la tierra el adorno de los jardines, hacer florecer en las paredes y los paneles de madera el encanto de la luz, arrancar del grano de piedra que les envuelve los hermosos cuerpos blancos y desnudos, atrapar al acecho en el aire los sonidos qué pasan y aprisionarlos entre los costados dorado oscuro de un violín que gime o en mi flauta hueca; en fin, dominar la tierra de Francia, el fuego, el aire, el agua, los cuatro elementos, y hacer que sirvan para vuestro entretenimiento... ¿qué más sabemos nosotros y cómo podríamos tener la pretensión de creer que entendemos algo de los asuntos públicos, de las disputas de los príncipes, de los sagrados designios del rey, del juego de la política y otras; metafísicas? No hay que pedorrear, señor, más alto que su culo. Somos bestias de carga y estamos hechos para ser golpeados. ¡De acuerdo! Pero, ¿qué puño nos gusta más y qué látigo nos es más blando en la espalda? Grave cuestión, señor, demasiado pesada para mi cerebro. A decir verdad, ni uno ni otro me agradan. Para responderos habría que sopesar, con el látigo en la mano, a uno y a otro y probarlos muy bien. A falta de lo cual, paciencia. Sufre, sufre, mientras eres yunque. Golpea, cuando seas martillo...

El otro, indeciso, me miraba con la nariz fruncida, y no sabía si tenía que reír o enojarse, cuando un escudero del séquito, que me había visto en otra época en casa de nuestro difunto duque de Nevernais dijo:

-Monseñor, conozco a este extravagante: buen obrero, fino carpintero, gran charlatán. Su oficio es escultor.

El noble no pareció modificar su opinión sobre Breugnon por esta advertencia; sólo empezó a mostrar algún interés hacia su endeble persona (digo «endeble», hijos, por modestia: porque peso un poco menos que un moyo) cuando supo por el escudero y por su anfitrión monseñor de Asnois, que tal y cual príncipe ponían atención en mis obras. No fue entonces el último en extasiarse "ante la fuente que le enseñaron en el patio, esculpida por mí y que representa a una muchacha arremangada que lleva en su delantal dos patos que se debaten abriendo el pico y batiendo las alas. Después vio en el castillo mis muebles y mis paneles. Monseñor de Asnois se pavoneaba. ¡Estos ricos brutos! Se diría que hubieran creado esa obra que ha pagado con su dinero. Maillebois, para honrarme, juzgó oportuno asombrarse de que siguiera en mi pueblo, ahogado, lejos de los grandes espíritus de París, y permaneciese limitado a- esos trabajos de paciencia, de verdad, sin inventiva -de atención, sin ningún vuelo-, de observación, sin ideas, sin símbolos, alegorías, filosofía, mitología, en una palabra, nada de todo aquello que según asegura el experto es gran escultura. (Un gran señor no admira sino lo que es grande.)

Contesté con modestia (soy humilde, un poco bobalicón) que sabía muy bien lo poco que valía, que cada uno debe encerrarse en sus límites. Un pobre hombre como uno no ha visto nada, oído nada, no conoce nada, por lo tanto si es sensato, se mantiene en el humilde escalón del Parnaso, donde se abstiene de cualquier designio vasto y sublime; y apartando sus ojos espantados de la cima donde se perfilan las alas del sagrado caballo, cava hacia abajo, al pie del monte, la cantera de las piedras que pueden servir para su casa. De espíritu limitado por pobreza, nada hace, nada concibe, que no sea de uso cotidiano. El arte útil, ése es su destino.

-¡El arte útil! Las dos palabras juntas chocan dijo mi tonto-. Sólo lo inútil es hermoso.

-¡Qué gran verdad! -asentí-. Es cierto. Tanto en el arte como en la vida. Nada hay más hermoso que un diamante, un príncipe, un rey, un gran señor o una flor.

Y se fue contento de mí. Monseñor de Asnois me tomó del brazo y murmuró:

-¡Maldito farsante! ¿Has acabado ya de burlarte? Sí, hazte el bruto, corderillo, te conozco. No digas que no. ¡Con ese hermoso alechugado de París, haz tu gusto, ve hijo! Pero si alguna vez se te ocurre atacarme a mí, atención, Breugnon. Porque conseguirás palos.

Protesté:

-¡Yo, monseñor! ¡Atacar a Vuestra Grandeza! ¡Mi benefactor! ¡Mi protector! ¿Es posible atribuirle a Breugnon esa mala acción? ¡Vaya y pase hacer una mala acción, pero ser tonto! Que lo hagan otros si gustan. No es asunto nuestro. Por suerte, quiero demasiado a mi pellejo para no respetar al que sé que se hace respetar. No soy tan tonto para dejarme zurrar. Porque no sólo sois el más fuerte (cae de su peso) sino mucho más maligno que yo. Vamos, yo sólo soy un zorrillo al lado del zorro en su castillo. ¡Cuántas veces podría caer en vuestro saco! ¡Habéis metido dentro a jóvenes y viejos, a locos y prudentes!

El señor, de Asnois se puso ancho. Nada gusta tanto como ser alabado por el talento que menos se tiene.

-Está bien -dijo- maestro charlatán. Dejemos mi saco y veamos más bien que traes en el tuyo. Porque estoy seguro de que si has venido es por algo.

-Vamos, vamos -digo- habéis adivinado una vez más. Uno es transparente. Leéis en los corazones, como Dios Padre. Desembalé mis paneles, así como una obra italiana (una Fortuna con su rueda que había comprado en Mantua) y que ofrecía, no sé cómo, viejo aturdido, como mía. Se las elogió moderadamente... Luego (¡qué confusión!) les mostré una obra mía (un medallón de jovencita) que ofrecía como italiana. Hicieron exclamaciones y más exclamaciones y

muchos ¡oh!, y ¡ah! Quedaron pasmados de admiración. Maillebois, que estaba boquiabierto, dijo que se veía en ella el reflejo del cielo latino, del suelo dos veces bendito de los dioses, de Jesucristo y de Jupin. Monseñor de Asnois, que berreaba, me dio por ella treinta y seis ducados y por la otra tres.

Regresamos al atardecer. Durante la vuelta, para divertir a la gente, conté que una vez, el señor duque de Bellegarde había venido a Clamecy a disparar a los pájaros. El buen señor no veía a un palmo de sus narices. Yo estaba encargado de hacer caer al pájaro de madera cuando él tiraba y en su lugar presentarle, rápida y hábilmente, otro con el corazón agujereado. Se rieron mucho y, después de mí, cada uno por turno, desnudó algún buen rasgo de nuestros señores... ¡Esos buenos señores!, cuando se aburren en su real grandeza no saben qué divertidos son para nosotros.

Pero para hacer el relato del medallón esperé que estuviéramos en casa a puerta cerrada. Cuando lo supo, Florimond me reprochó amargamente haber vendido tan barata, como mía, la obra italiana, ya que a ellos tanto les había gustado y tanto habían pagado la que sólo lo era de nombre. Contesté que sí, que quería divertirme con la gente pero no desplumarla. Se ensañó y me preguntó con acritud qué valiente negocio podía ser el de divertirme a mis expensas. ¿De qué sirve burlarse de la gente si no es para ganar dinero?

Entonces, Martine, mi buena hija, le dijo con gran sensatez: -En esta familia somos así, Florimond, los pequeños y los grandes, siempre contentos, siempre contando y riéndonos de los cuentos que nos contamos. ¡Vamos, no te quejes, mi bien! Porque a esto le debes no tener ya diez cuernos. Saber que te puedo engañar, en cualquier momento, me causa tanta gracia que no me interesa hacerlo... ¡Pero no te pongas tan sombrío! ¡Nada de pesares! Porque es lo mismo que si lo fueras. Mete tu cuernos, caracol. Ya les veo la sombra.

VII
LA PESTE

Primeros días de julio.

Bien se dice: «El mal se va a pie, pero vuelve a caballo». Se ha hecho postillón de los cocheros de Orleáns para visitarnos. El lunes de la semana pasada un casó de pestilencia apareció en San Fargeau. La mala semilla crece rápido. Al final de la semana había otros diez. Luego se acercó a nosotros y ayer la peste estalló en Coulanges-la-Vineuse. ¡Buena algazara de patos en la charca! Todos los valientes pusieron pies en polvorosa. Embalamos mujeres, niños y aves y los mandamos lejos, a Montenoison. Pero no hay mal que por bien no venga. Ya no hay cacareo en mi casa. Florimond se fue con las mujeres, pretextando, el cobarde, que no podía dejar a su Martine que está por dar a luz. Otros muchos señores encontraron buenas razones para darse un paseo, y con el coche enganchado les pareció bien ir a ver cómo estaban sus cosechas.

Los que nos quedamos bromeábamos. Nos burlábamos de los que tomaban precauciones. Los señores regidores habían colocado ' guardias a la puerta de la ciudad, en la ruta de Auxerre, con orden severa de rechazar a todos los pobres y palurdos que trataran de entrar desde afuera. A los otros, gente encopetada y burgueses con buena bolsa, debían someterlos al menos a la visita de nuestros tres médicos, Étienne Loyseau, Martin Frotier y Philibert des Veaux, preparados para frenar los asaltos del flagelo con una larga nariz llena de ungüentos, una máscara y gafas. Esto

nos hacía reír; y Martin Frotier, que era un buen hombre, no pudo mantenerse serio. Se arrancó la nariz diciendo que no le interesaba hacer pamplinas y que no creía para nada en esos cuentos. Sí, pero se murió de peste. Es verdad que Étienne Loyseau que creía en su nariz y se acostaba con ella, también murió. Y sólo se salvó Philibert des Veaux que, más listo que sus colegas, abandonó no su nariz sino su puesto... Estoy quemando etapas y he llegado al final de la historia antes de haber redondeado mi exordio. Volvamos a empezar y agarremos de nuevo la cabra por la barba. ¿Ya la tienes?

Así, pues, nos hacíamos los valientes. ¡Nos creíamos tan seguros de que la peste no nos haría el honor de su visita! Se decía que tenía buen olfato; el perfume de nuestras curtiembres la ahogaría (todos saben que no hay nada más sano). La última vez que visitó la comarca (hacia el año 158o yo tenía la edad de un buey viejo, catorce años), metió su nariz en el umbral de nuestras casas y luego de olfatearlas se dio la vuelta. Fue entonces (muchas bromas les gastamos luego) cuando la gente de Chátel-Censoir, descontentos con su patrono, el gran Santo Potenciano que les protegía mal, le pusieron en la puerta y tomaron otro a prueba, luego otro, y luego otro; cambiaron siete, eligiendo por turno a Sabiano y Pelerín, Filiberto e Hilario. Y ya no sabiendo a quién encomendarse, se encomendaron (¡qué valientes!) a una santa y a falta de Potenciano tomaron a Potenciana.

Riéndonos rememorábamos esa historia, alegres, fanfarrones y valerosos espíritus fuertes. Para demostrar que no caíamos en esas supersticiones como tampoco en las de los médicos y magistrados, fuimos muy valerosamente a la puerta del castillo a conversar por encima del foso con los que estaban varados en la otra orilla. Y por fanfarronada algunos encontraron la manera de deslizarse fuera e irse a beber una pinta a una taberna cercana, con algunos de aquellos a los que les habían cerrado en las narices la puerta del paraíso y aun con alguno de los ángeles apostados para guardarla (porque no se tomaban en serio su guardia). Y yo hacía como los demás. ¿Acaso podía dejarles solos? ¿Podía soportarse que otros en mis propias barbas retozaran y se divirtieran y degustasen juntos frescas novedades y vino fresco? Hubiera reventado de despecho.

Salí, pues, al ver a un viejo granjero al que conocía muy bien, el tío Rascapan, de Mailly-le-Cháteau. Bebimos juntos. Era un gordo alegre, redondo, rojo y fornido que brillaba al son de salud y de sudor. Alardeaba mucho, aún más que yo, y se burlaba de la enfermedad diciendo que era un invento de los médicos. Sólo unos pobres peleles morían, si se creían en lo que decía, no del mal sino del miedo.

Me decía:

-Le doy de buen grado mi receta:

Mantén los pies calientes,
y vacía tu vientre,
no veas a Margarita,
y así todo el mal evitas.

Pasamos una buena hora charlando. Al hablar tenía la manía de palmear la mano y apretar el muslo o el brazo. En ese momento no lo pensé. Y así lo pensé al día siguiente.

Al día siguiente lo primero que me dijo mi aprendiz fue: -Sabe, patrón, el tío Rascapan ha muerto...

¡Ah! No me sentí muy arrogante y me corrió frío por la espalda. Me dije:

«Pobre amigo, puedes engrasar tus botas; tu historia se ha terminado o no tardará mucho...»

Estaba en el taller y me puse a trabajar para distraerme; pero os pido que creáis que no pensaba para nada en lo que fabricaba. Pensaba:

«Animal. ¡Esto te enseñará a dártelas de pícaro!»

Pero en Borgoña no somos hombres que nos rompamos la cabeza con lo que se debió hacer anteayer. Vivimos el día presente. ¡Mantengámonos así, por San Martín! Se trata de defenderse. El enemigo todavía no me ha atrapado. Por un momento pensé en pedir consejo en la tienda de San Cosme (los médicos, ya comprendéis). Pero no me preocupé y no hice nada. A pesar de mi inquietud había conservado el suficiente sentido común para decirme:

«Hijo, los médicos no saben más que nosotros. Te sacarán el dinero y, en resumidas cuentas, te enviarán a yacer a un parque de apestados donde no dejarás de apestarte. Cuídate de no decirles nada. No eres loco. Si sólo se trata de morir, lo haremos muy bien sin ellos. Y, por Dios, como está escrito, "A pesar de los médicos viviremos hasta la muerte".»

Era inútil que me aturdiera y fanfarroneara, empezaba a sentir el estómago revuelto. Me palpaba aquí y allá... ¡Ah!, esta vez es ella. Y lo peor llegó a la hora de cenar, delante de un potaje de gordas judías rojas, cocidas en vino con lonchas de tocino (ahora que lo recuerdo, lloro de pena), no tuve el coraje de abrir la boca. Pensaba con el corazón oprimido:

-Es seguro, me voy. El apetito ha muerto. Es el principio del fin...

Bueno, al menos pongamos nuestros asuntos en orden. Si me dejo morir aquí, esos bergantes de los magistrados quemarán la casa, con el pretexto (¡pamplinas!) de que otros enfermarán de peste en ella. ¡Una casa nueva! Qué malo y tonto puede ser el mundo. Antes de que ocurra eso prefiero reventar sobre mi estiércol. Les dejaremos chasqueados. No perdamos tiempo...

Me levanto, me pongo mi ropa más vieja, tomo tres o cuatro libros, algunos proverbios, cuentos sabrosos de Galia, apotegmas de Roma, *Mots dorés de Caton*, las *Serées* de Bouchet, y el *Nuevo Plutarco* de Gilles Corrozet; me los meto en el bolsillo con una candela y un trozo de pan; despido al aprendiz; cierro mi casa y valerosamente me voy a mi *coüta*[5], fuera de la ciudad, más allá de la última casa, en la ruta de Beaumont. El lugar no es grande. Una bicoca. Una pieza para trastos donde se guardan las herramientas, un jergón viejo y una silla desfondada. Si deben quemarlos, el daño no será grande.

Acababa de llegar cuando me empezaron a castañetear los dientes como un cuervo. La fiebre me quemaba, tenía una punzada en el costado, y la molleja retorcida como si se hubiera dado vuelta... Entonces, ¿qué hice? ¿Qué puedo contestaron? ¿Qué actos heroicos, qué magnánimo frente se opone, como los grandes señores de Roma, a la mala suerte y al dolor de vientre?... Buena gente, estaba solo, nadie me veía. Pensad si iba a molestarme por representar ante las paredes el papel del Régulo romano. Me arrojé sobre el jergón y me puse a berrear. ¿No habéis oído nada? Mi voz era muy clara. Hubiera podido llegar hasta el árbol de Sembert.

-¡Ah! -gemí-, Señor, es posible que persigáis a un hombre que no os ha hecho nada... ¡Oh, mi cabeza! ¡Ah, mi costado! Qué duro es irse en la flor de la edad. ¿Ay, queréis llamarme tan pronto? ¡Ay, ay, mi espalda! Es verdad que estaría encantado -honrado quise decir- de visitaros; pero ya que de cualquier manera nos veremos tarde o temprano, ¿por qué tanta prisa?... ¡Ay, ay, el bazo! No tengo prisa... Señor, no soy más que un pobre gusano. Si no hay otro medio, que se haga tu voluntad. Ya lo veis, soy humilde y suave, resignado... ¡Bribón, queréis desaparecer! ¿Por qué este animal me roe el costado?

[5] Viña y jardín en la vertiente de una colina

Cuando berreé lo suficiente, no dejé de sufrir, pero había gastado mi fuerza patética. Me dije:

«Pierdes el tiempo. O Él no tiene oídos o le da lo mismo. Si es verdad, como dices, que eres su imagen, Él obrará a su antojo; te desgañitas en vano. Ahorra tu aliento. ¡Tal vez sólo te queda para una hora o dos, y vas a tirarlo al aire, imbécil! Gocemos lo que nos queda de esta hermosa y vieja carcasa que tendremos que abandonar (será bien a mi pesar). Sólo se muere una vez. Al menos satisfagamos nuestra curiosidad. Veamos cómo se hace para abandonar el pellejo. Cuando era niño, sabía fabricar flautas con ramas de sauce mejor que nadie. Con el mango de mi cuchillo golpeaba la corteza, hasta que se caía. Supongo que Él, que me mira desde allá arriba, está por divertirse de la misma manera con la mía. ¡Qué hábil! ¿Se caerá la corteza? ¡Ay, el golpe ha sido bueno! ¿Le está permitido a un hombre de esta edad complacerse con tonterías de muchacho?... Eso no cuenta, Breugnon, y mientras la corteza se mantenga, observemos y anotemos lo que pasa debajo de ella. Examinemos este cofre, espumemos nuestros pensamientos, estudiemos, rumiemos, mastiquemos los humores que se revuelven en mi páncreas y hacen remolinos sin razón; saboreemos estos cólicos, sondeemos y palpemos nuestras tripas y nuestros riñones[6].»

... Y es así como me contemplo. Cada tanto interrumpo, para chillar, mis investigaciones. La noche no pasa. Enciendo la candela, la pongo en el gollete de una botella vieja (olía a casis, pero el casis estaba lejos: imagen de lo que yo prometía ser antes de pasado mañana. El cuerpo había partido, sólo quedaba el alma). Retorcido sobre el jergón, me esforzaba por leer. Los apotegmas heroicos de los romanos no tuvieron ningún éxito. ¡Al diablo con esos charlatanes! «No todos han nacido para ir a Roma.» Odio el orgullo tonto. Quiero tener el derecho de quejarme, todo lo que quiera, cuando tengo cólicos... Sí, pero cuando acaben, quiero reír si puedo. Y me he reído... ¿No me creéis? Pero cuando estaba tan dolorido como una nuez en el cascanueces, cuando me castañeteaban los dientes, al abrir al azar el libro de las *Humoradas* de ese buen señor Bouchet, encontré una hermosa, crujiente y dorada... ¡por los veinte dioses!, lancé una carcajada. Me decía:

«Es una barbaridad. No rías. Te va a hacer mal.»

¡Ah! dejé de reír para quejarme y de quejarme para reírme. Y me quejaba y reía... La peste también reía. Ah, mi pobrecito, te lamenté y te reí.

Cuando amaneció sólo servía para que me enterraran. No me sostenía de pie. Arrastrándome de rodillas, llegué a la única claraboya que daba al camino. Al primero que pasó lo llamé con una voz de cántaro roto. Para comprender no tuvo necesidad de escuchar. Me vio y salió disparado persignándose. Menos de un cuarto de hora después tenía el honor de que hubiera dos guardias delante de mi casa; y me prohibieron franquear la puerta de la misma. Yo ni pensaba hacerlo. Rogué que fueran a buscar a mi viejo amigo, Paillard, el notario, a Dornecy, para redactar mi última voluntad. Pero tenían tanto miedo que temían hasta el soplo de mis palabras y creo, de veras, que por miedo a la peste se tapaban las orejas... Finalmente, un niño abandonado «cuidador de ocas» (buen corazón), que me apreciaba, porque una vez le había sorprendido picoteando mis cerezas y le había dicho: «Hermoso mirlo, mientras estás allí, recoge también algunas para mí», apareció al lado de la ventana, escuchó y dijo:

-¡Señor Breugnon, voy yo!

[6] Aquí nos permitimos dejar de lado varias líneas. El narrador no nos ahorra ningún detalle sobre el estado de su relojería; y el interés que pone en ello le hace extenderse sobre materias que no huelen demasiado bien. Agreguemos que esos conocimientos fisiológicos**,** de los que se siente orgulloso, dejan algo que desear.

... Lo que pasó luego me costaría mucho trabajo contároslo. Sé que durante largas horas, boca abajo sobre el jergón, por la fiebre, sacaba la lengua como un cordero... Chasquidos de látigo, cascabeleo por el camino, una gruesa voz conocida... Pienso: «Ha venido Paillard...». Trato de enderezarme. ¡Ah, virtudes de mi vida! Me parecía llevar a San Martín sobre la nuca, y a Sembert sobre los riñones. Me digo: «Aunque estuvieran en tu camino las rocas de Basseville, deberías ir ... ». Sabéis, quería hacer registrar (durante la noche había tenido tiempo de repasar mis pensamientos) cierta disposición, cláusula testamentaria que me permitiera beneficiar a Martine y a su Glodie sin que protestaran mis cuatro hijos. Alcé mi cabeza que pesaba más que Henriette, la campana grande, hasta la claraboya. Se caía a derecha y a izquierda... Distingo en el camino dos buenas figuras gruesas que abrían los ojos con aire espantado. Eran Antoine Paillard y el cura Chamaille. Esos buenos amigos, para verme vivo, habían hecho arder el camino. Debo decir que después de haberme visto su ardor empezó a flaquear. Sin duda para contemplar mejor el cuadro, dieron tres pasos hacia atrás. Y ese bendito Chamaille, para darme ánimos, me repetía: -Señor, estás horrible... ¡Ah!, ¡mi pobre amigo! Estás horrible, horrible... Horrible como tocino rancio...

Les dije (al olfatear la salud de ellos, por un efecto contrario, sentí que se reanimaban mis espíritus animales):

-No os invito a entrar. Me parece que tenéis calor.

-¡No, gracias, no, gracias! -exclamaron los dos-. Estamos muy bien aquí.

Acentuaron su retirada y se atrincheraron al lado del coche; para tener una actitud correcta, Paillard sacudía el bocado de su caballo que no tenía culpa ninguna.

-¿Cómo te encuentras? -me preguntó Chamaille, que tenía la costumbre de hablar con los difuntos.

-Ay, amigo, el que está enfermo no se siente cómodo –contesté sacudiendo la cabeza.

-No somos nada. Ya ves, mi pobre Colas, lo que tú siempre dijiste. Dios es Todopoderoso. Nosotros somos sólo humo, polvo. Hoy en el gozo, mañana en el foso. Hoy el encanto, mañana el llanto. No querías creerme, sólo pensabas en divertirte. Has bebído las mieles, ahora tragas las hieles. Vamos, Breugnon, no te aflijas. El buen Dios te llama. ¡Ah!, qué honor, hijo. Pero para verle tienes que vestirte decentemente. Ven que te lave. Preparémonos, pecador.

Contesté:

-Enseguida. Tenemos tiempo, cura.

-Breugnon, mi amigo, mi hermano... ¡Ah!, veo que sigues ata`' do a los falsos bienes de la tierra. ¿Qué tiene de placentera? No es más que inanidad, vanidad, calamidad, duelo, cautela y malicia, red miserable, emboscada, dolor, decrepitud. ¿Qué hacemos aquí? Repliqué:

-Me desgarras. Jamás tendría el valor, Chamaille, para dejarte aquí.

-Nos volveremos a ver -dijo.

-¡Vayamos juntos! Bueno, voy yo delante. «La divisa del señor de Guisa: A cada uno su turno»... ¡Seguidme, gente de bien! Parecieron no oírme. Chamaille dijo con voz gruesa:

-El tiempo pasa, Breugnon, y tú pasas con él. El Maligno, el *Malhecho* te acecha. ¿Quieres que la bestia vil atrape tu alma mugrienta, para su despensa? ¡Colas, vamos, di tu *Confíteor,* prepárate, hazlo, hazlo hijo, hazlo por mí, compadre!

-Lo haré -dije- lo haré, por ti, por mí y por Él. Dios me salve de faltar a las consideraciones que debo a toda la compañía. Pero, por favor, antes quiero decir dos palabras a mi señor notario. -Se las dirás después.

-No. Primero, Paillard.

-¿En qué estás pensando, Breugnon? Hacer pasar al Eterno después del escribano.

-El Eterno puede esperar, o pasearse, si lo desea; ya lo encontraré. Pero la tierra me abandona. La cortesía indica que hay que visitar primero a quien nos ha recibido y luego a quien nos recibirá... a lo mejor.

Insistió, rogó, amenazó, gritó. Yo no cedí. Maese Antoine Paillard sacó su recado de escribir y sentado en el mojón, redactó, rodeado de un círculo de curiosos y de perros, mi testamento público. Después de lo cual dispuse de mi alma gentilmente, como lo había hecho con mi dinero. Cuando todo hubo terminado (Chamaille continuaba sus exhortaciones) dije, con voz moribunda:

-Bautista, recobra el aliento. Es muy hermoso lo que dices. Pero para un hombre alterado, consejo de oído no vale un higo. Ahora que mi alma está pronta para montar en la silla, aunque sea quisiera beber el trago del estribo. ¡Gente de bien, una botella!

¡Ah, qué buenos muchachos! Los dos son tan buenos cristianos como buenos borgoñoneses, ¡qué bien comprendieron mi último pensamiento! En lugar de una botella, me trajeron tres: Chablis, Pouilly, Irancy. Desde la ventana de mi barco que iba hacia el áncora lancé una cuerda. El muchachito ató un viejo cesto y, con mis últimas fuerzas, icé a mis últimos amigos.

A partir de ese momento, tumbado otra vez en el jergón, los otros se habían ido, me sentí menos solo. Pero no intentaré haceros el relato de las horas que siguieron. No sé qué pasó, pero ya no me sale la cuenta. Me deben de haber robado ocho o diez del bolsillo. Sé que estaba hundido en una vasta conversación con la trinidad de los espíritus embotellados; pero sobre lo que dijimos, no recuerdo nada. Pierdo a Colas Breugnon: ¿dónde diablos se ha metido?

Hacia medianoche vuelvo a verle, sentado en su jardín, con sus posaderas sobre un arríate de fresas jugosas, tiernas y frescas, con templando el cielo a través de las ramas de un pequeño peral. ¡Cuántas luces allá arriba y cuánta sombra aquí abajo! La luna me mostraba sus cuernos. A unos pasos de mí un montón de viejos sarmientos negros, torcidos y con zarposos, parecían rebullir como un nido de serpientes, y me miraban con muecas diabólicas... Pero ¿quién va a explicarme qué hago aquí? Me parece (todo se mezcla en mi alma demasiado rica) que me dije:

-¡De pie, cristiano! Un emperador romano no muere, Colas, con el culo en un colchón. *¡Sursum corda!* Las botellas están vacías. *Consummatum est. No* hay nada más que hacer aquí. Vamos con la música a otra parte.

Y también me parece que quería recoger ajos que dicen son soberanos contra la peste o porque, a falta de vino, hay que contentarse con ajos. Lo cierto es que apenas puse el pie (y seguí sentado) sobre la tierra nutricia, me sentí envuelto en el encantamiento de la noche.

El cielo, como un gran árbol redondo y oscuro, extendía sobre mí su cúpula de nogal. De sus ramas pendían millares de frutos. Blandamente balanceadas y brillantes, como manzanas, las estrellas maduraban en las tinieblas tibias. Los frutos de mi huerto me parecían estrellas. Todos se inclinaban hacia mí para mirarme. Me sentía espiado por miles de ojos. Por el fresal corrieron unas risas. En el árbol, encima de mí, una pequeña pera, de mejillas rojas y doradas, con un hilo de voz clara y azucarada, me cantaba:

Espino,
Echa raíz. ¡Hombrecito gris!
Como los zarcillos de la vid,
Agárrate a mi espinazo.
Para subir al Paraíso,

Echa raíz, echa raíz,
¡Hombrecito gris!

Y de todas las ramas del vergel de la tierra y del cielo, un coro de voces susurrantes, saltarinas y trémulas, repetía:

¡Echa raíz, echa raíz!

Entonces hundí mis brazos en la tierra y dije: -¿Me quieres? Yo también te quiero.

Mi buena tierra grasa y blanda, entré en ella hasta los codos; se hundía como un seno y la removí con las rodillas y las manos. La medí hasta medio cuerpo, dejé en ella mi huella, desde los dedos de los pies hasta la frente; hice en ella mi lecho y me acosté; extendido todo a lo largo miraba el cielo y sus racimos de estrellas, boquiabierto, como si esperara que una de ellas viniera a lloverme sobre la nariz. La noche de julio cantaba un Cantar de los Cantares. Un grillo borracho cantaba, cantaba, cantaba hasta morir. La voz de San Martín, dé pronto dio las doce, o las catorce o las dieciséis (seguramente no era un campaneo ordinario). Y de pronto, las estrellas, las estrellas de arriba y las de mi jardín se pusieron a repicar... ¡Oh Dios!, ¡qué música! El corazón me estallaba y los oídos me retumbaban, como los vidrios cuando truena. Y desde el fondo de mi agujero veía erigirse el árbol de Jessé: una cepa, muy recta, cubierta de pámpanos, me subía desde el vientre; yo subía con ella; y me escoltaba todo mi huerto cantando; en la rama más alta, una estrella suspendida bailaba como una perdida; y con la cabeza echada hacia atrás para verla, para tenerla, yo trepaba, gritando a todo pulmón:

Grano de uva,
¡No huyas!
¡Valiente Colas!
Colas te hará suya,
¡Aleluya!

Creo que debí de trepar parte de la noche. Porque según me dijeron después canté durante horas. Cantaba de todo, sagrado, profano, *y De profundis*, epitalamios, villancicos, *Laudate*, fanfarrias y rigodones, canciones edificantes y otras atrevidas, y tocaba la viola o la dulzaina, el tambor o la trompeta. Los vecinos alborotados se mantenían a un lado y decían:

-¡Vaya cara! Es Colas que se va. ¡Está loco, loco!

Al día siguiente, como suele decirse, rendí homenaje al sol. ¡No le disputé el honor de levantarse! Me desperté pasado el mediodía. ¡Ah, qué placer sentí al volverme a ver en el fondo de mi estercolero! Y no era que la cama fuese blanda o que no tuviera dolor de riñones. Pero qué bueno es decir que aún se tienen riñones. Vaya, no te has ido, Breugnon, buen amigo, ¡Te abrazó, hijo! Toco este cuerpo y ese buen hocico. Eres tú. ¡Qué bien me siento! Si me hubieras abandonado, Colas, nunca me habría consolado. ¡Salud, oh jardín mío! Mis melones me ríen de contento. Madurad, pequeños... Pero me arrancan de mi contemplación dos majaderos que rebuznan del otro lado de la cerca:

-¡Breugnon! ¡Breugnon! ¿Estás muerto?

Son Paillard y Chamaille que como ya no oyen nada se lamentan y pregonan mis virtudes difuntas, sin duda, por los caminos. Me levanto (¡Ay! ¡mis malvados riñones!) y me acerco despacio, de pronto saco la cabeza por el agujero de la claraboya y exclamo: -¡Cucú! ¡Aquí estoy!

Saltan como una carpa. -Breugnon, ¿no estás muerto? Ríen y lloran de contento. Les saco la lengua: -*Petit bonhomme vit encore...*

¿Creeréis que estos malditos me dejaron quince días encerrado en mi torre hasta que estuvieron seguros de que ya no tenía nada? En honor a la verdad debo agregar que no dejaron que me faltara ni el maná ni el agua de la roca (hablo de la de Noé). Hasta tomaron la costumbre de venir, por turno, a instalarse debajo de mi ventana, para darme las noticias del día.

Cuando pude salir, el cura Chamaille me dijo:

-Mi buen amigo, el gran San Roque te ha salvado. No puedes menos que ir a agradecérselo. ¡Hazlo, te lo ruego!

Le respondo:

-Creo más bien que ha sido San Irancy, San Chablis o San Pouilly. -Y bien Colas -dice- pondremos buena voluntad; partamos la pera en dos. Ven a San Roque por mí. Y yo daré gracias a Santa Botella, por ti.

Como hicimos juntos ese doble peregrinaje (el fiel Paillard completaba el trío), les digo:

-Confesad amigos que hubierais brindado menos a gusto el día que os pedí la copa del estribo. No parecíais dispuestos a seguirme.

-Yo te quiero mucho -dice Paillard-, te lo juro; pero, qué vamos a hacer, también me quiero mucho. El otro dijo la verdad: «Mi piel está más cerca de mí que mi camisa».

-*Mea culpa, mea culpa* -mascullaba Chamaitle y se golpeaba el pecho como si fuera un pellejo de borrico-, soy cobarde, es mi naturaleza.

-¿Qué has hecho, Paillard, de las lecciones de Catón? Y tú, cura, ¿para qué te sirve tu religión?

-¡Ah, amigo mío, es tan bueno vivir! -dijeron los dos con un gran suspiro.

Entonces nos abrazamos los tres y riéndonos nos dijimos:

-Un buen hombre no cuesta mucho. Hay que tomarlo como es. Dios lo ha hecho: está bien hecho.

VIII
LA MUERTE DE LA VIEJA

Finales de julio.

Estaba en vías de volver a sentir gusto por la vida. No me costaba mucho esfuerzo, como podéis imaginar. Hasta, no sé cómo, la encontraba aún más suculenta que antes, tierna, suculenta y dorada, cocida a punto, crujiente, cuscurrante entre los dientes, y se derretía en la lengua. Apetito de resucitado. ¡Cómo debió de comer Lázaro!

Un día en que, después de haber trabajado gozosamente, iba a ejercitarme con mis compañeros en las armas de Sansón, entró un campesino que venía de Morvan:

-Maestro Colas -dijo-, he visto anteayer a su mujer.

-¡Qué suerte has tenido, pillo! -dije-. ¿Cómo está la vieja?

-Muy bien. Se va.

-¿Adónde?

-A todo correr, señor, hacia un mundo mejor.

-Dejará de serlo -dije yo haciendo una mala broma.

Y otro dijo:

-Ella se va, tú te quedas. ¡A tu salud, Colas! Una dicha no viene nunca sola.

Yo, para hacer como los demás (sin embargo, estaba conmovido) repliqué:

-¡Brindemos! Dios ama al hombre, compadre, cuando le quita a " su mujer porque ya no sabe qué hacer con ella.

Pero el vino me pareció súbitamente picado y no pude terminar el vaso; y tomando mi bastón, partí sin siquiera saludar a mis compañeros. Gritaron:

-¿Adónde vas? ¿Qué mosca te ha picado?

Yo ya estaba lejos, no contesté, sentía el corazón oprimido... Ya veis, es inútil no amar a tu mujer, enfurecerse uno con otro, noche y día, durante veinticinco años; a la hora en que la guadaña viene a buscar a la que, pegada a uno en la cama demasiado estrecha, ha mezclado durante tanto tiempo su sudor con el nuestro, y que desde sus flancos magros hizo crecer la semilla de la raza que plantamos en ella, sentimos algo que nos oprime la garganta; es como si se fuera un pedazo de nosotros mismos; y aunque no sea hermosa, aunque nos haya fastidiado mucho, sentimos piedad por ella, por nosotros, la lloramos y nos lloramos... ¡Dios me perdone!, la amamos...

Llegué al día siguiente, a la caída de la noche. A la primera ojeada vi que el gran escultor ya había trabajado bien. Bajo la manta ajada de la piel resquebrajada, aparecía el rostro de la muerte, trágico. Pero lo que me resultó un signo cierto del fin, fue que al verme me dijo:

-Mi pobre hombre, ¿no estás demasiado fatigado? Ante ese acento de bondad que me sacudió, pensé:

«No hay duda. La pobre vieja está terminada. Se vuelve buena. Me senté junto a la cama y le tomé la mano. Demasiado débil para hablar me agradeció, con los ojos, el haber venido. Para animarla, tratando de bromear, conté cómo acababa de chasquear a la peste que tenía mucha prisa. Ella no sabía nada. Se emocionó tanto (¡qué torpeza la mía!) que tuvo un desfallecimiento y casi no cuenta el cuento. Cuando recuperó el sentido, recobró su lengua (¡Dios sea loado! ¡Dios sea loado!) y su maldad. Y balbuceante y temblorosa (las palabras no querían salir o salían otras que no eran las que ella quería: entonces se ponía furiosa) se puso a cubrirme de injurias, diciendo que era vergonzoso que no le hubiese dicho nada que yo no tenía corazón, que era peor que un perro, y que como tal hubiera merecido reventar de cólico, solo, en mi jergón. Me propinó alguna otra gentileza. Querían calmarla. Me dijeron:

-¡Vete! Ya ves, le haces daño. ¡Aléjate un momento! Pero yo río e inclinándome sobre el lecho le digo:

-¡En buena hora! ¡Te reconozco! Todavía hay esperanza. Sigues siendo mala...

Y tomándole la cabeza, su vieja cabeza bamboleante, entre mis gruesas manos, la besé de todo corazón, dos veces en las dos mejillas. Y la segunda vez ella lloró.

Nos quedamos, entonces, tranquilos, sin hablar, los dos solos en la habitación donde en las entabladuras la carcoma marcaba, con golpes secos, el tic-tac del reloj fúnebre. La gente estaba en la otra pieza. Ella jadeó, penosamente, y me di cuenta de que quería hablar:

Le dije:

-No te fatigues, vieja. Después de veinticinco años ya nos lo hemos dicho todo. Nos comprendemos sin hablar.

Ella respondió:

-No nos hemos dicho nada. Tengo que hablar, Colas; sin lo cual el paraíso... donde no entraré...

-Pero, sí, sí -la interrumpí.

... sin lo cual el paraíso me será más amargo que la hiel del infierno. Para ti fui agria y áspera, Colas...

-Pero no, no. Un poco de acidez es bueno para la salud.

-... celosa, colérica, peleadora, gruñona. Llené la casa de malhumor; y te las hice pasar de todos los colores...

Le palmeé la mano:

-No es nada. Tengo la piel dura. Ella continuó, sin aliento: -Pero, es que te amaba.

-¡Si lo hubiera sabido! -dije riendo-. Después de todo cada uno tiene su manera. Pero, ¡que no me lo hayas dicho! Lo tuyo no era claro.

-Te amaba -continuó ella-, y tú no me amabas. Por eso eras bueno y yo mala: porque te odiaba por no amarme; y tú, tú no te preocupabas... Tenías tu risa, Colas, tu risa como hoy... ¡Dios, mío!, ¡cuánto me has hecho sufrir! Te cubrías con ella como contra la lluvia y yo ya podía llover, jamás lograba mojarte, pillo. ¡Ah, cuánto daño me has hecho! Más de una vez, Colas, estuve a punto de reventar.

-Mi pobre mujer -le dije-, es que no me gusta el agua. -¡Todavía te ríes, bribón! Haces bien. La risa nos mantiene en calor. En este momento en que el frío de la tierra me sube por las piernas, siento lo que vale tu risa. Préstame tu capa. Ríe a tus anchas, esposo mío, ya no me lo tomo a mal; y tú, Colas, perdóname.

-Fuiste una buena mujer -dije- proba, fuerte y fiel. No todos los días fuiste agradable. Pero nadie es perfecto: sería una falta de respeto hacia Aquel que está arriba y que me han dicho que está solo (nunca fui a ver). Y, en las horas negras (no digo las de la noche donde todos los gatos son pardos, sino las de los años de miseria y vacas flacas), ya no eras tan dura. Fuiste valiente, nunca retrocediste ante el dolor; y tu mal carácter me parecía casi hermoso, cuando lo descargabas contra la mala suerte, sin ceder un paso. No nos atormentemos más con el pasado. Ya es bastante haberlo llevado, una vez, sin doblegarnos, sin gritar, y sin conservar la marca de una vergüenza aceptada. Lo hecho, hecho está; y no hay nada que rehacer. La carga está en el suelo. Al Señor le corresponde pesarla, ¡si quiere! Eso no nos concierne. ¡Uf!, respiremos. Ahora no tenemos más que soltarnos la cincha que nos apretaba el lomo, frotarnos los dedos entumecidos, los hombros amoratados, y hacer nuestro agujero en la tierra, para dormir, con la boca abierta, roncando como un órgano el gran sueño de la Eternidad. *Requiescat.* Paz a los que han trabajado mucho.

Me escuchaba, con los ojos cerrados y los brazos cruzados. Cuando terminé, volvió a abrir los ojos y me tendió la mano. -Amigo mío, buenas noches. Mañana me despertarás. Entonces, como mujer ordenada, estirada cuan larga era en la cama, muy recta, tiró de las sábanas hacia su mentón hasta que no hicieron una sola arruga y apretó contra los senos vacíos el crucifijo; y luego como mujer decidida, con el ceño fruncido y la mirada fija, dispuesta para partir, esperó.

Pero sin duda, sus viejos huesos, antes de conocer el reposo debían de pasar, una última vez, para ser purificados, el fuego de la tierra (es nuestra carga). Porque, justo en ese momento se abrió la puerta de al lado y precipitándose en la habitación la posadera gritó con voz anhelante:

-¡Rápido! ¡Venga, maestro Colas! Al no comprender, pregunté: -¿Qué pasa? Hable más bajo.

Pero ella, en la cama, que ya había partido para el gran viaje, como si desde lo alto del coche en el que acababa de subir pudiera, girándose, ver por encima de nuestras cabezas, se enderezó en su lecho fúnebre, rígida como aquel a quien despertó Jesús, tendió los brazos hacia nosotros y gritó:

-¡Mi Glodie!

A mi vez, traspasado por ese grito y por la ronca tos que venía de al lado, comprendí. Corrí y encontré a mi pobre alondra con la garganta cerrada tratando de deshacer con sus manitas el nudo, roja y ardiente, implorando socorro con ojos espantados y debatiéndose, como un pájaro herido...

No puedo contar qué fue aquella noche. Ahora que ya han pasado cinco días bien contados, cuando la rememoro siento que se me doblan las piernas y tengo que sentarme; ¡Ah!, dejadme respirar. ¡Debe de haber en el cielo un Señor que se complace en hacer sufrir lentamente a esos pequeños seres, en sentir bajo sus dedos cómo se quiebra su cuello frágil, en verles debatirse y poder soportar su mirada de reproche asombrado! Comprendo que se desolle a viejos asnos como yo, que se haga daño a quien puede defenderse, a hombres sólidos, a mujeres robustas. ¡Probad, buen Dios, a divertiros en hacernos gritar, si podéis! El hombre está hecho a vuestra imagen. Que fuérais como él, no muy bueno todos los días, caprichoso, malicioso, con el gusto de hacer daño, cada tanto, por necesidad de destruir, de probar vuestra fuerza, por acritud de la sangre, porque estáis lunático, o por pasatiempo, no me asombraría, en suma, enormemente. Tenemos edad para haceros frente: cuando nos fastidiáis, sabemos decíroslo. Pero tomar como blanco a pobres corderitos a los que si se les retorciera la nariz saldría leche, ¡alto ahí! ¡No, es demasiado, no lo admitimos! Dios o rey, el que lo hace sobrepasa sus derechos. Os prevenimos. Señor, uno de estos días, si continuáis, nos veremos obligados, con gran pesar de nuestra parte, a descoronaros... Pero no quiero ver en esto vuestra obra, os respeto demasiado. Para que tales fechorías sean posibles, Padre Nuestro, se necesita una de estas dos cosas: o no tenéis ojos, o no existís... ¡Ay!, ésta es una palabra incongruente, la retiro. La prueba de que existís es que los dos, en este momento, conversamos. ¡Cuántas discusiones hemos tenido! Y, entre nosotros, Señor, cuántas veces os reduje al silencio. En esta noche nefasta bastante os llamé, injurié, amenacé, negué, rogué, supliqué. ¡Tantas veces os tendí mis manos juntas y os mostré mi puño cerrado! No sirvió de nada, no soltasteis prenda. ¡Al menos no podéis decir que descuidé algo para llegaros al corazón! Y ya que no lo quisisteis, ya que no os dignasteis escuchar a vuestro servidor, tanto peor para vos, Señor. Conocemos a otros, nos dirigiremos a ellos en adelante.

Estaba solo con la vieja posadera para velar. Martine, que había sentido en el camino los dolores del parto, se quedó en Dornecy y dejó a Glodie con su abuela. Cuando vimos, por la mañana, que nuestra pequeña mártir iba a morir recurrimos a los grandes remedios. Tomé en mis brazos su querido cuerpo quebrado, no más pesado que una pluma (ya no tenía fuerzas ni para forcejear y con la cabeza colgante, entre sobresaltos, apenas palpitaba, como un gorrión). Miré por la ventana. Llovía y había viento. Una rosa, en su tallo, se inclinaba hacia el cristal como si quisiera entrar. Anuncio de muerte. Hice la señal de la cruz y, a pesar de todo, salí. El húmedo viento violento se coló por la puerta. Oculté con la mano la cabeza de mi avecilla, por miedo a que la borrasca apagara su llama. Avanzamos. Delante iba la posadera, que llevaba las ofrendas. Entramos en el bosque que bordeaba el camino y enseguida vimos, al borde de un pantano, un álamo que temblaba. Reinaba alto y recto como una torre sobre un pueblo de juncos de cintura flexible. Dimos la vuelta a él una vez, dos veces, tres veces. La pequeña gemía y el viento en las hojas castañeteaba los dientes como ella. Atamos una cinta a la mano de la niña y el otro extremo a una rama del viejo árbol tembloroso; y la posadera desdentada y yo repetimos:

Tiembla, tiembla, hermoso mío,
toma mi escalofrío.
Te lo ruego y te lo mando.
Por las *personas*
de la Santa Trinidad.
Pero si te pones testarudo,
sino quieres escucharme,
¡cuidado!, te quebraré.

Luego la vieja hizo un hoyo entre las raíces y vertió un cuartillo de vino, dos dientes de ajo, una loncha de tocino; y por encima puso un ochavo. Dimos otras tres vueltas alrededor de mi sombrero, colocado en la tierra y lleno de cañas. Y en la tercera vuelta, escupimos dentro, mientras repetíamos:

-¡«Sapos sumidos sumergidos, que el garrote os ahogue»! Luego, al volver, a la salida del bosque, nos arrodillamos delante de un espino; a su pie pusimos a la niña; y suplicamos al Hijo de Dios, por la Santa Espina.

Cuando al fin volvimos a la casa, la pequeña parecía muerta. Al menos habíamos hecho todo lo que podíamos.

Durante ese tiempo mi mujer no quiso morirse. El amor a su Glodie la ataba a la vida. Se agitaba y gritaba:

-No, no me iré, buen Dios, Jesús, María, antes de saber qué haréis con ella, y si debe o no ser curada. Curada, lo será, por Cristo, yo lo quiero. Lo quiero, lo quiero y lo quiero: está dicho.

Sin duda no estaba dicho por completo porque después de haberlo dicho lo repitió. ¡Dios, qué aliento tenía! ¡Y yo que hacía un momento creía que estaba por exhalar su último suspiro! Si era el último, tenía una buena talla... Breugnon, mala persona, ¿no tienes vergüenza de reírte? Soy como soy. Reír no me impide sufrir; pero sufrir jamás impedirá reírse a un buen francés. Y ría o lagrimee antes que nada necesita ver. ¡Viva Jano bifronte, con los ojos siempre abiertos!

O sea que no sentía menos pena al escuchar jadear y respirar a la pobre vieja comadre; y a pesar de estar tan angustiado como ella, quería calmarla, le decía las cosas que se dicen a los niños y la envolvía en sus sábanas con cortesía. Pero ella se destapaba furiosa gritando:

-¡No vales para nada! Si fueras un hombre ya habrías encontrado medio de salvarla. ¿Para qué sirves? Tú eres el que deberías estar muerto.

Contesté:

-Por mi fe que pienso lo mismo que tú, tienes razón. Si alguien lo quisiera, dejaría mi pellejo. Pero probablemente allá arriba no lo consideren un negocio: está demasiado gastado, ha servido mucho. Uno no sirve (es verdad), como tú, más que para sufrir. Suframos pues sin hablar. Posiblemente, poco más o menos, sólo será eso que pueda llevarse la pobre inocente.

Entonces apoyó su vieja cabeza contra la mía y la sal de nuestros ojos se mezcló en las mejillas. En la habitación, se sentía pesar la sombra de las alas del arcángel fúnebre...

Y de pronto partió el arcángel. Volvió la luz. ¿Quién produjo ese prodigio? Fue el Dios de allá arriba o bien el de los bosques, mi Jesús piadoso con todos los desdichados, o la tierra temible, que aventa y bebe los males, fue el efecto de esas plegarias, o el miedo de mi mujer, o bien porque le unté la mano al álamo? Nunca lo sabremos; y en la duda doy gracias (es lo más seguro) a toda la compañía, agregando en ella aun a los que no conozco (y que tal vez son los

mejores). En todo caso es seguro y es lo único que importa, que desde ese momento la fiebre bajó, el aire circuló por la frágil garganta, como un arroyuelo ligero; y mi pequeña muerta, escapando del abrazo del arcángel, resucitó.

Entonces sentimos que nuestros viejos corazones se derretían. Los dos entonamos el *Nunc* dimittis, Señor... Y mi vieja, derrumbándose entre lloros de alegría, dejó caer su cabeza sobre la almohada, como una piedra que se hunde, y suspiró:

-Bueno, ya puedo irme...

Enseguida se le pusieron los ojos en blanco, la cara se le hundió, como si una ráfaga de viento le hubiera cortado el aliento. Y yo, inclinado sobre la cama, en la que ella ya no estaba, miré como al fondo de un hoyo en el río, donde la forma de un cuerpo que acaba de desaparecer se queda un instante fijada y luego desaparece girando. Le cerré los ojos, besé su frente cerúlea, uní una a otra sus manos de trabajadora que en vida nunca habían reposado; y, sin melancolía, dejando la lámpara apagada donde el aceite había ardido, fui a sentarme al lado de la nueva llama que ahora iluminaría la casa. La miraba dormir; la velaba, con una sonrisa enternecida, y pensaba (¡es imposible dejar de pensar!):

-¿No es extraño que nos apeguemos así a esta pequeña cosa? Sin ella nada nos agrada. Con ella todo está bien, aun lo peor ¿qué importa? Ah, puedo morir, y sí, que me lleve el demonio. Con tal que ella viva me burlo de lo demás. Pero es un poco, duro, sin embargo. Y qué, aquí estoy, vivo y con buena salud, dueño de mis cinco sentidos y de algunos otros además y del más hermoso de todos, que es el señor sentido común; jamás he puesto mala cara a la vida y siempre llevo en mi vientre diez varas de tripas vacías para la fiesta, la cabeza sana, mano precisa, buenas piernas y pantorrillas, buen obrero y borgoñón con salero, estaría dispuesto a sacrificar todo eso por un pequeño animal que ni conozco. Porque ¿quién es? Un cogollito, un juguete gracioso, un periquito que se prepara, un ser que es nada, pero que será, tal vez... Y por ese «tal vez» yo dilapidaría mi «Yo soy, yo estoy y estoy a gusto, ¡pardiez!». ¡Ah! Pero ese «tal vez» es mi flor más hermosa, aquella por la que vivo. Cuando los gusanos se hayan atracado de mi carne, cuando haya desaparecido en el fértil cementerio, reviviré, Señor, en otro yo más hermoso, más feliz y mejor... ¿Qué sé de eso? ¿Por qué ha de valer más que yo? Porque habrá puesto sus pies en mis hombros, y verá más lejos al caminar sobre mi tumba... Oh, vosotros, surgidos de mí, que beberéis la luz, en la que mis ojos que la amaban ya no se bañarán, por vuestros ojos saboreo la vendimia de los días y de las noches por venir, veo sucederse los años y los siglos, gozo todo, tanto lo que presiento como lo que ignoro. Todo pasa alrededor de mí; pero soy yo el que pasa; voy cada vez más lejos, más alto, llevado por vosotros. Ya no estoy atado a mi pequeño mundo. Más allá de mi vida, más allá de mi campo se extienden los surcos; abarcan la tierra y cruzan el espacio; como una Vía Láctea cubren con su red toda la bóveda azulada. Sois mi esperanza, mi deseo, y mi semilla, que, a través del infinito, siembro a manos llenas.

IX
LA CASA INCENDIADA

A mediados de agosto. ¿Anotaremos este día? Es un mal trago. Todavía no está del todo digerido. ¡Vamos, viejo, valor! Será el mejor medio de hacerlo pasar.

Se dice que lluvia de verano no causa pobreza. Si fuera así, yo tendría que ser más rico que Creso; porque este verano no ha dejado de llover sobre mi espalda; y aquí estoy sin camisa

y descalzo como un San Juanito. Apenas acababa de salir de esa doble prueba -Glodie estaba curada y mi vieja mujer también, una de su enfermedad y la otra de la vida- cuando recibí de las potencias que gobiernan el universo (allá arriba debe de haber una mujer que me odia; ¿qué diablos le he hecho...? ¡Por Dios, me ama!) un furioso asalto del que salí desnudo, batido y molido hasta los huesos, pero, y finalmente es lo principal, con todos mis huesos.

Aunque mi pequeña nieta estuviera ya restablecida no me apresuré a volver a casa; me quedé con ella gozando aún más que ella de su convalecencia. Un niño que sana es como ver la creación del mundo; todo el universo nos parece un nido fresco y lechoso. O sea que holgazaneaba, escuchaba distraídamente las noticias que me traían las comadres cuando iban al mercado. Pero un día unas palabras me hicieron parar la oreja como viejo mulo que ve venir el látigo del arriero. Decían que había estallado el fuego en Clamecy, en el barrio de Beuvron, y que las casas ardían como haces de leña. No pude lograr ninguna otra información. A partir de ese momento, por simpatía, estuve sobre ascuas. Era inútil que me dijeran:

-¡Quédate tranquilo! Las malas noticias se saben pronto. Si se tratara de ti, ya lo sabrías. ¿Quién habla de tu casa? Hay más de un asno en Beuvron...

No podía estar quieto y me decía:

-Es ella... Arde, siento el chisporroteo... Tomé mi bastón y partí. Pensaba:

« ¡Qué animal, Dios mío! Es la primera vez que dejo Clamecy sin proteger nada. En todos los otros casos, al acercarse el enemigo, llevaba tras las murallas, del otro lado del puente, a mis dioses lares, mi dinero, los trabajos de mi oficio de los que me siento más orgulloso, mis herramientas y mis muebles, y esas baratijas que son feas y molestas pero que no daría ni por todo el oro del mundo porque son las reliquias de nuestras pobres felicidades... Y esta vez, lo dejé todo...»

Y oía a mi vieja que desde el otro mundo clamaba contra mi estupidez. Yo le contestaba:

-Es tu culpa. Por ti salí con tanta prisa.

Después de reñirnos de lo lindo (eso me ocupó, por lo menos, una parte del camino) traté de convencerme de que me inquietaba en vano. Pero a pesar mío, la idea, como una mosca, volvía a pasearse en mi nariz sin cesar; la veía constantemente; y me chorreaba un sudor frío, a lo largo del espinazo y por los riñones. Marchaba a buen paso. Había pasado Villiers y empezaba a subir la larga cuesta boscosa, cuando en la pendiente vi venir un carricoche con el tío Jojot, el carpintero de Moulot que al reconocerme se detuvo, levantó el látigo y gritó:

-¡Mi pobre muchacho!

Fue como si recibiera un golpe en el estómago. Me quedé boquiabierto al borde del camino. Él continuó:

-¿Adónde vas? ¡Vuélvete, mi Colas! No entres en la ciudad. Se te revolverá la bilis. Todo está quemado, arrasado. Ya no te queda nada.

Ese animal con cada palabra me retorcía las tripas. Quise hacerme el valiente, tragué saliva, me enderecé y dije:

-¡Demonios, ya lo sé!

-Entonces -contestó ofendido-, ¿qué vas a buscar? Contesté:

-Los restos.

-No queda nada, te lo digo, nada, ni una brizna.

Jojot, exageras; no me harás creer que mis dos aprendices y mis buenos vecinos han mirado cómo se quemaba mi casa sin tratar de sacar del fuego algunas castañas, algunos muebles, como se hace entre hermanos...

-¿Tus vecinos, desdichado? Ellos le prendieron fuego. El golpe me atontó. Y él me dijo triunfante:

-¡Ya ves que no sabes nada!

No quería dar el brazo a torcer. Pero él, ya seguro de que era el primero en contarme la mala noticia, satisfecho y contrito, se puso a narrar la parrillada.

-Ha sido la peste -dijo-. Se enloquecieron todos. Y además, porque los señores de la municipalidad y de la castellanía, regidores, procurador, nos abandonaron todos. Ya no hay pastores. Los carneros están rabiosos. Cuando aparecieron nuevos casos del mal en Beuvron gritaron: « ¡Quememos las casas apestadas!». Dicho' y hecho. Como no estabas, naturalmente, empezaron por la tuya. Lo hicieron de buena gana, cada uno aportó lo suyo: creían trabajar para el bien de la ciudad. Y después se excitaron los unos a los otros. Cuando se empieza a destruir, no se qué pasa: uno se emborracha, pasa por encima de todo y ya no puede parar... Cuando le prendieron fuego, se pusieron a bailar alrededor. Era como una locura... *Sobre el puente de Beuvron, todos bailan, todos bailan... Si* les hubieras visto... *Mirad cómo bailan..., si* les hubieras visto, tal vez hasta tú mismo habrías bailado con ellos. Piensa cómo ardió y detonó la madera que tenías en el taller... En una palabra, quemaron todo.

-Hubiera querido verlo. Debe de haber sido hermoso -contesté. Y lo pensaba, pero también pensaba:

« ¡Estoy muerto! Me han matado.» Pero esto me cuidé de decírselo a Jojot.

-Entonces ¿no te causa impresión? -preguntó descontento. (Me quería el buen hombre; pero nadie se molesta -¡bendita especie humana!- por ver cada tanto a su vecino en un mal momento, aunque más no sea por el placer de consolarlo.)

Dije:

-Para hacer esa hermosa hoguera es una lástima que no hayan esperado a San Juan.

Hice ademán de irme. `-¿Y lo mismo vas? -Voy. Buenos días, Jojot.

-¡Qué tipo extravagante!

Caminé, o más bien parecía caminar hasta que desapareció el carro en la curva. No hubiera podido dar un paso; las piernas se me clavaban en el vientre; me derrumbé en un mojón como si me sentara en un orinal.

Los momentos que siguieron fueron malos. Ya no necesitaba hacerme el fanfarrón. Podía ser desdichado, todo lo desdichado que quisiera. Y no me privaba de serlo. Pensaba:

«Lo he perdido todo, mi casa y la esperanza de construir otra, mis ahorros reunidos día a día, centavo a centavo, con ese lento esfuerzo que es el mejor placer, los recuerdos de mi vida adheridos a las paredes, las sombras del pasado que parecen llamas. Y he perdido mucho más, he perdido mi libertad. ¿En qué me convertiré ahora? Tendré que vivir en casa de uno de mis hijos. Me había jurado evitar esa calamidad a cualquier precio. Les amo, por cierto; me aman, por supuesto. Pero no soy tan tonto como para no saber que cada pájaro debe tener su nido, y que los viejos molestan a los jóvenes, que les molestan a su vez. Cada uno piensa en sus huevos, en los que ha empollado y ya no se preocupa por aquellos de donde viene. El viejo que se obstina en vivir es un intruso cuando pretende mezclarse con la nidada nueva; es inútil que no se haga notar, se le debe un respeto. ¡Al diablo con el respeto! Es la causa de todos los males: uno ya no es su igual. Yo hice todo lo posible para que mis cinco hijos no se sintieran ahogados por su respeto hacia mí; lo conseguí bastante; pero hagamos lo que hiciéramos y a pesar de que nos amen, nos miran siempre un poco como a un extranjero: venimos de comarcas en las que ellos no nacieron y no conocemos las comarcas hacia donde ellos van; entonces, ¿cómo podríamos comprenderles? Nos molestamos unos a los otros y nos irritamos... Y además, es terrible decirlo: el hombre más

amado debe poner a prueba el amor de los suyos lo menos posible: es tentar a Dios. No hay que pedirle demasiado a nuestra especie humana. Buenos hijos, lo son; no puedo quejarme. Y son todavía mejores cuando no hay necesidad de recurrir a ellos. Podría decir tantas cosas si quisiera... Pero tengo mi orgullo. No me gusta tomar la comida de aquellos a los que se la he dado. Parece que les dijera: Pagad. Los bocados que no he ganado se me atragantan; me parece ver ojos que cuentan lo que como. Todo lo quiero deber a mi esfuerzo. Necesito ser libre, dueño en mi casa, y salir y entrar en ella según mi voluntad. No sirvo para nada cuando me siento humillado. ¡Ah!, la miseria de ser viejo, de depender de la caridad de los tuyos, es peor aún que depender de la de tus conciudadanos: porque se sienten obligados; nunca se puede saber si lo hacen de buena gana; y uno preferiría reventar antes que molestarles.»

Así gemía, sufriendo en mi orgullo, en mi afecto, en mi independencia, en lo que había amado, esos recuerdos del pasado convertidos en humo, en todo lo que tenía de mejor y de peor; y sabía que, hiciera lo que hiciese, era inútil que me rebelara, tendría que pasar por ese único camino. Confieso que no aportaba filosofía alguna. Me sentía miserable, como un árbol al que han aserrado a ras del suelo y tronchado.

Como, sentado sobre mi orinal, buscaba algo en derredor donde aferrarme; no lejos de mí vi, velada por la cabellera de los árboles de una alameda, la torre almenada del castillo de Cuncy. Y de pronto recordé todos los hermosos trabajos que, desde hacía veinticinco años, había hecho allí; muebles, artesonados, la escalera esculpida, todo lo que ese buen señor Philbert me había encargado... ¡Famoso extravagante! Alguna vez hizo que me encolerizara endiabladamente. ¿Acaso un buen día no se le ocurrió que esculpiera a sus amantes en traje de Eva y a él en la piel de Adán, un Adán gallardo, galante, después de la llegada de la serpiente? ¿Y en la sala de armas, no tuvo la fantasía de que las cabezas de ciervo esculpidas en la panoplia tuvieran la fisonomía de los buenos cornudos de la comarca? Nos habíamos reído mucho. Pero ese diablo no era fácil de contentar. Cuando había terminado, debía volver a empezar. Y en cuanto a su dinero, raramente se lo veía... ¡No importa! Era capaz de gustar de las cosas hermosas, tanto de madera como de carne, y casi de la misma manera: y ésa es la buena ya que debe amarse la obra de arte como se ama a la querida, voluptuosamente, con el espíritu y con los miembros. Y si bien el ladrón no me pagó, me salvó. Porque sobrenado aquí cuando allá he perecido. El árbol de mi pasado está destruido, pero me quedan sus frutos; están al abrigo de las heladas y del fuego. Y tengo ganas de volver a verlos y morderlos, ahora mismo, para recuperar el gusto por la vida.

Entré en el castillo. Allí me conocían bien. El señor no estaba; pero con el falso pretexto de tomar medidas para un nuevo trabajo fui a donde sabía que encontraría a mis hijos. Hacía muchos años que no los veía. Mientras un artista siente fuerza en sus riñones, engendra y no vuelve a pensar en lo que ha engendrado. Además, la última vez que había querido entrar, el señor de Cuncy, con una risa extraña, me lo impidió. Pensé que sin duda ocultaba a alguna desvergonzada, a alguna mujer casada y como estaba seguro de que era la mía, no me preocupé. Y además, con los caprichos de esos grandes animales no hay que discutir: es más sensato. En Cuncy nadie trata de comprender al amo: está un poco tocado.

Subí, pues, animosamente, por la gran escalera. Pero no había dado diez pasos cuando, como la mujer de Lot, quedé petrificado. Los racimos de uvas, las ramas de los melocotoneros y las lianas florecidas, que se enredaban alrededor de la rampa esculpida, estaban desgajados a cuchilladas. No creía en lo que veían mis ojos y agarré a manos llenas a los pobres mutilados: sentí en mis dedos sus heridas. Lanzando un gemido y con el aliento cortado subí los escalones de cuatro en cuatro; temblaba por lo que iba a encontrar... Pero superó lo que imaginaba.

En el comedor, en la sala de las armaduras, en el dormitorio, todas las figuras de los muebles y de los artesonados tenían quién la nariz cortada, quién el brazo, quién las piernas o la hoja de parra. En las panzas de los arcones, a lo largo de las chimeneas, en los muslos esbeltos de las columnas esculpidas, se extendían los tajos de inscripciones profundas hechas a cuchillo con el nombre del propietario, algún pensamiento idiota, o bien la fecha y la hora de ese trabajo de Hércules. En el fondo de la gran galería, mi linda ninfa desnuda del Yonne, que se apoya con la rodilla en el cuello de una leona velluda, había servido de blanco; su vientre estaba agujereado por disparos de arcabuz. Y por todas partes, al azar, golpes y cortes, virutas cepilladas, manchas de tinta o de vino, bigotes pegados o puercas humoradas. En fin, todo lo que el aburrimiento, la soledad, todo lo que la bufonada y la estupidez pueden soplar de incongruente en el cerebro de un rico idiota, que ya no sabe qué más inventar en el fondo de su castillo y como no sirve para nada sólo puede destruir... Si hubiera estado allí lo habría matado. Gemí y jadeé desde el fondo de mi garganta. Durante lar*go* rato no pude hablar. Tenía el cuello enrojecido y me sobresalían las venas de la frente; daba vueltas a los ojos como un cangre*jo.* Y por fin lograron pasar algunos juramentos. ¡Ya era hora! Un poco más y me ahogaba... Y una vez lanzada la ola, por Dios, me prodigué. Diez minutos seguidos, y sin tomar aliento, maldije a todos los dioses y desahogué mi odio:

-¡Ah! -grité-, necesitabas que trajera a tu cubil a mis bellos hijos para que los torturases, mutilases, violases, mancillases y pisoteases. ¡Ay!, mis pobres pequeños, concebidos en la alegría, vosotros con los que contaba para que fuerais mis herederos, vosotros a los que había hecho sanos, robustos y regordetes, provistos de miembros bien carnosos, sin que os faltara nada, vosotros que habíais sido fabricados con una madera en la que se vive mil años, en qué estado os encuentro, lisiados, estropeados, arriba, abajo, por el medio, por delante, por la proa y la popa, desde el sótano al granero, más cosidos a cuchilladas que una banda de viejos bandidos que vuelve de la guerra. Y tenía que ser yo el padre de todo este hospital... ¡Gran Dios, atiéndeme, otórgame la gracia (tal vez mi ruego te parezca superfluo) de no dejarme entrar, cuando muera, en el paraíso sino en el infierno, cerca del asador donde Lucifer asa las almas dé los condenados, para que con mi mano dé vueltas y más vueltas al verdugo de mis hijos, atravesado por el culo!

Estaba diciendo eso cuando el viejo Andoche, un lacayo al que conocía, vino a rogarme que terminara con mis mugidos... Mientras me empujaba hacia la puerta, el buen hombre trataba de consolarme:

-Pero, ¿es posible desesperarse así -decía- por unos pedazos de madera? ¿Qué dirías si tuvieras que vivir como nosotros con este loco? Es mejor que se divierta con madera, es su derecho, con trabajos que te ha pagado, que a costa de los buenos cristianos como tú o yo.

-¡Eh! -contesté-, ¡que te apalee! ¿Crees que no me dejaría azotar por uno de esos pedazos de madera que mis dedos han amado? El hombre es nada; lo sagrado es la obra. ¡Triple asesino quien mata la idea!

Hubiera dicho otras cosas de este estilo y con la misma elocuencia; pero vi que mi público no había comprendido nada y que para Andoche estaba casi tan loco como el otro. Y como, en ese momento, en el umbral de la puerta me volví una vez más para, por última vez, abarcar el espectáculo de ese campo de batalla, lo burlesco de las cosas, de mis pobres dioses sin nariz y de su Atila, de Andoche con ojos plácidos que me miraban con piedad, y de mí, pedazo de animal, que perdía mi saliva gimiendo en soliloquios como un zoquete, me atravesó la cabeza... firssst... como un rayo; tanto, que olvidando de pronto mi cólera y mi pena, me reí en las narices de Andoche, pasmado, y me fui.

Volví al camino y me dije:

«Esta vez me han quitado todo. Sólo sirvo para que me entierren. No me queda más que mi pellejo... Sí, pero también, demonios, queda lo que hay dentro. Como aquel sitiado que contestaba al que le amenazaba, si no se rendía, con matar a sus hijos: "¡Si quieres! Aquí tengo el instrumento para fabricar otros", tengo el mío, por Cristo, no me lo han quitado, no pueden quitármelo... El mundo es una llanura árida donde, cada tanto, crecen los campos de trigo que nosotros, artistas, hemos sembrado. Los animales de la tierra y del cielo vienen a mordisquearlos, roerlos y pisotearlos. Impotentes para crear, sólo pueden matar. Roed y destruid, animales, pisotead mi trigo, haré germinar otro. Espiga madura, espiga muerta, ¿qué me importa la cosecha? En el vientre de la tierra fermentan las nuevas simientes. Soy lo que será y no lo que ha sido. Y cuando llegue el día en que mi fuerza se apague, cuando ya no tenga mis ojos, mis narices carnudas y debajo, el gaznate por donde desciende el vino y donde está bien colgada mi lengua bulliciosa, cuando ya no tenga mis brazos, la habilidad de mis manos y mi fresco vigor, cuando sea muy viejo, sin sangre y sin sentido común... ese día, Breugnon mío, es que ya no estaré aquí. Vamos, no te inquietes. ¿Os imagináis un Breugnon que ya no sienta, un Breugnon que no ría más, y que no meta las cuatro patas a la vez? No, será porque ya ha salido de sus calzones. Podéis quemarlo. Os abandono despojos míos...

Y enseguida volví a ponerme en camino hacia Clamecy. Al terminar de subir la cuesta, haciendo el fanfarrón y jugando con el bastón (en verdad ya me sentía reconfortado) vi venir hacia mí a un hombrecito rubio, corriendo y llorando, que era Robinet llamado Binet, mi joven aprendiz. Un muchachito de trece años que en el trabajo estaba más atento a las moscas que volaban que a las lecciones, y más a menudo fuera que dentro, dando vueltas o espiando las pantorrillas de las muchachas que pasaban. Le daba tortazos veinte veces por día. Pero era hábil como un mono, astuto; sus dedos eran como él, malignos, buenos obreros; y a pesar de todo, me gustaba su boca siempre abierta, sus dientes de pequeño roedor, sus mejillas flacas, sus ojos finos y su nariz respingona. Y el pícaro lo sabía. Era inútil que alzara el puño y lanzara truenos: veía la risa en el rabillo del ojo de Júpiter. Así, cuando le había zurrado, se sacudía, tranquilo como un borrico y volvía a empezar. Era un perfecto bribón.

No me asombré, pues, de verle, igual a un tritón de fuente, con gruesas lágrimas en forma de pera cayéndole, chorreando de sus ojos y de su nariz. Y se lanza sobre mí y me abraza inundándome el pecho con sus lloros y bramando. No comprendía nada y le dije:

-Bueno, vamos. ¿Qué tienes? ¡Quieres dejarme! Uno se suena antes de abrazar a alguien.

Pero en lugar de terminar, siguió abrazado a mí y como a lo largo de un ciruelo se dejó deslizar hasta mis rodillas y cayó a tierra llora que te llora. Empecé a inquietarme:

-Vamos, muchacho. ¡Levántate! ¿Qué tienes?

Le tomé por los brazos, le levanté... ¡upa!..., y vi que tenía una mano vendada que sangraba a través de los trapos, la ropa hecha andrajos y las cejas quemadas. Le dije (ya había olvidado mi historia):

Tunante ¿has hecho otra tontería? Gimió:

-¡Ay, maestro, tengo tanta pena!

Le senté a mi lado, en un talud y le dije: -¿Hablarás o no?

Gritó:

-¡Todo está quemado!

Y de nuevo empezaron a correr las grandes aguas. Entonces comprendí que toda esa enorme pena era por mi causa, era por el 5„ incendio; y no puedo decir qué bien me hizo.

-Mi pobre niño -contesté-, ¿por eso lloras? Repitió porque creyó que no había comprendido:

-¡El taller se ha quemado!

-Y sí, tu noticia está recalentada, ya la conozco. En una hora me la han cacareado diez veces en los oídos. ¿Qué le vamos a hacer? Es una desgracia.

Me miró aliviado. Sin embargo aún sentía congoja.

-¿Querías a tu jaula, mirlo, y sólo pensabas en los medios para salir de ella? Vamos -dije-, pienso que habrás bailado como los otros alrededor de la leña.

No creía una sola palabra de lo que decía. Se indignó:

-¡No es verdad -gritó-, no es verdad! Peleé con la gente. Todo lo que pudimos para contener el fuego, maestro, lo hicimos. Pero éramos sólo dos. Y Cagnat, aunque enfermo (es mi otro aprendiz) saltó de la cama temblando de fiebre y se puso delante de la puerta de la casa. ¡Pero cualquiera contiene a una manada de búfalos! Nos barrieron, nos arrollaron, nos pisotearon y nos echaron a rodar. Era inútil que lanzáramos golpes de ciego: pasaron sobre nosotros, como un río cuando las compuertas de la esclusa se abren. Cagnat se levantó y corrió hacia ellos: casi le mataron. Y yo, mientras ellos peleaban, me metí en el taller incendiado... ¡Dios mío, qué fogata! Todo ardía a la vez, era como una antorcha que estiraba su lengua, blanca, roja y sibilante escupiéndonos en la nariz llamas y humo. Yo lloraba, tosía, empezaba a asarme y me decía: « ¡Robín, te convertirás en un budín»... ¡Ya veremos! ¡Vamos! Tomé impulso e hice como en San Juan, salté con el calzón quemado y el pelo chamuscado. Caí sobre un montón de virutas que estallaban. Yo hice otro tanto, salté, tropecé y caí cuan largo soy dando con la cabeza contra el banco. Quedé aturdido. No durante mucho tiempo. Alrededor de mí oía crepitar el fuego y a esos brutos afuera que bailaban y bailaban. Traté de levantarme, volví a caer, estaba todo magullado; me arqueé sobre mis codos y vi a diez pasos a su Santa Magdalena pequeña con su menudo cuerpo desnudo, vestido con sus cabellos, lindo y regordete ya lamido por el fuego. Grité: «¡Deteneos!». Corrí, la tomé en mis manos, apagué sus hermosos pies que ardían y la estreché entre mis brazos; por Dios que no sé qué hice; la abrazaba, lloraba y decía: «Mi tesoro, te tengo, te tengo, no tengas miedo, te tengo, no arderás, ¡te doy mi palabra! ¡Y tú también ayúdame! Magdalenita, nos salvaremos...». No tenía tiempo que perder... ¡bumm!... se cayó el techo. Imposible volver por donde había venido. Estábamos cerca de la claraboya redonda que da al río; rompí el cristal con el puño, pasamos por el agujero como por un aro: había espacio justo para el cuerpo de los dos. Rodé, y me fui de cabeza al fondo del Beuvron. Por suerte el fondo está muy cerca de la superficie; y como era blando y relleno de médula, la Magdalena al caer no se hizo ni un chichón. Yo tuve menos suerte: como no la había dejado chapoteé, enredado, con la boca clavada en la olla. Bebí y comí de ella más de lo que hubiera querido. Por fin salí; y, basta de charla, ¡aquí estamos los dos! Maestro, discúlpame por no haber hecho más.

Deshizo piadosamente su atado y sacó a la Magdalena envuelta en una túnica que mostraba, sonriendo con sus ojos inocentes y coquetos, sus piececitos quemados. Y me sentí tan emocionado (como no lo había estado por la muerte de mi vieja, la enfermedad de Glodie, mi ruina y la masacre de mis obras), que lloré.

Y mientras abrazaba a Magdalena y a Robinet me acordé del otro y dije:

-¿Y Cagnat? Robinet contestó: -Murió de pena. Me arrodillé en el camino, besé la tierra y dije: -Gracias, muchacho.

Y al mirar al joven que estrechaba la estatua entre sus brazos heridos dije al cielo mostrándoselo:

-He aquí mi más hermoso trabajo: las almas que he esculpido. No me las quitarán. ¡Quemad la madera! El alma es mía.

X
EL MOTIN

Finales de agosto. Cuando la emoción estuvo digerida, le dije a Robinet:

-Basta. Lo hecho, hecho está. Veamos que queda por hacer.

Le hice contar lo que había pasado en la ciudad en los quince o veinte días que había faltado de ella, pero de manera clara y breve, sin palabrería, porque la historia de ayer es historia antigua; y lo esencial es saber dónde estamos. Me enteré de que en Clamecy reinaba la peste y el miedo, el miedo más que la peste: porque ésta ya parecía buscar suerte en otra parte, dando paso a los malandrines que, de todas partes, atraídos por el olor, venían a arrancarle su presa de las manos. Eran dueños del terreno. Los almadieros, hambrientos y furiosos por terror al mal, dejaban hacer o hacían como ellos. En cuanto a las leyes, yacían por tierra. Quien estaba encargado de guardarlas se fue a guardar sus campos. De nuestros cuatro regidores, uno estaba muerto, dos habían huido; y el procurador había puesto los pies en polvorosa. El capitán del castillo, un buen viejo, pero gotoso y con un solo brazo, con los pies hinchados y con un cerebro no mejor que el de un ternero, se había hecho despedazar en seis partes. Quedaba un regidor, Racquin, que al verse solo frente a esas fieras desatadas, por miedo, por debilidad, por astucia, en lugar de enfrentarles, creyó más sensato ceder y participar del fuego. Al mismo tiempo, sin habérselo confesado (le conozco y lo adiviné) se arregló para satisfacer a su alma rencorosa lanzando sobre tal o cual cuya felicidad le molestaba, o del que quería vengarse, a la jauría incendiaria. Ahora me explico por qué eligieron mi casa. Pero dije:

-¿Y los otros, los burgueses, qué hicieron?

-Hicieron *«bee»* -dijo Binet-, son borregos. Esperan en sus casas a que vayan a degollarles. Ya no tienen pastor ni perros.

-¿Y yo, Binet? Veamos, muchacho, si me quedan colmillos. Vamos para allá, pequeño.

-Maestro, uno solo no puede hacer nada. -Siempre se puede intentar.

-¿Y si esos miserables lo atrapan?

-Ya no tengo nada, me río de ellos. ¿Van a peinar a un diablo que ya no tiene pelo?

Se puso a bailar.

-¡Cómo nos vamos a divertir! ¡Tarantantín, tarantantán, mira, espía, quema, toma, échalos, échalos!

Y dio una voltereta sobre su mano quemada y estuvo a punto de caerse. Me puse serio:

-¡Eh!, macaco -dije- ¿crees que es un asunto como para ponerse a bailar prendido de tu cola a un árbol? Ponte de pie. Seamos serios. Se trata de que me escuches.

Y me escuchó con los ojos brillantes:

-No te reirás durante mucho tiempo. Yo me voy solo a Clamecy.

-¡y yo ! ¡y yo!

-A ti te envío en embajada a Dornecy para que adviertas al magistrado Nicole, nuestro regidor, el hombre prudente, que tiene buen corazón y mejores piernas y que se quiere a él mismo más que a sus conciudadanos, pero más que a él ama sus bienes, que mañana por la mañana se beberán su vino. De allí te vas hasta Sardy y verás en su palomar a maese Guillaume Courtignon, el procurador, al que le dirás que su casa de Clamecy será quemada, sin falta, esta noche, saqueada y etcétera, etcétera si él no vuelve. Y volverá. No te digo más. Tú solo sabrás encontrar lo que hay que decir y no necesitas lecciones para mentir.

El pequeño dijo hurgándose la oreja:

-No es ése el problema. Pero no quiero dejarle. Le contesté:

-¿Te he preguntado qué quieres o qué no quieres? Lo quiero yo y obedecerás.

Protestó. Dije: -¡Basta!

Y como el pequeño se inquietaba por mi suerte:

-No te prohíbo -le dije- correr. Cuando hayas terminado, podrás reunirte conmigo. La mejor manera de ayudarme es traerme refuerzos.

-A todo correr -dijo- los traeré, sudando, resoplando, sobre sus barrigas, a Courtignon y a Nicole, aun cuando tenga que atarles una cacerola a sus zapatos.

Se fue como un rayo, pero volvió a detenerse: -Maestro, al menos dígame qué va a hacer.

Con aire de importancia, misteriosamente, contesté

-Ya lo verás.

(Y a fe mía que no tenía la menor idea.)

Hacia las ocho de la noche llegué a la ciudad. El sol rojo se había puesto bajo nubes de oro. La noche apenas empezaba. ¡Qué hermosa noche de verano! Pero no había nadie para gozarla. Ni un mirón, ni un guardia en la puerta del mercado. Se podía entrar como en un molino. En la calle Mayor un gato flaco roía pan; se erizó al verme y desapareció. Las casas, con los ojos cerrados, mostraban cara de palo. Ni una voz. Dije:

-Están todos muertos. He llegado demasiado tarde.

Pero oí que detrás de los postigos espiaban el ruido de mis pasos que resonaban. Golpeé, grité:

-¡Abrid!

Nadie se movió. Fui a otra casa. Volví a golpear con el pie y con el bastón. Nadie abrió. Oí dentro un frr frr de ratas. En ese momento comprendí. .

-¡Los hipócritas se entierran! ¡Por Dios, voy a morderles el trasero! Con el puño y con el pie batí el parche en el escaparate del librero y grité:

-¡Eh, viejo hermano! ¡Denis Saulsoy, demonios! Voy a romperlo todo. ¡Abre! Abre, cabrón, soy Breugnon.

Y enseguida, como por arte de magia, habríase dicho que un hada hubiera tocado con su varita las ventanas, todos los postigos se abrieron, y vi, a lo largo de la calle del Mercado, asomados a las ventanas, alineados a lo largo como cebollas, rostros borrosos que me miraban. Me miraban, miraban, miraban... No me sabía tan bello: me toqué. Y luego, los rasgos contraídos de pronto se aflojaron. Parecían contentos.

« ¡Qué buena gente! ¡Cómo me quieren!, pensé, sin darme cuenta de que mi presencia a esa hora, en ese lugar, les tranquilizaba un poco.

Y entonces empezó la conversación entre Breugnon y las cebollas. Todos hablaban a la vez; y solo contra todos les contestaba. -¿De dónde vienes? ¿Qué hiciste? ¿Qué viste? ¿Qué quieres? ¿Cómo pudiste entrar? ¿Por dónde pasaste?

Dije:

-¡Hola! ¡Hola! No nos apresuremos. Veo con placer que os queda la lengua aunque habéis perdido el corazón y las piernas. ¿Qué hacéis allí arriba? Bajad, es bueno tomar el fresco de la noche. ¿Os han quitado el calzado, que estáis encerrados?

Pero en lugar de contestar preguntaban:

-Breugnon, ¿a quién encontraste por el camino?

-Idiotas -dije-, ¿a quién queréis que encontrara si estáis todos en el nido?

-A los salteadores. -¿Salteadores? -Saquean y queman todo.

-¿Dónde?

-En Béyant.

-¡Hay que detenerles! ¿Qué hacéis en vuestros gallineros? -Cuidamos la casa.

-La mejor manera de cuidar la casa es defenderla de los otros.

-Primero, lo más urgente. Cada uno defiende lo suyo.

-Ya conozco el refrán: «Quiero a mis vecinos, pero no me preocupo por ellos.... ¡Desdichados! Trabajáis para los salteadores. Después de los otros os tocará a vosotros. Cada uno en su momento.

-El señor Racquin dijo que ante este peligro lo mejor es quedarse quietos, y perder algo hasta que se restablezca el orden. -¿Quién lo hará?

-El señor de Nevers.

-Hasta entonces correrá mucha agua bajo los puentes. El señor de Nevers ya tiene sus cosas. Antes de que piense en vosotros estaréis todos quemados. ¡Vamos, muchachos, venid! No tiene derecho a su piel el que no la defiende.

-Los otros son muchos y están armados.

-Siempre se dice que el lobo es más grande de lo que es.

-Ya no tenemos jefes.

-Sedlo vosotros mismos.

Seguía charlando, de una ventana a otra, como pájaros en sus perchas; peleaban entre ellos, pero ninguno se movía. Me impacienté:

-¿Vais a dejarme toda la noche plantado aquí en la calle, con la nariz al aire, torciéndome el cuello? No he venido para cantar una serenata, mientras con vuestros dientes tocáis a rebato. Lo que tengo que deciros no se canta ni se grita por los techos. ¡Abridme! ¡Abridme!, por Dios, o prendo fuego. Que bajen los hombres si queda alguno ahí arriba; las gallinas bastarán para guardar la casa. Medio riendo, medio jurando, se entreabrió una puerta y luego otra; una nariz prudente se aventuró; siguió un animal y tan pronto como vieron a un carnero fuera del redil salieron los otros. Algunos vinieron a observarme en mis propias narices:

-¿Estás bien curado?

-Sano como una col.

-¿Y nadie te ha buscado problemas?

-Nada, fuera de una bandada de ocas que graznaban detrás de mí.

Al verme salir a salvo de ese inquietante peligro respiraron mey me quisieron más. Les dije:

-Mirad bien. Sí, estoy entero. Todos los pedazos están en su lugar. Nada falta. ¿Queréis mis gafas? Ya es suficiente. Mañana veréis mejor. El tiempo nos urge, dejaos de tonterías. ¿Dónde podemos hablar? Gangnot dijo:

-En mi herrería.

En la herrería de Gangnot, con las pezuñas en el suelo endurecido por los cascos de los caballos, nos apretujamos en la noche, como un rebaño. Con la puerta cerrada. Un pabilo, apoyado en el suelo, hacía bailar en el techo negro de humo nuestras grandes sombras dobladas por el cuello. Todos callaban. Y de pronto, bruscamente, todos hablaron a la vez. Gangnot tomó el martillo y i-golpeó en el yunque. El golpe perforó el ruido de las voces; y por ese desgarrón volvió el silencio. Aproveché y dije:

-No gastemos saliva. Ya sé la historia. Los maleantes están entre nosotros. Bueno. Echémosles.

Contestaron:

-Son demasiado fuertes. Los almadieros están de su parte. Dije:

-Los almadieros tienen sed. Cuando ven beber a otros les gusta mirarles. Les comprendo muy bien. Nunca hay que tentar a Dios y menos a un almadiero. Si os dejáis robar no os asombréis que al que no es un ladrón le guste más ver el fruto del latrocinio en su bolsillo que en el de su vecino. Y además, en todas partes hay buenos y malos. Entonces, como dice el Señor, *ab haedis scindere oves.*

-Pero es que el señor Racquin -respondieron- el regidor, el señor Racquin nos prohíbe movernos. A él le corresponde, en ausencia de los otros, lugarteniente, procurador, asegurar el orden en la ciudad.

-¿Lo hace? -Pretende... -¿Lo hace sí o no? -Salta a la vista. -Pues hagámoslo nosotros.

-El señor Racquin dijo que si no nos movemos, nada nos pasará. La revuelta no saldrá de los arrabales.

-¿Y cómo lo sabe?

-Obligado, presionado, debió hacer un pacto con ellos. -¡Pero ese pacto es un crimen!

-Dijo que era para calmarlos. -¿Calmarlos a ellos o a vosotros?

Gangnot golpeó de nuevo en el yunque (era su ademán, su manera de hablar golpeándose el muslo) y dijo:

-Tiene razón.

Todos parecían avergonzados, apenados y furiosos. Denis Saulsoy bajando la nariz exclamó:

-Si dijéramos todo lo que pensamos, tendríamos mucho que contar.

-¿Y qué? ¿No sabes hablar? -le pregunté-. ¿No sabéis hablar? Estamos entre hermanos. ¿Qué teméis?

-Las paredes oyen.

-¿Pensáis eso? Gangnot, agarra tu martillo y ponte delante de la puerta. Al primero que quiera salir o entrar húndele el cráneo en el estómago. Aunque las paredes tengan oídos para oír, os aseguro que no tendrán lengua para contarlo. Porque cuando salgamos será para ir a ejecutar de inmediato lo que hayamos decidido. Y ahora, hablad. El que se calle es un traidor.

Se produjo un gran alboroto. Todo el odio y el miedo contenido estallaron como rayos. Gritaban mostrando el puño:

-¡Ese bribón de Racquin nos ha trampeado! Ese judas nos ha vendido, a nosotros y a todos nuestros bienes: Pero, ¿qué podemos hacer? Nada. Tiene la ley y la fuerza, domina a la policía. Dije:

-¿Dónde se esconde?

-En el ayuntamiento. Está allí día y noche y, para más seguridad, rodeado de una guardia de bribones que le guardan, y le vigilan tanto como le guardan.

-En una palabra, ¿está prisionero? Muy bien -dije-, en primer lugar vamos a liberarle. ¡Gangnot, abre la puerta!

No parecían muy decididos todavía.

-¿Qué os detiene?

Saulsoy dijo rascándose la cabeza:

-Es un asunto serio. No tememos los golpes. Pero, Breugnon, después de todo no tenemos derecho. Ese hombre es la ley. Ir contra la ley es lanzarse encima una muy pesada...

Contesté:

-... ¿Res-pon-sa-bi-li-dad? Bien, la tomo yo. No te inquietes. Cuando veo, Saulsoy, a un bribón bribonear, empiezo por aporrearle y después le pregunto cómo se llama; así sea procurador o papa. Amigos, haced lo mismo. Cuando el orden es el desorden, es necesario que el desorden restablezca el orden y salve la ley.

Gangnot dijo: -Voy contigo.

Con el martillo al hombro, con sus manos enormes (cuatro dedos en la izquierda, faltaba el índice machacado), bizco de un ojo, negro de piel, recto el cuerpo y ancho como un tonel, parecía una torre que caminara. Y detrás de él se amontonaban los demás siguiendo la muralla de su espalda. Cada uno corrió a su tienda para buscar el arcabuz, la cuchilla o el mazo. Y no juraría si alguno que entró no volvió a salir esa noche, sin duda porque el pobre hombre no encontró su arma. Porque a decir verdad, al llegar a la gran plaza, éramos bastantes menos. Pero quedaban los buenos.

Por suerte, la puerta del ayuntamiento estaba abierta: el pastor estaba tan seguro de que sus corderos se dejarían trasquilar hasta el último sin balar que sus perros y él dormían con el sueño de los inocentes, después de haber cenado muy bien. Nuestro asalto, pues, debo confesarlo, no tuvo nada de heroico. Como quien dice sólo tuvimos que tomar la urraca del nido. Y lo sacamos de él, desnudo y sin calzar, como un conejo sin piel. Racquin era gordo, con la cara redonda y rosada, y rollos de carne en la frente, debajo de los ojos, con aire dulzón, ni bueno ni tonto. Y nos lo hizo ver. Desde el primer momento supo, sin dudarlo, lo que debía esperar. Sólo hubo un destello de miedo y de cólera en sus pequeños ojos grises, hundidos debajo de los rollos de los párpados. Pero enseguida se recuperó y, con voz de autoridad, nos preguntó qué derecho teníamos para invadir la casa de la ley.

Le contesté:

-Para arrancarte de la cama. Se encolerizó. Saulsoy agregó:

-Señor Racquin, ya ha pasado el momento de amenazar. Aquí el acusado es usted. Venimos a pedirle cuentas. Defiéndase.

Él cambió *súbito* de música.

-Pero, queridos conciudadanos -dijo-, no me explico qué queréis de mí. ¿Quién se queja? ¿Y de qué? ¿No me he quedado aquí, a riesgo de mi vida, para protegeros? Cuando todos los otros huyeron, fui el único que debió hacer frente al motín y a la peste. ¿Qué me reprocháis? ¿Soy yo la causa de los males que trato de remediar?

Le respondí:

-Dicen que «El médico listo hace hedionda la llaga». Así lo haces tú, Racquin, médico de la ciudad. Engrasas el motín y alimentas la peste, y luego le arrojas lo peor a tus dos bestias. Te entiendes con los ladrones. Incendias nuestras casas. Entregas lo que debes guardar. Guías a los que debes golpear. Pero dinos, traidor, ¿haces este vergonzoso oficio por miedo o por codicia? ¿Qué quieres que te pongamos al cuello? ¿Qué cartel? *Éste es el hombre que vendió su ciudad por treinta dineros...* ¿Por treinta dineros? No eres tan tonto. Desde Iscariote los precios han aumentado. O *Éste es el regidor que, para salvar su piel, puso en subasta la de sus conciudadanos*

Se enfureció y dijo:

-Hice lo que debía, lo que era mi derecho. Las casas por las que pasó la peste, las quemé. Es la ley.

-Y tachas de peste, marcas con una cruz las casas de todos los que no están contigo. «El que quiere ahogar á su perro...» ¿Y también para combatir la peste dejaste saquear las casas apestadas?

-No pude impedirlo. Y qué os importa si luego esos pillos revientan como ratas. Dos pájaros de un tiro. ¡Buena salida!

-Va a decirnos que combate la peste con los maleantes, y a los maleantes con la peste. Y como una cosa trae la otra, quedará r'como vencedor sobre la ciudad destruida. ¿No es así? Muerto el enfermo y muerta la enfermedad, sólo queda el médico... Y bien, señor Racquin, a partir de hoy, nos ahorraremos tus cuidados, nos cuidaremos nosotros mismos; y como todo trabajo tiene derecho a un salario te reservamos...

Gangnot concluyó:

-Tu lecho en el cementerio.

Fue como si hubiera caído un hueso en medio de una jauría. Se lanzaron sobre la presa aullando y uno gritó:

-¡Vamos a acostar al niño!

La caza, por suerte, se refugió en la alcoba; y, apoyado en la pared, feroz, miraba los hocicos listos para morder. Yo contuve a los perros:

-¡Ya está bien! ¡Dejadme a mí!

Quedaron al acecho. El miserable, desnudo, rosado como un cerdo, temblaba de espanto y de frío. Tuve piedad. Le dije: -Vamos, ponte las calzas, ya hemos visto demasiado tu culo.

Se rieron como condenados. Aproveché la calma para hacerles entrar en razón. El animal, sin embargo, se recuperó, entrechocando los dientes y con mirada aviesa, porque sentía que el peligro se alejaba. Cuando estuvo vestido, seguro de que ese día no se zamparían la liebre se envalentonó y nos insultó; nos llamó rebeldes y amenazó con hacernos condenar por insultar a un magistrado. Le Y expliqué:

-Ya no eres el magistrado, te destituyo.

Entonces volvió su cólera contra mí. El deseo de vengarse era más fuerte que la prudencia. Dijo que me conocía bien, que mis consejos habían sorbido los débiles sesos a esos revoltosos, que haría caer sobre mí el peso de sus atentados, que era un depravado,,En su rabia tartajosa, con voz agria y silbante descargó sobre mis hombros una carretada de palabras gruesas. Gangnot dijo: -¿Hay que matarlo? Le contesté:

-Estuviste inspirado, Racquin, al arruinarme. Sabes, pillo, que no puedo hacer que te prendan sin que sospechen que actúo por venganza, por el incendio de mi casa. Y sin embargo, el collar de cáñamo te sentaría admirablemente. Pero dejemos a otros la tarea de engalanarte. No pierdes nada por esperar. Lo importante es que te tenemos. Ya eres nada. Te arrancamos tu hermosa toga de regidor. Y de esta manera tomamos en nuestras manos el remo y el timón.

Balbuceó:

-¿Sabes, Breugnon, lo que arriesgas? Le contesté:

-Lo sé, muchacho, mi cabeza. Y la pongo en juego, en el juego del todo o nada. Si la pierdo la ciudad gana.

Le llevaron a la cárcel. Allí encontró el lugar caliente que le dejó un viejo sargento, encerrado tres días antes por haberse negado a obedecer a su comandante. Los ujieres y el portero del ayuntamiento, ahora que el golpe estaba dado decían que bien dado, y que siempre habían pensado que Racquin era un traidor. ¡Qué bien piensa el que no hace nada!

Hasta entonces nuestro plan se había llevado a cabo como un cepillo que se desliza por una tabla lisa sin encontrar un nudo. Y me asombraba. Estaba preguntando: « ¿Dónde se ocultan los malhechores? cuando gritaron:

-¡Fuego!

¡Diablos! Seguían saqueando.

En la calle, un hombre sin aliento nos dijo que toda la banda estaba asaltando los almacenes de Pierre Poullard, en Bethléem, más allá de la puerta de la torre Lourdeaux, que quemaba, rompía y bebía sin medida. Dije a los compañeros:

-¡Si quieren música para bailar, aquí estamos!

Corrimos a la Mirandole. Desde la terraza se dominaba la ciudad baja de la que subía, en la noche, un ruido de aquelarre. En la torre San Martín, tocaban a rebato.

-Camaradas, hay que bajar -dije- hay que bajar al horno. Y va a estar caliente. ¿Estamos listos? Pero primero necesitamos un jefe. ¿Quién lo será? ¿Quieres serlo tú, Saulsoy?

-No, no, no -respondió, retrocediendo tres pasos-. No quiero. Ya es suficiente que esté aquí, a medianoche, obligado a pasearme con este viejo mosquete. Le que queráis, lo que sea necesario, lo haré, menos mandar. ¡Dios bendito! nunca supe decidir nada...

Pregunté:

-Entonces ¿quién quiere?

Nadie se movió. ¡Ya conocía yo a esos pájaros! Hablar, caminar, eso todavía. Pero para decidir nunca hay nadie. La costumbre de trapacear con la vida, cuando se es pequeño burgués, de dudar y de palpar el paño que se quiere comprar cincuenta veces, de regatear, y de esperar para llevárselo que la ocasión haya pasado, ¡o bien el paño! La ocasión pasaba, tendí el brazo:

-Si nadie quiere serlo, bueno, lo seré yo. -Está bien -contestaron.

-¡Pero que esta noche se me obedezca sin discutir! Si no, estamos perdidos. Hasta la mañana soy el único jefe. Mañana me juzgaréis. ¿Entendido?

Todos respondieron:

-Entendido.

Bajamos la colina. Yo iba delante. A mi izquierda caminaba Gangnot. A la derecha tenía a Bardet, pregonero de la ciudad, con su tambor. A la entrada del barrio, en la plaza de las Barreras, ya nos encontramos con una multitud demasiado alegre, sin maldad, que iba en familia, mujeres, chicos y chicas, hacia el lugar del saqueo. Parecía una fiesta. Algunas amas de casa llevaban su cesto como en un día de mercado. Se detuvieron para ver pasar nuestra tropa; y las filas se abrieron cortésmente ante nosotros; no comprendían y siguiéndonos por instinto iban pisándonos los talones. Uno de ellos, el peluquero Perruche, que llevaba una linterna de, papel la acercó a mi nariz y al reconocerme dijo:

-¡Ah! ¡Breugnon, buen muchacho! ¿Has vuelto? ¡Y llegas a punto! Vamos a brindar juntos.

-Hay tiempo para todo, Perruche -le contesté-. Brindaremos mañana.

-Envejeces, Colas mío. No hay hora para la sed. Mañana el vino ya se habrá bebido. Lo tiran. ¡Apresurémonos! ¿Por casualidad ahora le haces asco al puré de septiembre?

-Al vino robado, sí -le respondí.

-No es robado -me contesta- sino salvado. Cuando la casa arde, ¿hay que dejar que se pierdan tontamente las cosas buenas? Le aparté de mi camino:

-¡Ladrón! Y seguí.

-¡Ladrón! -le repitieron Gangnot, Bardet, Saulsoy y los otros. Siguieron su camino. Perruche quedó aterrado; luego le oí vociferar furioso y al darme la vuelta vi que corría mostrándome el puño. Ninguno de nosotros pareció verle ni oírle. Cuando nos alcanzó, se calló bruscamente y se unió a nosotros.

Al llegar a la orilla del Yonne, a la entrada del puente, fue imposible pasar. La muchedumbre era compacta. Hice sonar el tambor. Las primeras filas se abrieron sin saber demasiado por qué. Entramos como una cuña, pero quedamos atrapados. Vi a dos almadieros a

los que conocía bien, al tío Joachim llamado el *Rey de Calabria,* y a Gadin llamado Tragón. Me dijeron:

-Vaya, vaya, maestro Breugnon, ¿qué diablos viene a hacer aquí con su piel de asno y todos esos mamarrachos serios como borricos? ¿Queréis reíros o vais a la guerra?

-No sabes cuánta verdad dices Calabria -le contesté-. Porque así como me ves, por esta noche soy capitán de Clamecy y voy a defenderla contra sus enemigos.

-¿Sus enemigos? -exclamaron-. ¿No estás loco? ¿Quiénes son? -Los que están incendiando allí.

-Y qué puede importarte -replicaron- ahora que tu casa está quemada. (Lo lamentamos, sabes, con la tuya fue una equivocación.) Pero la de Poullard, ese granuja que engorda con nuestros esfuerzos, ese torcecuello que se pavonea con la lana que saca de nuestras espaldas y que, cuando nos ha dejado desnudos, nos desprecia desde lo alto de su virtud. El que robe, con seguridad va derecho al paraíso. Es pan bendito. Déjanos. ¿Qué te importa? Está bien no hacer pillaje. ¡Pero impedirlo!... Nada se pierde, más bien todo se gana.

Dije (porque se sentía un peso en el corazón de emprenderla contra esos muchachos sin haber intentado razonar primero): -Todo se pierde, Calabria. Hay que salvar nuestro honor. -¡Nuestro honor! ¡Tu honor! -contestó Tragón-. ¿Eso se bebe? ¿O bien se come? Tal vez mañana estemos muertos. ¿Qué quedará de nosotros? No quedará nada. ¿Qué pensarán de nosotros? No pensarán nada. El honor es una mercancía de lujo para los ricos, los animales a los que entierran con epitafios. Nosotros estaremos todos juntos, en la fosa común, como rodajas de merluza. Y entonces vete a saber qué huele, si el honor o la carroña.

Sin contestarle a Tragón le dije a Joachim:

-Uno solo es nada, es verdad mi querido Rey de Calabria; pero todos somos muchos. Cien pequeños hacen uno grande. Cuando hayan desaparecido los ricos de hoy, cuando se hayan pulverizado, con sus epitafios, las mentiras de sus tumbas y el nombre de sus razas, todavía se hablarán de los almadieros de Clamecy; estará en la historia su nobleza de manos rudas, y de cabeza como los puños, y no quiero que digan que fueron unos pillos.

-Me cago en eso -contestó Tragón.

Pero el Rey de Calabria, después de escupir, exclamó:

-Si te cagas, es porque eres un cochino. Tiene razón Breugnon. Si supiera que dicen eso, yo también me sentiría ofendido. Y por San Nicolás que no se dirá. El honor no es de los ricos. Ya se lo haremos ver. ¡Sean sires o señores ni uno de ellos vale como nosotros!

Tragón agregó:

-¿Es necesario enojarse? ¿Acaso ellos se enojan? No hay vampiros más grandes que esos príncipes, esos duques, el Conde, el Soissons, y el nuestro, el Nevers y el gordo Épernon, que cuando tienen llenos los carrillos y la panza, los cerdos, se atracan de millones hasta reventar, y cuando el rey muere, saquean su tesoro. Ése es el honor de ellos. Es verdad, seríamos muy brutos si les h imitáramos.

Y el Rey de Calabria juró:

-Son cochinillos. Algún día nuestro Enrique volverá de su tumba para hacerles vomitar, o seremos nosotros los que les asaremos rellenos con su oro. Si los grandes se hacen los puercos, les degollaremos. Pero no les imitaremos en su pocilga. El ejemplo lo daremos nosotros. Hay más honor en el muslo de un almadiero que en el corazón de un gentiladronhombre.

-Entonces, mi rey, ¿vienes?

-Voy; y éste, Tragón, también vendrá. -¡No, qué diablos!

-Vendrás, te lo digo, o mira el río, te tiro allí abajo. Vamos de prisa, caminemos. Y vosotros, por la Madre de Dios, haced lugar, atontados, que paso.

Y pasaba, empujando a la gente con sus pértigas. Y nosotros en el remolino le seguíamos como la morralla a un pez gordo. Los que íbamos encontrando estaban demasiado bebidos para que se pudiera pensar en discutir. Cada cosa en su lugar: los argumentos de la lengua, primero, y luego los puños. Sólo se trataba de sentarlos en el suelo sin estropearlos demasiado: un borracho es sagrado.

Y finalmente nos encontramos delante de las puertas del almacén. La nube de salteadores hormigueaba en la casa de Pierre Poullard, como piojos en costura. Unos sacaban cofres y bultos; otros se habían vestido con los trajes robados; algunos alegres farsantes tiraban, para divertirse, los jarros y vasos desde las ventanas del primer piso. En mitad del patio hacían rodar las barricas. Vi a uno que bebía con la boca pegada a la espita, hasta que se derrumbó, con las patas al aire, bajo el rojo chorro. El vino formaba charcos que los niños lamían. Y para ver mejor habían puesto un montón de muebles en el patio y los hacían arder. En el fondo de las bodegas se oía cómo los mozos desfondaban los toneles y los tonelillos; aullidos, gritos, toses que se estrangulaban: bajo tierra, la casa gruñía como si en su vientre llevara una piara de gorrinos. Y aquí y allá salían de los tragaluces lenguas de humo que lamían los barrotes.

Entramos en el patio. No se ocupaban de nosotros. Cada uno estaba en lo suyo. Dije:

-¡Toca, Bardet!

Bardet batió el parche. Pregonó los poderes que la ciudad me acordaba y, hablando a mi vez, ordené a los salteadores que se fueran. A los redobles del tambor, se habían reunido, como un enjambre de moscas cuando golpean un caldero. Y cuando cesó su ruido, todos volvieron a zumbar furiosos y se lanzaron contra nosotros, silbando, gritando y arrojando piedras. Traté de forzar las puertas de la bodega; pero desde las ventanas del granero dejaban caer tejas y vigas. Sin embargo entramos rechazando a esos pillos. Gangnot perdió otros dos dedos de la mano y al Rey de Calabria le reventaron un ojo. Yo, al empujar la puerta que se cerraba, me encontré atrapado como un zorro en la trampa, con el pulgar entre los goznes. ¡Maldita sea! Estuve a punto de desmayarme como una mujer y de devolver lo que tenía en el estómago. Felizmente, vi un barril reventado (era de aguardiente de orujo); remojé mi vientre y puse en él mi pulgar. Después de lo cual, os lo juro, por Cristo, no tenía ni ganas de mirar a mi alrededor. Pero yo también me enfurecí. Se me hincharon las narices.

En ese momento luchábamos en los peldaños de la escalera. Había que terminar. Porque esos diablos cornudos nos descargaban en la cara sus mosquetes y de tan cerca que a Saulsoy se le prendieron fuego las barbas. Gueurlu las apagó con sus manos callosas. Por suerte, esos borrachos veían doble al apuntar, sin lo cual ninguno de nosotros hubiera salido vivo. Tuvimos que volver a subir la escalera y nos batimos en retirada. Pero acampamos a la entrada -vi el incendio que, solapado, se deslizaba de una y otra ala hacia las habitaciones del fondo donde se encontraba la bodega- e hice cerrar la salida con una barrera de piedras, de escombros, que nos llegaba hasta el ombligo; y por encima, apuntando, bloqueando el pasaje, nuestros chuzos y nuestros bicheros, como el lomo erizado de un puercoespín hecho bola. Y grité:

-¡Bandidos! ¡Ya que os gusta el fuego, coméoslo!

La mayoría sólo comprendieron el peligro demasiado tarde, borrachos en el fondo de las bodegas. Pero cuando las grandes llamas hicieron crujir las paredes y machacaron las vigas entre sus mandíbulas, desde el fondo del suelo subió un pandemonio; y un torrente de malhechores, algunos de los cuales ardían, salió a la superficie, como el vino espumoso que hace saltar el tapón. Y vinieron a aplastarse contra la barrera; y los que empujaban formaron un tapón que tapó la

entrada. Detrás, se oía rugir desde el fondo del agujero el fuego y a los condenados. Y os ruego que creáis que esa música no nos agradaba. No es divertido oír la carne maltratada que sufre y brama de dolor. Y si hubiera sido un simple ciudadano, el Breugnon de todos los días, habría dicho: -¡Salvémoslos!

Pero cuando se es jefe, ya no se tiene derecho a tener corazón ni orejas. El ojo y el espíritu. Ver y querer y sin vacilar hacer lo que es necesario hacer. Salvar a esos bandidos era perder a la ciudad: porque si hubieran salido, habrían sido más numerosos y más fuertes que nosotros que les vigilábamos; y al estar maduros para la horca no se habrían dejado atrapar para ir al árbol. Las avispas están en el nido, que se queden allí...

Y vi que las dos alas de llamas se encontraban y se cerraban sobre el edificio del medio, crujiendo y haciendo revolotear alrededor de ellas sus plumas de humo...

Y justo en ese momento vi por encima de las primeras filas de los que se amontonaban en la garganta de la escalera, pegados unos contra otros, y sin poder mover más que las cejas, los ojos, y la boca que aullaba, a mi viejo amigo Éloi, llamado Gambi, ese holgazán, no mala persona, pero sediento (por Dios, ¿cómo se había metido en ese avispero?) que reía y lloraba, sin comprender, atontado. Granuja, haragán, te lo has merecido. Pero de todas maneras no podía verlo asarse así... Habíamos jugado, de niños, y en la iglesia de San Martín habíamos comido juntos el cuerpo de Dios: habíamos sido hermanos de primera comunión...

Aparté los chuzos, salté la barrera, caminé sobre las cabezas furiosas (mordían) y por encima de esa masa humana que humeaba llegué hasta Gambi y le agarré por el cuello. «Por los veinte dioses, ¿cómo voy a sacarle de esta tenaza?»; pensaba mientras le sostenía. «Habrá que darle un hachazo para conseguir un trozo...» Por una suerte especial (diría que hay un Dios para los borrachos, aunque no todos hayan merecido tales favores) Gambi estaba al borde de un escalón, vacilando hacia atrás, cuando los que subían le habían levantado sobre sus hombros de tal manera que ya no hacía pie y estaba suspendido, como un hueso que se estruja entre los dedos. Ayudándome con los talones para apartar, a derecha e izquierda, los hombros que me apretaban los costados, desde la fauce de la muchedumbre, logré sacar sin problema el hueso, limpiamente extraído. ¡Era hora! El fuego, en tromba, subía como por una chimenea, por el hueco de la escalera. Oí crepitar los cuerpos en el fondo del horno, y curvándome, a grandes zancadas, sin mirar en qué se hundían mis pies, volví, arrastrando a Gambi de los cabellos grasientos. Salimos de la vorágine y nos apartamos para dejar que las llamas completaran su obra. Y sin embargo, para ocultar nuestra emoción le calentamos las costillas a Gambi, a ese animal que a punto de reventar había conservado, sin abandonarlos, contra el pecho, dos platos esmaltados y una escudilla coloreada que había robado Dios sabe dónde. Y Gambi, despojado, llorando, fue a arrojar sus escudillas y deteniéndose para mear como una fuente, gritó a los cuatro vientos:

-¡No quiero guardar nada de lo que he robado!

Al despuntar el día apareció el procurador, Guillaume Courtignon, seguido de Robinet que le arrastraba a tambor batiente. Le flanqueaban treinta hombres armados y una partida de campesinos. Durante el día llegaron otros, enviados por el magistrado. Y otros más al día siguiente que nos envió el buen duque. Palparon las cenizas calientes, levantaron constatación de los estragos, hicieron la cuenta y agregaron sus gastos de viaje y estancia y sin más, se fueron por donde habían venido...

La moraleja de todo esto: «Ayúdate y el rey te ayudará.»

XI
LA BURLA AL DUQUE

Finales de septiembre.

Se restableció el orden, las cenizas se enfriaron y ya no se oía más hablar de la enfermedad. Pero al principio la ciudad estaba como aplastada. Los burgueses rumiaban su miedo. Tanteaban el terreno con el pie. Aún no estaban seguros de estar arriba y no abajo. A menudo se encerraban o, en la calle, andaban pitando, rozando las paredes con la cabeza baja y el rabo entre las piernas. No estaban orgullosos, casi no se animaban a mirarse a la cara y no sentían alegría al mirarse a sí mismos en el espejo: ya se habían visto bien y se conocían demasiado. La naturaleza humana había sido sorprendida sin camisa y no era bella. Tenían vergüenza y desconfianza. Yo, por mi parte, no me sentía muy cómodo: la matanza y el humo del quemadero me perseguían; y, más que nada, el recuerdo de las cobardías, de las crueldades, que había leído en los rostros familiares. Lo sabían y me odiaban secretamente. Lo comprendo; yo estaba mucho más molesto. Hubiera querido, de haber podido, decirles: «Amigos míos, perdón. No he visto nada... ». Y el pesado sol de septiembre caía sobre la ciudad abrumada. Fiebre de finales de verano.

Racquin se había ido, con buena escolta, a Nevers, donde el duque y el rey se disputaban el honor de juzgarlo, aunque, aprovechando sus diferencias, contaba con escapárseles de entre las manos. En cuanto a mí, nuestros señores de la castellanía habían tenido la bondad de cerrar los ojos sobre mi conducta. Al parecer salvando a Clamecy había cometido dos o tres grandes delitos que me hubieran podido costar por lo menos ir a galeras. Pero como esos delitos no habrían podido producirse si esos señores, en lugar de escapar, se hubieran quedado allí para ponerse al frente de nosotros, ni ellos ni yo insistimos. No me gusta aclarar mis asuntos con la justicia. De nada sirve sentirse inocente: nunca se sabe. Cuando se ha metido el dedo en la bendita máquina, adiós el brazo. Cortad, cortad, sin titubeos, si no queréis que todo el animal pase por allí... Además, entre ellos y nosotros, sin habernos dicho nada, se había convenido que yo no había hecho nada, que ellos no habían visto nada y que lo que esa noche se hizo teniéndome como capitán se había hecho por ellos. Pero no sólo es quererlo, porque no se puede borrar de golpe todo lo sucedido. Uno lo recuerda y es molesto. Lo leía en todos los ojos: me tenían miedo y yo tenía miedo de mí mismo, de mis hazañas, de ese Colas Breugnon desconocido, descabellado que había sido ayer. Al diablo con ese César, ese Atila, un grande de la guerra. Un grande del vino quiero ser. De la guerra ¡no, no, no es asunto mío!... En una palabra, estábamos avergonzados, derrengados y cansados; teníamos remordimientos en el corazón y en el estómago.

Todos volvimos al trabajo con furia. El trabajo se bebe las vergüenzas y las penas como una esponja. El trabajo le da al alma una piel y una sangre nuevas. Y trabajo no faltaba: ¡había ruinas por todas partes! Pero lo que más acudió en nuestro socorro fue la tierra. Nunca habíamos visto semejante abundancia de frutos y cosechas y el postre, para terminar, fue la vendimia. Se hubiera dicho de verdad que esa buena madre quería devolvernos en vino la sangre que había bebido. ¿Y por qué no, después de todo? Nada se pierde, nada debe perderse. Si se perdiera ¿adónde iría? El agua viene del cielo y vuelve a él. ¿Por qué el vino no haría el mismo vaivén entre la tierra y nuestra sangre? Es el mismo jugo. Yo soy una cepa, o lo he sido, o lo seré. Me gustaría pensarlo; y quiero serlo, y prefiero a cualquier otra inmortalidad convertirme en viña o en vergel, y sentir mi carne volverse tierna e hincharse en hermosos racimos bien redondos, bien plenos, de uva negra y arteciopelada, y hacer crujir su piel hasta abrirla al sol de verano, y (mejor aún) ser comido. De todos modos este año el jugo de la viñas desbordó y la tierra sangró por todos

sus poros. No alcanzaron los toneles y, a falta de recipientes, dejamos los racimos en las cubas o en los cubos de lejía sin siquiera prensarlos. Y mejor aún, sucedió esa cosa inaudita: que un viejo burgués de Andries, el tío Coullemard, no dando abasto, vendió a treinta sueldos la cuba de racimos con la condición de que los recogieran de la viña. ¡juzgad nuestra emoción, nosotros que no podíamos mantener la sangre fría al ver perderse la buena sangre del buen Dios! Antes que tirarla, había que beberla. Y nos sacrificamos, somos hombres que cumplimos con nuestro deber. Pero fue un trabajo de Hércules; y más de una vez fue Hércules y no Anteo el que rodó por el suelo. Lo bueno de este asunto fue que cambió el traje a nuestros pensamientos; nuestra frente se alisó y se nos aclaró la tez.

A pesar de todo, algo quedaba en el fondo del vaso, como una hez, un gusto a poso. Nos manteníamos a distancia unos de otros, nos observábamos. Habíamos recuperado un poco de aplomo, titubeando, pero no nos animábamos a acercarnos a nuestro vecino. Bebíamos solos, reíamos solos: era malsano. Las cosas hubieran podido durar mucho tiempo así y no veíamos el medio de salir de eso. Pero el azar es pícaro. Sabe encontrar el medio verdadero, el único que fundamenta a los hombres: o sea, unirlos contra alguien. El amor también acerca, pero lo que hace de todos un solo hombre es el enemigo. Y el enemigo es nuestro señor.

Ese otoño sucedió que el duque Carlos pretendió impedirnos bailar en corro. Era demasiado fuerte, ¡caray! Y de pronto no hubo gotoso, o cojo o sin patas que no sintiera que le subían hormigas por las pantorrillas. Como siempre, la ocasión para el debate fue el Prado del Conde. Es un asunto embrollado que nunca terminará de aclararse. Ese hermoso prado, situado al pie del monte de Croc Pincon, a las puertas de la ciudad, y en los bordes del cual parece negligentemente apoyado como una sierpe el Beuvron serpenteante, desde hace trescientos años, disputado, tiroteado, entre la gran bocaza del señor de Nevers y la nuestra que es menos grande, pero que sabe retener lo que tiene. Ninguna animosidad ni por una parte ni por la otra; reímos, somos amables, nos decimos: «Amigo mío, mis queridos, señor mío...». Sólo que cada cual hace lo que se le ocurre y ninguno consiente en ceder una pulgada de terreno. A decir verdad, en nuestros procesos, nunca habíamos tenido razón. Tribunales, bailía, Mesa de mármol del Palacio, dictaron sentencia tras sentencia, estableciendo que nuestro prado no era nuestro. Como se sabe, la justicia es el arte, por dinero, de llamar negro a lo que es blanco. Eso no nos perturbaba mucho juzgar no es nada, lo importante es tener. Sea la vaca negra o blanca, guarda tu vaca, buen hombre. La guardamos y nos quedamos en nuestro prado. ¡Es tan cómodo! ¡Pensad! Es el único prado en Clamecy que no pertenece a uno de nosotros. Al ser del duque es de todos. Por eso no tenemos ningún escrúpulo en estropearlo. ¡Y Dios sabe cómo lo permite! Todo lo que podríamos hacer en casa, lo hacemos allí: allí trabajamos, lavamos, cardamos los colchones, sacudimos las viejas alfombras, arrojamos los desperdicios y ahí jugamos, nos paseamos, hacemos pastar la cabra y bailamos al son de las violas, y nos entrenamos en el uso del arcabuz y del tambor; y a la noche, se hace el amor allí, en la hierba florecida de papeles, a lo largo del susurrante Beuvron que de nada se asombra (¡ha visto tantas!).

Mientras vivió el duque Luís todo fue bien: porque fingía no ver nada. Era un hombre que sabía, para sujetar mejor su tiro bajo el arnés, dejarles juego a sus súbditos. ¿Qué le costaba que tuviéramos la ilusión de ser libres y de hacernos los fuertes si de hecho era el amo? Pero su hijo es un vanidoso al que le gusta más parecer que ser (se entiende, porque es nadie) y que se engallaba apenas cacareábamos. Y, sin embargo, es necesario que un francés cante y se burle de sus amos. Si no se burla, se rebela: no hay gusto en obedecer a quien quiere ser tomado siempre en serio. Sólo queremos aquello de lo que nos podemos reír. Porque la risa nos hace iguales. Pero a este estúpido se le ocurrió prohibirnos ir a jugar, bailar, apretujarnos, estropear la hierba, en el Prado

del Conde. ¡Escogía bien el momento! Después de todas nuestras desdichas, cuando más bien debió aliviarnos los impuestos. ¡Ah!, pero le demostramos que los de Clamecy no somos leña para hacer fuego, sino un tronco duro de encina donde al hacha le cuesta mucho entrar, pero mucho más le cuesta salir. No fue preciso darnos una consigna. ¡Vaya concierto! ¡Quitarnos nuestro prado! Recuperar el regalo que nos había hecho, o que nosotros nos habíamos arrogado (es lo mismo: un bien que se roba y se guarda durante trescientos años se convierte en propiedad tres veces santa y sagrada), un bien tanto más querido porque no era nuestro y lo habíamos hecho nuestro, pulgada a pulgada, día a día, y por su lenta conquista y por tenacidad, ¡el único bien que sólo nos costó el trabajo de tomarlo! Es fastidioso no tomar nada nunca. Entonces, para qué se vive. ¡Si hubiéramos cedido, nuestros muertos se habrían levantado de sus tumbas! El honor de la ciudad nos puso a todos de acuerdo.

La misma tarde del día en que el tambor de la ciudad, de manera lúgubre (parecía acompañar a un condenado a las horcas de Sembert), nos pregonó el fatal decreto, todos los hombres con autoridad, los jefes de las cofradías y de las corporaciones y los portaestandartes, se reunieron en los soportales del mercado. Yo estaba allí; representaba, como es justo, a mi patrona, la señora de Joaquín, la abuela, Santa Ana. Sobre la manera de actuar, los pareceres eran diferentes; pero todos estaban de acuerdo en que había que actuar.

` Gangnot, por San Eloy, y por San Nicolás, Calabria, eran partidarios de la manera fuerte: querían que enseguida se prendiera fuego a las puertas, que se rompieran las barreras y las cabezas de los sargentos y que se arrasara rasibus el prado hasta el cuero. Pero por San Honorato, Florimond, el panadero y Maclou, jardinero, por San Fiacre, hombres dulces para santos dulces, eran benévolos, eran sensatos y querían que nos mantuviéramos en la guerra de pergaminos: votos platónicos y súplicas a la duquesa (acompañados sin duda de los productos gratuitos de nuestro horno y de nuestro jardín). Felizmente, éramos tres, yo, Jean Bobin por San Crispín, Edmond Poifou por San Vicente que para darle una lección al duque ya no estábamos dispuestos a besarle sino a calzarle el culo. In *medio* stat la virtud. Un buen galo sabe la manera, cuando quiere burlarse de la gente, de hacerlo tranquilamente en sus narices sin tocarlas y sobre todo sin que le cueste nada. No todo es vengarse: también hay que divertirse. Y ved lo que encontramos... Pero, ¿debo contar primero la buena farsa que inventé antes de que la obra se haya representado? No, no, sería descubrirla. Es suficiente señalar, en honor de todos, que nuestro gran secreto fue conocido y guardado durante catorce días por toda la ciudad. Y si la primera idea fue mía (me siento orgulloso), cada uno le agregó algún embellecimiento, uno rehaciéndole la oreja, otro agregando un rizo o una cinta: de manera que nuestro hijo se encontró bien provisto ya que padres no faltaban. Los regidores, el alcalde, en secreto y con discreción, se informaban cada día de los progresos del niño y el maestro Delavau, por las noches, ocultando su nariz bajo la capa, venía a charlar con nosotros del tema, mostrándonos la manera de violar la ley respetándola, y triunfalmente sacaba de sus bolsillos alguna laboriosa inscripción en latín que celebraba al duque y nuestra obediencia y que podía decir justamente todo lo contrario.

Y por fin, llegó el gran día. En la plaza San Martín esperábamos a los regidores, a los señores y compañeros, bien rasurados, emperifollados y correctamente alineados alrededor de nuestros pendones. A las diez empezaron a sonar las campanas de la torre. Enseguida, en los dos ángulos de la plaza se abrieron de par en par las dos puertas del ayuntamiento y de la iglesia de San Martín y en las dos escalinatas (parecían los hombrecillos del reloj desfilando) salieron, de una parte, las sobrepellizas blancas de los curas y de la otra, amarillo y verde como los membrillos, los regidores. Al verse intercambiaron por encima de nosotros grandes saludos. Luego bajaron a la plaza precedidos, los primeros, por pertigueros adornados, trajes rojos y rojas

narices, y los otros, por los ujieres de la ciudad, embridados, haciendo sonar la cadena que llevaban al cuello, y saltar sus sables sobre el pavimento. Nosotros, alineados alrededor de la plaza y a lo largo de las casas, formamos un círculo y las autoridades, colocadas justo en el centro, parecían su ombligo. Todo el mundo estaba allí. Nadie se había atrasado. Los picapleitos, los curialescos y el notario, bajo el estandarte de San Yves, el hombre de negocios de Nuestro Padre, y los apotecarios, los médicos, finos conocedores de la orina (cada uno husmea su viña), y suministradores de lavativas, sub *invocatione* de San Cosme, que refrescaba las entrañas del paraíso, formaban alrededor del alcalde y del viejo arcipreste una guardia sagrada, la pluma y la jeringa. De los señores burgueses creo que faltaba sólo uno: el procurador, representante del duque, pero marido de la hija de Maistrat el regidor, y buen clameciense que tenía entre nosotros sus intereses y que sensatamente, enterado de lo que íbamos a hacer, y no temiendo nada tanto como tomar partido, había encontrado la manera de ausentarse de la ciudad.

Nos quedamos algún tiempo burbujeando en la plaza. Era como una cuba donde fermenta el mosto. ¡Qué alegre barahúnda! Todos hablaban, reían, los violines afinaban y los perros ladraban. Esperábamos... ¿A quién? ¡Paciencia! La sorpresa... Ahí llega. Antes de que la hayamos visto, un reguero de voces corre por delante y la anuncia. Y todas las cabezas se giran, como veletas al viento, de golpe. En la plaza desemboca desde la calle del mercado, llevada sobre los hombros por ocho sólidos muchachos y balanceándose por encima de la multitud, una construcción de madera en forma de pira164

., mide, tres tablas desparejadas, colocadas una sobre la otra, los pies encintados, con galones y revestidos de seda clara y en la cúspide, debajo de un palio bordado con lentejuelas y de donde caía una oleada de cintas de colores, una estatua velada. Nadie pensó en asombrarse: porque todos estaban en el secreto. Todos lo saludamos con mucha cortesía; pero por debajo, viejos malignos, nos burlábamos.

Apenas el artefacto avanzó por la plaza hasta el centro, entre el alcalde y el cura, desfilaron las corporaciones con los músicos al frente; dieron primero una vuelta alrededor del eje inmóvil y luego se hundieron en la callejuela que, siguiendo el portal de la iglesia, baja hacia la puerta de Beuvron.

Al frente, como he dicho, marchaba San Nicolás. Rey de Calabria, vestido con una capa de iglesia, con un sol de oro bordado a la espalda como si fuera un escarabajo, tenía entre sus brazos negros y

- nudosos el bastón del santo del río, en forma de barca con las puntas curvadas, desde la cual Nicolás bendijo con su báculo a los tres niños sentados en la cubeta. Cuatro viejos marineros le escoltaban llevando cuatro cirios amarillos, gruesos como muslos y duros como garrotes que estaban muy dispuestos a usar en caso de necesidad. Y Calabria, frunciendo las cejas y levantando hacia el santo su único ojo, caminaba separando las piernas y sacando panza.

Le seguían los compañeros del jarro de estaño, los hijos de San Eloy, cuchilleros, cerrajeros, carreteros y herreros a los que precedía Gangnot con la mano mutilada, llevando en lo alto de su pinza de dos dedos una cruz y, esculpidos en el mango, en haz, el yunque y el martillo. Y los oboes entonaron El *pantalón al revés del buen rey Dagoberto.*

Luego venían los viñadores, toneleros, cantando el himno del vino y de su santo, Vicente, que colgado en la punta de un bastón, llevaba un jarro en una mano y en la otra un racimo. Carpinteros, ebanistas, San José y Santa Ana, yerno y suegra, buenos bebedores, seguíamos al patrón de las tabernas, chasqueando la lengua y echando una ojeada al jarro. Y los de San Honorato, gordos y blancos de harina, como un trofeo romano, levantaban en una horquilla un pan redondo adornado con una corona blonda. Después de los blancos, los negros, los zapateros

embadurnados, que bailaban haciendo sonar sus tirapiés alrededor de San Crispín. Y como broche, San Fiacre todo florido. Jardineros, jardineras, llevaban en brazadas claveles y alhelíes, rosas en guirnaldas alrededor de sus sombreros, palas y rastrillos. Su pendón de seda roja que representaba a San Fiacre, con las piernas desnudas y arremangado hasta el culo con el dedo gordo crispado sobre la azada hundida, restallaba al viento de otoño.

Les siguió la máquina velada. Muchachas de blanco trotaban delante maullando cánticos. El alcalde y los tres regidores, a ambos lados, caminaban sosteniendo las gruesas borlas de cintas que caían de lo alto del dosel. Alrededor, San Yves y San Cosme formaban un cerco. Detrás, el pertiguero, como un gallo erguido sobre sus espolones, avanzaba su chorrera y el cura, flanqueado por sus abates, uno largo como día sin pan y el otro grueso, aplanado, como un pan sin levadura, cantaba, cada diez pasos, con su voz de bajo profundo, un trozo de letanía, pero sin cansarse, dejando cantar a los otros, moviendo los morros, y con las manos sobre el vientre dormía mientras caminaba. Y luego venía el grueso del pueblo, en un solo grupo, una masa compacta y blanda, como un torrente grasiento. Y ya habíamos llegado a la esclusa.

Salimos de la ciudad. Fuimos derecho al prado. El viento hacía volar las hojas de los plátanos. En el camino, el escuadrón galopaba al sol. Y el río lento arrastraba sus faldas de oro. En la barrera, los tres sargentos de la policía y el nuevo capitán del castillo fingieron no dejarnos pasar. Pero a parte del capitán, recién llegado a nuestra ciudad, que se tomaba todo en serio (el pobre bruto había corrido hasta perder el aliento y miraba con ojos furiosos), como ladrones de feria estábamos todos de acuerdo. No por eso se juró, se maldijo y censuró menos: era nuestro papel y lo representamos a conciencia pero nos resultaba muy difícil mantenernos serios. No había que prolongar la farsa demasiado tiempo porque Calabria y los suyos empezaban a representar demasiado bien. San Nicolás, en la punta de su bastón, se volvía amenazador y los cirios se estremecían en los puños atraídos por las espaldas de los sargentos. Entonces avanzó el alcalde, se quitó el bonete y gritó:

-¡Afuera los sombreros!

En el mismo momento cayó la cortina que cubría la estatua debajo del palio y los ujieres de la ciudad gritaron:

-¡Paso al duque!

El escándalo se acalló de golpe. San Nicolás, San Eloy, San Vi166

Gente, San José y Santa Ana, San Honorato, San Fiacre, alineados en ambos lados, presentaron armas; los sargentos de policía y el gordo capitán, desconcertado, descubierto, abrieron paso y se vio avanzar, bamboleándose por encima de los portadores, coronado de laureles, con el bonete sobre la oreja y la espada sobre el vientre, al duque en efigie. La inscripción del maestro Delavau así lo proclamaba al menos *urbi et orbi*... Pero a decir verdad, lo bueno de la cosa era que al no tener el tiempo ni los medios para hacer un retrato que se le pareciera, habíamos tomado buenamente de los graneros del ayuntamiento una vieja estatua (nunca supimos bien ni de quién ni por quién ya que en el zócalo sólo se leía el nombre medio carcomido de Baltasar, y luego la llamamos Balduc). Pero ¿qué importa? La fe es lo que salva. Los retratos del bueno de San Eloy, de San Nicolás o de Jesús ¿son acaso más verdaderos? Con tal que se crea, se ve lo que se quiere ver. ¿Se necesita un dios? Si me gusta, me basta con un trozo de madera para alojarle a él y a mi fe. Y ese día se necesitaba un duque. Y lo encontramos.

Delante de los pendones inclinados pasó el duque. Y como el prado era de él, entró. Y nosotros, para honrarle, le escoltamos, todos, con los estandartes al viento, sonando los tambores, las trompetas y las gaitas, y el Santo Sacramento. ¿A quién le hubiera parecido mal? Sólo a un

mal súbito del duque, a un espíritu amargado. Y medio en broma, medio en serio, hasta el capitán lo encontró bien. No podía elegir más que entre detener al duque o unirse al cortejo. Y nos siguió.

Todo iba de lo mejor, cuando estuvimos a punto de estropearlo, antes de llegar al puente. A la entrada, San Eloy chocó con San Nicolás, y San José disputó con su suegra. Cada uno quería pasar el primero, sin respetar la edad ni tener en cuenta la galantería. Y como ese día estaban todos listos para el combate y con espíritu guerrero, a todos nos cosquilleaban los puños. Felizmente, yo que soy a la vez de San Nicolás por mi nombre y de José y Ana por mi profesión, sin hablar de mi hermano de leche, San Vicente, que mama la uva, yo que soy de todos los santos con tal de que ellos estén conmigo, vi que por la ruta pasaba un carro de vendimia y a Gambi, mi compañero, que hacía eses a su lado y grité:

-¡Amigos! Entre nosotros no hay primero. ¡Abracémonos!

Aquí llega lo que nos pone a todos de acuerdo, nuestro amo, el único (después del duque, por supuesto). Ha venido. ¡Saludémosle! ¡Gloria a Baco!

Y tomando de las nalgas a Gambi le alcé sobre el carro donde cayó dando una voltereta en un tonel de uva pisoteada. Luego tomé las riendas y fuimos los primeros en entrar en el Prado del Conde. Baco, mojándose su base en el jugo del tonel, con la cabeza coronada de pámpanos, agitaba las piernas y reía. Todos los santos y santas, del brazo, detrás del trasero de Baco triunfante, le seguían bailando. Qué bien se estaba en la hierba. Bailamos, comimos, jugamos, y acampamos todo el día alrededor de ese buen duque... Y al día siguiente por la mañana, el prado parecía un corral de cerdos. Ni una brizna de hierba. Nuestras suelas estaban inscritas en el suelo blando, y testimoniaban el celo con que la ciudad había festejado al señor duque. Pienso que debió de estar bien contento. Y por Dios, también lo estábamos nosotros. A decir verdad, al día siguiente, el procurador, cuando volvió, creyó oportuno indignarse, protestar, amenazar. No hizo nada y se cuidó de hacerlo. Sí, abrió una investigación, pero tuvo buen cuidado de no cerrarla: es más sano dejar las puertas abiertas. Nadie quería encontrar nada.

Es así como mostramos que los clamecienses pueden a la vez ser sujetos sometidos a su duque y al rey y hacer siempre lo que les pasa por la cabeza: la tienen de madera. Y esta prueba una vez hecha devolvió la alegría a la ciudad desdichada. Nos sentíamos revivir. Nos hablábamos guiñando el ojo, nos abrazábamos riendo, pensábamos:

«No hemos vaciado nuestro saco de picardías. No nos han sacado la mejor. Todo va bien.»

Y el recuerdo de nuestras desgracias se fue volando.

XII
LA CASA DE LOS OTROS

Octubre.

Al final tuve que decidirme a buscar alojamiento. Tardé todo lo que pude. Para saltar mejor, uno retrocede. Desde que sólo tenía cenizas por hogar, estuve un día aquí, un día allá, en casa de un amigo, en la de otro; no faltaba gente que me tuviera en su casa, una noche o dos, mientras esperaba. Durante tanto tiempo como el recuerdo de los peligros de todos pesaba sobre todos formábamos un rebaño y cada uno en casa de los otros se sentía en su casa.

Pero esto no podía durar. El peligro se alejaba. Todos volvían a meter su cuerpo dentro de su caparazón. Menos los que ya no tenían cuerpo y yo que no tenía caparazón. No podía

instalarme en la posada. Tengo dos hijos y una hija, burgueses de Clamecy, que no me lo hubieran permitido. ¡Y no es que los dos muchachos se hubieran martirizado mucho con sus afectos! ¡Pero, el qué dirán...! Aunque no se apresuraban en tenerme. Y yo tampoco sentía prisas. Mi hablar franco choca mucho con su santurronería. ¿Quién se sacrificaría de los dos? ¡Pobres muchachos! Estaban tan molestos como yo. Felizmente para ellos, Martine, la buena hija, me quiere de verdad, lo creo. Me reclamaba a cualquier precio... Sí, pero está mi yerno. Comprendo que este hombre no tiene razones para quererme en su casa. Y todos se espiaban y me espiaban con ojos de disgusto. Y yo les escapaba; me parecía que sacaban a subasta mi viejo cuerpo.

Por el momento estaba en mi coúta en la pendiente de Beaumont. Fue allí donde, en julio, me había acostado con la peste como un viejo polizón. Porque lo bueno de la historia es que esos atontados que, por salubridad, quemaron mi casa sana, respetaron la casucha por donde pasó la muerte. Yo que ya no temo a esa señora sin nariz me sentí cómodo de reencontrar la cabaña de suelo apisonado, donde estaban tiradas las botellas del ágape fúnebre. Hablando claro, sabía que nunca podría hibernar en ese agujero. La puerta no cierra, el vidrio está roto y del techo chorrea el agua de las nubes limpiamente como de un tamiz. Pero hoy no llueve y mañana, ya habrá tiempo para pensar en mañana. No me gusta atormentarme por un porvenir incierto. Y además, cuando no puedo resolver un problema a mi gusto, mi remedio es aplazarlo para la siguiente semana. « ¿Para qué sirve? -me dicen-. Lo mismo habrá que tragar la píldora.» «Vamos -respondo-. ¿Quién sabe si dentro de ocho días el mundo estará aquí? Me sentiré bastante ofendido por haberme apresurado si después de tragarme la píldora empiezan a sonar las trompetas de Dios. Amigo mío, nunca acortéis la dicha de una hora. La felicidad se bebe fresca. Pero el fastidio puede esperar. Si la botella se airea, valdrá más.»

Así pues, esperé, o más bien hice esperar a la decisión molesta que debía tomar un día. Y para que hasta ese momento nada me perturbara eché cerrojo a la puerta e hice una barricada. Mis meditaciones no me pesaban mucho. Removía mi jardín, rastrillaba los caminos, cubría los almácigos con hojas secas, escardé las alcachofas y curé las pupas de los viejos árboles heridos. En una palabra, hice el tocado a la señora tierra que va a dormir bajo el acolchado del invierno. Después, para regalarme, fui a palparle las costillas a una perita, jaspeada de rojo y amarillo, olvidada en el peral... ¡Dios, qué bueno es dejarla deshacerse, a lo largo, arriba, abajo, a lo largo de la garganta con la boca llena de su jugo perfumado! Me arriesgué a ir a la ciudad nada más que para renovar mis municiones: no sólo las cosas para comer o beber sino también las novedades. Evité encontrarme a mi posteridad. Les había hecho creer que estaba de viaje. No juraré que lo creyeron pero, como hijos respetuosos, no quisieron desmentirme. Así parecíamos jugar al escondite como esos niños que se gritan: « ¿Lobo, está?»; y para prolongar el juego hubiéramos podido contestar durante un tiempo: «Lobo no está...». No contábamos con Martine. Cuando una mujer juega, siempre hace trampas. Martine desconfiaba. Martine me conoce; Martine enseguida descubrió la pista de mis trucos. Ella no bromea con lo que se deben entre sí padre e hijo, hermanos, hermanas y etcétera.

Una tarde que salía de la *coúta* la vi subiendo por el camino. Entré y cerré. Luego no me moví, pegado a la pared. Llegó, llamó, golpeó la puerta. Yo no me moví más que una hoja seca. Contenía el aliento (y justamente me habían dado ganas de toser). Ella, sin cansarse, gritaba:

-¡Quieres abrir! Sé que estás ahí.

Y con el puño, con el zueco, se lanzaba contra la puerta. Pensé: « ¡Qué brava! Si la puerta cediera yo no iría muy lejos». Y estaba a punto de abrir para abrazarla. No era ése el juego. Y yo cuando juego, siempre quiero ganar. Me empeciné. Martine siguió gritando y luego renunció. Oí sus pasos al alejarse titubeantes. Abandoné mi escondite, y me puse a reír... a reír y a toser... me

ahogaba de risa. Había reído todo lo que quería y me enjugaba las lágrimas cuando, detrás de mí, oí desde encima del muro una voz que decía:

-¿Es que no tienes vergüenza?

Casi me caigo. Sobresaltado volví la cabeza y vi, agarrada a la pared, a Martine mirándome. Con ojos severos dijo:

-Viejo farsante, te he atrapado. Asombrado, respondí:

-Me has cazado.

Y a los dos nos dio un ataque de risa. Contrito, fui a abrir. Ella entró como César, se plantó delante de mí y me exigió:

-Pide perdón.

-*Mea culpa* -contesté.

(Pero es igual que en la confesión, uno piensa que mañana volverá a hacerlo.)

Me tenía de la perilla, la perrilla la tiraba y gruñía:

-¡Vergüenza! ¡Vergüenza! Un vejestorio con esta cola blanca en el mentón y en la frente menos juicio que un chico.

Y tiró, dos veces, tres veces, como de una campana, a izquierda y a derecha, hacia arriba y hacia abajo, luego me dio unos golpecitos en las mejillas y me abrazó:

-Malvado, ¿por qué no vienes? -dijo-. Malvado, sabes que te esperaba.

-Hijita, voy a explicarte...

-Me lo explicarás en casa. Vamos, rápido, vayámonos.

-¡Ah! Pero no estoy listo. Déjame preparar mis bultos. -¡Tus bultos! ¡Santo día! Voy a ayudarte a hacerlos.

Me echó sobre los hombros mi vieja capa, me hundió en la cabeza mi sombrero de fieltro gastado, me ató, me sacudió y me dijo:

-¡Ya está! Y ahora nos vamos. -Un momento -dije.

Me senté en un escalón.

-¡Qué! -exclamó indignada-. ¿Te vas a resistir? ¿No quieres venir a mi casa?

-No me resisto -le contesté-, tengo que ir a tu casa, ya que no puedo hacer otra cosa.

-Bueno, qué amable eres. Así se ve tu cariño.

-Te quiero, mi buena hija -dije-, te quiero mucho. Pero te querría más en mi casa y sin verme en la casa de otro.

-¡Así que yo soy otro! -respondió. -Tú eres la mitad de ese otro.

-¡Ah, qué tontería! Ni la mitad ni el cuarto. Yo soy yo, toda entera, yo, de la cabeza a los pies. Soy su mujer: es posible. Pero él es mi marido. Y yo quiero lo que él quiere si quiere lo que yo quiero. Puedes estar tranquilo; estará encantado de alojarte en casa. ¡Ah! ¡Ah! ¡Estaría bueno que no lo estuviera!

Le dije:

-¡Ya lo creo! Igual que el señor de Nevers cuando acuartela en nuestras casas. Les he alojado tantas veces. Pero no tengo la costumbre de ser de aquellos a los que se aloja.

-Pues ya la adquirirás -me contestó-. Basta de contestaciones. ¡Andando!

-Sea. Pero con una condición.

-¿Ya empezamos con las condiciones? Te has acostumbrado rápido.

-Me alojarán según mi voluntad.

-Ya veo, quieres hacerte el tirano. Bueno, está bien. -¿Lo juras?

-Lo juro. -Y además... -Ya está bien, charlatán. ¿Quieres caminar?

Me agarró del brazo, maldito sea, ¡qué pinzas! Bueno, hay que irse.

Cuando llegamos a la casa me hizo ver la habitación que me destinaba: en la trastienda, caliente, y bajo su ala. La buena hija me trataba como a un niño de pecho. La cama estaba lista: fino edredón y sábanas frescas. Y sobre la mesa, en una vaso, un ramo de brezos. Mi corazón se alegró, divertido y conmovido. Para agradecérselo me digo:

«Buena Martine, voy a hacerla rabiar.» Y digo nítidamente:

-Esto no me sirve.

Ella me mostró, ofendida, los otros cuartos de la planta baja. No quise ninguno y elegí un pequeño reducto abuhardillado debajo del techo. Lanzó grandes gritos, pero le dije:

-Querida, será como tú quieras. Lo tomas o lo dejas. O yo me instalo aquí o me vuelvo a mi coúta.

Debió ceder. Pero desde entonces, todos los días, a todas horas del día, volvía a la carga:

-No te puedes quedar aquí; estarías mejor abajo; dime qué no te gusta; oye, alcornoque, ¿por qué no quieres?

Yo respondía burlón: -Porque no quiero.

-Harás que me condene -gritaba indignada-. Pero yo sé por qué... ¡Orgulloso! ¡Orgulloso! No quieres estar en deuda con tus hijos, conmigo. ¡Conmigo! ¡Te pegaré!

-Ésa sería la manera -le dije- de forzarme a recibir de ti, al menos, los golpes.

-No tienes corazón -me contestó. -¡Hijita mía!

-Sí, hazte el zalamero. ¡Abajo las patas, malvado! -¡Mi todo, mi dulzura, mi hermosa!

-Y ahora vas a hacerme la corte, piquito de miel ¡Halagador, charlatán, mentiroso! Dime, ¿cuándo terminarás de reírte en mis narices con tu larga boca torcida?

-Mírame. Tú también ríes. -No.

-Te ríes.

-¡No! ¡No! ¡No!

Apoyé mi dedo en su mejilla que se hinchaba de risa y que estalló:

-Lo veo... aquí.

-¡Eres tan bruto! -dijo-. No te quiero, te odio, ni tengo el derecho a enojarme. Este viejo mono a pesar de mí tiene que hacerme reír con sus muecas... Vete, te detesto. Un pícaro andrajoso, arruinado, que se hace el Artabán, el orgulloso, con sus hijos. No tienes derecho.

-Es lo único que me queda.

Me dijo todavía algunas palabras punzantes. Y yo respondí con otras bien afiladas. Los dos teníamos lengua de afiladores, pasábamos las palabras por la piedra de afilar. Por suerte, en los momentos en que somos más malvados, ella o yo decimos una buena gracia y nos reímos; no podemos impedirlo. Y todo vuelve a empezar.

Cuando ella ya había sacudido bien el badajo de su lengua (desde hacía un largo rato yo no escuchaba), le dije:

-Y ahora demos el toque de queda. Continuaremos mañana. Ella me dijo:

-Buenas noches. ¿No quieres...? Boca cerrada.

-¡Orgulloso! ¡Orgulloso! -volvió a decir.

-Escucha, mi pequeña. Soy muy orgulloso, un Artabán, un pavo real, todo lo que quieras. Pero dime francamente: si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías?

Pensó y dijo: -Haría lo mismo. -¡Ya lo ves! Y con esto dame un beso y buenas noches. Me besó refunfuñando y se fue murmurando:

-¡Es una desgracia haber recibido del cielo dos cabezotas semejantes!

-Repróchaselo a él -dije- y no a mí, querida.

-Ya lo haré -me contestó-. Pero tú no te librarás.

Y no me libré. Al día siguiente, por la mañana, ella volvió a empezar. Y yo no sé qué le tocó al cielo, pero lo mío fue bueno. Los primeros días fui tratado a cuerpo de rey. Todos me cuidaban, me mimaban; el mismo 'Florimond se ocupaba de los más pequeños detalles y me trataba con más miramientos de los necesarios. Martine le espiaba, recelosa por mí más de lo que yo mismo lo estaba. Glodie me regalaba con su cacareo. Tenía el mejor sitio. En la mesa me servían el primero. Me escuchaban cuando quería hablar. Estaba muy bien, muy bien... ¡Uf! No podía más. Estaba incómodo; no me aguantaba en ningún sitio; bajaba, volvía a subir, volvía a bajar veinte veces por hora la escalera de mi granero. Todos estaban abrumados. Martine, que no es nada paciente, se sobresaltaba, muda y crispada, cada vez que oía sonar mi paso. Si al menos hubiera sido verano, habría recorrido el campo. Y lo recorría, pero dentro de la casa. El otoño era de hielo; las grandes brumas cubrían los prados; y la lluvia caía, caía, día y noche. Estaba clavado en mi sitio. ¡Y ese sitio no era el mío, por Dios! Ese pobre Florimond tenía un gusto ingenuo, con pretensiones. Martine no se ocupaba de eso y toda la casa, los muebles, los objetos, me chocaban. Sufría. Hubiera querido cambiar todo, de forma o de lugar, las manos se me escapaban. Pero el propietario velaba: si tocaba con la punta de los dedos sus bienes, había un problema. Tenía, sobre todo, en el comedor, un aguamanil adornado con dos palomas que se picoteaban y una señorita que se hacía la almibarada con su soso amante. Me producía náuseas. Le rogué a Florimond que al menos lo quitara de la mesa en la que yo comía; los bocados se me atragantaban y me ahogaba. Pero el animal (estaba en su derecho), se negaba. Estaba orgulloso de su tarta; el mayor arte para él era una pieza montada. Y mis muecas regocijaban a la familia.

¿Qué hacer? Reírme de mí, era un tonto, seguro. Pero por la noche, me daba vueltas en la cama como una chuleta, mientras que en la parrilla, sobre el tejado quiero decir, repiqueteaba la lluvia sin descanso. Y no me animaba a pasearme por mi granero al que mis pesados pasos hacían temblar. Bueno, una vez que estaba sentado, con las piernas desnudas, meditando, sobre mi cama, me dije: «Mi Colas Breugnon, no sé ni cuándo ni cómo, pero volveré a hacer mi casa». A partir de ese momento estuve más alegre. Conspiraba. Me cuidé de decírselo a mis hijos: me hubieran dicho que con respecto a una casa yo sólo servía para un manicomio. Pero, ¿dónde encontrar el dinero? Desde Orfeo y Anfión las piedras ya no venían a bailar en ronda y, elevándose unas a otras, a construir las paredes y las casas si no era al canto de las bolsas. Y la mía había perdido su voz que nunca había sido muy buena.

Recorrí, sin dudarlo, a la de mi amigo Paillard. El buen hombre, a decir verdad, no me la había ofrecido. Pero como buenamente siento placer en pedir ayuda a un amigo, creo que él sentirá el mismo al dármela. Aproveché un claro para ir a Dornecy. El cielo estaba bajo y gris. El viento húmedo y flojo pasaba como un gran pájaro mojado. La tierra se hundía bajo los pies y sobre los campos caían, planeando, las hojas amarillas de los nogales. A las primeras palabras que le dije, Paillard, inquieto, me interrumpió, quejándose de la falta de casos, la ausencia de cobros, la falta de dinero, los malos clientes, tanto que le dije:

-Pero, Paillard, ¿quieres que te preste un centavo?

Yo estaba molesto. Él lo estaba más. Y nos quedamos enfurruñados, con aire helado, hablando de esto y de lo otro, yo furioso, él avergonzado. Lamentaba su tacañería. El pobre viejo no era un mal hombre; y me quiere, lo sé, por Dios. Nada hubiera deseado más que darme su dinero si no le hubiera costado nada; y si hubiera insistido, habría obtenido de él lo que hubiera querido. Pero no es su culpa, lleva en su piel tres siglos de usureros. Se puede ser burgués y generoso, sin duda: a veces se ve algo así y hasta se lo ha visto, dicen. Pero para todo buen burgués, el primer movimiento, cuando se toca su bolsa, es contestar no. El amigo Paillard hubiera dado mucho para poder decir que sí, pero para esto se hubiera necesitado que volviera a

pedírselo y yo me cuidé de hacerlo. Tengo mi orgullo; cuando le pido algo a un amigo creo que le doy un gran placer y si él duda, ya no quiero saber nada más, tanto peor para él. Y hablamos de otra cosa, con tono desabitado y el corazón pesado. Me negué a almorzar (le hería). Me puse de pie. Me siguió con la cabeza baja hasta el umbral. Pero en el momento de abrir la puerta, no pude más, le pasé mi brazo alrededor de su viejo cuello y sin hablar le abracé. Y él me lo devolvió. Tímidamente dijo:

-Colas, Colas ¿quieres...? -No hablemos más de eso. (Soy cabezón.)

-Colas -continuó con aire confuso- almuerza al menos. -Eso ya es otra cosa. Almorcemos, amigo Paillard.

Comimos como cuatro; pero seguí siendo de bronce y no reconsideré mi decisión. Sé que yo era el primer castigado. Pero también él.

Volví a Clamecy. Se trataba de volver a construir mi casa sin obreros y sin dinero. Eso no debía detenerme. Porque lo que atornillo en mi frente no lo está en mis talones. Empecé por visitar cuidadosamente el lugar del incendio, rescatando todo lo que podía servir, vigas roídas, ladrillos ennegrecidos, viejos herrajes, las cuatro paredes tambaleantes y negras como bonete de deshollinador. Después fui a hurtadillas a las canteras de Chevroches para azadonar, rascar, roer los huesos de la tierra, la hermosa piedra cálida a los ojos y sangrante, donde se ven regueros como de sangre coagulada. Y también en el camino a través del bosque hasta hubiera ayudado a alguna vieja encina a encontrar el reposo al final de sus días. Tal vez no estaba permitido, pero se podía hacer. Por que si sólo hubiera que hacer lo permitido, la vida sería demasiado difícil. Los bosques son de la ciudad y están para usarlos. Y se los usa, se entiende, sin hacer ruido. Y no se abusa, se piensa:

«Después de mí, los otros». Pero talar no era nada. Había que transportar. Gracias a los vecinos lo logré, porque uno me prestó su carro, el otro sus bueyes o sus herramientas, o me echaron una mano, porque eso no cuesta nada. Al prójimo se le puede pedir todo, hasta su mujer, menos el dinero. Y lo comprendo: el dinero es lo que *se puede tener, lo* que *se tendrá, lo* que *se tendría* con el dinero, todo lo que se sueña; el resto, *se tiene:* casi no se tiene.

El día en que por fin pudimos, yo y mi Robinet llamado Binet, empezar a levantar los primeros andamios, ya había llegado el frío. Me decían que estaba loco. Mis hijos me hacían escenas cada día, y los más indulgentes me aconsejaban que esperara por lo menos hasta la primavera. Yo no escuchaba nada; nada me gusta tanto como hacer rabiar a las gentes y los regentes. Yo bien sabía que solo y en invierno no podría construir una casa. Pero me bastaba con una cabaña, un techo, una jaula de conejos. Soy sociable, sí, pero con la condición de serlo si quiero, y de no serlo cuando me place. Soy charlatán, me gusta charlar con los otros, sí; pero también quiero poder charlar conmigo, a solas, en mis momentos; de todos mis compañeros lo considero el mejor y para encontrarle caminaría descalzo bajo el cierzo y sin calzas. Por lo tanto me obstinaba en construir mi casa, a pesar del qué dirán, burlándome de los hermosos sermones de mis hijos, para entretenerme conmigo mismo a mi gusto...

¡Ay! pero no fui el último en reír... Una mañana de finales de octubre cuando la ciudad se encapuchaba con la escarcha y en el suelo brillaba la baba de plata del hielo, subiendo al andamio, me resbalé en uno de los palos y ¡paf!, me encontré abajo más rápido que lo que había tardado desde abajo. Binet gritaba:

-¡Se ha matado!

Acudieron a levantarme. Estaba humillado. Dije: -¡Bah!, lo he hecho a propósito...

Quise levantarme solo. ¡Ay! ¡El tobillo! Volví a caerme... El tobillo, la clavija estaba rota. Me llevaron en unas angarillas. Martine, a mi lado, levantaba los brazos y los vecinos me

escoltaban, lamentándose y comentando el suceso. Parecíamos un cuadro sagrado: el Hijo de Dios llevado al sepulcro. Y las Marías no ahorraban sus gritos, sus gestos y sus pasos. Habrían despertado a un muerto. Yo no lo estaba, pero fingía estarlo: era lo mejor para no recibir esa lluvia sobre mis hombros. Y con aire dulce, inmóvil, la cabeza echada hacia atrás y la barba tendida en punta hacia lo alto, rabiaba por dentro, mientras me hacía el bueno...

XIII
LA LECTURA DE PLUTARCO

Finales de octubre.

Y aquí estoy, retenido por la pata... ¡Por la pata! Buen Dios, no podías haberme roto, si eso te divertía, una costilla o un brazo y dejarme mis pilares. Lo mismo me hubiera quejado, pero no quejado y derrumbado. ¡Ah, el malvado, el maldito! (¡Bendito sea su santo nombre!) Pareciera que sólo busca hacernos rabiar. Sabe que me es más querida que todos los bienes de la tierra, que el trabajo, las juergas, el amor y la amistad la que he conquistado, la hija no de los dioses sino de los hombres, mi libertad. Por eso, me ha atado a mi nicho por el pie. Debe de reírse el bribón. Y ahora contemplo, extendido boca arriba, como un escarabajo, las telarañas, las vigas del granero. ¡Allí está mi libertad! Puag, pero todavía no me tienes, buen hombre. Sujeta mi carcasa, átala, envuélvela, rodéala, vamos, otra vuelta más, como se hace con los pollos que giran en el espetón... En este momento ¿me tienes? ¿Y el espíritu, qué haces con él? ¡Ajá, ha volado, con mi fantasía! Trata de atraparlos. Necesitarás buenas piernas. Mi comadre fantasía no tiene la pata quebrada. ¡Vamos, corre, amigo mío!...

Debo decir que al principio estuve de mal humor. Me quedaba la lengua y la usaba para echar pestes. En esos días no era agradable acercárseme. Y sin embargo sabía que por mi caída podía enojarme sólo conmigo. ¡Ah, lo sabía demasiado! Todos los que venían a verme me lo machacaban en los oídos:

-¡Ya te lo habíamos dicho! ¿Qué necesidad tenías de trepar como un gato? ¡Un vejestorio de tu edad! Te lo habíamos dicho. Pero no quieres escuchar a nadie. Siempre tienes que andar trotando. ¡Y bien, trota ahora! Te lo has ganado...

¡Hermoso consuelo! ¡Cuando uno se siente un miserable dedicarse a probar, para animarnos, que además somos tontos! Martine, mi yerno, amigos indiferentes, todos los que me venían a ver, se habían pasado la consigna. Y yo tenía que sufrir sus reprobaciones, sin moverme, atrapado en el cepo, y rabiando hasta reventar. Hasta esa cría de Glodie que me dijo:

-Te está bien empleado, abuelo, por imprudente. Le lancé mi gorro gritándole:

-¡Largo de aquí!

Pero cuando me quedé solo no fue muy divertido. Martine, buena hija, insistía para que me pusieran mi colchón abajo, en la trastienda. Pero yo (confieso que en el fondo hubiera sido muy cómodo) cuando he dicho una vez que no, ¡caray!, es no. Y además a uno no le gusta, cuando está impotente, que le vea la gente. Martine, incansable, volvía a la carga: insistente, como lo son las moscas y las mujeres. Si no hubiera hablado tanto, pienso que habría cedido. Pero ella se obstinaba demasiado: si hubiera aceptado, habría tocado las trompetas por su victoria de la mañana a la noche. La mandé a paseo. Y naturalmente fue lo que todo el mundo

hizo, menos yo, por supuesto: me dejaron carcomerme en el fondo de mi granero. No te quejes, Colas, tú te lo has buscado.

Pero la razón, la verdadera, por la que me obstinaba, no la decía. Cuando uno ya no está en su casa, cuando se está en la casa de los otros, se tiene miedo de molestar, no se les quiere deber nada. Está mal si queremos hacer que nos quieran. La peor de las tonterías es hacerse olvidar... Me olvidaron muy bien. ¿Ya no me veían? Ya no venían a verme. Hasta mi Glodie me abandonaba. La oía reír abajo; y en mi corazón yo reía al escucharla; pero también suspiraba: porque me hubiera gustado saber por qué reía... « ¡La ingrata!» La acusaba, y pensaba que en su lugar yo hubiera hecho lo mismo. « ¡Diviértete, mi hermosa!»... Para entretenernos cuando ya no podemos movernos hay que hacer un poco el Job que echa pestes en su estercolero.

Un día que yacía en el mío, taciturno, vino a verme Paillard. A fe mía que no le recibí bien. Estaba allí, delante de mí, sentado al pie de la cama. Sostenía cuidadosamente un libro empaquetado. Trataba de charlar e intentaba sin éxito un tema tras otro. Yo les retorcía el pescuezo a todos con una palabra y con aire furibundo. Ya no sabía qué decir, tosía, daba golpes en la madera de mi cama. Le pedí que dejara de hacerlo. Entonces se quedó callado y no se animó a moverse. Yo me reía para mis adentros. Pensaba:

«Buen hombre, ahora tienes remordimientos. Si me hubieras prestado el dinero que te pedí, no me habría visto obligado a hacer el albañil. No me habría roto la pierna: ¡aguántate ésa! ¡Bien hecho! Porque tu tacañería me ha puesto donde estoy.»

Ya no se arriesgaba a decirme ni una palabra; y yo también me esforzaba para contener mi lengua y como me moría de ganas de moverla, estallé:

-Bueno, habla -dije-. ¿Crees que estás a la cabecera de un moribundo? No se va de visita a la casa de la gente para callarse.

Entonces, habla o vete. No le des vuelta a ese libro. ¿Qué llevas ahí?

El pobre hombre se levantó:

-Ya veo que te irrito, Colas. Y me voy. Había traído este libro... ves, es Plutarco, Vida de hombres ilustres, traducido al francés por el obispo de Auxerre, monseñor Jacques Amyot. Pensé...

(Todavía no estaba totalmente decidido)... que tal vez encontrarías...

(¡Dios, cuánto le costaba!)...

... placer, consuelo quiero decir, en su compañía...

Yo, que sabía cuánto sufría este viejo atesorador, que quería más a sus libros que a sus escudos, al prestarlos (cuando se tocaba alguno, en su biblioteca, hacía gestos de enamorado desconfiado que estuviera viendo a un bruto tomar por el cuello a su novia), me conmoví por la grandeza del sacrificio y le dije:

-Viejo camarada, eres mejor que yo, soy un animal; te he regañado. Vamos, abrázame.

Le abracé. Tomé el libro. Hubiera querido recuperarlo. -Lo cuidarás bien ¿no?

-Quédate tranquilo -le contesté- será mi almohada. Se marchó de mala gana, no parecía muy tranquilo.

Me quedé con Plutarco de Queronea, un volumen pequeño, ventrudo, más gordo que largo, de mil trescientas páginas, bien apretadas y abarrotadas: habían apilado las palabras como trigo en un saco. Me dije:

-Aquí hay para que tres asnos coman sin descanso durante tres años.

Primero me divertí mirando, al comienzo de cada capítulo, en medallones redondos, las cabezas de esos ilustres, cortadas y empaquetadas en hojas de laurel. Sólo les faltaba una ramita de perejil en la nariz. Pensaba:

« ¿Qué me importan estos griegos y romanos? Están muertos y nosotros vivos. ¿Qué podrán contarme que no sepa tan bien como ellos? Que el hombre es un animal muy maligno, pero divertido, que el vino gana al envejecer y la mujer no, y que en todos los países los grandes se mastican a los pequeños y que los masticadores masticados, los pequeños, se ríen de los grandes? Todos estos habladores romanos nos hacen largos discursos. Me gusta la elocuencia; pero les prevengo por adelantado que no hablarán solos; yo les cerraré el pico...»

Y luego hojeé el libro con aire condescendiente, dejando que mis miradas aburridas cayeran distraídamente como un sedal a lo largo del río. Y desde el primer momento, quedé atrapado, amigos míos..., amigos, qué pesca... El corcho no flotaba sobre el agua sino que se hundía y yo retiraba unas carpas y unos lucios... Peces desconocidos, de oro, de plata, irisados, vestidos de pedrería y sembrando alrededor de ellos una lluvia de destellos... Y que además vivían, bailaban, se estiraban, saltaban, tenían las agallas palpitantes y sacudían la cola... Yo, que los creía muertos... A partir de ese momento, el mundo hubiera podido derrumbarse y no me habría dado cuenta; sólo miraba mi sedal: picaban, picaban. ¿Qué monstruo saldrá de las olas esta vez? Y ¡plam!, el hermoso pez que vuela en el extremo de la línea con su vientre blanco y su cota de malla, verde como una espiga, o azul como una ciruela y brillante al sol. Los días que pasé allí (¿los días, o las semanas?) son la joya de mi vida. ¡Bendita sea mi enfermedad!

Y benditos sean mis ojos por donde se infiltra en mí la visión maravillosa encerrada en los libros. Mis ojos de mago, que bajo el encaje de los signos gruesos y apretados, cuyo negro rebaño camina entre los dos fosos de los márgenes en la página, hacen surgir los ejércitos desaparecidos, las ciudades derrumbadas, los grandes parlanchines de Roma y los rudos luchadores, los héroes y las bellezas que les llevaban de las narices, el gran viento en las llanuras, el mar soleado, y el cielo de Oriente y las nieves de antaño...

Veo pasar a César, pálido, frágil y menudo, recostado en su litera, en medio de los soldadotes que le seguían gruñendo y a ese glotón de Marco Antonio que va por los campos con sus aparadores, su vajilla, sus putas, para atracarse al borde de algún verde boscaje, que bebe, vomita y vuelve a beber, que come en su cena ocho jabalíes asados, y que pesca con caña un viejo pescado salado, a Pompeyo, mesurado, al que Flora muerde con amor, al Poliocertes con su gran sombrero y su capa dorada, en la que están pintados el rostro del mundo y los círculos del cielo, y al gran Artajerjes, reinando como un toro sobre el blanco y negro rebaño de sus cuatrocientas mujeres, y al hermoso Alejandro, vestido de Baco, que vuelve de las Indias, encima de un estrado arrastrado por ocho caballos, cubierto de ramaje fresco y de tapices púrpuras al son de los violines, pífanos y oboes que bebe y festeja con sus mariscales de sombreros con flores, y su ejército que le sigue brindando, a las mujeres que saltan como cabras... ¿No es una maravilla? A la reina Cleopatra, a Lamia, la flautista y a Satira, tan bella que cuando se la miraba dolían los ojos, en las barbas de Antonio, de Alejandro o de Artajerjes, si me place, las gozo y las poseo. Entro en Ecbátana, bebo con Thais, me acuesto con Roxana, llevo a hombros, envuelta en trapos, a Cleopatra embalada; con Antioco ruborizado y roído de fiebre por Estratonice, ardo por mi madrastra (¡curioso asunto!), extermino a los galos, voy, veo y venzo y todo sin que cueste una gota de sangre, algo que me gusta mucho.

Soy rico. Cada historia es una carabela que me trae de las Indias o de Berbería los metales preciosos, los viejos vinos en odres, los animales extraños, los esclavos capturados... ¡buenos muchachos! ¡Qué pechos, qué caderas! Todo esto es mío. Los Imperios existieron, crecieron y están muertos, para divertirme a mí.

¿Qué carnaval es éste? Parecía que soy por turno todas esas máscaras. Me deslizo en su piel, me ajusto `a sus miembros, a sus pasiones y bailo. Soy al mismo tiempo el maestro de baile,

dirijo la música, soy el buen Plutarco, sí, soy yo, sí, él ha puesto por escrito (estuve inspirado ese día ¿no es cierto?) esas pequeñas gracias... Qué hermoso es sentir la música de las palabras y la ronda de las frases que nos transportan, danzando y riendo por el espacio, libres de los lazos del cuerpo, de los males, de la vejez... ¡Pero si el espíritu es el buen Dios, loado sea el Santo Espíritu!

A veces, detenido en mitad de la historia, imagino la continuación; luego comparo la obra de mi fantasía con la que la vida o el arte ha esculpido. Cuando es el arte, a menudo adivino el enigma: porque soy un viejo zorro, conozco todas las estratagemas, y río, en mi propia cara, por haberlas aventado. Pero cuando se trata de la vida, a menudo fallo. La vida frustra nuestras malicias, y sus imaginaciones superan de lejos las nuestras. ¡Ah, loca comadre!... Sólo sobre un punto no se mete en gastos para variar su relato: el que cierra la historia. Guerras, amores, bromas, todo termina en la zambullida que ya conocéis, en el fondo de un agujero. En esto se repite. Es como un gesto de niño caprichoso que rompe sus juguetes cuando se cansa de ellos. Furioso, le grito: «Brutal villano, quieres ¿quieres dejármelo?». Se lo quito de las manos. Demasiado tarde, está roto. Y siento dulzura en acunar, como Glodie, los restos de mi muñeca. Y esta muerte que llega, como la hora en el reloj, con cada vuelta, adquiere la belleza de un refrán. ¡Sonad, campanas y zumbad, zumbadores, dig, ding, don!

Soy Ciro, el que conquistó Asia, el emperador de los persas, y *te ruego, amigo mío, que no me tengas envidia por este poco de tierra que cubre mi pobre cuerpo...*

Releo el epitafio al lado de Alejandro que se estremece en su carne, pronta a escapársele, porque le parece oír ya su propia voz que sube de la tierra. Oh, Ciro, Alejandro, que cerca os siento cuando os veo muertos...

¿Les veo o sueño? Me pellizco y digo: «Vamos, Colas ¿duermes?». Entonces, del borde de la mesa de noche al lado de mi cama, tomo las dos medallas (las desenterré en mi viñedo el año pasado) de Cómodo peludo, vestido de Hércules y de Crispina Augusta, con su barbilla gorda, y su nariz de arpía. Digo: «No sueño, tengo los ojos bien abiertos, tengo a Roma bajo mi pulgar...».

El placer de perderse en meditaciones sobre pensamientos morales, disputar conmigo, volver a cuestionar los problemas del mundo que la fuerza ha zanjado, cruzar el Rubicón... no, quedarse en la orilla... ¿lo cruzaremos o no?, luchar con Bruto, o bien con César, ser del mismo parecer y después del parecer contrario, y tan elocuentemente, y barajarlo tan bien que al final no se sabe de qué lado estamos. Es lo más divertido: estamos poseídos por el asunto, hacemos discursos, probamos, probaremos, replicamos, contestamos; cuerpo a cuerpo, cabezazo, primer asalto, párame esa estocada... y luego, al final de cuentas, nos encontramos atravesados... Ser vencidos por uno mismo. Estoy pasmado. La culpa es de Plutarco. Con su lengua dorada y su aire campechano nos dice «amigo mío» y siempre, siempre somos de su parecer; y lo mismo aunque cambie de relatos. En una palabra, de todos sus héroes el que prefiero es indudablemente el último que he leído. Además todos están sometidos, como nosotros, a la misma heroína, atados a su carro... Triunfos de Pompeyo, ¿qué sois a su lado? Ella conduce la historia. Es la Fortuna cuya rueda gira, gira, y nunca se detiene «en su posición al igual que la luna», como le hace decir Sófocles a Menelao el cornudo. Y hasta eso es muy reconfortante para los que, al menos, están en el primer creciente.

Por momentos, me digo: «Pero, Breugnon, amigo mío, ¿cómo diablos puede interesarte esto? Dime, ¿qué tienes que ver con la gloria romana? ¿Y mucho menos con las locuras de esos grandes pillos? Tú has tenido las tuyas a tu medida. ¿Es que estás desocupado para ir a cargarte con los vicios, las miserias de la gente que está muerta desde hace mil ochocientos años? Porque finalmente, muchacho (es mi Breugnon, ordenado, sensato, burgués de Clamecy el que pregona), acéptalo, tu César, tu Antonio, y Cleo la buscona, tus príncipes persas que estrangulan a sus hijos

y se casan con sus hijas, son fieros bandidos. Están muertos: y es lo mejor que hicieron en su vida. Deja en paz su polvo. ¿Cómo un hombre de edad puede encontrar placer en esas insensateces? Mira un poco a tu Alejandro ¿no te rebelas de verle derrochar, para enterrar a Efestión, su hermano mancebo, los tesoros de una nación? Vaya y pase, matarlo. La semilla humana es mala. ¡Pero derrochar el dinero! Bien se ve que esos granujas no tuvieron que hacerlo crecer. ¿Y esto lo encuentras agradable? Abres tus grandes ojos como platos, te sientes glorioso como si esos escudos hubieran salido de tus manos. Y si hubieran salido serías un gran loco. Y lo eres doble por encontrar alegría en las locuras hechas por otros y no por ti».

Contesto: «Breugnon, tus palabras son de oro, siempre tienes razón. Esto no impide que me dejaría azotar por estas pamplinas y que esas sombras descarnadas desde hace dos mil años tengan más sangre que los vivos. Les conozco y les amo. Para que Alejandro llore sobre mí como sobre Clitus, permito de todo corazón que también me mate. Siento la garganta oprimida cuando veo en el senado a César rodeado por los puñales, debatiéndose como un animal arrinconado entre los perros y los cazadores. Me quedo boquiabierto cuando pasa Cleopatra en su barca dorada, con sus nereidas apoyadas en los cordajes y sus hermosos pajes pequeños, desnudos como amores; y abro mi gran nariz para aspirar mejor la brisa perfumada. Lloro como un ternero cuando por fin Antonio, ensangrentado, moribundo, atado, es izado por su enamorada que, inclinada en el tragaluz de su torre, tira con todo su cuerpo (con tal..., ¡es tan pesado!..., que no le deje caer) del pobre hombre que le tiende los brazos...

¿Qué me emociona y me une a ellos como a una familia? Son mi familia, son yo, son el Hombre.

¡Cómo compadezco a los pobres desheredados que no conocen la voluptuosidad de los libros! Hay quienes desdeñan el pasado orgullosamente ateniéndose al presente. Perros apaleados que no ven más allá de sus narices... Sí, el presente es bueno. Pero es bueno, ¡diablos!, lo tomo a manos llenas y no me incomodo ante la mesa puesta. Pero no lo despreciaríais si lo conocierais. O bien, amigos míos, debéis de tener un mal estómago. Comprendo que cada uno abarque lo que puede. Pero vosotros apenas abarcáis y vuestra miga es flaca. Bien y poco es bien poco. Me gusta más mucho y bien... Atenerse al presente estaba bien, amigos míos, en la época del viejo Adán que iba todo desnudo ya que no tenía ropas y que como nada había visto sólo podía amar su costilla hembra. Pero nosotros que hemos tenido la felicidad de llegar después que él a una casa llena donde nuestros padres, nuestros abuelos y nuestros tatarabuelos amontonaron, apilaron lo que amasaron, seríamos locos si quemáramos nuestros graneros con el pretexto de que los campos siguen produciendo trigo. ¡El viejo Adán no era más que un niño! Yo soy el viejo Adán: porque soy el mismo hombre y además he crecido. Somos el mismo árbol pero yo he llegado más arriba. Cada uno de los golpes que hace sangrar una de las ramas repercute en mi follaje. Las penas y las alegrías del universo son mías. Si alguien sufre, yo padezco, si alguien es feliz, yo río. Mucho más que en la vida siento a través de mis libros la fraternidad que nos une, a todos, los que llevan cestos y los que llevan coronas; porque de los unos y de los otros sólo quedan cenizas y la llama que, alimentada por la médula de nuestras almas, sube, única y múltiple, hacia el cielo, cantando con las mil lenguas de su boca sangrante la gloria del Todopoderoso...

Así sueño en mi granero. El viento se calma. La luz cae. La nieve, con la punta de sus alas, roza el cristal. La sombra se desliza. Mis ojos se nublan. Me inclino sobre mi libro y sigo el relato que huye en la noche. Mi nariz toca el papel: como un perro que sigue la pista husmeo el olor humano. Llega la noche. La noche ha llegado. La noche ha llegado. Y mi presa se escapa y se hunde en el camino. Entonces me detengo en medio del bosque, y escucho, con el corazón que late por la persecución, la huida. Para ver mejor a través de la sombra, cierro los ojos. Y sueño,

inmóvil, estirado en mi cama. Casi no duermo, rumio mis pensamientos. A veces miro el cielo por la ventana. Cuando extiendo el brazo toco el cristal, veo la cúpula de ébano que raya, con una gota de sangre, una estrella fugaz. Otras... Llueve fuego en la noche de noviembre... Y pienso en el cometa de César. Tal vez es su sangre la que corre por el cielo...

Vuelve el día. Sigo soñando. Domingo. Las campanas cantan. Con su murmullo mi fantasía se embriaga. Colma la casa, desde el sótano al granero. Cubre mi cama (¡ah!, el pobre Paillard) con mis inscripciones. Mi habitación se estremece con las ruedas de los carros, de los ejércitos, de los clarines y de los relinchos. Los vidrios tiemblan, mis oídos resuenan, mi corazón se quiebra y voy a gritar:

Ave, Caesar, imperator!

Y mi yerno Florimond, que ha subido a verme, mira por la ventana, bosteza ruidosamente y dice:

-Hoy no pasa ni un alma por la calle.

XIV
¡EL REY BEBE!

San Martín (11 de noviembre).

Esa mañana se sentía una dulzura extrema. Caminaba en el aire, tibia como la caricia de una piel satinada. Se frotaba en nosotros como un gato que nos roza. Chorreaba de la ventana como el moscatel dorado. El cielo había levantado su párpado de nubes y con su ojo azul, pálido, apacible, me miraba; y sobre mi tejado veía un rayo de sol rubio.

Me sentía lánguido, viejo animal, y soñador como un adolescente. (He renunciado a envejecer, remonto mis años; si esto continúa, pronto seré un crío.) Por eso mi corazón estaba colmado de quimérica espera, como el buen Roger que va con la boca abierta detrás de Alcina. Veía todas las cosas con una mirada enternecida. Un día como hoy no podría hacer mal ni a una mosca. Había vaciado mi saco de malicias.

Y cuando me creía solo, de pronto veo a Martine sentada en un rincón. No vi cuándo había entrado. Contra su costumbre no me había dicho nada; se había instalado con una labor en las manos y ni me miraba. Sentía la necesidad de hacer participar a otros del bienestar en que yo estaba. Y dije al azar, ya que para empezar una conversación todos los temas son buenos:

-¿Por qué ha sonado la campana grande esta mañana? Se encoge de hombros y dice:

-Por San Martín.

Me caigo del burro. En mis ensoñaciones había olvidado al dios de mi ciudad. Le digo:

-¿Es San Martín?

Y veo surgir de pronto en el tropel de doncellas y damas de Plutarco, entre mis nuevos amigos, al viejo amigo (alcanza la misma talla); veo surgir al caballero que con su sable corta su capa.

-¡Eh! Martincito, mi viejo compadre, ¿puede ser que haya olvidado tu aniversario?

-¿Te asombras? -dice Martine-. ¡Ya era hora! Te olvidas de todo, del buen Dios, de tu familia, de los diablos y de los santos, Martincito y Martine, nada existe para ti, fuera de tus benditos libracos.

Río; ya había notado su mirada aviesa cuando venía, cada mañana, y veía que me acostaba con Plutarco. Ninguna mujer ama los libros con un amor desinteresado, ve en ellos rivales, o amantes. Hija o mujer, cuando lee hace el amor y engaña al hombre. Por eso cuando nos ve leer clama traición.

-Es culpa de San Martín -le dije-, ya no se le ve. Y sin embargo le quedaba la mitad de la capa. Y se la guarda, no está bien. Mi buena hija ¿qué quieres? No hay que dejar que a uno le olviden en la vida. El que se deja olvidar es olvidado. Recuerda la lección.

-No la necesito -me contesta-. Nadie ignora dónde estoy.

-Es verdad, se te ve bien y se te escucha mejor aún. Fuera de esta mañana cuando esperaba tu pelea diaria. ¿Por qué me has privado de ella? Me falta. Ven a hacérmela.

Pero ella sin volver la cabeza dice: -No la necesitas. Y me callo.

Miraba su cara obstinada, mordiéndose el labio, para coser su dobladillo. Parecía triste y apaleada y mi victoria me pesaba. Continué:

-Ven a besarme al menos. A falta de Martín no he olvidado a Martine. Es tu santo, vamos, tengo un regalo para ti. Ven a buscarlo.

Frunció las cejas y me contestó: -¡Mala broma!

-No bromeo -le expliqué-. Ven, ven y verás.

-No tengo tiempo. .

-Oh, hija desnaturalizada, ¿no tienes tiempo de venir a besarme?

Se levantó a disgusto y se acercó desconfiada:

-¿Qué broma a lo Villon, qué otra farsa vas a representar? Le tendí los brazos.

-Vamos -dije- bésame.

-¿Y el regalo? -me preguntó.

-Aquí lo tienes, aquí lo tienes, soy yo. -¡Qué hermoso regalo! ¡El hermoso pájaro!

-Feo o hermoso, todo lo que tengo te lo doy, me rindo, sin condiciones, a discreción. Haz de mí lo que quieras.

-¿Aceptas venir abajo?

-Me entrego atado de pies y manos.

-¿Y aceptas obedecerme, aceptas que te quieran, te guíen, te regañen, te mimen, te cuiden y te humillen?

-He renunciado a mi voluntad.

-¡Ah! ¡Cómo voy a vengarme! ¡Ah!, ¡mi querido viejo! ¡Mal muchacho! ¡Qué bueno eres! Viejo cabezota. Me has hecho enfurecer.

Me abrazó, me sacudió como a un paquete, y me apretó contra su regazo como a un muñeco.

No quiso esperar ni una hora. Me embalaron. Y Florimond y los ayudantes, con gorro de algodón, me enhornaron por la escalera estrecha, los pies para adelante, después la cabeza, abajo, a una gran cama en una habitación luminosa donde Martine y Glodie me rodearon, se burlaron y repitieron veinte veces:

-Y ahora ya te tenemos, te tenemos bien sujeto, vagabundo... ¡Qué bien se estaba allí!

Y como estoy atrapado, arrojé mi orgullo al cesto y me sometí a Martine como un viejo muñeco... Y soy yo el que, sin que lo parezca, dirijo toda la casa.

Martine en adelante se instaló a mi lado con frecuencia. Y charlamos. Y volvemos a recordar otra vez, hace ya mucho tiempo, en que estábamos sentados uno al lado del otro como ahora. Pero entonces era ella la que estaba retenida por el pie, por habérselo torcido al querer saltar una noche (¡ah!, ¡la gata amorosa!) por la ventana para correr con su galán. A pesar de la

torcedura bien la sacudí. Ahora se ríe y dice que no le pegué bastante. Pero entonces era inútil que vigilara y le pegara porque, aunque soy bastante maligno, ella lo era diez veces más que yo, la astuta, y se me escurría entre los dedos. A fin de cuentas no era tan bestia como yo creía. Supo conservar su cabeza a falta del resto; y fue sin duda el galán el que la perdió porque hoy es, hoy, es su marido.

Se ríe conmigo de sus locuras y dice, con un gran suspiro, que se ha acabado la risa, los laureles están cortados y ya no iremos nunca más al bosque. Y hablamos de su marido. Como buena mujer le considera honesto, en una palabra suficiente, pero no divertido. El matrimonio no está hecho para divertirse.

-Todos lo saben -dice- y tú mejor que nadie. Es así. Hay que darse cuenta. Buscar el amor en un esposo es tan enloquecedor como recoger agua en un cesto. No soy loca, no hago escándalo llorando sobre lo que no tengo. Me contento con lo que tengo; lo que está bien lo está como es. Nada de lamentos... Sin embargo, ahora veo qué lejos está lo que una quiere de lo que una puede, lo que se sueña en la juventud de lo que se contenta una en tener cuando se es vieja o se está por serlo. Y es conmovedor o ridículo: no sé cuál de los dos. Todas esas esperanzas, esas desesperanzas, esos ardores y esas languideces, y esos hermosos deseos y esos hermosos fuegos de chimenea para llegar a cocer la marmita y encontrar bueno el cocido... Y es bueno, de verdad, lo es lo bastante para nosotros: es todo lo que nos merecemos... ¡Pero si me lo hubieran dicho en otra época! En fin, en todo caso nos queda, para aderezar la comida, nuestra risa; y es un buen condimento, haría comer piedras. Rico recurso y que nunca me faltó, igual que a ti poder burlarse de uno, cuando nos damos cuenta de que hemos sido tontos.

No nos ha faltado y mucho menos burlarnos de los demás. A veces callábamos, soñadores, rumiando, yo con la nariz en mi libro y ella con su labor; pero las lenguas en voz muy baja seguían su marcha, como dos arroyuelos que corren bajo tierra y salen de pronto al sol saltando. Martine, en medio del silencio, estallaba en una gran carcajada; y las lenguas retomaban su danza.

Trataba de hacer entrar a Plutarco en nuestra compañía. Quería que Martine gustara sus hermosos relatos y la manera patética con que yo los leía. Pero no tuvimos ningún éxito. Ella se preocupaba tanto de Grecia y de Roma como de un pescado o de una manzana. Aun cuando para ser cortés quería escuchar, al cabo de un instante estaba lejos y su espíritu corría, por los campos; o más bien, hacía la ronda de arriba abajo de su casa. En el momento más palpitante de mi relato, cuando sabiamente yo dosificaba la emoción y preparaba, estremeciéndome, el efecto de la conclusión, me interrumpía para gritarle algo a Glodie o bien a Florimond, en la otra punta de la casa. Me ofendía. Y renunciaba. No hay que pedir a las mujeres que compartan nuestros sueños huecos. La mujer es la mitad del hombre. Sí, pero ¿qué mitad? ¿La de arriba? ¿O la otra? En todo caso no es el cerebro lo que tienen en común. Cada uno tiene el suyo, su propio cofre de locuras. Y así como dos vástagos salidos del mismo tronco, se comunican por el corazón...

Y yo me comunico muy bien. Aunque vejestorio marchito, arruinado, y mutilado, soy lo bastante maligno para tener, casi todos los días, una guardia personal de jóvenes y bonitas comadres de los alrededores que, alineadas alrededor de mi cama, me hacen alegre compañía. Vienen, alegando una noticia de importancia, o para pedir un servicio o tomar prestado un utensilio. Todos los pretextos les resultan buenos con la condición de no volver a pensar en ellos apenas entran en la casa. Una vez allí, como en el mercado, se instalan, Guillemie, de ojos alegres, Huguette de bonita nariz, Jacquotte la entendida, Margueron, Alizon y Gillette y Macette, alrededor del ternero debajo del edredón; y bla, bla, bla, charlamos, mi comadre, mi comadre, como dos badajos, y reímos, ¡qué carillón! Y yo soy la campana mayor. Siempre tengo en mi saco algunas finas historias que hacen cosquillas en el lugar apropiado: ¡qué bello es verlas palidecer! Sus risas se

oyen desde la calle. Y Florimond, al que mi éxito despecha, me pregunta, bromeando, mi secreto. Le contesto:

-¿Mi secreto? Soy joven, mi viejo.

-Y además -dice picado-, es tu mala fama. Los viejos libertinos hacen correr a las mujeres detrás de ellos.

-Sin duda -le respondo-. ¿No sientes respeto hacia un viejo soldado? Se apretujan para verle, dicen: «Vuelve del país de la gloria. Y ellas dicen: «Colas ha hecho campaña en el país del amor. Lo conoce, nos conoce... Y además ¿quién sabe? A lo mejor vuelve a combatir.

-¡Viejo polizonte! -exclama Martine-. ¡Termina ya! ¿Aún te las vas a dar de tenorio?

-¿Y por qué no? Es una idea. Y ya que es así, para haceros rabiar, voy a volver a casarme.

-¡Bueno, vuelve a casarte, muchacho, que te siente bien! Hay que aceptar las cosas de la juventud.

San Nicolás (6 de diciembre).

Para San Nicolás, fuera de mi cama, me pusieron en un sillón entre la mesa y la ventana. Debajo de los pies, un brasero. Delante, una mesa de madera con un agujero para la vela.

Alrededor de las diez la cofradía de los marineros, «artífices de las olas» y obreros, «compañeros de la orilla», con los violines al frente, desfiló delante de nuestra casa, del brazo, bailando detrás de su batuta. Antes de ir a la iglesia hacían el recorrido de las tabernas. Al verme me aclamaron. Me levanté y saludé a mi patrón que me devolvió el saludo. A través de la ventana apreté sus patas negras y vertí en el embudo de sus grandes gaznates abiertos, la gota (en verdad era como verter una gota en un campo).

Al mediodía, mis cuatro hijos vinieron a cumplimentarme. Aunque no nos entendemos muy bien hay que entenderse una vez al año: la fiesta del padre es sagrada, es el pivote alrededor del cual está aferrada la familia como un enjambre. Al festejarla aprieta su haz y se cierra en él. Y yo lo tengo.

O sea que ese día mis cuatro hijos se reunieron en mi casa. No se sentían muy alegres de estar allí. Se quieren poco y creo que soy el único lazo entre ellos. En nuestra época se pierde todo lo que hacía la unión entre los hombres: la casa, la familia y la religión; cada uno cree ser el único que tiene razón y cada uno sólo vive para él. No me haré el viejo que se indigna y rezonga y que cree que el mundo terminará con él. El mundo muy bien sabrá arreglárselas sin él; y creo que los jóvenes saben mejor qué les conviene que los viejos. Pero es un papel ingrato el papel de viejo. El mundo cambia alrededor de él; y si no cambia ya no hay lugar para él. Pero yo no oigo de ese oído. Estoy en mi sillón. Y aquí me quedo. Y si es necesario, para conservar el lugar, cambiar de espíritu, cambiaré, sí, sí, sabré arreglármelas para cambiar continuando, por supuesto, siendo el mismo. Mientras espero desde mi sillón miro cambiar el mundo y las disputas de los jóvenes; les admiro y sin embargo, espero, discreto, el buen momento para llevarles a donde yo quiero...

Mis muchachos estaban delante de mí, alrededor de la mesa: Jean-Frangois, el santurrón, a la derecha; a la izquierda, Antoine el hugonote, que se ha establecido en Lyon. Sentados los dos y sin mirarse, trabados en sus cuellos, tiesos y la rabadilla fija. Jean Frangois, floreciente, con las mejillas redondeadas, la mirada dura y la sonrisa en los labios, hablaba de sus asuntos de manera imparable, se jactaba, exhibía su dinero, sus éxitos, alababa sus paños y a Dios que hacía que los vendiera. Antoine, rasurado, con una punta de barba en el mentón, taciturno, recto y frío, hablaba como para él mismo de su negocio de librería, de sus viajes a Ginebra, de sus relaciones de negocios y de fe, y también alababa a Dios; pero no era el mismo Dios. Cada uno hablaba por

turno, sin escuchar al otro y luego retomaba su discurso. Pero al final, los dos, ofendidos, empezaron a hablar de temas que podían sacar de las casillas a su compañero; uno, de los progresos de la religión verdadera y el otro, del éxito de la verdadera religión. Y sin embargo, se obstinaban en ignorarse; y sin moverse, como afectados los dos de tortícolis, con aspecto de furia y voz agria, chillaban su desprecio por el Dios de su enemigo.

De pie, entre ellos, mirándoles, encogiéndose de hombros y riéndose a carcajadas, estaba mi hijo el sargento del regimiento de Sacermore, Aimon-Michel el soldadote (no es un mal muchacho). No podía estarse quieto y daba vueltas como un león enjaulado, tamborileaba en los vidrios, o canturreaba: parapapá, parapapán, se detenía para mirar a los dos mayores que discutían, se les carcajeaba en las narices, o les cortaba bruscamente la palabra para proclamar que dos carneros, estén o no marcados por una cruz roja o azul, si son bien gordos, siempre son buenos, y que se podrá demostrarlo... « ¡Muchos otros hemos comido!...»

Anisse, mi último muchacho, le miraba horrorizado. Anisse, el bien llamado, que no ha inventado la pólvora. Las discusiones le inquietan. Nada en el mundo le interesa. Sólo siente felicidad en bostezar en paz y aburrirse durante toda la bendita jornada. También le resultan diabólicas la política y la religión, esos inventos para perturbar el sueño de la gente de espíritu, o el espíritu de la gente que duerme... «Lo que tengo, sea bueno o malo, ya que lo tengo ¿para qué cambiarlo? El lecho donde hicimos nuestro hoyo está hecho para nosotros. No quiero sábanas nuevas...» Pero, lo quisiera o no, sacudían su colchón. Y en su indignación, para asegurar su reposo, ese hombre dulce hubiera entregado al verdugo a todos los que le despertaran. Por el momento, asustado, escuchaba hablar a los otros. Y apenas éstos levantaban el tono hundía el cuello entre los hombros.

Yo, todo ojos y oídos, me divertía en descubrir en qué esos cuatro, delante de mí, eran míos y tenían algo de mí. Son mis hijos, respondo por ello. Pero si vienen de mí, tienen que haber salido a mí. Pero, por Dios, ¿por dónde entraron? Me palpo: ¿cómo he podido llevar en mi tripa a este predicador, a este santurrón y a este carnero rabioso? Vaya y pase el aventurero. ¡Oh, naturaleza traidora! ¿Estaban en mí? Sí, yo tenía sus gérmenes; reconocía ciertos gestos, maneras de hablar, y hasta pensamientos. Me reencontraba en ellos enmascarado, me asombra la máscara, pero debajo es el mismo hombre. El mismo, uno y múltiple. Cada hombre lleva en él veinte hombres diferentes, el que ríe, el que llora, el indiferente, como una cepa, y la lluvia y el buen tiempo, el lobo, el perro y la oveja, el buen muchacho y el bandido. Pero uno de los veinte es más fuerte y arrogándose él solo la palabra, les cierra el pico a los otros diecinueve. Por eso están los que desaparecen apenas ven la puerta abierta. Mis cuatro hijos han puesto pies en polvorosa. ¡Pobres muchachos! *Mea culpa*. ¡Tan lejos de mí y tan cerca que están! Y siguen siendo mis hijos. Cuando dicen tonterías tengo ganas de pedirles perdón por haberles hecho tontos. Felizmente están contentos y se encuentran guapos... Estoy contento de que se admiren. Pero lo que no puedo soportar es que no quieran tolerar que los otros sean todo lo feos que deseen si les gusta.

Erguidos sobre sus espolones, amenazándose con la mirada y con el pico, los cuatro parecían gallos encolerizados dispuestos a saltar. Les observaba plácidamente y luego dije:

-Bravo, bravo, corderos míos, ya veo que no os esquilarán la lana del lomo. La sangre es buena, por Dios, si es la mía, y la voz es mejor. Ahora que os hemos escuchado me toca a mí. Siento picazón en la lengua. Vosotros reposad.

Pero no estaban muy dispuestos a obedecerme. Una palabra había hecho estallar la tempestad. Jean-Frangois se levantó y empuñó una silla. Aimon-Michel sacó su larga espada, Antoine su cuchillo; y Anisse (es fuerte para mugir como un buey) gritaba:

-¡Fuego! ¡Agua!

Vi llegar el momento en que esos cuatro animales iban a degollarse. Tomé un objeto, el primero que tuve al alcance de la mano (justamente, por azar, fue el aguamanil de las palomas que constituía mi desesperación y el orgullo de Florimond) y lo rompí sobre la mesa, sin pensarlo, en tres pedazos. También acudió Martine blandiendo un caldero humeante y amenazó regarlos con él. Gritaban como una recua de asnos, pero cuando yo rebuzno no hay asno que no arríe las velas. Dije:

-Soy el amo aquí y ordeno que os calléis. ¡Ah! ¿estáis locos? ¿Nos hemos reunido para discutir el *Credo* de Nicea? Me gusta que se discuta, sí; pero, por favor, elegid temas más nuevos, amigos míos. Estoy cansado de esto, estoy harto. Qué diablos, discutid si os lo han recomendado para vuestra salud, sobre este vino de Borgoña o sobre este salchichón, sobre lo que se puede ver, o beber, o tocar, o comer y comeremos y beberemos para probarlo. Pero discutir sobre Dios, por Dios, sobre el Espíritu Santo, es demostrar que no tenéis mucho ingenio, amigos míos. No hablo mal de los que creen: yo creo, nosotros creemos, vosotros creéis... todo lo que os plazca. Pero hablemos de otra cosa: ¿no la hay en el mundo? Cada uno de vosotros está seguro de ir al paraíso. Muy bien, estoy encantado. Os esperan allá arriba, está reservado el sitio para cada uno de los elegidos; los otros se quedarán en la puerta, por supuesto. Y bien, dejad que el buen Dios aloje al huésped que le plazca: es su oficio, no os metáis a hacerle de policía. A cada uno su reino. El cielo para Dios y para nosotros la tierra. Hacerla, si se puede, más habitable, es asunto nuestro. Para conseguirlo no somos demasiados. ¿Creéis que se puede prescindir de alguno de vosotros? Los cuatro sois útiles para vuestra tierra. Se tiene tanta necesidad de tu fe, Jean-Franlois, en lo que ha sido, como de la tuya, Antoine, en lo que debería ser, de tu ánimo aventurero, Aimon-Michel, como de tu inmovilidad, Anisse. Sois los cuatro pilares. Uno solo que flaquee y la casa se derrumbará. Y os convertiréis en ruina inútil. ¿Es eso lo que queréis? ¡Pensadlo, por mi fe! ¿Qué diríais de cuatro marineros que en el agua, con mal tiempo, en vez de maniobrar sólo pensaran en discutir?... Recuerdo haber oído en épocas pasadas un encuentro del rey Enrique con el duque de Nivernais. Se quejaban de la manía de los franceses, encarnizados en autodestruirse. El rey decía: *«Ventresaintgris (su* juramento), quisiera, para calmarlos, que me los metieran de a dos en un saco, monje furioso y predicador del Evangelio frenético y que los arrojaran al Loira como una camada de gatos. Y el nivernés riendo contestaba: «Yo me contentaría con mandarlos como fardos a ese islote donde nos dicen que los señores de Berna depositaban a maridos y mujeres desavenidos y que cuando el barco vuelve a buscarlos, al mes siguiente, les encuentran arrullándose con tierno amor como tortolitos». ¡Necesitaríais una cura semejante! ¿Gruñís, monigotes? ¿Os dais la espalda? Bien, miraos hijos. Es inútil que cada uno crea que está hecho de otra pasta mejor que la de sus hermanos; sois cuatro moliendas *ejusdem farinae*, de Breugnons pintados borgoñones salados. Mirad esa nariz insolente que se extiende a través del rostro, esa boca tallada con anchura en la corteza, embudo para verter la bebida, esos ojos anublados que quisieran parecer malignos y que no lo son. ¡Estáis firmados! ¿No veis que al perjudicaros sois vosotros mismos los que os destruís? ¿No haríais mejor en daros la mano? No pensáis lo mismo. Bonito negocio. Y bueno, tanto mejor. ¿Quisiérais cultivar todos el mismo campo? Cuantos más campos y pensamientos tenga la familia más felices y fuertes seremos. Extendeos, multiplicaos y abarcad todo lo que podáis de la tierra y del pensamiento. Cada uno lo suyo y todos unidos (¡vamos, abracémonos!) para que la gran nariz Breugnon alargue su sombra y huela la belleza del mundo en los campos.

Callaban con aire ceñudo, mordiéndose los labios; pero se veía que hacían esfuerzos por no reírse. Y de pronto Aimon-Michel con una carcajada ruidosa le tendió la mano a Jean-

FranQois diciéndoles: « ¡Vamos, la mayor de las narices, *bene!* ¡Benditos, hagamos la paz!». Y se abrazaron.

-¡Martine! ¡A nuestra salud!

En ese momento me doy cuenta de que hace un momento al golpear en mi cólera el aguamanil me he cortado la muñeca. Un poco de sangre manchaba la mesa. Antoine, siempre solemne, levantó mi mano y colocó debajo su vaso y recogió el jugo bermejo de mi vena diciendo pomposamente:

-¡Para sellar nuestra alianza, bebamos los cuatro en este vaso! -¡Qué es eso, qué es eso, Antoine -exclamo- estropear el vino de Dios! ¡Aggg! ¡Qué asco! Arrojo esa mezcla. Quien quiera beber mi sangre pura que beba en abundancia y puro su vino.

Y después de eso trincamos y sobre el gusto del vino ya no disputamos.

Cuando se fueron, Martine, vendándome la mano, me dijo: -Viejo malvado, esta vez lo lograste.

-¿Qué quieres decir que logré? ¿Ponerlos de acuerdo? -Hablo de otra cosa.

-¿De qué, pues?

Me mostró sobre la mesa el aguamanil roto.

-Me comprendes muy bien. No te hagas el inocente... Confiesa... Confesarás... ¡Vamos, al oído! Él no lo sabrá...

Yo me hacía el asombrado, el indignado, el ingenuo, negaba; pero estallaba de risa... pfff... y me ahogué. Me repitió: -¡Malvado! ¡Malvado!

Dije:

-Era demasiado fea. Escucha, buena hija: era necesario que él o yo desapareciéramos.

Martine me contestó:

-Lo que queda no es más hermoso.

-Este pájaro puede ser todo lo feo que le guste. Me río de eso. No lo veo.

Nochebuena.

El año gira sobre sus goznes engrasados. La puerta se cierra y vuelve a abrirse. Como una tela que dobláramos, los días caen hundidos en el cofre blando de las noches, Entran por un lado y salen por el otro, cruzando ya con un salto dé pulga el día de Santa Lucía. Por una rendija veo brillar la mirada del año nuevo.

Sentado bajo la campana de la gran chimenea, en Nochebuena, miro, como del fondo de un pozo, a lo alto el cielo estrellado, sus párpados que pestañean, sus pequeños corazones que tiritan y oigo llegar las campanas que en el aire terso, vuelan, vuelan llamando a la misa de medianoche. Me gusta que el Niño haya nacido a esa hora de la noche, la hora más sombría en la que el mundo parece terminar. Su vocecilla canta: « ¡Oh, día, tú volverás! Ya vienes. Y aquí estás año nuevo». Y la Esperanza, con sus cálidas alas, cubre la noche helada de invierno y la entibia.

Estoy solo en la casa; mis hijos están en la iglesia; por primera vez no he ido. Me quedé con mi perro *Citron y* mi gato gris *Patapon.* Soñamos y miramos el fuego que lame la chimenea. Rumio mi velada. Hace un momento tenía a mi lado a toda mi nidada; le contaba a Glodie, que abría muy grandes sus ojos, historias de hadas, y de Pico de pato y el Polluelo pelado, y del muchacho que se hace rico con su gallo vendiéndolo a la gente que van en sus carros a buscar el día para acarrearlo. Nos divertimos mucho. Los demás escuchaban y reían y cada uno agregaba su parte. Y luego, por momentos, nos callábamos, espiando el agua que burbujea, los tisones, en los vidrios los estremecimientos de los blancos copos, y entre las cenizas el grillo. ¡Ah! las buenas noches de invierno, el silencio, la tibieza del pequeño rebaño encerrado, las ensoñaciones de las veladas en las que el espíritu gusta de divagar, pero sabiéndolo y si delira, es para reírse...

En este instante hago el balance de fin de año, y compruebo que en seis meses he perdido todo: mi mujer, mi casa, mi dinero y mis piernas. Pero lo más divertido es que cuando al fin, termino mi balance, me encuentro tan rico como antes. ¿Dicen que no tengo nada más? No, nada que llevar. No tengo lastre. Nunca me sentí más fresco, más libre y más flotante, en las corrientes de mi fantasía... Quién me hubiera dicho, el año pasado, que me lo tomaría con tanta alegría. Había jurado tantas veces que quería seguir siendo dueño en mi casa hasta la muerte, dueño de mí, independiente, debiéndome sólo a mí mismo mi casa y mi comida y la cuenta de mis extravagancias. El hombre propone... Finalmente las cosas salen de otra manera de como uno quería y es justo que así sea. Y además, en suma, el hombre es un buen animal. Todo en él es bueno. Se ajusta tanto a la felicidad como a la pena, a la juerga y a la penuria. Dadle cuatro piernas, o quitadle dos, hacedlo sordo, ciego, mudo, encontrará la manera de acomodarse y, en su *aparte*, ver, oír y hablar. Es como la cera que se extiende y se encoge, el alma la moldea con su fuego. Y es hermoso sentir que tenemos esa liviandad en el espíritu y en las piernas, que se puede ser tanto pez en el agua, pájaro en el aire, salamandra en el fuego como, en la tierra, un hombre que lucha alegremente con los cuatro elementos.

Y es así, que se es más rico cuanto más desprovisto se está: porque el espíritu crea lo que le falta, como el árbol frondoso que se poda sube más alto. Cuanto menos tengo más soy...

Medianoche. El reloj tintinea...

Ha nacido el divino Niño...

Canto la Navidad...

Tocad, oboes, sonad, gaitas.
¡Ah! ¡qué hermoso es, qué encantador...!

Me adormecí y eché un sueño, bien sostenido, para no caerme en el hogar...

Ha nacido... Oboes tocad, sonad, gaitas galas...
Ha nacido, el pequeño Mesías...

Pero si tengo menos, eh, soy más.

Epifanía.

Soy un buen farsante. Porque cuanto menos tengo más tengo. Y lo sé muy bien. Encontré el medio de ser rico sin tener nada, rico de los bienes de los otros. Tengo el poder sin cargas. ¿Se habla de esos viejos padres, que cuando se han despojado, cuando han dado todo a sus hijos ingratos, su camisa y sus zapatos, son abandonados, dejados de lado y ven que todas las miradas les empujan a la tumba? Son infelices inhábiles. Yo nunca he sido, por mi fe, más amado, más mimado que en mi pobreza. Es que no soy tan tonto como para despojarme de todo y no guardar nada. ¿Sólo tienen la bolsa para dar? Yo, cuando lo he dado todo, conservo lo mejor, guardo mi alegría, la que he amasado en cincuenta años de camino a lo largo y a lo ancho de la vida, del buen humor y de la malicia y de la loca sensatez o de sensata locura. Y la provisión todavía no

está por terminarse. La abro a todos, que todos saquen algo de ella. ¿Eso es nada? Si recibo de mis hijos, yo también doy, estamos en paz. Y si sucede que uno da un poco menos que el otro, el afecto lo completa y nadie se queja de la cuenta.

El que quiera ver a un rey sin reino, a un Juan sin tierra, a un pillo dichoso, el que quiera ver a un Breugnon de Galia que me vea esta noche en mi trono presidiendo el ruidoso festín. Hoy es la Epifanía. A la tarde vimos pasar por nuestra calle a los tres reyes magos, con su cortejo, un blanco rebaño, seis pastorcillos, seis pastorcillas que cantaban; y los perros del barrio ladraban. Y esta noche estamos a la mesa todos mis hijos y los hijos de mis hijos. Contándome yo, somos treinta. Y los treinta gritan a la vez:

¡El rey bebe!

El rey soy yo. Tengo la corona, en mi cabeza un molde de paté. Y mi reina es Martine: como en los Libros Sagrados, me he casado con mi hija. Cada vez que me llevo el vaso a la boca me aclaman, yo río y trago de costado; pero de costado o no, trago y no pierdo nada. Mi reina también bebe y con el pecho al aire, hace beber de su rojo pezón a su rojo bebé, mi último nieto, que berrea, bebe y babea y muestra su culo. Y el perro debajo de la mesa ladra y lame el plato. Y el gato, refunfuñando y enarcando el lomo, se escapa con un hueso.

Y yo pienso (en voz alta, no me gusta pensar por lo bajo):

-La vida es buena. ¡Oh, amigos míos! Su único defecto es que es breve: no se la tiene por dinero. Me diréis: «Puedes estar contento, tu parte ha sido buena y la has tenido». No digo que no. Pero quisiera dos como ésa. Y, quién sabe. Tal vez tendré, sin gritar demasiado alto, un segundo trozo de pastel... Pero lo triste es que si yo todavía estoy aquí, tantos buenos muchachos que he conocido ¿dónde están? ¡Dios! ¡Cómo pasa el tiempo y los hombres también! ¿Dónde están el rey Enrique y el buen duque Luis...?

Y ya he partido por los caminos del tiempo pasado, a recoger las flores marchitas de los recuerdos; y cuento mis historias, no me canso de hacerlo, y machaco con lo mismo. Mis hijos me dejan ir; y cuando en mi relato me falta una palabra, o me embarullo, me soplan el final del cuento; y yo despierto de mi sueño ante sus ojos maliciosos.

-¡Eh, padre! -me dicen-. ¡Qué bien se vivía a los veinte años!

En esa época las mujeres tenían el pecho más hermoso y fuerte; y los hombres tenían el corazón en buen lugar, y el resto también. ¡Había que ver al rey Enrique y a su compañero el duque Luis! Ya no hay madera de ésa...

Y yo les contesto:

-Malvados ¿os reís? Hacéis bien, reír es bueno. Por Dios, no soy tan loco como para creer que entre nosotros hay escasez de vendimia y de buenos mozos para vendimiar. Sé muy bien que por uno que se va, vienen tres, y que la madera con la que se fabrica a los hombres alegres, a los muchachos de Galia, crece siempre en abundancia, recta y prieta. Pero ya no son los mismos los que se fabrican con esa madera. Se tallarán miles y miles de alisos pero jamás, jamás volverán a hacer a Enrique, mi rey, ni a mi Luis. Y a ésos era a los que yo amaba... Vamos, vamos, mi Colas, no nos enternezcamos. ¿Lágrimas en los ojos? Eh, gran bruto ¿vas a lamentar no poder masticar toda tu vida el mismo bocado? ¿El vino ya, no es el mismo? Es igual de bueno. ¡Bebamos! Viva el rey que bebe. ¡Y viva también su pueblo borrachín!

Y además, para ser francos, entre nosotros, hijos míos, un buen rey es muy bueno, pero el mejor, sigo siendo yo. Seamos libres, gentiles franceses, y enviemos a pastar a nuestros amos. Mi tierra y yo nos amamos y nos bastamos. ¿Qué he de hacer con un rey del cielo o de la tierra? No necesito un trono aquí abajo ni allá arriba. A cada uno su lugar bajo el sol y su sombra. ¡A cada uno su pedazo de tierra y sus brazos para removerla! No pedimos nada más. Y si el rey viniera a mi casa le diría:

-Eres mi huésped. ¡A tu salud! Siéntate allí. Primo, un rey vale tanto como otro. Cada francés es rey. Y el buen hombre es señor en su casa.

¿Cómo? -dijo el hermano Juan-, ¿vos también rimáis?
¡Por virtud de Dios, que rimaré como vosotros!
Escuchadme y veréis cómo también rimo en carmesí...
Pantragruel, V, 4[6]

COMENTARIO DEL NIETO DE COLAS

Concebí este poema galo en abril-mayo de 1913. Entonces se llamaba El rey bebe o Bonhomme vit encore. Puedo decir que estaba poseído por él. Y mi «Advertencia al lector», de mayo de 1914, no es totalmente un juego: el abuelo Colas hablaba, yo ya no me pertenecía.

Me había refugiado en el campo, solo, cerca de un viñedo. Las cepas negras brotaban, las lilas florecían. Mi espíritu hacía como ellas. Estaba totalmente embebido de la vida de la tierra y de los seres. Me inundaban los arroyuelos, semejantes a esas aguas turbias y desbordantes, frescas, cargadas de humus, que veía burbujear en los prados. Al escribir reía. El día pasaba rápido. Cada nueva mañana estaba como Colas debajo del árbol de los pájaros; deliraba con los cantos de la vida que vuelve a abrirse.

Pero pagaba, todo se pagaba y es justo: no regateo mis deudas. Semanas, meses de insomnio casi totales. Detenido, a mitad de camino más o menos en «La muerte de la vieja». Luego, bruscamente, el mal cedió y las esclusas volvieron a abrirse. En el corazón del verano la obra estaba acabada. El amigo Cháteaubriand tuvo la primera flor. Él mismo estaba entonces en la voluptuosidad de las primeras noches de miel con su Briére, «su hermosa nubia», como decía, radiante, relamiéndose con esos negros esplendores... No dudaba que se acostaría con su bella, durante cuatro años de trincheras.

Al año siguiente, en los primeros años de 1914, propuse la publicación de Colas a la Revue de París, que era un poco mi casa, ya que era la de mis amigos Ganderax y Lavisse; este último se había convertido en mi gran elector en la Academia Francesa, en las justas libradas por el premio de literatura, que fue otorgado a Juan *Cristóbal*, precisamente en esos meses de la primavera de *1913* en que estaba dominado por *Colas.* Pero, para mi asombro, mi viejo maestro se mostró muy molesto con la licencia de la obra. No osaba exhibir el irreverente *Colas* ante su mojigata clientela. Sobre todo, los episodios del cura eran los que irritaban a ese espíritu libre. Me

quedé estupefacto. Los curas de donde soy yo no hablaban a medias sino que hablaban con valor, sin tapujos: « ¡Uf!», el lenguaje bien claro de mis abuelos Colas y Paillard hablando con su amigo Chamaille. Cuando mi bisabuelo, notario en Bréves, se iba a dar una vuelta por Francia para verificar en Toulouse una palabra de las *Centurias* de Nostradamus (algún otro día contaré esa epopeya cómica), ese viejo jacobino que en otra época había asaltado la Bastilla y recibido de Fouché, en Clamecy, la investidura del título de *Apóstol de la Libertad,* ese comecuras, llevaba en su coche al cura, no para comérselo, sino para comer con él y reír y discutir. No hubieran podido prescindir el uno del otro para disputar en la mesa. Me sentí muy reconfortado al saber que el público «conveniente» de París y los librepensadores de la Alta Universidad, en el año **1914,** estaban mucho más preocupados por defender las consideraciones que se le deben al Señor en el que no creían en absoluto... Véíamos que se acercaba a grandes zancadas el momento de la Reacción de Occidente.

Llegó la guerra que debía llegar. Hacía unos años que *Juan Cristóbal* la había anunciado. En Suiza, donde me encontraba en julio de **1914** y donde me había quedado para tener el derecho (o tomarlo) de hablar, corregí las pruebas de Colas casi al mismo tiempo que las de *Au-dessus de la Mélée* (primeros meses de *1915). Mi* querido editor y amigo Humblot, director de la librería Ollendorff apresuró su impresión, aunque no pensara en publicar el libro antes de que terminara la guerra. Estaba enamorado de Colas y tan orgulloso de la obra como si la hubiera engendrado. Supongo que el buen hombre me dio tantas prisas para que revisara la obra porque no estaba muy seguro de que yo estuviera vivo luego. Pero se fue primero, aunque no antes de que yo hubiera podido, a mi regreso en **1919,** volver a verle en París. Quiero expresar aquí, como ya lo he hecho, todo mi reconocimiento al afectuoso amigo que me siguió siendo fiel en el momento en que tantos otros de los que me creía seguro me abandonaban prudentemente, a todo correr. Sin el firme y paciente apoyo de Humblot no sé si hubiera logrado hacerme escuchar en París. Y con eso es con lo que contaban mis valientes enemigos.

También cuando Gorki escribió que *Colas Breugnon,* al que prefería de todos mis libros, era un desafío galo a la guerra, no se equivocaba en mucho. Porque si esta risa se había adelantado a la confusión, se desplegó por encima y a pesar de todo... «Afirmaré...» *Bonbomme vit encore...*

En cuanto a la composición del libro, puede leerse sin gafas. Ha seguido el ritmo de ese calendario de la naturaleza, que yo vivía en los campos, de un enero blanco al otro. Ha sido alimentado por las Crónicas de Clamecy, por las leyendas nivernesas, por el folklore de Francia y por los libros de Proverbios galos que son mi Evangelio de mi Arte poético[7]'. Aun considero que hay más sabiduría, espíritu y fantasía en sus pequeños dedos que en todo Arouet, Montaigne y La Fontame. Aunque amo a estos tres compadres.

Agregaría que en el fondo de mi cofre de la memoria de niño no ha dejado de cantar la vieja voz burlona y riente de mi Madre la oca -la vieja Rosalie del pueblo de Beuvron- que a menudo me contó, como Colas a Glodie, la historia de Pico de pato y el Polluelo pelado[8]. Su recio lenguaje, desnudo, sin hoja de parra y borgoñón salado, no era muy diferente, en su verde arcaísmo, del de mi Colas. Y ha sido un poco en su honor que he elegido para mi relato el cambio

[7] Un excelente estudio filosófico sobre la lengua de Colas, bien documentado, que fue tema de una tesis doctoral en la Universidad de Marburgo se publicó en *Romanische Forschungen, G.* Schüler, *1927,* Erlanger, con el título: «Studien zu R.-R. Colas Breugnon» *(127* págs.).

[8] Ver pág. *2o6.*

del siglo XVI al XVII[9], donde lo moderno y lo antiguo hacen cama común: porque de ese sabroso matrimonio fue hija la lengua, la buena lengua burlona de mí querida vieja comarca.

El nombre de *Brugnon (o Breugnon)* -que es, todos lo saben, el de un fruto carnoso y con hueso, cruce de melocotón y albaricoque- todavía existe alrededor de Clamecy; y, sin haberlo buscado, estuve a punto de comprar la casucha de uno de los hijos de Colas. Podrá reconocerse con facilidad, todavía hoy, la escenografía de mi libro. Todos esos bosques, esos ríos, esos pueblos, son mis amigos de la infancia. Y aunque mi verde canal, que bordeaba los viejos muros de la ciudad de mi casa de familia, ahora esté seco -aunque el pequeño y orgulloso monte Sembert, panzudo y calvo, se haya vuelto a emplumar con una peluca de abetos-, aunque por desgracia los largos cuellos de las fábricas hayan venido a trazar su bala de humo en mi cielo azulgrisáceo de lino, la ciudad y la comarca han permanecido inmutables. Y si volviera a verlos el Caton dorado que fue el compañero de jergón de Colas apestado', tendría sin duda un llanto por las viñas arrancadas, pero pronto lo ahogaría en el vino cálido reencontrado, en el fondo de las bodegas, con los buenos compañeros para brindar.

Ciudad de Clamecy, ciudad renombrada
junto al río estás bien colocada;
por un lado buenos vinos y por el otro prado,
los jardines de alrededor valen todo un condado.

ROMAIN ROLLAND
Marzo de *1930.*

[9] La fecha exacta la da Colas, al comienzo, y en el relato de la peste, pág. 114; nació en *1566* y tiene «cincuenta años bien cumplidos». Estamos en *1616,* bajo el despreciado poder de Concini al que matarán al año siguiente. Colas representa a la generación del rey Enrique, doce años mayor que él.